

REITOS OLVIDADOS

LOS ARPISTAS • VOLUMEN 1

# LA VENGANZA ELFA

Elaine Cunningham



timunmas

Lectulandia

Los Arpistas de Faerûn están siendo misteriosamente asesinados. Uno a uno, los miembros de la sociedad semisecreta que defiende la causa del Bien en los Reinos, caen víctimas de un sigiloso asesino. Un agente Arpista y una hermosa asesina semielfa debe resolver el misterio. Si no lo consiguen, ellos serán las próximas víctimas. Pero en los Reinos, las cosas rara vez resultan tan sencillas.

Para Andrew, mi primogénito y mi amigo

# Lectulandia

Elaine Cunningham

## La Venganza Elfa

Los Arpistas I

ePUB v1.2

Garland 28.06.11

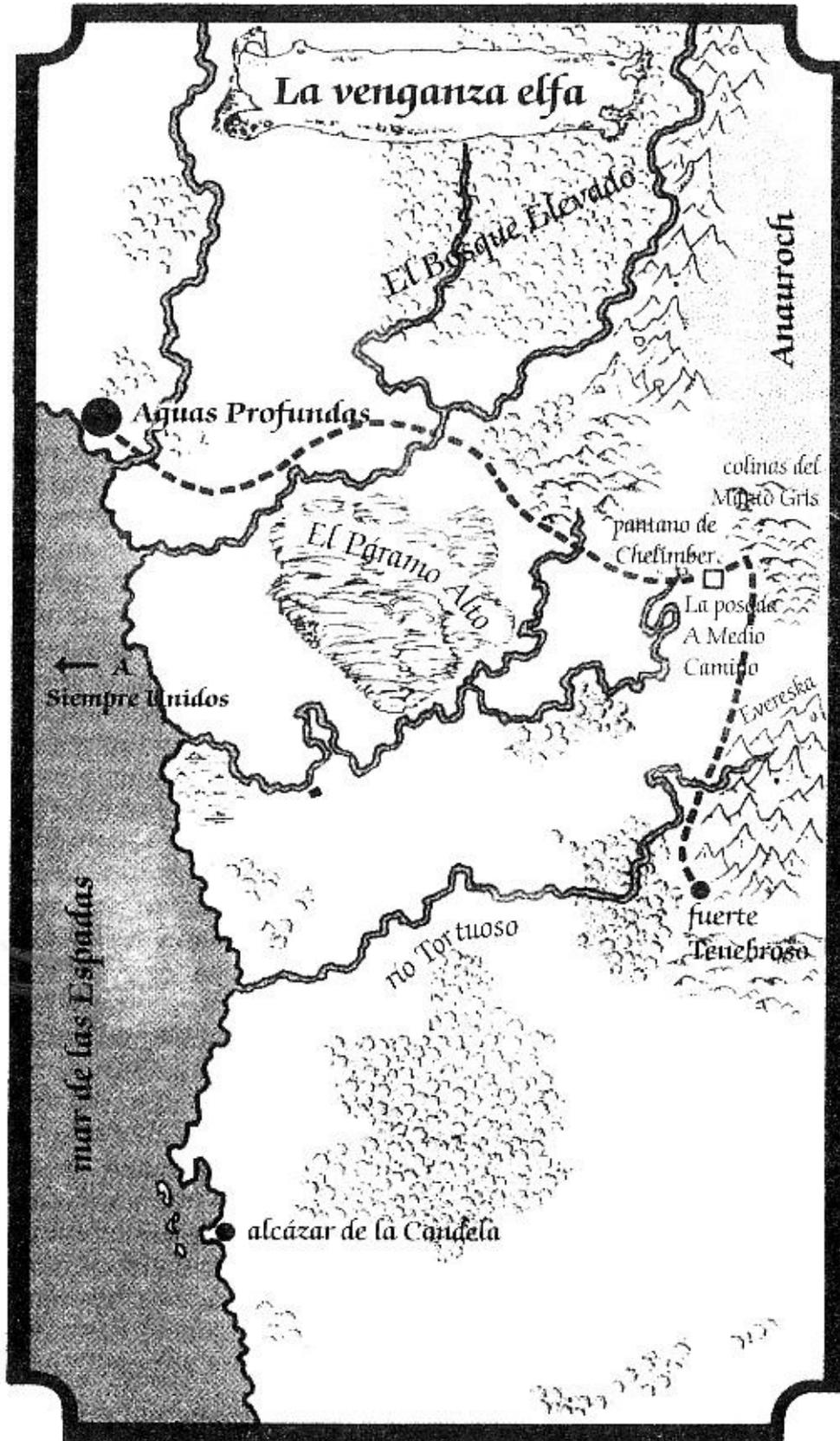
---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a Bette Suska por enseñarme que las palabras pueden ser juguetes y objetos preciosos; a Marilyn Kooiman por sugerir que un bicho raro como yo debería escribir fantasía; y a Jim Lowder por su consejo, buen humor y asombrosa paciencia.



# Preludio

El elfo emergió en un claro, un pequeño prado verde rodeado por un círculo de enormes y milenarios robles situados muy cerca unos de los otros. Su camino lo había llevado a un lugar de extraña belleza que, a unos ojos menos avezados que los suyos, podría parecer totalmente natural. El elfo nunca había visto un lugar tan verde. Unos rayos de sol matutinos atravesaban las hojas y enredaderas, e incluso el aire que lo rodeaba parecía espeso y vivo. A sus pies, gotas esmeralda se adherían a la hierba. Los inquisidores ojos del elfo se estrecharon mientras hacía cábalas. Se arrodilló y examinó la hierba hasta encontrarlo: un rastro casi imperceptible donde la hierba, que llegaba hasta los tobillos, no tenía rocío. Sí, su presa había pasado por allí.

Rápidamente siguió la estela entre dos robles gigantescos. El elfo apartó una cortina de enredaderas, salió del claro y parpadeó al brillante sol de la mañana. Cuando sus ojos se acomodaron a la claridad, vio un estrecho sendero de tierra que serpenteaba entre los árboles.

Si su presa no sabía que la seguía, ¿por qué no tomaba el camino más directo a través del bosque? El elfo se abrió paso sigilosamente por la maleza y empezó a seguir el rastro. Casi nada indicaba que otra persona había pasado por allí antes que él, pero eso al elfo no le importaba. Pese a su vergonzoso origen, los que buscaba eran dos de los mejores exploradores que hubiera conocido. Muy pocos eran capaces de caminar sobre la densa y alta hierba de ese claro resguardado sin dejar más que un rastro de rocío.

El elfo se deslizó silenciosamente por el camino. El corazón le latía desaforadamente al pensar en la victoria que ahora tenía al alcance de la mano, y por la que tanto había esperado. Los elfos, en especial los dorados, sabían ser pacientes y tras esa misión había años de planificación, décadas de discusión y casi cuatro siglos de espera, hasta que llegara el momento oportuno y dispusiera de los medios adecuados. Por fin era el momento de golpear, y aquél sería el primer golpe.

El rastro moría junto al muro de piedra, y el elfo volvió a detenerse, alerta. Se agachó a la sombra del muro y examinó la escena que tenía ante él. Al otro lado del muro se abría el jardín más hermoso que había visto en su vida.

Los pavos reales se paseaban ufanos por un prado, algunos de ellos con las plumas de la cola extendidas en abanico, haciendo ostentación de docenas de ojos azules y verdes irisados. En las ramas de los floridos árboles, que abrazaban el estanque y se reflejaban en sus aguas, trinaban pájaros de brillantes colores. El elfo sintió cómo su innato amor por la belleza colmaba su interior y por un momento olvidó su misión. Mientras observaba ese jardín se dijo que sería sencillo seducir a los elfos con tal esplendor.

Y, realmente, habían sido seducidos, concluyó cuando levantó la mirada del jardín

para ir a posarla en un lejano castillo, una maravilla de ópalo y mármol creada por arte de magia. En sus ojos dorados apareció una mirada de odio y triunfo al darse cuenta de que el rastro lo había conducido al mismo corazón del poder de los elfos grises. Ya hacía demasiado tiempo que la antigua raza de los elfos dorados soportaba el yugo de sus inferiores. El elfo empezó a planear su ataque con renovada determinación.

Su situación no podía ser mejor: ningún guardia patrullaba por los jardines exteriores. Si atrapaba a su presa antes de que se acercara demasiado al palacio, podría golpear y marcharse sin que repararan en su presencia, y así regresar otro día y atacar de nuevo.

Entre él y el palacio había un enorme laberinto formado por setos de boj. ¡Perfecto! El elfo esbozó una fugaz sonrisa de maldad. La bruja gris y su mascota humana habían entrado en su propia tumba. Podían pasar días antes de que sus cuerpos fueran descubiertos en ese laberinto.

El plan también tenía sus puntos débiles. El laberinto en sí no le preocupaba, pero sólo se podía entrar en él a través de un jardín de campanillas, unas flores que se cultivaban tanto por su aroma como por su sonido. El elfo percibía su suave música en la tranquila atmósfera de la mañana. Escuchó un momento y apretó los dientes. No era el primer jardín de ese tipo que veía. Los macizos de flores y las estatuas estaban dispuestos de manera que atraparan y canalizaran hasta la mínima ráfaga de viento, por lo que las campanillas tocaban constantemente una o varias melodías. Cualquier cambio en el flujo de aire, por mínimo que fuera, modificaría la melodía. El jardín era un hermoso y efectivo sistema de alarma.

Pero su presa se dirigía a palacio por el laberinto, por lo que tendría que arriesgarse. Saltó por encima del bajo muro de piedra, pasó junto a los inquisitivos pavos reales y atravesó el jardín de campanillas con una economía de movimientos sólo al alcance de los mejores exploradores. Como se temía, el tintineo cambió sutilmente a su paso. Para sus aguzados oídos, la alteración sonó como un sonoro toque de trompeta, y se agachó detrás de una estatua, preparado para recibir a la guardia de palacio.

Tras varios minutos en silencio se relajó. Una sonrisa de desdén curvó sus labios al imaginarse a los guardias de palacio; demasiado zopencos para reconocer la alarma musical. Y, además, sin el más mínimo oído. El intruso pasó por alto el hecho de que pocos elfos, ya fuesen dorados, plateados o verdes, poseían su fino oído para percibir la sutil mezcla de magia y música. Después de todo, él era un rapsoda de la espada y pertenecía a la elite de los cantores de hechizos. Con una risa ahogada, el elfo se introdujo en el laberinto.

No temía perderse, pues sabía que ese tipo de estructuras solían seguir un patrón común. Pero tras doblar algunos recodos, empezó a sospechar que aquél era una

excepción. Jamás había visto un laberinto así. Enorme y caprichoso, sus enrevesados senderos conducían de un jardín a otro, a cual más fantástico. Cada vez más consternado, el elfo pasó junto a árboles de frutas exóticas, fuentes, pérgolas, matas de bayas, diminutos estanques en los que nadaban brillantes peces y colibríes que desayunaban entre jazmines rojos. Más impresionantes eran las ilusiones mágicas, que recreaban episodios familiares de la tradición elfa: el nacimiento de los elfos marinos, el vuelo de dragones, el aterrizaje del barco Ala de Estrella.

El intruso siguió adelante y corrió hacia la entrada de otro claro con jardín. Una sola mirada y se detuvo. Ante él se levantaba un pedestal de mármol rematado por un globo de grandes dimensiones lleno de agua. ¡No podía haber pasado por allí sin darse cuenta! Se acercó para echarle un vistazo de cerca y vio que dentro de la esfera rugía una ilusión mágica: una terrible tempestad en el mar que zarandeaba diminutas embarcaciones elfas. Ante sus horrorizados ojos, la diosa marina Umberlee surgió de las olas, con su blanco cabello ondeando por efecto del vendaval como estallidos de luz. ¡Por los dioses, era otra vez el nacimiento de los elfos marinos!

No había duda. Ni siquiera ese ridículo laberinto podía tener dos ilusiones mágicas iguales. Indignado consigo mismo, el elfo se mesó los cabellos dorados. ¡Él, un afamado explorador, además de reputado espadachín y cantor de hechizos, se había movido en círculos!

Antes de poder seguir fustigándose, oyó un débil chasquido no muy lejos y lo siguió hasta un gran jardín circular cercado por flores que atraían nubes de mariposas multicolores. Del jardín, dominado por un seto de rosas azul pálido en forma de media luna, partían muchos senderos. En un extremo de la media luna, un anciano jardinero elfo podaba los rosales con más vigor que pericia.

El elfo intruso sonrió de nuevo. Según todos los indicios, era el centro del laberinto y seguramente su presa había pasado por allí. El viejo jardinero le diría qué dirección había tomado, aunque tuviera que amenazarlo con su espada.

El elfo penetró lentamente en el jardín. Un enjambre de mariposas alzó el vuelo, y el jardinero alzó la vista. Sus ojos azul plateado se posaron en el intruso y se iluminaron, luego preguntó suavemente el motivo de la interrupción. No obstante, se limitó a hacerle señas y carraspeó, como si se dispusiera a saludarlo.

«¡No, eso no! —pensó el intruso en un momento de pánico—. ¡Ahora no debo alertar a mi presa!»

Una daga voló, y en el rostro del jardinero se dibujó la sorpresa. El anciano levantó una mano, buscando a tientas la hoja alojada en su pecho y entonces se desplomó. La basta gorra que llevaba cayó y se derramó una abundante melena azul salpicada de hebras plateadas.

¡Pelo azul!

Presa de una violenta excitación, el asesino salvó a todo correr la distancia que lo

separaba del jardinero. Al arrodillarse junto al cuerpo sin vida, un destello dorado le llamó la atención. De debajo de la tosca túnica de lino del anciano recogió un medallón con el emblema real. El asesino encontró el cierre y lo abrió. Contenía una pintura en miniatura de la exquisita e inconfundible faz de la reina Amlaruil, que lo miraba con una sonrisa muy personal en los labios.

¡Era cierto! El asesino soltó el medallón y se apoyó en los talones. Le invadía una vertiginosa sensación de júbilo. ¡Gracias a un afortunado error, había matado al rey Zaor!

Un penetrante grito femenino de angustia interrumpió su celebración privada. En un único y veloz movimiento, el asesino se levantó y giró sobre sí mismo, empuñando dos espadas gemelas. Tenía ante sí a su presa original. Estaba tan blanca e inmóvil que por un momento pareció una estatua de mármol, pero ningún escultor podría haber captado ese rostro pálido, crispado por el dolor y la culpa. Con los nudillos de una mano se apretaba la boca y con la otra mano se aferraba al brazo de un hombre alto que la flanqueaba.

«Ah, hoy tengo la suerte de cara», se regodeó el asesino. Rápidamente y con seguridad, avanzó hacia la pareja con las espadas prestas. Para su sorpresa, el gigantón que acompañaba a la bruja tuvo la suficiente presencia de ánimo para coger un pequeño arco de caza que llevaba a la espalda y disparar una flecha.

El asesino notó primero el contundente impacto y después un dolor lacerante cuando la flecha atravesó su armadura de cuero y se le clavó en un costado, justo debajo del tórax. Bajó la vista y comprobó que una buena parte del astil sobresalía y que el proyectil no le había alcanzado ningún punto vital. Haciendo acopio de toda su austera autodisciplina, hizo caso omiso del dolor y enarboló las espadas. Aún podía matar a la bruja —matarlos a los dos— antes de escapar. Sería un día bien aprovechado.

—¡Por aquí! —resonó muy cerca una vibrante voz de contralto.

El grito de la elfa había alertado a la guardia de palacio. El asesino podía oír los pasos de, al menos, una docena de soldados que se aproximaban. ¡No podían capturarlo e interrogarlo! Él estaba dispuesto a morir por la causa, pero los grises no le concederían la dignidad de la muerte. Usando su maldita magia, la reina gris sondearía su mente para averiguar los nombres de su maestro y de los cantores de hechizos que estaban al acecho en el mismo Siempre Unidos, esperando con proverbial paciencia dorada la señal de ataque.

Tras un breve instante de vacilación, el asesino dio media vuelta y huyó hacia el claro y el portal mágico abierto.

Con respiración entrecortada y mareado por el dolor y la pérdida de sangre, el elfo se lanzó al círculo de humo azul que delimitaba el portal mágico. Unos brazos fuertes aunque delgados lo cogieron y lo ayudaron a posarse en el suelo.

—¡Fenian! ¡¿Qué ha sucedido?!

—El portal conduce a Siempre Unidos —dijo el elfo jadeando—. ¡El rey Zaor está muerto!

Su compañero lanzó un grito de triunfo que resonó por las montañas y asustó a una pareja de pájaros cantores.

—¿Y ella? ¿Y el Arpista? —preguntó con excitación.

—Aún viven —admitió el asesino. El esfuerzo de hablar le provocó un espasmo de agonía. Hizo una mueca y agarró con ambas manos el astil de la flecha.

—No te preocupes —lo consoló su amigo—. Amnestria y su amante humano pronto se reunirán con Zaor. —Dicho esto, apartó suavemente las manos del herido y empezó a sacar la flecha—. ¿Te vieron?

—Sí —respondió el asesino entre dientes.

Las manos que aferraban la flecha quedaron quietas y después se pusieron tensas.

—No importa. Lo has hecho muy bien. —Con un rápido movimiento, hundió la flecha hacia arriba para clavársela en el corazón. Cuando Fenian dejó de respirar, el elfo extrajo el proyectil y volvió a colocarlo en el ángulo original. Entonces se levantó y miró con un cierto pesar al elfo muerto—. Pero no lo suficiente —murmuró.

El elfo huyó rápidamente, bajando la ladera de la montaña en dirección a la ciudad humana, donde desaparecería entre la multitud. Los elfos de Siempre Unidos no tardarían en seguir el rastro de Fenian por el portal mágico, pero para entonces él ya estaría lejos. Se perdería en Aguas Profundas y hallaría la manera de aprovecharse del descubrimiento que había realizado ese día. Una puerta a Siempre Unidos era justo lo que necesitaba para alcanzar el objetivo al que había dedicado su vida. Qué adecuado que fuese Amnestria, la antigua princesa heredera de Siempre Unidos, ahora caída en desgracia, quien lo ayudara a conseguirlo.

Kymil Nimesin sonrió mientras corría, ajeno a los dos pares de ojos que lo observaban.

—Podría ser él —caviló Lloth, apartando la vista de su poza adivinatoria para fijarla en su viejo aliado.

—¡Es un elfo! —gruñó asqueado Malar, el Señor de las Bestias.

—¿Quién mejor que un elfo? —replicó la diosa—. Los planes de esos elfos dorados son bastante ingeniosos y podrían ser el añadido que necesitamos para lograr lo que tanto hemos deseado. Sea como sea, vamos a vigilarlo y, si resulta prometedor, podemos unir esfuerzos.

# 1

Salió la luna, y en su estela llevaba los nueve diminutos luceros conocidos por los bardos y los amantes como las Lágrimas de Selune. Lentamente la llorosa luna fue apagando los colores de un atardecer de otoño, y la oscuridad se fue enseñoreando del jardín. La bruma —esas inquietantes nubes bajas que daban nombre a las colinas del Manto Gris— empezaron a congregarse, envolviendo el jardín y poniendo sordina a los últimos repiques de las campanas elfas que tocaban a muerto.

En Evereska había pocos lugares más apacibles que el templo de Hanali Celanil, la diosa elfa de la Belleza y el Amor. El templo —una enorme estructura de mármol blanco y ópalo— se erigía sobre la colina más alta de la ciudad y estaba rodeado por jardines que incluso en las postrimerías del otoño exhibía flores muy poco comunes y frutas exóticas. Sobre un pedestal bajo situado en el centro de los jardines se veía una estatua de Hanali Celanil tallada en una excepcional piedra blanca.

Pero la solitaria figura acurrucada a los pies de la estatua no tenía ojos para las maravillas que la rodeaban. Entumecida por el dolor, la doncella semielfa se abrazaba las rodillas con sus delgados brazos y tenía la mirada perdida en las lejanas colinas, más allá de la ciudad. Sus ojos no percibían la iluminación de las calles de Evereska y tampoco intentaba protegerse con la capa de la fría neblina. La muchacha se había sentido atraída hacia los jardines del templo como por instinto, quizá seducida por la esperanza de que el que había sido el refugio favorito de su madre aún conservara ecos de su amada presencia.

La joven Arilyn de Evereska —aún no había cumplido los quince años— todavía no había asimilado que su madre, Z'beryl —una maga y guerrera elfa muy competente— hubiera muerto, y mucho menos a manos de unos vulgares rateros. Pero no había duda. Los dos asesinos habían confesado y ahora mismo sus cuerpos colgaban de las almenas de la ciudad. Arilyn había asistido a la ejecución sintiéndose extrañamente impasible.

Arilyn no podía asumir tantas cosas de golpe. La joven semielfa acercó aún más las piernas al pecho y apoyó la frente en las rodillas. El esfuerzo de tratar de encontrarle un sentido a todo lo ocurrido la había dejado exhausta. ¿Había muerto de verdad la única familia que Arilyn había conocido? Inmediatamente después de la muerte de su madre recibió la segunda impresión: la repentina y sigilosa llegada de los parientes de Z'beryl.

Distantes y circunspectos, los desconocidos elfos apenas se habían dado por enterados de la presencia de Arilyn, prefiriendo llorar la pérdida de Z'beryl tras los velos plateados de sus ropajes de duelo. Una familia sin rostro. Incluso ahora, al recordarlo, la joven sentía escalofríos y tuvo que abrigarse con su vieja capa. Después del funeral Arilyn se despojó de las ropas de duelo y buscó consuelo en su atuendo

habitual. Éste consistía en una sencilla túnica sobre una camisa holgada y pantalones oscuros remetidos dentro de unas botas muy gastadas, que eran tan cómodas como zarrapastrosas. De hecho, lo único que la diferenciaba de un mocoso sin hogar era la antigua espada que le colgaba a un lado de la cintura.

La joven buscó la espada con la mano, el único legado de su madre, y sus dedos acariciaron con aire ausente las runas arcanas grabadas a lo largo de la vaina. La semielfa sentía que la espada ya formaba parte de ella. No obstante, tras el funeral los parientes de su madre iniciaron una acalorada discusión sobre si Z'beryl tenía derecho a legar la espada a una semielfa. A la joven le pareció extraño que nadie intentara arrebatarle el arma. Cuando acabaron marchándose tan misteriosamente como habían llegado, Arilyn no se sintió ni más ni menos sola que antes de que aparecieran.

—¿Arilyn de Evereska? Perdóname, muchacha, no quisiera importunarte en estos momentos de dolor, pero debo hablar contigo.

Estas suaves palabras sacaron bruscamente a Arilyn de sus reflexiones. La muchacha se incorporó y entrecerró los ojos en la dirección de la que procedía la musical voz. Vio a un elfo alto y esbelto junto a la verja que permitía el acceso al centro de los jardines, parecía que esperase su permiso para entrar.

Arilyn había heredado la aguda vista de su raza materna, por lo que incluso en la brumosa penumbra no tuvo ninguna dificultad en reconocer al punto a su visitante. Su habitual serenidad se esfumó en presencia del ídolo de su niñez. ¡Era Kymil Nimesin, y ella con aquellas pintas! Disgustada y nerviosa al mismo tiempo, Arilyn se puso en pie apresuradamente y se limpió las manos en los fondillos de los pantalones.

Kymil Nimesin era un alto elfo perteneciente a una familia noble, que en otro tiempo poseyó un asiento en el consejo del reino de Myth Drannor, perdido hacía ya tanto. En la actualidad era maestro de armas en una academia, tenía fama de aventurero y era un maestro en la arcana magia de las batallas. Se rumoreaba con insistencia que estaba relacionado con el misterioso grupo conocido como los Arpistas. Arilyn lo creía firmemente, pues tales historias alimentaban la heroica imagen que se había hecho de Kymil Nimesin. Asimismo explicarían su presencia en el jardín; en una ocasión Z'beryl le contó que los elfos de Evereska mostraban gran interés por las actividades de los Arpistas.

—Lord Nimesin. —Arilyn se irguió en toda su estatura y extendió ambas manos, con las palmas hacia arriba, en el que era el tradicional gesto de respeto.

El elfo la saludó con una inclinación de cabeza, tras lo cual se le acercó con la gracia de un bailarín o de un consumado guerrero. No era común ver elfos altos —llamados también elfos dorados— en la colonia de elfos de la luna de Evereska. Arilyn se sintió muy vulgar al comparar su pálida tez y sus cabellos negros muy cortos con el exótico colorido de un mágico elfo dorado. Kymil tenía la broncea tez

propia de su subraza, largos cabellos rubios con mechas cobrizas y ojos semejantes al mármol negro pulido. Al ver que el maestro se acercaba, Arilyn se maravilló de su gracia y de su impresionante belleza, que realzaba el aura de nobleza y poder que lo rodeaba. Kymil Nimesin era verdaderamente un *quessir*, un elfo honorable. Arilyn dio unos pocos pasos en su dirección y lo saludó con una reverencia.

—Es un honor, lord Nimesin.

—Puedes llamarme Kymil —le dijo gentilmente el elfo—. Hace muchos siglos que los Nimesin ya no somos lores. —El elfo dorado estudió largamente a Arilyn y luego sus ojos de obsidiana se posaron en la estatua situada a las espaldas de la muchacha—. Me pareció que te encontraría aquí.

—¿Perdón? —En la frente de la semielfa aparecieron arrugas de desconcierto.

—La estatua de la diosa se parece increíblemente a tu madre —explicó Kymil, mirando de nuevo a Arilyn—. En tu lugar yo también habría acudido aquí esta noche.

—¿La conocíais? ¿Conocíais a Z'beryl? —preguntó Arilyn, anhelante. Tan nerviosa estaba que avanzó un paso y agarró al elfo por los antebrazos. Había tan pocas personas capaces de contarle algo de la vida anterior de su madre, y ella deseaba tanto saber más, que olvidó el reverente respeto que le inspiraba el famoso *quessir*.

—Coincidimos brevemente hace muchos años —replicó Kymil. Con gestos amables se desasíó del impulsivo apretón de Arilyn y volvió a estudiar la estatua de Hanali Celanil. Entonces dirigió una o dos miradas a la semielfa, y a ésta le pareció que trataba de tomar una decisión.

Arilyn rebullía de impaciencia, pero Kymil no parecía dispuesto a añadir nada más. Tras un momento de silencio, la muchacha consiguió apartar su expectante mirada del *quessir* y obedientemente miró la estatua de la diosa entrecerrando los ojos, tratando de ver algo de su madre en la fría y nívea belleza de Hanali Celanil.

La luz de la luna bañaba la estatua como si también ella se deleitara en su hermosura. Más esbelta y más bella que ninguna mortal, Hanali Celanil poseía los rasgos delicados y angulosos de la raza elfa. Una ligera sonrisa de complicidad curvaba sus exquisitos labios, y vigilaba sus dominios con ojos almendrados. Una mano de largos dedos la tenía posada sobre el corazón y con la otra se tocaba una puntiaguda oreja. Así era como se solía representar a Hanali Celanil, para mostrar que siempre escuchaba las plegarias de los enamorados.

En el lienzo de su imaginación Arilyn aplicó una pincelada azul a los pómulos y las orejas de la estatua, reemplazó la compleja cofia blanca por las largas trenzas azul zafiro de Z'beryl, le ciñó una espada a la cintura y, finalmente, se imaginó que sus ojos eran azules con motitas doradas, y que la miraban con amor de madre.

—Sí —convino con Kymil Nimesin—, supongo que se parece bastante a ella.

El sonido de su voz sacó al maestro de su reflexión, y su mirada abstraída

desapareció. El elfo posó una mano sobre los hombros de Arilyn en un breve y silencioso gesto de condolencia que no parecía condecirse con su seco carácter.

—Lamento tu pérdida —le dijo—. ¿Puedo preguntarte qué piensas hacer ahora?

Arilyn retrocedió, sobresaltada, y miró al *quessir* sin comprender. Era una pregunta perfectamente razonable; pero, de pronto, ella se había dado cuenta, alarmada, de que no tenía ni idea de qué hacer. No se le había ocurrido pensar en el futuro.

El silencio fue roto por el estridente sonido nasal de unas agudas cornetas. Arilyn reconoció la señal para el cambio de guardia. Los barracones de la guardia de Evereska se encontraban a los pies de la colina, y los sonidos de los habituales movimientos de los soldados llegaban hasta los jardines del templo.

—Voy a unirme a la guardia —respondió Arilyn impulsivamente.

—Si el viento soplara del oeste seguramente habríamos oído los cánticos de la Academia de Magia, y supongo que habrías decidido ser maga —comentó Kymil con un amago de sonrisa en los labios.

Arilyn inclinó la cabeza, avergonzada por su reacción infantil. Pero insistió:

—No. Siempre he querido ser una guerrera, como mi madre. —Mientras hablaba fue alzando orgullosa el mentón, y la mano se le fue a la empuñadura de la espada de su madre, que ahora era suya.

—Ya veo. —Kymil siguió el movimiento con la mirada y sus ojos se entornaron al estudiar el arma de Arilyn—. Tu madre era maga además de luchadora. En la Academia de Magia y Armas se la tenía en muy alta estima como instructora. ¿Te enseñó mucho del Arte?

—No. —Arilyn negó con la cabeza—. Me temo que no tengo dotes para la magia. Ni tampoco gran interés —añadió con una fugaz sonrisa.

—Entonces supongo que no te contó nada acerca de la tradición de la hoja de luna.

—¿Te refieres a mi espada? Si tiene una historia, la desconozco —replicó Arilyn—. Mi madre me dijo solamente que un día sería mía, y me prometió contarme la historia de la espada cuando cumpliera la mayoría de edad.

—¿La has usado?

—No, nunca. Y tampoco mi madre, aunque la llevaba siempre consigo. Siempre hasta que... —La voz le falló.

—Hasta el funeral. —Kymil completó la frase con dulzura.

—Sí. —Arilyn tragó saliva—. Hasta el funeral. Cuando se leyó el testamento de mi madre me fue entregada la espada.

—¿La has desenvainado?

La pregunta del *quessir* le extrañó, pero supuso que tendría sus razones para preguntarlo. Arilyn se limitó a negar con un movimiento de cabeza.

—Humm... ¿Estás segura de que Z'beryl no te dijo nada sobre la espada? — insistió Kymil.

—Absolutamente nada —confirmó Arilyn tristemente. Entonces se animó y añadió—: Pero sí me enseñó a luchar. Soy muy buena —afirmó con ingenuo candor infantil.

—¿De veras? Tendremos que comprobarlo.

Antes de que Arilyn pudiera decir ni media palabra, el maestro de armas sostenía una delgada espada que relucía. La espada de Arilyn pareció casi saltar de su funda, y la muchacha contrarrestó la primera estocada del elfo con una parada a ambas manos.

Una intensa emoción inundó los ojos negros de Kymil, pero antes de que Arilyn pudiera poner nombre a la reacción del *quessir* la angulosa faz del elfo volvía a mostrarse inescrutable.

—Tienes buenos reflejos —comentó con voz tranquila—. Pero agarrar la espada con las dos manos tiene sus limitaciones.

Como para demostrarlo Kymil se sacó una segunda arma del cinto: una daga larga y fina. Entonces arremetió contra la semielfa, amagando con la daga al tiempo que trazaba un círculo con la espada, la alzaba y se disponía a descargarla. Con una gracia instintiva, Arilyn brincó a un lado, esquivó la daga y apartó fácilmente la espada con su propia arma.

Las cejas del *quessir* se alzaron, más por fruto de la reflexión que de la sorpresa. Nuevamente dibujó un centelleante círculo con la espada, y luego más. Pero antes de completar el segundo atacó a Arilyn con la daga. Aunque la muchacha parecía intrigada por los vertiginosos movimientos de la espada no se dejó distraer, y la hoja de luna avanzó rápida como el rayo para bloquear la daga. Kymil se apartó, y retrocedió graciosamente unos pasos bajando ligeramente las armas; pero Arilyn mantuvo una posición defensiva, seguía medio agachada, con los ojos alerta y ambas manos aferrando la antigua espada.

«Excelente», aplaudió Kymil en silencio. La muchacha no sólo tenía un instinto natural para la lucha sino también un incipiente buen juicio. Para continuar probándola volvió a avanzar y descargó sobre ella una lluvia de golpes, esbozando alternativamente con la espada y la daga un intrincado dibujo que habría confundido a más de un adversario avezado. Arilyn paró todos los golpes, lo que era una proeza aún más excepcional por su empeño en coger la espada con ambas manos.

«Es rápida —se dijo Kymil—, pero veamos si también es fuerte.» El elfo se guardó de nuevo la daga y levantó la espada en alto, sujetándola firmemente con ambas manos. Entonces la descargó con una fuerza considerable, convencido de que arrancaría a Arilyn la espada de las manos. El acero de la muchacha trazó un rutilante semicírculo hacia abajo y se alzó para ir al encuentro de la espada de Kymil. Las armas chocaron con tal ímpetu que saltaron chispas en la noche, pero la joven

semielfa asió firmemente la hoja de luna. Satisfecho, Kymil retrocedió.

Sin bajar la guardia, el elfo fue dando lentamente vueltas en torno a la muchacha, estudiándola como si buscara un punto débil. Lo que vio lo satisfizo enormemente.

La hija semielfa de Z'beryl medía alrededor de un metro setenta y cinco —lo que era bastante para una elfa de la luna— y aunque desgarrada estaba bien formada. Su fuerza y agilidad eran excepcionales incluso para alguien con un cien por cien de sangre elfa y, como ella misma había dicho, era buena, muy buena. Sí, sin duda la muchacha prometía.

Pero lo más importante para el maestro de armas era que Arilyn había desenvainado su arma y seguía viva, lo que significaba que la espada había aceptado a la heredera elegida por Z'beryl. Mientras se daba cuenta del extraordinario espíritu que brillaba en los ojos claros y con motas doradas de la muchacha, Kymil pensó que la espada había elegido bien. Kymil Nimesin había acudido a los jardines del templo esperando encontrarse con una patética mestiza, pero, por extraño que pudiera parecer, tenía ante él a una heroína en ciernes, si bien aún tenía que pulirse.

Perfectamente consciente del examen al que la estaba sometiendo Kymil, Arilyn giraba siguiendo al elfo sin darle nunca la espalda y sosteniendo la espada en actitud defensiva. Por las venas le corría una sensación de júbilo, y sus ojos se iluminaban con violenta alegría ante la idea de proseguir la lucha.

Aunque la muchacha había crecido con una espada en la mano, nunca se había enfrentado a un adversario tan formidable. Y tampoco había empuñado nunca una espada como aquélla. Impulsivamente, embistió tratando de provocar a Kymil. El elfo paró el golpe fácilmente, pero volvió a retroceder y envainó la espada.

—Por ahora ya basta. Tienes un espíritu encomiable, pero no sería decoroso prolongar innecesariamente un ejercicio de esgrima en el jardín del templo... ¿Podría examinar la hoja de luna? —preguntó extendiendo una mano.

Pese a su decepción por la negativa del *quessir* a continuar la lucha, Arilyn intuyó que acababa de pasar una prueba. Conteniendo una sonrisa de triunfo cogió la espada por la punta y se la ofreció al maestro por la empuñadura. Pero éste sacudió la cabeza.

—Primero enváinala —ordenó.

La muchacha obedeció, confundida. Deslizó la espada dentro de la funda, se la desciñó y se la tendió al elfo dorado.

Kymil examinó el arma cuidadosamente. Estudió las runas grabadas en la funda antes de centrar su atención en la empuñadura y acariciar delicadamente un gran hueco vacío de forma oval situado justo debajo del puño del arma.

—Tendremos que poner una nueva piedra para sustituir la que falta. —El elfo enarcó una ceja inquisitivamente—. Supongo que está algo desequilibrada.

—Yo no lo he notado.

—Lo harás, cuando tu entrenamiento progrese —le aseguró el elfo.

—¿Entrenamiento? —Un centenar de preguntas se agolparon en la mente de Arilyn y se reflejaron fugazmente en su rostro, pero Kymil desechó su curiosidad con un impaciente ademán.

—Más tarde. Primero dime todo lo que sepas de tu padre.

La petición del elfo chocó tanto a la joven que enmudeció. Hacía muchos años que no se permitía el lujo de pensar en su padre. De niña había elaborado complicadas fantasías en su cabeza, pero la verdad era que apenas sabía nada de las circunstancias que concurrieron en su nacimiento. Pese a que los elfos solían dar gran importancia a sus orígenes, Z'beryl siempre había recalcado que los méritos personales eran más importantes que el pasado familiar. Arilyn aceptó lo mejor que pudo un criterio tan poco ortodoxo, pero en esos momentos deseó desesperadamente poder contar a Kymil Nimesin alguna historia extraordinaria sobre quién era su padre. Arilyn sabía lo importantes que eran tales cosas para los elfos dorados, tan orgullosos de su linaje.

—Supongo que os habréis dado cuenta de que soy una semielfa —respondió cautelosamente—. Mi padre era humano.

—¿Era?

—Sí. Cuando era niña solía preguntar a mi madre sobre él, pero ella se ponía tan triste que supuse que mi padre había muerto.

—¿Y qué hay de la familia de Z'beryl? —insistió Kymil. La única respuesta que obtuvo de Arilyn fue un desdeñoso resoplido. El *quessir* alzó una dorada ceja—. Deduzco que la conoces.

—Apenas. —Arilyn alzó orgullosa el mentón. Ellos no habían querido saber nada de ella, por lo que ella tampoco deseaba nada de ellos—. Antes del funeral de mi madre nunca vi a ninguno de sus parientes y ahora no espero volver a verlos.

—¿Yeso?

Obviamente Kymil estaba interesado pero Arilyn se limitó a encogerse de hombros para no tener que responder.

—Lo único que querían de mí era la espada. Todavía no entiendo por qué no me la quitaron.

El elfo dorado se permitió adoptar un aire despectivo para contestar:

—No podían. Ésta es una hoja de luna, una espada hereditaria que tan sólo puede ser empuñada por una persona. Z'beryl te la dejó a ti, y la espada te ha aceptado.

—¿De veras? ¿Cómo lo sabes?

—Porque la has desenvainado y sigues viva —respondió el elfo sucintamente y con una expresión irónica.

—Oh.

Kymil devolvió a Arilyn la espada envainada con un gesto casi deferente.

—La espada ha elegido y, al hacerlo, te ha hecho distinta. Nadie más que tú podrá cogerla aunque esté envainada y mucho menos blandirla. Desde esta noche y hasta que mueras no podrás separarte de ella.

—¿De modo que la espada y yo somos un equipo? —preguntó la semielfa vacilante, mirando la espada que Kymil le tendía.

—Por así decirlo, sí. Su magia te pertenece sólo a ti.

—¿Magia? —Arilyn cogió el arma y se la ciñó cautelosamente, como si esperara que cambiara de forma en cualquier momento—. ¿Qué puede hacer?

—Sin conocer la historia de esta hoja de luna en concreto no puedo decirlo. — Kymil observó con aire de aprobación cómo Arilyn desenvainaba la espada y la estudiaba con nuevo interés, olvidando el temor que le había inspirado momentos antes—. No hay dos hojas de luna iguales.

—¿Es que hay más? —inquirió ella levantando la vista.

—Sí, pero muy pocas. Cada hoja de luna tiene una historia única y compleja, pues su magia se va desarrollando y crece a medida que cada nuevo dueño le imbuye un nuevo poder.

—¿Así que yo también puedo añadir un nuevo poder mágico a la espada? ¿El poder que desee? —La excitación iluminó la faz de la semielfa.

—Me temo que no —contestó Kymil, señalando el hueco oval debajo del puño—. A tu espada le falta el ópalo encantado que actúa de puente entre la espada y su dueño. Todos los poderes mágicos emanan de los dueños, pasan a través de la piedra y, finalmente, son absorbidos por la propia espada.

—Oh.

—No estés tan decepcionada, muchacha. —El elfo dorado sonrió levemente—. Podrás hacer uso de todos los poderes que la espada ya posee.

—¿Por ejemplo? —preguntó Arilyn intrigada.

Kymil cerró sus negros ojos, sacudió la cabeza y soltó un suave suspiro de resignación.

—Ya veo que serás una alumna muy exigente —murmuró—. Puesto que no tienes a nadie más me ofrezco para entrenarte, si así lo deseas.

—¡Oh, sí! —exclamó Arilyn impulsivamente, encantada. Pero al momento siguiente le cambió la cara—. Pero ¿cómo? La Academia de Armas nunca me aceptará.

—Tonterías. —Con súbita determinación Kymil desechó tal obstáculo con un simple gesto de una de sus manos de largos dedos—. Ahora mismo has demostrado más aptitudes y más talento que muchos de sus mejores estudiantes. Los humanos, como mucho, son capaces de aprender los rudimentos de las artes de la lucha. Será agradable tener, para variar, una estudiante digna. Que además es hija de Z'beryl... — La voz del elfo se fue apagando mientras consideraba las posibilidades.

Aún no del todo tranquila, Arilyn clavó la vista en la desgastada punta de una de sus botas.

—Todavía me faltan varios años para tener la edad en la que los semielfos son aceptados.

—No te preocupes por eso —atajó Kymil, y su tono de voz indicaba que daba el asunto por zanjado—. Eres una *etrielle* bajo mi tutela. La Academia no exigirá nada más.

Arilyn alzó la cabeza bruscamente y abrió mucho los ojos, intimidada por las palabras de Kymil y por lo que implicaban. Entonces se cuadró y, con un repentino y decidido movimiento, envainó la espada mágica. Ya no era una semielfa huérfana de padre desconocido; con sus palabras Kymil Nimesin la había convertido en una *etrielle*, una hermana elfa noble.

—Muy bien —concluyó Kymil—, asunto concluido. Sólo te queda pronunciar el juramento de los cadetes. Por favor, desenvaina la espada y repite después de mí las palabras que diré.

Abrumada pero también anhelante, Arilyn desenvainó la hoja de luna. Presa de un súbito impulso, se colocó a un lado de la estatua y se postró de hinojos; pronunciaría el juramento a los pies de la diosa elfa, como correspondía a una *etrielle*. Cogiendo la espada con ambas manos levantó los ojos hacia el maestro y esperó expectante que éste dijera las palabras del juramento.

Pero Kymil se limitó a tomar aire. Sin saber qué ocurría, Arilyn se puso de pie, pero el elfo dorado se apartó de ella con los ojos fijos en la hoja de luna.

Arilyn bajó la vista. En sus manos la espada relucía con un tenue brillo azulado. La luz se fue haciendo cada vez más intensa hasta que, como si estuviera viva, se desprendió de la espada para tocar la neblina. Ésta se arremolinó espectralmente alrededor de los elfos. Ante sus atónitos ojos, la neblina siguió dando vueltas como si buscara algo y no lo encontrara. Finalmente, llegó a la estatua y pintó de azul el semblante de la diosa.

En un rincón de su mente Arilyn empezó a separar una percepción que se destacaba de la barahúnda de sus emociones. No sabía decir si era más bien una fría energía o la presencia de una extraña entidad, pero era una fuerza que estaba tanto dentro de ella como a su alrededor. Esa fuerza fue creciendo hasta que el jardín quedó bañado en un resplandor azul y todos los sentidos de Arilyn bullían con su poder. ¿Era ésa la sensación que producía la magia? Resultaba a la vez aterrador y extraño, aunque formaba parte de ella tanto como el brazo que sujetaba la espada. Impresionada, la semielfa arrojó la hoja de luna al suelo.

Instantáneamente, el jardín quedó sumido en la oscuridad, únicamente rota por la luna velada por la neblina y el resplandor de la espada que se apagaba rápidamente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Arilyn en un suspiro, sobrecogida—. ¿Adónde

se ha ido?

—No lo sé —admitió Kymil, regresando a su lado—. La hoja de luna es muy misteriosa.

Cautelosamente Arilyn levantó una mano para tocar la mano de piedra de la diosa posada en su corazón. A la muchacha le pareció que aún conservaba un pequeño resto de la luz azul.

—Vamos —dijo Kymil, y su tono enérgico conjuró el temor reverencial que tenía a Arilyn subyugada—. No dejes que este hecho te asuste ni te distraiga. Estoy seguro de que, a su debido tiempo, le encontraremos una explicación. Juntos descubriremos los poderes de la hoja de luna. Tú posees talento y una extraordinaria herencia, y yo puedo darte destreza y una causa digna. ¿Quieres que sigamos adelante con el juramento?

¡Tener a Kymil Nimesin por maestro y mentor! Arilyn asintió con entusiasmo y recogió la espada. Mientras repetía las palabras rituales, los ojos azules de la muchacha brillaban con una intensidad que hacía palidecer el débil resplandor de la hoja de luna.

## 2

—¡Oh, qué gracioso! Esto es algo que tendré que incluir en mis memorias. ¡La asesina favorita de los Arpistas viene a verme para pedirme consejo! —El viejo rió, encantado, al tiempo que se balanceaba en su silla, aferrándose al borde del escritorio y sumido en un ruidoso regocijo.

El hecho que se pirtiera tanto con la situación no le granjeaba las simpatías de su visitante. Con los puños apretados a los lados, Arilyn Hojaluna hizo rechinar los dientes mientras esperaba que el soldado zhentarim retirado dejara de reírse. En su opinión, cualquier encuentro con los zhentarim debería resolverse con una espada y no con diplomacia y regateos. La Red Negra veneraba a los dioses del mal y ensalzaba la avaricia tanto individual como colectiva de sus miembros, y ese hombre era un espécimen especialmente desagradable. La hoja de luna que Arilyn llevaba al cinto zumbaba con silenciosa indignación, haciéndose eco de las opiniones de su dueña. Además, la pulla del hombre había dado en el blanco.

Pero a la aventurera semielfa no le quedaba más remedio que soportar a aquel viejo loco, pues poseía una información que no era probable que obtuviera en otro lugar. Así pues, esperó con calma, contemplando al hombre con una repugnancia bien disimulada. Su arrugada piel mostraba un enfermizo tono grisáceo y sus esqueléticos brazos y piernas, así como su abultada barriga, le daban el aspecto de una enorme araña. También su carácter tenía algo de arañil, y cada vez que lo miraba Arilyn se sorprendía de comprobar que no poseía las ocho patas de rigor de las de su especie. Su madriguera ofrecía un entorno adecuado. Era un cuartucho oscuro situado encima de una taberna, con vigas bajas y engalanado con polvorientas telarañas. Lo único que lo animaba era la tenue luz de un quinqué y los aromas de la cena que subían de la cocina —hígado encebollado, dedujo Arilyn—. Saltaba a la vista en qué invertía el hombre su mal adquirida fortuna; tenía pretensiones literarias y había empezado a escribir un grueso libro. Pilas de caro pergamino atestaban un escritorio que temblaba bajo el ataque de hilaridad del hombre.

Finalmente las carcajadas dieron paso a unas risas sofocadas, y el anciano se secó sus húmedos ojos. Sin dejar de sonreír abiertamente, indicó con un gesto a la joven que tomara asiento en una silla al lado del escritorio.

—Pero siéntate, por favor. Ponte cómoda y hablemos de negocios.

A Arilyn le molestó que el viejo zhentarim la tratara como a una colega. En su juventud él también había sido un asesino, pero ella no tenía nada que ver con aquel despreciable humano. Arilyn se sentó en el borde de la silla y dijo en tono oficial:

—Recibiste nuestros mensajes y confío en que comprendas la situación.

—Más o menos. —El hombre enarcó una peluda ceja—. No comprendo que alguien se meta en tantos líos por un puñado de baratijas religiosas...

—Son objetos de incalculable valor que están consagrados a la diosa Sune.

—¿Es que los Arpistas han sufrido un súbito arrebató de devoción por la diosa de la Belleza? ¿Cuándo ha sido eso?

—Los objetos fueron robados a un enviado de la iglesia de Sune, y las sacerdotisas que lo acompañaban fueron asesinadas.

—¿Y? Son cosas que pasan —replicó el hombre, encogiéndose de hombros.

Aquella actitud aumentó peligrosamente el malhumor de Arilyn, que estaba a punto de estallar. Ella había formado parte de la partida de busca que descubrió los cuerpos torturados, y ese recuerdo borró de un plumazo su desganado intento de ser diplomática.

—Desde luego, la pérdida de vidas inocentes es un asunto trivial —dijo con una ironía cargada de veneno—, pero la Iglesia de Sune desea recuperar los objetos robados.

—Fueran o no vidas inocentes, los Arpistas no suelen meter las narices en estos asuntos —señaló con sarcasmo el zhentarim—. ¿Recuperar objetos robados? ¡Venga ya! Ellos necesitan causas más elevadas.

«Muy cierto», se dijo Arilyn en silencio. Los Arpistas apoyaban causas nobles al parecer aleatorias, que elegían mediante misteriosos procesos que Arilyn desconocía. No obstante, esta vez sabía exactamente cuál era el propósito de los Arpistas. El año anterior, los reinos de las tierras interiores se unieron en una cruzada para detener una invasión bárbara. Aunque la cruzada había tenido éxito, la situación política en la zona era ahora muy inestable y, paradójicamente, había reforzado la posición de los zhentarim estacionados en el fuerte Tenebroso, una fortaleza situada en las montañas. Ahora los Arpistas se ocupaban de tales asuntos.

—Como sin duda sabes, los zhentarim firmaron un tratado de un año con el gobierno local. Ese año está a punto de concluir, pero las partidas de asalto del fuerte Tenebroso pueden seguir atacando durante un tiempo sin temor a sufrir ningún acoso ni represalias. Por suerte —añadió la joven irónicamente—, los Arpistas no obedecen al gobierno local. La Iglesia de Sune no puede recurrir a los canales normales, por lo que, como tantas otras víctimas de las incursiones, han acudido a los Arpistas en busca de ayuda.

El viejo zhentarim se recostó en la silla con una amplia sonrisa en la cara. Sus nudosos dedos manchados de tinta tamborilearon un desenfadado ritmo en la mesa.

—Por supuesto. De modo que los Arpistas han decidido enviar a una avezada asesina para que se infiltre en el fuerte Tenebroso, pida cortésmente que le devuelvan los objetos de Sune, y después se quede a tomar el té allí y vuelva a salir sigilosamente. Más o menos es así, ¿no?

—Yo no suelo tomar té —replicó Arilyn con un toque de humor— pero, básicamente, sí.

—Ajá. Ahora que hemos dejado de lado las formalidades, ¿por qué no me dices lo que de verdad estás planeando?

—Recuperar los objetos robados.

El anciano volvió a reír entre dientes.

—¡Qué moza tan tozuda! Muy bien, jugaremos a tu juego. ¿Quién es el desafortunado bastardo que tiene ahora esos objetos?

Arilyn vaciló un largo momento antes de responder. Se decía que entre el anciano y la persona que buscaba había cierta inquina, y a ella le habían dicho que a su informante le entusiasmaría la oportunidad de ajustar cuentas. Para ella era inconcebible vender a un antiguo camarada, pero también sabía que entre los zhentarim era habitual. De hecho, el hombre que tenía enfrente tenía todo el aspecto de estar dispuesto a vender a su propia madre a un harén de Ulgarth.

—¿Y bien? —El hombre se impacientaba.

—Cherbill Nimmt —contestó ella de mala gana.

El zhentarim soltó un lento silbido.

—Ahora empiezo a comprender lo que ocurre. Nimmt y yo hicimos de las nuestras cuando él empezaba. Si hay alguien que se esté buscando que lo maten, ése es él. Es de mala pasta y, viniendo de mí, eso es mucho —comentó con perverso orgullo. El viejo asesino se quedó un momento imaginándose la agradable perspectiva de la muerte de su antiguo amigo antes de añadir con un cierto pesar—: No obstante, no creo que merezca la pena morir para matar a Nimmt.

—No deseo ni una cosa ni la otra. Tengo instrucciones de comprarle los objetos robados. Nada más.

La sarcástica mirada que le lanzó el hombre decía claramente la poca credibilidad que le inspiraban las palabras de Arilyn.

—Las sacerdotisas de Sune se eligen por su belleza, ¿verdad? Supongo que Nimmt y sus hombres se pirtieron un poco antes de eliminar al enviado. —En el rostro del hombre apareció una expresión nostálgica—. Nimmt era un buen compañero en las incursiones. Recuerdo una vez que...

Arilyn levantó una mano para interrumpirlo antes de que se perdiera en el marasmo de sus recuerdos.

—Ibas a venderme información sobre la fortaleza.

—Por un precio justo estoy dispuesto a venderte cualquier cosa.

Arilyn captó la indirecta. De los pliegues de la capa sacó una bolsa de oro que arrojó al hombre. Éste la atrapó con asombrosa habilidad y la sopesó en la mano con gesto experto.

—Aquí hay más o menos la mitad del precio que acordamos.

—Hay exactamente la mitad —admitió Arilyn—. Recibirás el resto cuando regrese sana y salva.

—«Sana y salva» —repitió el hombre en tono mordaz—. Colarse en el fuerte Tenebroso y enfrentarse con un hombre como Nimmt no es el mejor modo de llegar a una edad avanzada. No. Quiero el resto del oro cuando acabes la misión, tanto si estás viva como muerta.

—Si accedo, ¿qué te impedirá ponerte en contacto con tus viejos amigos del fuerte Tenebroso? —Arilyn sacudió la cabeza—. No, el trato original sigue en pie. Yo arriesgo la vida confiando en tu información, y tú arriesgas la mitad de tus honorarios confiando en mi éxito.

El viejo asesino zhentarim se quedó pensativo, tras lo cual se encogió de hombros.

—De acuerdo. No hay mucha demanda para esta información, de modo que aceptaré lo que me ofreces. Empecemos a trabajar. —Dicho esto rebuscó entre una pila de papeles amontonada encima del escritorio y escogió varios mapas dibujados a mano.

¡Mapas! Arilyn se inclinó un poco más para ver mejor, procurando mantener una expresión impasible. Sin duda, si daba muestras de interés el hombre aumentaría el precio. No había esperado encontrar mapas de la fortaleza. A medida que el hombre hablaba, el secreto júbilo de la joven fue creciendo. Ahora comprendía por qué cobraba unos honorarios tan astronómicos. El hombre le expuso cuidadosa y meticulosamente el trazado de la fortaleza, sus defensas, los hábitos y los horarios de las diferentes facciones y líderes. Mientras escuchaba Arilyn fue madurando un plan. Unas hora más tarde, lo único que necesitaba era encontrar el modo de penetrar en el perímetro del alcázar. Como si le leyera la mente, el informante dejó de hablar y levantó la mirada hacia ella.

—Ése será tu primer gran problema —dijo, dibujando con un nudoso dedo un amplio óvalo alrededor del borde del mapa—. Esta línea representa los precipicios que rodean el valle del fuerte Tenebroso. Granito sólido por todas partes, de veinte a treinta metros de altura, o más, y tan escarpados como las murallas de una ciudad. No es nada fácil escalarlos. Y para hacerlo aún peor, hay esclavos que los mantienen libres de arbustos, hierba y de cualquier otra cosa. No hay dónde ocultarse ni cubrirse.

»Y esto —prosiguió, señalando una línea recta situada en el extremo occidental de los precipicios— es la muralla exterior, y esta marca de aquí es la puerta. Es el único modo seguro de penetrar en el valle, pero ni siquiera pienses en usarla. Está demasiado bien guardada. Nadie puede atravesar la muralla ni saltarla sin permiso de Sememmon, Señor del fuerte Tenebroso. ¿Entendido? —El hombre la miró expectante.

Arilyn asintió.

—Sigue —dijo.

—La fortaleza está situada en medio del valle. En el valle no hay casi nada, excepto unos pocos acres de árboles aquí. También hay un río, pero está lleno de rocas y es muy poco hondo. Es imposible remontar la corriente sin que te hagan pedazos o te vean. No será nada fácil colarse en el castillo. —El hombre hizo una pausa para que la semielfa asimilara sus palabras, y después añadió con astucia—: Por suerte, puedo ofrecerte la solución. Por un precio adecuado, claro está.

Sin esperar respuesta, el hombre se levantó de la silla y se encorvó sobre un arcón reforzado con bandas de latón. Abrió la tapa y después de hurgar dentro unos momentos, sacó una reluciente capa negra. Arilyn contuvo la respiración. Era un *piwafwi*, una capa mágica de invisibilidad creada por los malvados elfos drow. ¿Cómo había conseguido el anciano un tesoro tan insólito y tan ferozmente guardado?

—Bonita, ¿verdad? —comentó el hombre, moviendo la capa para que la débil luz del quinqué cayera sobre ella y se reflejara—. Si la llevas podrás llegar sin problemas a la fortaleza.

—¿Acaso el fuerte Tenebroso no está protegido con hechizos que alertan a los guardias de este tipo de magia? —Arilyn se escapó por la tangente, contemplando la capa con una mezcla de fascinación y asco.

El viejo asesino volvió a sentarse y se colocó la capa en el regazo.

—Tienen algunas protecciones, pero ninguna capaz de detectar esto. Lord Sememmon no espera tener problemas con los drows. Esta belleza te permitirá entrar. —El hombre esbozó una sonrisa maligna—. Al menos su dueña lo consiguió. Era una drow hembra. Al parecer, la magia de la capa no funciona dentro del fuerte Tenebroso, y la sorprendí curioseando alrededor del arsenal. No sé si era una espía o una ladrona, no me molesté en preguntar, pero me entretuve un rato con ella. Son duros de pelar los drows. De vez en cuando me gusta una elfa, y ésa fue especialmente sabrosa.

Hizo una pausa, reflexionó y alargó el brazo por encima de la mesa para coger el quinqué, subir la llama y ver mejor a su visitante. Nadie hubiera dicho que tenía a sus espaldas veinticinco años de aventuras, y la ausencia de cicatrices de batalla daba fe de su asombrosa pericia con la espada. Arilyn Hojaluna tenía la lozana belleza de una mujer de menos de veinte abriles, pero el informante sabía que al menos tenía el doble. Sus angulosas facciones elfas se veían suavizadas por su sangre humana, y su esbelto cuerpo daba una engañosa impresión de fragilidad. Era delicada y letal, una combinación que la podría convertir en la favorita de cualquier burdel de Faerun. Por la familiaridad del hombre con tales establecimientos lo sabía muy bien. Pese a su edad, su mirada recorrió a Arilyn, fijándose en todos los detalles con lasciva minuciosidad.

—Humm... Eres una gris, ¿verdad? —preguntó al notar un leve toque azulado en

la pálida piel de la joven, casi blanca, en los altos y marcados pómulos, y en sus puntiagudas orejas.

—Sí, soy una elfa de la luna —lo corrigió ella.

«Gris» se consideraba un calificativo despectivo cuando procedía de un humano o un enano, y una ofensa mortal de los labios de otro elfo. Ajeno al insulto que acababa de proferir, el hombre continuó estudiando a Arilyn.

—Una media gris, además. Bueno. Medio elfa es mejor que nada, como siempre digo —apostilló con una sonrisa impúdica—. Al acabar quizá te apetecería...

—No —se apresuró a replicar Arilyn. La libidinosa expresión que se pintaba en la detestable faz de ese hombre la enfureció. Después de lo que había dicho sobre su linaje, no hubiera querido saber nada de él ni aunque fuera tan apuesto y virtuoso como el Señor elfo Erlan Duirsar.

—Tú te lo pierdes. —El viejo se encogió de hombros y entonces volvió a levantar el *piwafwi*—. ¿Quieres la capa o no?

Arilyn dudaba. En el curso de su carrera había adoptado muchas identidades. En una ocasión tuvo que disfrazarse incluso de elfa oscura para unirse a una banda de mercenarios drow renegados; no era un recuerdo agradable. Los drow eran aún peores que los zhentarim, si tal cosa era posible. Al concluir la misión le había costado horas limpiarse la pintura oscura de la piel, y días expulsar de su alma la sensación de maldad que la invadía.

—¿Escrúpulos? —la provocó el hombre.

—No. Sólo me estaba preguntando cómo es posible que estés dispuesto a deshacerte de un recuerdo sentimental —repuso ella fríamente.

El zhentarim respondió con una abierta sonrisa.

—¿Por qué no? Tengo algunas cicatrices de batalla realmente interesantes para acordarme de ella.

—Diez monedas de oro por la capa —le ofreció Arilyn, interrumpiéndolo antes de que el hombre la siguiera obsequiando con sus inmundos comentarios. La mención del dinero lo volvió instantáneamente al presente.

—¿Diez? ¡Bah! Ni pensarlo. Que sean veinte, y de platino.

—Cinco de platino —ofreció Arilyn.

—Diez.

—Hecho. —El dinero y la capa cambiaron de manos, y Arilyn se apresuró a guardar la prenda en su bolsa antes de que la luz del quinqué la siguiera desgastando. La semielfa notó que el brillo del *piwafwi* había disminuido en el poco tiempo que estuvo fuera del oscuro arcón. Probablemente la capa se desintegraría por completo con la luz del alba, y su magia ya había menguado mucho antes de que su dueña drow muriera. Arilyn había aprendido que los objetos de magia drow perdían sus poderes fuera de la Antípoda Oscura, su mundo subterráneo. A juzgar por la sonrisita irónica

que el informante esbozó mientras se guardaba en el bolsillo las diez monedas de platino, él también lo sabía. El hombre parecía muy satisfecho de sí mismo; probablemente se estaba imaginando la cara que pondría ella cuando la costosa capa se disolviera en humo gris.

Arilyn le concedió ese pequeño triunfo. El hombre se enorgullecía de la calidad de la información que vendía, pero también sentía la necesidad de engañar a sus clientes.

—Por cierto, ¿cómo piensas entrar en la fortaleza? —preguntó el anciano en tono jovial. Arilyn enarcó una ceja, escéptica, ante lo cual el hombre volvió a reírse socarronamente y agitó una ajada mano—. Tienes toda la razón. Si yo fuera tú tampoco lo diría. Bueno, supongo que aquí concluye nuestro negocio, a no ser, claro está que... —El hombre alargó la última palabra en tono sugerente.

Arilyn, sin hacerle caso, señaló uno de los mapas.

—Necesito más información sobre la zona. ¿Puedes hacerme una lista de todas las formas que hay de salir del nivel subterráneo?

—Claro, pero ¿por qué molestarse? Dudo que llegues tan lejos.

Arilyn tenía que hacer verdaderos esfuerzos para controlarse.

—¿Hay alguna puerta secreta? ¿Pasadizos? ¿O tendré que nadar para salir de ese antro?

—Ahora que lo mencionas —dijo el zhentarim, rascándose el mentón con aire pensativo—, creo que hay algo que podría ayudarte. Naturalmente, te costará un poco más. —El hombre cogió un montón de pergaminos y los hojeó hasta que algo le llamó la atención. Después de echar un vistazo a unas páginas de su manuscrito, asintió, satisfecho—. Ah, perfecto. Muy pocas personas conocen la existencia de esta puerta. Yo mismo casi lo había olvidado.

—¿Y bien?

El hombre le tendió una página manuscrita y después de que Arilyn la examinara, ambos discutieron la ruta de escape con detalle. Cuando se dio por satisfecha, la semielfa le entregó algunas monedas más.

—Recuerda —dijo a modo de despedida—; no recibirás la otra mitad de tus honorarios hasta que regrese del fuerte Tenebroso. ¿Sigues estando seguro de la información?

—Respondo de ella —proclamó el hombre categóricamente, y ahogó una sonrisa, mientras echaba una mirada a la bolsa que contenía el piwafwi condenado a desaparecer.

«Cree que me ha engañado», pensó Arilyn, aunque no le disgustaba. De ese modo el hombre podría encajar su próximo movimiento sin perder su prestigio. La joven se sacó del cinturón un pergamino enrollado y lo arrojó sobre la mesa.

—Ésta es una carta que describe nuestro trato. Mis asociados tienen copias. Si me

traicionas, morirás.

El zhentarim rió, pero brevemente.

—Los Arpistas no trabajan así.

—No olvides que yo no soy una verdadera Arpista —replicó Arilyn, apoyando ambas manos en el escritorio e inclinándose hacia adelante.

Su amenaza no era más que un farol, pero el anciano parecía haberse tragado el anzuelo. El hombre cogió de nuevo la bolsa llena de oro y la sostuvo en equilibrio en la mano, como si sopesara el riesgo y la promesa de un futuro pago.

De hecho, Arilyn era una aventurera independiente. Durante años los Arpistas habían usado a menudo sus servicios, pero nunca la habían invitado a unirse a sus filas. Le asignaban muchas misiones indirectamente a través de su mentor, Kymil Nimesin, pues dentro de la organización secreta había algunos que miraban con recelo a la semielfa y su mortífera reputación. Como amiga de los Arpistas y asesina, era un extraño híbrido, pero en asuntos como el que tenía entre manos esa combinación le daba ventaja. El informante la miró con recelo, convencido de que sería capaz de cumplir su amenaza. Finalmente echó otra mirada a la bolsa que contenía la capa drow y sonrió.

—Medio elfa y medio Arpista, ¿eh? Buen título para un capítulo de mis memorias.

El comentario la hirió, aunque procediera de alguien como el zhentarim.

—Si respetas nuestro trato es posible que vivas lo suficiente para acabarlo. —Reacia a empañar la reputación de los Arpistas, la joven aclaró su amenaza—. Si muero a causa de un error mío, tú simplemente perderás tu dinero. Pero si me traicionas, tanto Cherbill Nimmt como el mago elfo, que es el número dos en el fuerte Tenebroso, recibirán una copia de la carta. Tengo entendido que lady Ashemmi no te tiene mucha simpatía, y supongo que ni a ella ni a Nimmt les haría mucha gracia enterarse de esta transacción.

El informante sacudió la cabeza y soltó otra risita burlona.

—No está nada mal, no señora —admitió—. Con una mente como la tuya es posible que logres introducirte en el fuerte Tenebroso. Reconforta ver que los Arpistas se están volviendo taimados.

—La causa es de los Arpistas, pero los métodos son sólo míos —objetó Arilyn.

—Da igual. —El hombre desestimó la cuestión con un gesto de la mano—. No te apures por la información que te he dado; es fiable. Adelante, y que te piertas infiltrándote en la fortaleza.

Como no se le ocurría ninguna respuesta adecuada, Arilyn recogió los mapas y se alegró de alejarse del viejo zhentarim y su madriguera.

El informante la miró en silencio mientras se marchaba.

—Medio elfa, medio Arpista —murmuró en la habitación vacía, disfrutando de

cómo sonaba la frase. Se mordisqueó meditabundo un padrastro y, entonces, con un florido movimiento cogió la pluma del tintero y empezó a escribir. Ése sería uno de los mejores capítulos de sus memorias, aunque tendría que improvisar un poco para encontrar un final adecuado.

El anciano escribió casi toda la noche, ensimismado en sus obscenas fantasías. Cuando el quinqué se quedó sin aceite, él encendió la primera de muchas bujías y continuó escribiendo. Estaba punto de amanecer cuando la puerta de la habitación se abrió de repente y sin hacer ruido. El anciano alzó la vista, sobresaltado, pero enseguida se relajó y sonrió burlón. Dejó la pluma y dobló sus entumecidos dedos, previendo cómo sería el encuentro.

—Bienvenida, bienvenida —dijo a la fémina que se aproximaba—. Has cambiado de opinión, ¿eh? Bueno, me alegro. Ven, acércate al viejo Sratish y...

La invitación del anciano terminó en un ahogado estertor cuando dos finas manos de mujer se cerraron alrededor de su cuello. El hombre trató frenéticamente de soltarlas, pero su atacante poseía una fuerza sobrehumana. El viejo zhentarim se debatía, pero la intrusa seguía apretando con fuerza. Pocos momentos después los pitañosos ojos del informante se le salieron de las órbitas, y la boca se abría y cerraba como si fuera un pez fuera del agua dando bocanadas. Por fin, el arañil cuerpo se derrumbó sin vida encima de las pilas de pergaminos.

La intrusa empujó con indiferencia el cuerpo al suelo y se sentó en la silla frente al escritorio. Entonces cogió la página emborrugada y a la luz de una única bujía, que se estaba apagando, leyó rápidamente las palabras aún húmedas. Silenciosa como una sombra, la mujer se puso en pie y fue hasta la chimenea con la bujía y varias páginas manuscritas. El manuscrito revoloteó y cayó en el hogar. Ella se inclinó y le acercó el cabo encendido de la vela. Los bordes de las páginas se pusieron primero marrones y después se fueron enrollando sobre sí mismas mientras el fuego prendía y se extendía. La misteriosa figura se irguió y esperó hasta que el capítulo final de las memorias del viejo se convirtió en cenizas.

### 3

La caravana de mercaderes acampó para pasar la noche, pero bajo el habitual despliegue de actividad subyacía una profunda desazón. En ruta de Aguas Profundas a Cormyr la caravana debía acampar a la sombra del fuerte Tenebroso.

No era insólito que caravanas de honrados comerciantes hicieran una parada junto al bastión de los zhentarim; después de todo, el negocio era el negocio. Era preferible comerciar abiertamente con la Red Negra que defender una caravana de ella. Puesto que las incursiones no garantizaban un suministro constante de provisiones, la fortaleza —puesto avanzado de los zhentarim— compraba todo aquello que no podía obtener mediante el robo.

A los mercaderes se les había garantizado su seguridad y que harían negocios limpios, pero ningún miembro de la caravana podría pegar ojo esa noche. Era imposible sentirse a gusto encajonados entre paredes verticales de roca y una muralla fuertemente fortificada. Se encontraban atrapados dentro del valle del fuerte Tenebroso junto con más de mil componentes del contingente de los zhentarim. La guardia de la caravana se triplicó, pero, según todos los indicios, otro tanto se había hecho con la guardia situada en la muralla exterior desde la que les vigilaban.

Incluso quienes no hacían guardia esa noche permanecieron despiertos. Para descargar la tensión, los miembros de la caravana jugaban a juegos de azar, se dedicaban a empinar el codo, soltaban bravatas a gritos y se producían frenéticas citas furtivas.

En una pequeña tienda situada en el borde del campamento, una solitaria figura esperaba con impaciencia que los demás se durmieran. El jaleo se prolongó durante horas y, finalmente, ya no pudo esperar más. Arilyn Hojaluna recogió su equipo y se escabulló de la tienda para internarse en la noche.

Los años de práctica y su innata gracia elfa le permitían moverse en completo silencio, y la noche sin luna la envolvía en sombras. La semielfa se dirigió lentamente a la fortaleza por la ruta que tan meticulosamente había planificado. A excepción de unos pocos acres de árboles, el valle apenas ofrecía cobertura natural. Arilyn aprovechaba la poca que encontraba; corría como una flecha entre los montones de rocas y se arrastraba a través de la maleza. Finalmente alcanzó el bosquecillo situado justo al oeste de la torre de la Poterna. Ante ella se abría un foso y, más allá, la sólida muralla exterior de la fortaleza.

El viejo informante zhentarim había insistido en que no tratara de cruzar a nado el foso, pues estaba infestado de peligrosas criaturas, entre ellas, unos pececillos con dientes tan afilados como hojas de afeitar. Un banco de tales peces podía descarnar a un caballo en cuestión de minutos. Al otro lado de las aguas, engañosamente mansas, la fortaleza se erigía imponente en la noche sin estrellas, con sus torres negras

lanzadas como flechas hacia lo alto. Agachada a la sombra de los árboles, Arilyn sacó varios objetos de la bolsa y se dispuso a penetrar en el fuerte Tenebroso.

Después de semanas de febril planificación Arilyn conocía tan bien la fortaleza que sentía que ese conocimiento la había contaminado. Construido siglos atrás por malvados gigantes, el castillo había albergado dragones y a un mago no muerto antes de ser conquistado por los zhentarim que ahora lo habitaban. El mal parecía haber impregnado los mismos muros, como si hubiese sido uno de los ingredientes de la argamasa.

Arilyn montó una pequeña ballesta y colocó en ella una flecha verdaderamente insólita. Era un proyectil muy parecido a un juguete infantil, diseñado especialmente para aquella misión, con un extremo acabado en forma de copa en vez de en punta. La copa estaba llena de savia de araña, un potente adhesivo obtenido por medios alquímicos a partir del revestimiento de las telas de arañas gigantes. La joven apuntó cuidadosamente a la torre de los Visitantes. El proyectil salió disparado, arrastrando tras de sí una cuerda hecha de telaraña e hizo diana justo debajo del tejado de la torre. Arilyn tiró con fuerza de la cuerda, muy ligera pero irrompible porque se había fabricado con seda. Tras asegurarse de que aguantaría, la semielfa cruzó el foso balanceándose, tras lo cual soltó la cuerda y aterrizó con ligereza en la base de la muralla.

La torre de los Visitantes formaba parte de la muralla exterior y, como esa noche, solía alojar a invitados que se consideraban demasiado peligrosos para permitirles entrar en el castillo. Había guardias, desde luego, pero estaban dentro de la fortaleza y su misión era controlar el paso de los visitantes entre la torre y el patio. Arilyn volvió a agarrarse a la cuerda y empezó a trepar lentamente por la torre a fuerza de músculos.

Su objetivo se encontraba cerca del tercero y último piso de la torre: una ventana defendida con barras de hierro oxidadas. Al alcanzarla Arilyn se subió al alféizar de piedra y sacó un pequeño frasco. Con infinito cuidado, untó con un poco de ponzoña destilada de dragón negro los extremos superior e inferior de dos barras. El aire se llenó de un débil siseo corrosivo provocado por el ácido al comerse el metal oxidado. Arilyn sacudió las barras para desprenderlas, limpió cuidadosamente los restos de ácido de los bordes y seguidamente se introdujo por el hueco. Una vez dentro, pegó un poco de goma de acacia en cada extremo de las barras y las volvió a colocar donde estaban.

Tal como había previsto, se encontraba en un estrecho pasillo que contorneaba toda la torre. En ese nivel era donde se comía, y a esa hora sólo se oían unos pocos sonidos metálicos provenientes de la cocina. Estremeciéndose de disgusto, Arilyn se puso rápidamente su disfraz: una vestidura clerical color púrpura oscuro como las que llevaban los devotos del dios del Mal Cyric. Tras echarse la capucha sobre el rostro se

dirigió hacia la escalera de caracol de la torre, por la que se bajaba al patio.

Según los mapas, el piso inmediatamente inferior albergaba los cuartos de los invitados. Arilyn descendió tan rápido como pudo, con la esperanza de no toparse con ninguno de sus «colegas clérigos». La suerte la acompañó hasta llegar a la planta baja. En la base de la escalera un hombre bajo y regordete la observaba ceñudo. Llevaba la capucha púrpura echada hacia atrás y en la frente tenía pintado un sol negro con una reluciente calavera en el centro.

—¡Simeon! Ya era hora. Date prisa o nos perderemos la procesión —le espetó.

Arilyn se limitó a asentir y mantuvo la cabeza gacha mientras le indicaba al hombre con una seña que él fuera por delante. El clérigo entornó los ojos.

—¿Simeon? —Ahora la voz dejaba relucir sospecha, y una mano se fue acercando al símbolo clerical que llevaba sobre el corazón. Arilyn se dio cuenta de que se disponía a lanzar un hechizo. La joven bajó de un brinco los últimos escalones y propinó al hombre un puntapié.

Su bota golpeó al hombre en el abdomen, y ambos cayeron al suelo en un revoltijo de túnicas color púrpura. Arilyn se levantó, pero el clérigo se quedó tumbado en el suelo, doblado sobre sí mismo y sin aliento. La semielfa le propinó otro puntapié en un lado del cuello que lo dejó fuera de combate.

Soltando un suspiro de frustración, Arilyn consideró la situación. No podía dejar al hombre allí en medio para que otros se tropezaran con él, pero, como él mismo había dicho, si se entretenía demasiado llegaría tarde a la procesión. Al pie de la escalera se abrían tres puertas de madera. Rápidamente abrió una con un crujido y vio que al otro lado había un almacén donde se guardaban baúles de gran tamaño. Arilyn se introdujo dentro y con la punta de un cuchillo forzó la cerradura del baúl más cercano. Estaba lleno de vestiduras, y Arilyn sacó algunas para que cupiera el clérigo. Acto seguido regresó a la escalera y, cogiendo al hombre por los brazos, lo arrastró hasta el almacén. Una vez allí lo embutió en el baúl y bajó la pesada tapa. Tras echarse de nuevo la capucha sobre el rostro, volvió a la escalera y abrió la puerta que conducía al patio.

Fue recibida por el ritmo de un cántico tétrico e impío. Al trasponer la puerta se encontró con una larga columna de sacerdotes que desfilaban delante de la torre, camino de la entrada principal del castillo. Arilyn metió las manos dentro de las mangas e inclinó la cabeza, adoptando la pose de un novicio. De esta guisa se incorporó al final de la columna de clérigos que cantaban y se balanceaban.

Los sacerdotes se habían reunido para celebrar el Sacrificio de la Oscuridad Lunar, una ceremonia en honor a Cyric, el dios de la Muerte, la Destrucción y el Asesinato. Cyric había sido un malvado y ambicioso mortal que se había convertido en una poderosa deidad. Accedió a la divinidad reemplazando a Bane, Bhaal y Myrkul, tres dioses del Mal que fueron destruidos durante la Época de Tumultos.

Aunque no era universalmente reverenciado por los seguidores de los tres dioses difuntos, el culto a Cyric estaba ganando adeptos entre los zhentarim y sus sacerdotes aliados. Puesto que Cyric contaba con pocos fieles fuera de las filas de los zhentarim, sus sacerdotes habían decidido aceptar la protección del fuerte Tenebroso. En cualquier otro escenario una concentración tal de clérigos de Cyric habría sido tan bienvenida como una invasión de bárbaros.

Arilyn se había enterado de los particulares de la ceremonia de la Oscuridad Lunar meses antes, y se dio cuenta de que sería el momento oportuno y el modo ideal para infiltrarse en el fuerte Tenebroso. Casi todo el mundo —incluidos los zhentarim— temía a los sacerdotes de Cyric y procuraba no meterse con ellos.

La semielfa había llevado muchos disfraces distintos y se había acostumbrado a parecer lo que no era, pero sentía que su piel rechazaba las vestiduras color púrpura de ese credo impío. No obstante, imitaba con soltura los movimientos de los demás, fingiendo que entonaba el cántico que marcaba el inicio del profano servicio.

Los clérigos atravesaron la puerta principal, entraron en el amplio vestíbulo y se dirigieron a un antiguo santuario. Absortos en el cántico e intimidados ante la perspectiva de poder echar una primera ojeada al famoso templo, los sacerdotes no se dieron cuenta de que uno de ellos rompía la formación y se escabullía hacia la escalera del sótano.

El capitán Cherbill Nimmt se tenía por un hombre razonable, pero su paciencia tenía límites.

—¿Así que, apareces aquí y esperas llevarte este tesoro por las buenas? —gruñó, al tiempo que blandía la gran bolsa de piel que agarraba fuerte con una mano.

Casi imperceptiblemente el «sacerdote» enarcó una ceja bajo la honda capucha de la túnica color púrpura oscuro que llevaba.

—Claro que no. Tú has puesto tu precio y yo he aceptado —dijo Arilyn en un ronco susurro, tratando de imitar la voz de un hombre joven. Se metió una mano en un bolsillo y sacó una pequeña bolsa, que arrojó al suelo de piedra.

La bolsa aterrizó frente a Cherbill Nimmt con un satisfactorio tintineo que hizo que el hombre se lamiera los labios, pensando en su tan esperada recompensa. Meses antes, mientras encabezaba una patrulla hacia los Picos del Ocaso situados al norte del fuerte Tenebroso, había requisado los objetos que ahora esperaba vender: vasijas sagradas con gemas incrustadas, una rosa perfecta inmortal y una estatuilla de cristal que saludaba cada amanecer con cantos de alabanza a Sune, la diosa de la Belleza. Aquel último objeto era un maldito incordio, por no decir más.

—Espero que esté llena de monedas de oro —dijo Cherbill. El hombre empujó suavemente la bolsa con un pie y bostezó aburrido en un gesto perfectamente estudiado.

—Mejor que eso —repuso Arilyn—. Está llena de monedas de oro y también de ámbar del lago de los Dragones.

En la rubicunda faz del soldado se pintó una expresión de sorpresa y codicia. El hombre cogió rápidamente la bolsa y la vació encima de una caja de madera. Unas brillantes monedas resbalaron sobre ella y algunas cayeron al suelo del sótano, sin que ni el zhentarim ni la semielfa pararan mientes en ello. Cherbill soltó el saco que contenía los objetos sagrados y cogió entre sus rollizos dedos las cinco piezas de ámbar con infinito cuidado. Eran piezas grandes del color de la miel e ingeniosamente cortadas. Cada una de aquellas piezas valía el rescate de un lord de Cormyr.

Tras meterse las piezas de ámbar en el bolsillo, Cherbill se inclinó para recoger el saco de piel que descansaba en el suelo, junto a él. Los labios del soldado esbozaron una astuta sonrisa, y con la cabeza señaló hacia la pesada puerta de madera de roble.

—Muchas gracias. Ahora, lárgate —ordenó.

—No hasta que me des lo que he venido a buscar.

—Eres estúpido, como todos los sacerdotes —se mofó Cherbill—. Deberías haberte marchado cuando te di la oportunidad. ¿Qué me impedirá que te mate y me quede con todo?

Arilyn metió una mano en una raja de la túnica púrpura y sacó la hoja de luna.

—¿Esto?

El hombre prorrumpió en carcajadas, burlándose del sacerdote, al tiempo que desenvainaba la espada. Con expresión de desdén, atacó.

Arilyn esquivó la arremetida de Cherbill con altanera facilidad y paró los ataques siguientes del soldado, en vista de lo cual éste cambió de estrategia. Como era al menos doce centímetros más alto que su oponente y pesaba aproximadamente cincuenta kilos más, trató de vencer a su delgado adversario usando la fuerza bruta. Pero Arilyn desviaba incluso sus golpes más fuertes, y muy pronto el soldado empezó a dar muestras de cansancio así como de sorpresa.

—¿Quién eres? —preguntó casi sin resuello.

—Arilyn Hojaluna —respondió con firmeza la semielfa, reemplazando el ronco susurro del clérigo por su propia voz clara y sonora de contralto. Entonces se echó la capucha púrpura hacia atrás para que Cherbill Nimmte viera el brillo de la batalla en sus ojos elfos.

»Me han enviado para recuperar los objetos robados. Me dijeron que los comprara —dijo en tono desdeñoso—. Pero ya que tú prefieres pelear... —Con ambas manos, una costumbre que cinco años de estudio en la Academia de Armas no habían conseguido cambiar, Arilyn alzó la hoja de luna en actitud de desafío.

Cherbill pareció reconocer el nombre; tragó saliva, y la espada cayó al suelo con un repiqueteo.

—No tengo ganas de morir. —El soldado levantó los brazos, en señal de rendición, y señaló con un movimiento de cabeza el saco con los objetos robados—. Coge lo que has venido a buscar y vete.

Arilyn lo estudió un momento con recelo. El honor le impedía atacar a un hombre desarmado, pero tampoco se fiaba de él.

—Vamos —apremió el hombre.

Arilyn envainó la espada y se volvió para recoger el saco. Al parecer Cherbill Nimmt nada sabía de la visión periférica de los elfos, pues sonrió triunfante y se sacó una larga y fina daga del cinto. Su expresión revelaba más claramente que las palabras que sí, que quizás esa estúpida semielfa sabía cómo luchar, pero que no era rival para él. El hombre la atacó por la espalda.

Arilyn giró sobre sus talones y, rápida como el rayo, hizo caer la daga de la mano que la empuñaba. El hombre se quedó boquiabierto por un instante, tras lo cual recuperó la compostura y cerró los ojos, preparado para recibir el golpe de gracia.

—En guardia —ordenó Arilyn.

El estupefacto Cherbill obedeció. Se inclinó para recoger la espada y se encaró con ella sin tenerlas todas consigo.

—¿Por qué? —preguntó—. Si vas a matarme, ¿por qué no acabas de una vez?

—Tienes razón, ¿por qué no? —repuso Arilyn secamente. Por un momento deseó que los Arpistas no fueran tan quisquillosos en ciertas cosas. Tal como su informador zhentarim había dicho, si había alguien que se buscara que lo mataran, ése era Cherbill. Pese a que los Arpistas no tenían en cuenta sus aventuras pasadas le habían dejado muy claro que no aprobaban a los asesinos, por honorables que fuesen sus causas y sus métodos. Por lo general, Arilyn respetaba los deseos de los Arpistas, pero en ese momento no lamentaba que las circunstancias le hubieran asignado el papel de honorable asesina.

»No he sido yo quien ha elegido luchar —le dijo al zhentarim—. Pero voy a decirte algo Cherbill Nimmt del fuerte Tenebroso: pienso matarte en un combate honorable, que es más de lo que te mereces. —Dicho esto se llevó la espada a la frente en un gesto de desafío.

Sus palabras tenían algo de ritual, y Cherbill se estremeció. Tratando de adoptar una expresión de burla y desdén, el soldado le devolvió el saludo y adoptó una posición defensiva.

Arilyn le lanzó una estocada baja. Cherbill la paró fácilmente y volvió a sonreír confiadamente. El hombre golpeó la hoja de luna, tratando de empujar a su oponente hacia la pared, pero Arilyn no cedía terreno y desviaba todos sus golpes.

Tan enfrascado estaba el soldado en el lance que no reparó en la tenue luz azulada que emitía la espada de la semielfa. Pero Arilyn reconoció la señal de peligro que le enviaba el arma mágica y supo que debía acabar la lucha. Con el siguiente mandoble

le abrió la garganta a Cherbill Nimmt, que se desplomó.

Arilyn limpió la reluciente hoja de luna con la bolsa del dinero vacía y acto seguido la envainó. Entonces, miró al soldado muerto y murmuró al tiempo que sacudía la cabeza:

—Debería haber empezado por aquí.

Su aguzado sentido del oído captó el inquietante entrecocar de armaduras en el corredor. Rápidamente Arilyn recogió las monedas, así como las piezas de ámbar del bolsillo del muerto. Su intención no era robar el dinero y las joyas; pero, puesto que no eran necesarias para cerrar el trato, simplemente las devolvería a la Iglesia de Sune. Acto seguido se ató a la cintura el pesado saco que contenía los objetos mágicos y empezó a buscar la puerta secreta.

Ella y Cherbill Nimmt habían convenido reunirse en ese pequeño almacén, situado en un apartado rincón del sótano del fuerte Tenebroso. Arilyn lo había sugerido porque tenía un acceso al túnel de escape que casi nadie conocía y cuya existencia le había revelado el soldado zhentarim retirado. Cherbill aceptó, porque era un lugar muy alejado del puesto de guardia.

—¡Por allí! He oído algo en esa dirección —gritó una voz gutural. Las fuertes pisadas de los guardias, unos diez según la aventurera, se acercaban.

Aunque Arilyn era sólo elfa en parte, había heredado de su madre la habilidad de localizar puertas ocultas. Una tenue línea rodeaba varias de las mohosas piedras que formaban la pared de la pieza. Arilyn pasó los dedos alrededor de la puerta de forma irregular, halló un minúsculo pestillo en una ranura y presionó. La puerta se abrió hacia un lado.

Arilyn se internó en la oscuridad del túnel y empujó la puerta de piedra de nuevo para dejarla en su sitio. A su espalda resonaron los juramentos de desconcierto de los guardias que acababan de irrumpir en la habitación y se habían encontrado con el cuerpo de Cherbill Nimmt. La semielfa dio la espalda al fuerte Tenebroso y echó a andar por el túnel.

Durante un centenar de metros, más o menos, el túnel descendía de forma muy pronunciada. La oscuridad era tal que ni siquiera Arilyn, con su excepcional visión nocturna, era capaz de traspasarla. Consciente de que su infravisión únicamente le permitía distinguir patrones de calor y no las extrañas trampas de las que su informante le había hablado, no le quedó otro remedio que sacarse una pequeña tea del cinturón y encenderla con yesca. Como ya esperaba, la luz provocó el frenético aleteo de pequeñas criaturas aladas que lanzaron agudos chillidos.

—Murciélagos —murmuró, agitando la tea a su alrededor para ahuyentar a las espectrales criaturas. Arilyn odiaba a los murciélagos, pero se consideraba afortunada de no tener que vérselas con otro tipo de animales. El informante zhentarim le había advertido en tono jovial que estuviera alerta por si encontraba gusanos carroñeros.

Eran unos monstruos semejantes a gusanos verdes el doble de largos que una persona. Normalmente se alimentaban con carroña, pero si la comida era escasa, y en ese túnel probablemente lo era, no dudaban en atacar presas vivas. Con la coraza que cubría su cuerpo, sus pies garrudos y sus tentáculos venenosos, eran temibles adversarios. Pensándolo bien, decidió Arilyn, los murciélagos resultaban bastante simpáticos.

La aventurera siguió adelante apartando a un lado gruesas telarañas. Respiraba los malolientes efluvios del moho y los murciélagos, y sus pies avanzaban aplastando una moqueta de pequeñas criaturas de concha dura. Sosteniendo la tea en alto, Arilyn apretó el paso. No tenía ganas de investigar qué había en el suelo.

Finalmente, el suelo empezó a ascender. De pronto el túnel torció a la derecha, y Arilyn se detuvo de golpe. Tenía ante ella una salida muy peculiar que se le antojaba vagamente conocida. Era como un cono, con la parte ancha apuntando hacia ella, formado por gran número de tiras metálicas acabadas en afilada punta. A modo de prueba Arilyn pasó un dedo por el borde de una tira y cuando retiró la mano vio que el dedo le sangraba. El borde era tan afilado que no había sentido ningún dolor.

Tímidamente pisó con el pie la tira más próxima al suelo. Ésta se dobló bajo su peso, pero regresó inmediatamente a su posición original cuando la aventurera levantó el pie. De pronto comprendió cómo funcionaba: era una puerta de sentido único semejante a las trampas para langostas que había visto en la costa de Neverwinter. Esto explicaría por qué el túnel únicamente estaba poblado por murciélagos e insectos. Ninguna otra criatura podía cruzar esa puerta letal.

Mientras probaba de nuevo el cono con un pie, Arilyn se sintió admirada por la sencillez y efectividad de su diseño. Esa puerta impedía que penetraran intrusos en el fuerte Tenebroso al tiempo que proporcionaba una vía de escape a aquellos que eran lo suficientemente cautelosos para evitar ser seccionados en rodajas.

Sosteniendo cuidadosamente la tea en un lado, se metió dentro de la descomunal trampa para langostas, con los pies muy separados y avanzando de lado para bajar las suficientes de esas tiras afiladas y así poder pasar. La trampa se inclinó mientras ella caminaba cuidadosamente. Por último agachó la cabeza para evitar el vértice del cono y saltó fuera de la trampa. Ésta saltó a sus espaldas produciendo un fuerte chasquido.

Arilyn se topó con dos trampas más antes de llegar al final, taponado con una puerta de piedra de enormes proporciones. Gracias a los mapas del viejo zhentarim, Arilyn sabía que el túnel formaba parte de una antigua cantera de piedra situada al sudeste del fuerte Tenebroso, de la que los gigantes habían extraído la piedra original para construir el castillo. Unos pocos gigantes aún vivían en la cantera. La puerta con la que se topó Arilyn había sido construida por gigantes, y para gigantes; y ella no tenía suficiente fuerza para abrirla.

Pero Arilyn no se inquietó. Después de poner la parpadeante tea en un candelero

de la pared, pasó los dedos por la puerta de piedra hasta encontrar lo que buscaba. Según sus fuentes, había una serie de runas grabadas en la piedra que revelaban el emplazamiento de una cerradura oculta. Las runas le dieron una combinación de números: cuatro abajo, dos a la derecha, tres abajo y siete a la izquierda. Los diestros dedos de Arilyn encontraron un dibujo de diminutos agujeros en una jamba de la puerta. Tras contar cuidadosamente cuál era el correcto, insertó una larga y fina púa. La puerta se abrió con el chirrido de piedra contra piedra.

Arilyn salió, aliviada de estar de nuevo en el exterior. Parpadeó varias veces para que sus ojos se acostumbraran a la luz. Aunque no había luna y el cielo estaba nublado, la noche parecía brillante en comparación con la negrura del túnel. La aventurera deslizó la púa en una segunda cerradura oculta y la enorme puerta volvió a cerrarse. Había sido tan bien construida que se confundía a la perfección con el granito de los escarpados precipicios que rodeaban el valle. Arilyn dudaba que pudiera encontrarla de nuevo, ni siquiera con su habilidad elfa para localizar puertas secretas. Con suerte, nunca tendría que intentarlo.

La semielfa inició el regreso al campamento satisfecha por el triunfo. No temía que los mercenarios zhentarim la siguieran, pues seguramente supondrían que Cherbill Nimmt había sido víctima de una lucha interna por el poder. Probablemente no se les ocurriría buscar fuera de la fortaleza la causa de su muerte.

Arilyn se deslizó dentro de su tienda poco antes del amanecer, sin que los inquietos guardias la vieran. Apenas se había tumbado en su esterilla cuando cayó en un sueño intranquilo.

En otro lugar del campamento de mercaderes, Rafe Espuela de Plata se movió en sueños. Era un semielfo explorador e intrépido aventurero que había sido contratado para inspeccionar el terreno y proteger la caravana. A su lado dormía una exuberante mujer, con una sonrisa que iluminaba su faz dormida y una jarra vacía de aguamiel al lado, cerca de su estera. Pese a los placeres de la noche, Rafe tenía un sueño ligero y era vagamente consciente de los impíos cánticos procedentes del fuerte Tenebroso.

Rafe masculló algo en sueños y se dio la vuelta. Justo entonces, una delgada figura entró en la tienda moviéndose tan silenciosamente como una sombra. Después de sacarse algo de las profundidades de una capa oscura, el intruso cogió la mano izquierda del semielfo dormido, le dio la vuelta y apretó un pequeño objeto contra la palma.

Un débil siseo sonó en la tienda. Rafe se puso rígido y abrió los ojos de golpe, fijando la mirada en su asaltante. Pese al dolor que sentía, su mirada reveló que lo reconocía. Sus labios se movieron como para formular una desesperada pregunta, pero no emitió ningún sonido.

El misterioso asaltante se apresuró a sostener a Rafe Espuela de Plata, cuyo cuerpo sufría convulsiones. Al cabo de unos instantes, el explorador tenía la mirada

perdida en el vacío, y estaba quieto. Sorprendentemente, la mujer que dormía a su lado no se había enterado de nada. El asesino se limitó a echarle una fugaz mirada mientras acercaba una mano a la garganta de su víctima y le buscaba el pulso. Dándose por satisfecho, la negra figura comprobó un último detalle de su obra.

En la palma del explorador muerto había una marca que brillaba débilmente con luz azulada. En su intrincado diseño se distinguía una pequeña arpa y una luna creciente. Era el símbolo de los Arpistas.

Era noche cerrada, y sólo las estrellas y el aguzado sentido de la orientación de la aventurera la guiaban en su solitario viaje a caballo hacia Evereska. La luna estaba alta cuando, finalmente, la amazona decidió hacer una pausa y desmontó a la orilla del río Tortuoso.

Arilyn Hojaluna hubiera preferido seguir adelante, pero sería una locura intentar vadear los rápidos de noche. Desde la mañana del día anterior la semielfa había puesto muchos kilómetros entre ella y el fuerte Tenebroso. A aquel paso llegaría a Evereska en pocos días. Tal era su impaciencia por regresar a casa que tanto ella como su caballo, una yegua gris muy veloz y resistente, estaban exhaustas.

Sintiendo el aguijón de la culpabilidad, guió a la yegua hacia el río para que bebiera y la estuvo cepillando un buen rato. Después la ató en el mejor lugar de pasto que pudo encontrar.

Después de dejar a la yegua paciendo, Arilyn encendió un fuego y se sentó frente a él con las piernas cruzadas. Se había pasado todo el día cabalgando como alma que lleva el diablo, tanto para escapar de sus propios pensamientos como para esquivar a sus posibles perseguidores. Pero ahora, en la calma de la noche estrellada, no podía evitar pensar en la muerte de Rafe Espuela de Plata.

Después de que el cuerpo del explorador fuera descubierto, el jefe de la caravana y Arilyn decidieron por mutuo acuerdo separarse. La semielfa era una conocida agente de los Arpistas y, como tal, objetivo del misterioso asesino y un riesgo para los demás mercaderes. Nadie puso en duda su inocencia. Ella y Rafe habían pasado muchos ratos juntos en el curso del viaje y todos creían que los dos semielfos eran amantes.

Arilyn lanzó un suspiro y atizó el fuego. Ella no había hecho nada para desmentir tales rumores, pues de ese modo los otros miembros de la caravana la dejaban en paz. En realidad, Rafe y ella eran solamente amigos. Y para la solitaria semielfa la amistad era un regalo muy preciado.

La aventurera bajó la vista hacia el único anillo que llevaba en la mano izquierda y que relucía débilmente a la luz del fuego. Arilyn separó los dedos para estudiarlo mejor. Era un anillo muy sencillo: un simple aro de plata con el símbolo grabado de la diosa Mielikki, patrona de los exploradores. Se lo había ganado a Rafe en una

partida de dados y ahora lo llevaba en su honor. Simbolizaba la amistad que compartían, una camaradería fruto de sus viajes y de una sana rivalidad con un oponente digno.

Profundamente abatida por la desacostumbrada sensación de soledad que la asediaba, Arilyn se afanó en montar su sencillo campamento. Desenrolló una manta, la extendió frente al fuego, sacó unas frutas secas y unas galletas de la bolsa, y se sentó para comer. Aunque no le gustaba nada cocinar, la semielfa solía rematar los días de viaje con una comida caliente. Pero aquella noche no quería molestarse en cocinar sólo para ella.

Arilyn llevaba casi un cuarto de siglo recorriendo el mundo en solitario, consciente de que una aventurera no debe tener demasiados vínculos. Siempre le había parecido injusto alentar los sentimientos de otra persona, pues eso expondría a esa persona a los peligros y al dolor inherente a la vida que ella había elegido. También tenía pocos amigos, cuidadosamente elegidos.

Mientras se tumbaba en su estera de dormir, la joven se planteó la posibilidad de hacer un juramento de soledad y castidad a los pies de la estatua de Hanali Celanil en Evereska. ¿O quizá tal juramento sería una afrenta a la diosa elfa de la Belleza y el Amor? En su caso, se dijo Arilyn con una mueca, tal juramento era superfluo. Tal vez, ni siquiera debería reverenciar a esa diosa.

Arilyn se volvió de espaldas y entrelazó los dedos tras la cabeza mientras consideraba la cuestión.

No le resultaba nada fácil establecer estrechos vínculos con nadie. Sus ciclos vitales no estaban sincronizados ni con los humanos ni con los elfos. Arilyn tenía casi cuarenta años; si fuese humana sería una mujer madura, pero una elfa de la luna de su edad apenas habría dejado atrás la infancia. Arilyn tenía la impresión de que durante toda su vida no había sido ni agua ni pescado, y su alianza con los Arpistas así lo confirmaba. La organización secreta valoraba sus servicios pero debido a su pasado de «honorable asesina» no había sido aceptada como miembro de pleno derecho.

Pero, al parecer, al asesino de Arpistas no le preocupaba su falta de credenciales. Hacía tiempo que Arilyn sospechaba que era un objetivo. Cada vez que se daba la vuelta sentía que alguien la vigilaba. La semielfa era una avezada rastreadora, pero no había sido capaz de descubrir ninguna huella de su enemigo. El asesino de Arpistas llevaba meses esquivándola, y durante todo este tiempo Arilyn se había estado preparando para un inevitable enfrentamiento.

A medida que transcurría el tiempo había cambiado de idea acerca de las motivaciones del asesino. Se habían producido muchas muertes, y con cada una de ellas el criminal se le acercaba más. Arilyn tenía la impresión de que el asesino se estaba burlando cruel y deliberadamente de ella. Tras la muerte de su amigo Rafe ya no tenía ninguna duda.

El aire silbó entre sus dientes cuando Arilyn soltó aire lentamente. Ella estaba acostumbrada a resolverlo todo con la espada y no soportaba tener que esperar mientras aquel asesino invisible hacía tiempo. Después de meses de inactividad forzosa tenía los nervios a flor de piel. Fuera quien fuese su enemigo, desde luego la conocía bien.

Pero ¿quién podría ser? Arilyn se había batido con un buen número de personas en el pasado y se había creado bastantes enemigos, aunque los que la habían desafiado abiertamente estaban muertos. Por mucho que se devanara los sesos a Arilyn no se le ocurría el nombre de ningún adversario vivo con la inteligencia ni la habilidad necesarias para llevar a cabo una venganza tan larga y maquiavélica.

La noche pasó y la luna desapareció en el horizonte sin que la fatigada semielfa hallara respuestas. Para tratar de conciliar el sueño, Arilyn centró sus pensamientos en cosas más agradables. Pronto estaría en Evereska, en su casa, y podría descansar. Verdaderamente necesitaba un buen descanso y no sólo por las penalidades del viaje. La aventurera se sentía exhausta por el dolor de saber que dejaba tras de ella una misteriosa estela de muerte, y por los ojos invisibles que vigilaban todos sus movimientos.

En aquel mismo momento los sentía sobre ella. No había ningún sonido, ninguna sombra, nada que indicara que alguien estuviera vigilando el campamento, pero Arilyn sentía una presencia que acechaba fuera del alcance de la luz que proyectaban los rescoldos del fuego. Rápidamente buscó la hoja de luna colocada a su lado y que era una compañera siempre alerta. Pero la espada no la avisó de nada.

En el principio de su carrera Arilyn había aprendido que la espada mágica era capaz de alertarla del peligro. Junto con su maestro, Kymil Nimesin, la semielfa descubrió que la hoja de luna podía avisarla de tres modos distintos: relucía con luz azulada cuando había peligro cerca, zumbaba con una silenciosa energía que solamente ella podía percibir cuando el peligro se le echaba encima y, mientras ella dormía, la espada montaba guardia. Muchas veces se había despertado porque había soñado que se acercaban trolls y el sueño se hacía realidad. Para alguien que viajaba solo el aviso a través de los sueños era muy práctico.

Pero esta noche la espada permanecía opaca y silenciosa. No había ningún peligro en las orillas del río. Pero entonces, ¿por qué tenía la persistente sensación de que alguien la vigilaba?

## 4

El festival de la Gran Cosecha era el acontecimiento social más destacado del mes de Eleint, conocido como el Desvaído. No obstante, Eleint distaba mucho de ser un mes aburrido. A medida que el verano se acercaba a su fin y los días se hacían más cortos y frescos, el otoño regalaba noches más largas para la diversión. Los festivales de la cosecha atestaban el calendario. Pese a que la economía de Aguas Profundas se basaba más en el comercio que en la agricultura, los adinerados habitantes de la ciudad aprovechaban cualquier oportunidad para celebrar una fiesta.

Los nobles mercaderes de Aguas Profundas se lanzaron a la calle en masa. Para los miembros de la vieja generación, el festival era de gran importancia. Era el momento de reafirmar su posición en la ciudad, de eclipsar a sus competidores, de reunir información útil así como de lanzar rumores potencialmente beneficiosos y también de disfrutar de su inmerecida riqueza con una exultante alegría.

En el baile de la Gran Cosecha —organizado por varias familias nobles— se echaba la casa por la ventana. Se celebraba invariablemente en la Casa de las Sedas Púrpura, uno de los edificios para celebraciones más grandes y espléndidos de la ciudad. Setecientos invitados se habían congregado en el salón principal, que brillaba con la luz de un millar de diminutos faroles que cambiaban mágicamente de color en función del ritmo y el tono de la música de baile. En el centro del suelo de mármol un gran corro de bailarines ejecutaba los complicados movimientos de un rondó, riendo y girando. Las relucientes joyas y sedas de los bailarines reflejaban los cambios de color de la luz como un enorme caleidoscopio.

Otros invitados disfrutaban lo suyo junto al bufé o se servían de las bandejas llenas de exquisitos manjares que un pequeño ejército de camareros hacía circular. No se habían escatimado gastos; aquella noche todo era de la mejor calidad que podía encontrarse en la Ciudad de los Prodigios. Jarrones llenos de exóticas flores cultivadas en invernaderos perfumaban el aire; los músicos eran de lo mejorcito de Faerun y esa noche ofrecerían breves conciertos para amenizar la velada. En aquellos instantes un conjunto de violas e instrumentos de viento de madera interpretaban danzas, pero en rincones alejados otros músicos tañían laúdes y arpas para crear una atmósfera adecuada a las citas galantes.

En un rincón del salón —situado muy cerca de un bar muy bien provisto— no cesaban de resonar las carcajadas. Un alegre grupito se había formado alrededor de Danilo Thann, el favorito de los cachorros de la buena sociedad de Aguas Profundas.

El objeto de tanta atención era un hombre joven vestido de punta en blanco con un atuendo que realzaba su recién adquirida imagen de hombre muy viajado. Danilo lucía un sombrero de ala ancha y terciopelo verde, que deliberadamente llevaba el sello característico de un famoso pirata de Ruathyn, incluidas las majestuosas plumas.

El dandi calzaba unas botas suaves y flexibles, como las de los aventureros sembianos, con la diferencia de que las suyas estaban hechas con piel de un animal poco común y, además, teñidas de verde. Dragones y grifones delicadamente bordados retozaban en su camisa de seda de Shou verde pálido. Pero aquí acababa su disfraz de trotamundos, pues su abrigo y sus pantalones color verde jade seguían la última moda local, al igual que la capa de terciopelo a conjunto que se arrastraba con elegancia por el suelo. Sus manos de dedos gesticulantes se adornaban con diversos anillos, y un colgante con una esmeralda cuadrada de gran tamaño le brillaba en el pecho. La mata de cabello rubio que le caía sobre los hombros —con brillantes ondas primorosamente cuidadas— enmarcaba un animado rostro.

Danilo Thann era un diletante por convicción así como todo un figurín, reputado por sus talentos musicales y mágicos tan divertidos como imperfectos. En esos momentos entretenía a sus amigos con un nuevo truco de magia.

—¡Eh, Dan! Por fin ha regresado el aventurero —gritó una voz a espaldas de Danilo, interrumpiendo al aspirante a mago en medio de un hechizo.

El recién llegado fue saludado ruidosamente. Un espléndidamente ataviado Regnet Amcathra con los colores rojo, plateado y azul de la familia se introdujo en el círculo de jóvenes nobles. Él y Danilo se estrecharon la mano con la misma gravedad que si fueran guerreros, para después romper a reír y abrazarse golpeándose la espalda.

—Por los ojos de Helm, qué bien te ves —juró Regnet. Su amigo de infancia y rival en cuestiones de moda examinó el conjunto verde de Danilo de la cabeza a los pies—. Dime, Dan —dijo al fin, hablando con afectación—, ¿cambiarás de color cuando madures?

El grupo prorrumpió en carcajadas antes de que Danilo pudiera responder con otra pulla.

—Sí, bueno, hablando de verde —intervino Myrna Callahanter—, ¿os habéis enterado de que se ha visto a nuestro buen amigo Rhys Brossfeather entrar en La Sirena Sonriente?

Los jóvenes nobles esbozaron una sonrisa de complicidad. Myrna era una cotilla frívola y un tanto maliciosa que aprovechaba la más mínima oportunidad para chismorrear.

—¿De veras? He oído historias maravillosas sobre ese lugar —replicó Danilo, sonriendo de oreja a oreja al imaginarse al apocado y joven clérigo en una taberna de mala nota—. ¿Es tan pícaro el espectáculo que se ofrece como dicen?

—Bueno... eso he oído —contestó Myrna, bajando los ojos con recato.

El grupo acogió con carcajadas el intento de Myrna de salirse por la tangente.

—Probablemente Myrna estaba sobre el escenario esa noche —sugirió Regnet, lo que provocó otro estallido de risas.

Sin sentirse en modo alguno insultada, lady Callahanter respondió con una malévolamente mueca digna de un dragón rojo. A la joven le encantaba ser el centro de atención y con un estudiado gesto alzó una mano hacia su brillante cabello pelirrojo. Al hacerlo, su manto se abrió convenientemente revelando un vestido transparente y mucho más. Varios de los jóvenes nobles se quedaron boquiabiertos ante la súbita exhibición, y un invitado dejó caer ruidosamente la copa.

Con expresión divertida Danilo se inclinó hacia Regnet y le preguntó:

—Tiene un sentido de la oportunidad digno de un bardo, ¿pero sabe cantar?

—¿Acaso importa? —repuso secamente su compinche.

Como la mayoría de los invitados, Myrna Callahanter se había vestido para deslumbrar. El vestido verde azulado que llevaba era casi transparente, con montones de lentejuelas cosidas en lugares estratégicos que creaban la ilusión de que iba decentemente vestida. El generoso escote revelaba un exuberante pecho. En la piel de brazos y cuellos exhibía dibujos ingeniosamente trazados con purpurina multicolor, así como unas curvas impresionantes. Incluso el cabello —del estridente tono escarlata que se conseguía con alheña— había sido primorosamente peinado y adornado con gemas y brillantes cintas. En Myrna no había nada sutil y tenía fama de causar tantos estragos entre los hombres como una banda de trolls que irrumpieran en una carnicería.

Para sacar el máximo partido de ser el centro de todas las miradas, Myrna lanzó un dramático suspiro. Con una prolongada caída de ojos, continuó con su letanía de chismes.

—Y también está ese terrible escándalo de Jhessoba, la pobre...

—Myrna, cariño, sé que tu familia está especializada en el comercio del rumor, ¿pero es realmente necesario que hables de negocios en una fiesta?

Nuevamente todos los jóvenes nobles sonrieron al unísono. Quien había hablado era Galinda Raventree; ella y Myrna eran enemigas juradas, y sus viperinas lenguas siempre animaban las fiestas.

Pero aquella noche Galinda tenía otro motivo para hacer callar a Myrna: el último infortunio de Jhessoba tenía implicaciones políticas que, por desgracia, podrían conducir a un serio debate sobre cuestiones de peso. Fanática de las fiestas, Galinda no estaba dispuesta a permitir que el ambiente de apropiada frivolidad se disipara.

Danilo pasó un brazo alrededor de los hombros de Myrna y salió valientemente en su defensa:

—Oye, Galinda, deberías dejar que Myrna hablara. Después de pasar dos meses viajando en esa aburrida caravana de mercaderes me muero por conocer los chismorreos. Vamos, continúa —añadió, propinando a Myrna un suave pellizco para animarla.

—Mi héroe —ronroneó la chismosa joven. Acto seguido se arrimó un poco más a

él, su mano de uñas escarlata subió sinuosa por el pecho del joven y jugueteó con la esmeralda.

Al notar la familiar mirada de devorahombres en los ojos de Myrna, Danilo, prudentemente, se retiró. No obstante, ya tenía un brazo ligeramente espolvoreado con purpurina.

—Eh, Myrna —protestó al ver su ropa manchada—, me has cubierto con esa cosa asquerosa.

Varias mujeres del grupo lanzaron miradas furtivas a sus acompañantes para comprobar si también ellos mostraban reveladores destellos. Galinda Raventree tomó nota del subrepticio examen y, muy satisfecha, sonrió clavando la mirada en su copa de vino.

Pero Myrna, que nunca se sentía insultada, abrazó de nuevo a Danilo al tiempo que le suplicaba:

—Haz otro truco.

—Me encantaría, pero se me han acabado todos los hechizos que tenía para hoy.

—Oh, no —susurró la mujer, dirigiéndole un mohín—. Alguno te quedará, ¿no?

—Bueno... —Danilo vacilaba—. De hecho, he estado trabajando en unas modificaciones de hechizos muy interesantes.

—¿Otra bola de nieve Snilloc? —dijo Regnet, riéndose a carcajadas.

—¿Así es como me lo agradeces? —Danilo fingió despecho y se enfurruñó. Entonces se volvió hacia los demás y con una mano llena de anillos señaló lánguidamente a su amigo—. Hace unos tres meses a nuestro elegante amigo no se le ocurrió nada mejor que insultar a unos caballeros muy grandes y muy borrachos en una taberna del distrito de los Muelles. Hubo una pequeña reyerta y, por supuesto, yo corrí en auxilio de mi amigo. Usando el hechizo de la bola de nieve Snilloc, conjuré un proyectil mágico...

—¿Una bola de nieve? —inquirió con sorna Wardon Agundar. Su familia se dedicaba a la forja de espadas, y él despreciaba otras armas.

—Bueno, no exactamente —confesó Danilo—. Probé una variación del hechizo y conjuré un arma, humm, algo más peculiar.

—Creando así el hechizo de la tarta de crema Snilloc —apostilló Regnet con una amplia sonrisa. Los nobles lanzaron ruidosas carcajadas al imaginárselo, y Danilo inclinó la cabeza, admitiéndolo.

—Ese hechizo me hará inmortal —declaró, llevándose una mano al corazón y adoptando una pose heroica.

—¿Y qué pasó? —preguntó Myrna entrecortadamente—. ¿Tuvisteis que luchar o intervino la guardia?

—La sangre no llegó al río —admitió Danilo—. Resolvimos nuestras diferencias como caballeros. Regnet pagó una ronda a nuestros antiguos adversarios. Huelga

decir que ellos pusieron el postre.

Un gruñido universal acogió el juego de palabras de Danilo.

—Ahora deberías hacer otro truco para redimirte —le aconsejó Regnet.

Todos trataron de convencerlo para que lanzara otro de sus encantamientos. Danilo se negó, argumentando que aún tenía que acabar de dar los últimos toques a su hechizo, pero al fin accedió.

—Necesito algo realmente vulgar para hacer este encantamiento —dijo Danilo. Sus ojos se posaron en el colgante que llevaba Regnet, una versión de la divisa de los Amcathra hecho con refulgentes piedras rojas y azules.

—¡Caramba, Regnet, eso es justo lo que necesito!

Regnet fingió acusar el amistoso insulto, pero le tendió la fruslería. Su amigo empezó a entonar el hechizo, cantando las palabras arcanas y gesticulando. Finalmente, lanzó el colgante al aire, y la exhibición culminó en un estallido y una ráfaga de humo multicolor.

Cuando el humo se disipó los jóvenes aristócratas se quedaron mirando fijamente a Regnet sin dar crédito a sus ojos. Inmediatamente sus risotadas resonaron por todo el salón. El hechizo había convertido las coloridas galas de Regnet en las apagadas ropas marrones de un druida.

Danilo abrió mucho los ojos, falsamente consternado. Dio un paso atrás y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Humm... Veamos, ¿cómo ha podido pasar algo así? —murmuró, llevándose una mano a su atractivo mentón y dándose golpecitos allí.

El rostro de Regnet era un poema mientras contemplaba su vulgar indumentaria. Su congoja provocó nuevas carcajadas por parte de sus amigos. De pronto, todas las risas cesaron y un nervioso silencio se adueñó del animado grupo.

Un hombre alto y fornido se acercaba a la esquina que ocupaban. A diferencia de la mayoría de los invitados, el hombre iba vestido de negro solemne y sus únicos adornos eran una torques de plata y una capa forrada con una magnífica piel gris. Tenía cabello blanco entrecano y fruncía la frente en gesto reprobador.

—Ay, ay, ay... —murmuró Myrna con ojos brillantes de júbilo ante el inminente desastre. Otro miembro del grupo, un noble que había empinado demasiado el codo, palideció al ver la severa figura que se aproximaba y se quitó de en medio. Pero Danilo levantó una mano y saludó encantado:

—¡Tío Khelben! Justo la persona que necesitábamos. Me temo que mi último hechizo no me ha salido demasiado bien. ¿Puedes decirme en qué me he equivocado?

—No oso imaginarlo —replicó Khelben secamente—. Danilo, me parece que ya es hora de que tengamos otra charla tú y yo. —El hombre agarró con firmeza uno de los brazos del pisaverde, y miró fríamente al círculo de nobles.

El bullicioso grupo captó la indirecta y se disolvió como una bandada de pájaros

asustados, murmurando excusas entre dientes. No sería ésa la primera vez que Khelben «Báculo Oscuro», archimago y reputado miembro del círculo secreto que gobernaba la ciudad, reprendía a su frívolo sobrino por su irresponsable uso de la magia, y a los amigos de Danilo no les apetecía oír el sermón del archimago.

—Son todos unos cobardes —pensó en voz alta Danilo, observando la precipitada retirada de sus amigos.

—Olvídalos. Tenemos cosas más importantes de las que hablar.

Danilo hizo una mueca y cogió al vuelo dos copas de aguamiel espumosa de la bandeja de un sirviente que acertó a pasar por su lado.

—Toma, coge esto —dijo a su tío, al tiempo que le ponía una de las copas en la mano—. Supongo que, como de costumbre, todavía no te habrás remojado el gznate.

La adusta respuesta de Khelben quedó ahogada por una estridente expresión de alegría.

—¡Danilo, has vuelto! —Una mujer noble, algo achispada, ataviada con una incongruente mezcla de encaje transparente y pieles blancas, se abalanzó sobre el dandi vestido de verde.

Fiel a su lema de no mancharse las galas con vino, Danilo apartó la copa a un brazo de distancia mientras acogía cautelosamente al atractivo proyectil y lo abrazaba con el otro brazo.

—He contado los minutos, Sheabba —le dijo, sonriendo hacia el rostro de la mujer vuelto hacia él.

La mujer rubia rodeó la cintura de Danilo con sus brazos y soltó una risita tonta.

—Sí, claro —replicó escéptica—. Supongo que habrás conquistado a todas las mujeres de aquí hasta Suzail.

—Más bien, habrá estado abonando los campos —la atajó Khelben en tono ácido.

—Vete a rebuznar a otra parte, viejo asno —le espetó Sheabba. La mujer fulminó al mago con la mirada e inmediatamente retrocedió horrorizada al darse cuenta de a quién había insultado.

Danilo, apercibiéndose de la consternación de la mujer, se apresuró a rescatarla.

—Shea, mañana irás a los juegos del festival, ¿no? Oh, maravilloso. Tendré que cabalgar en una o dos pruebas, pero después un grupo nos reuniremos en La Lanza Partida para tomar algo. Estás invitada. ¿Querrás ir?

La joven logró componer un débil gesto de asentimiento antes de huir precipitadamente, abriéndose paso insegura entre la multitud. Danilo suspiró y sacudió la cabeza.

—Querido tío, realmente produces un efecto increíble en las mujeres. Pero no desesperes; he estado trabajando en un nuevo encantamiento que mejorará radicalmente tu vida social. ¡Eh! ¡Ojo con la seda!

Nuevamente Khelben había agarrado a Danilo por el brazo y, haciendo caso

omiso de las farfullantes protestas de su joven sobrino, lo arrastró fuera del salón y lo obligó a entrar en un aislado apartado.

Una vez libre, Danilo se apoyó en el busto de mármol de Mielikki, diosa del Bosque, y se compuso la capa en elegantes pliegues antes de dirigir la palabra a su ceñudo tío.

—Bueno, ¿a qué debo el honor de este rapto?

—Supongo que estás enterado de lo de Rafe Espuela de Plata. —Khelben no solía perder tiempo en preámbulos.

—Pues no —repuso Danilo tras tomar un sorbo de vino—, la verdad es que no. ¿A qué se dedica últimamente nuestro buen explorador?

—A estar muerto.

Danilo palideció, y en la faz de Khelben apareció una expresión de remordimiento. El mago prosiguió en tono más amable:

—Lo siento, Dan. Había olvidado que tú y Rafe erais buenos amigos.

El joven asintió. Su rostro no mostraba ninguna emoción, pero estudió atentamente las burbujas de su copa un largo momento antes de alzar la mirada.

—Supongo que tenía la misma marca, ¿no? —Ahora la voz de Danilo sonaba monótona y no quedaba nada de su tono afectado.

—Sí.

—Rafe Espuela de Plata —repitió Danilo con voz distante—. Tu muerte será vengada, amigo mío.

El juramento fue pronunciado en voz baja, pero nadie que lo hubiera oído dudaría que tenía intención de cumplirlo. La voz de Danilo reflejaba una fuerza sosegada y una terca determinación. Cualquiera que lo hubiese visto en esos momentos no lo habría reconocido como el petulante pisaverde tan conocido en la sociedad de Aguas Profundas. La furia oscurecía su hermoso rostro cuando se volvió hacia el mago, aunque logró refrenar su rabia con un control sorprendente por lo inesperado.

—¿Cómo murió?

—Igual que todos los demás: mientras dormía, que sepamos —contestó Khelben—. Si un explorador tan bueno como el joven Espuela de Plata fue cogido por sorpresa, no es de extrañar que los Arpistas no logren dar con el asesino.

—De tus palabras colijo que la búsqueda está siendo infructuosa.

—Muy cierto —admitió el mago—. Y aquí es donde entras tú.

Adoptando de nuevo su papel de petimetre, Danilo cruzó los brazos y enarcó una sola ceja.

—No sé por qué, me temía que ibas a decir eso.

—Qué perspicaz —dijo Khelben secamente, consciente de que su sobrino estaba tratando de ocultar la fuerte emoción que sentía.

—Por supuesto, tienes un plan —apuntó Danilo.

—Sí. He estado siguiendo la ruta del asesino y empiezo a ver una pauta. Conduce aquí. —Khelben metió una mano en el bolsillo y sacó una miniatura con marco de peltre.

Danilo aceptó el retrato y lo estudió, tras lo cual silbó apreciativamente.

—¿Tú has hecho esto? Por todos los dioses, tío, aún tienes posibilidades de convertirte en artista.

La broma del joven arrancó a Khelben una ligera sonrisa.

—No sabía que fueras un entendido de arte, sobrino.

—No de arte, pero sí de mujeres —replicó Danilo con vehemencia, con los ojos clavados aún en el retrato. Éste mostraba a una mujer de exótica y excepcional belleza. Unos cabellos negros como el azabache y ensortijados enmarcaban una cara de óvalo perfecto y tez blanquísima. Tenía pómulos altos y angulosos, y unas facciones que parecían esculpidas delicadamente con cincel. Pero lo más extraordinario eran sus ojos, de forma almendrada y de un verde intenso. Los ojos verdes eran la debilidad de Danilo.

—¿Tiene realmente este aspecto o te has tomado algunas licencias artísticas? —preguntó.

—Realmente es así —confirmó Khelben. Entonces inclinó la cabeza y se corrigió enigmáticamente—: Bueno, a veces es así.

Danilo alzó la mirada hacia su tío y frunció el entrecejo. Sacudió la cabeza para apartar de sí la tentación de ahondar en el tema y volvió al asunto que los ocupaba.

—Además de la futura madre de mis hijos, ¿quién es esta beldad?

—El objetivo del asesino.

—Ah. ¿Y quieres que yo la ponga sobre aviso?

—No. Quiero que la protejas. Y, por decirlo de algún modo, que la espíes. Si estoy en lo cierto, deberás hacer ambas cosas para atrapar al asesino de Arpistas.

Danilo se dejó caer en el banco de piedra que había junto a la estatua. La sonrisa vaga y encantadora había desaparecido de su rostro, y al hablar su tono era de nuevo inquietante.

—O sea, que tengo que ser yo quien atrape al asesino, ¿no? Quizá deberías empezar por el principio.

—Muy bien. —Khelben tomó asiento al lado de su sobrino y señaló con el dedo el precioso retrato que Danilo seguía sosteniendo en la mano.

—Esa mujer ha estado cerca en la mayoría de los asesinatos, tal vez en todos.

—A mí me parece que tienes una sospechosa, no un objetivo —dijo Danilo con pesar, sin apartar la vista del retrato.

—No.

—¿No? —preguntó Danilo a la vez sorprendido y esperanzado.

—No —reiteró Khelben con firmeza—. Y tengo diversas razones para afirmarlo.

Para empezar, es una agente de los Arpistas. Una de las mejores. En mi opinión el asesino la persigue desde hace un tiempo. Como no consigue acercarse lo suficiente para actuar sin ser descubierto, elige objetivos más sencillos.

—Perdona, pero teniendo en cuenta algunos de los Arpistas que ha matado el asesino, me resulta difícil aceptar tu teoría —protestó Danilo. Para sostener su razonamiento fue recitando una lista con los dedos de una mano—: Sybil Cantoseda, Kernigan de Soubar, la maga Perendra, Rathan Thorilander, Rafe Espuela de Plata... —La voz de Danilo se fue apagando, y el joven tuvo que carraspear para poder seguir—. Esa mujer no puede ser más capaz que todos ellos.

—Sí lo es.

—¿En serio? Mmm. ¿Qué interés tiene el asesino en tu hermosa agente Arpista? Aparte de las razones obvias, naturalmente.

—Posee una hoja de luna —respondió Khelben lacónicamente—. Es una espada elfa mágica muy poderosa. Es posible que el asesino, quienquiera que sea, vaya tras la espada de Arilyn.

—Arilyn —Danilo repitió el nombre distraídamente, y volvió a fijar la mirada en el retrato—. Sí, le pega. Arilyn ¿qué más?

—Hojaluna. Ha adoptado como apellido el nombre de la espada. Pero nos estamos yendo por las ramas.

—Tienes razón. ¿Qué hace esa espada mágica?

Khelben se tomó su tiempo antes de responder.

—No conozco todos sus poderes —dijo cautelosamente—. Y aquí es donde entras tú.

—Eso ya lo has dicho —observó Danilo.

—Aparte de nosotros dos, ¿ves a alguien más en esta habitación? —le espetó el mago, con el rostro ensombrecido por la exasperación—. No tienes por qué seguir haciendo el papel de tonto.

—Lo siento. —Danilo sonrió a modo de disculpa—. Es la costumbre.

—Sí, bueno, por favor, presta atención a lo que estamos hablando. Existe la posibilidad de que Arilyn Hojaluna haya sido elegida por el asesino por su espada además de por sus talentos. Si descubrimos quién se interesa por la hoja de luna y por qué, tendremos la oportunidad de encontrar al asesino.

Danilo se quedó pensativo un largo instante.

—Una pregunta —dijo al fin.

—Adelante.

—¿Por qué yo?

—Debemos guardar el secreto a toda costa. Tenemos que enviar a alguien que no levante sospechas.

—Oh. —Danilo cruzó una rodilla sobre la otra y se echó un rizo sobre el hombro

en un gesto exageradamente afeminado—. ¿Es mi imaginación o acabas de insultarme?

—No te menosprecies, muchacho —replicó Khelben ceñudo—. Has demostrado que eres un agente más que capaz y eres ideal para esta misión.

—¡Ya lo creo! Ideal para proteger a una mujer que no parece necesitar mi protección —replicó Danilo irónicamente.

—Es más que eso. Necesitamos información acerca de la hoja de luna. En el pasado has demostrado tu capacidad para averiguar los secretos de muchas mujeres.

—Sí, es un don que tengo —convino Danilo modestamente. Dando golpecitos al retrato añadió—: Ojo, no es que intente zafarme de esta misión pero alguien tiene que formular la pregunta más obvia: ¿por qué no le preguntáis directamente a ella sobre la espada?

Khelben «Báculo Oscuro» miró al joven aristócrata con cara sombría y seria.

—Hay más de lo que se ve a simple vista, aunque la existencia de un asesino tan hábil que se dedique a eliminar sistemáticamente a Arpistas sea un buen problema. Nadie debe sospechar que trabajas conmigo, ni el asesino ni otros Arpistas y mucho menos Arilyn.

—¿Intrigas internas? —se mofó Danilo.

—Es posible —respondió Khelben enigmáticamente.

—Fantástico —murmuró Danilo, que parecía verdaderamente consternado ante la inesperada respuesta de Khelben a su pulla—. No obstante, no veo por qué tenemos que ocultárselo a Arilyn. Si el asesino va tras ella, ¿no deberíamos advertirla? Si sabe que me envían para ayudarla seguramente se mostrará más dispuesta a colaborar.

—Todo lo contrario —bufó el mago—. Pese a su talento, Arilyn Hojaluna es una de las personas más tercas, impetuosas e irrazonables que conozco. Nunca aceptaría protección y no le haría ni pizca de gracia que le sugiriéramos que no es capaz de encargarse sola del asesino. —Khelben hizo una pausa y las comisuras de la boca se curvaron en una mueca—. Ahora que lo pienso, me recuerda mucho a su padre.

Danilo lanzó al mago una mirada de escepticismo.

—Todo esto es muy interesante, pero tengo la sensación que estás eludiendo la cuestión principal. Se trata de la espada, ¿verdad? Sabes algo de ella que no quieres decirme.

—Sí —admitió Khelben.

—¿Y bien? —apremió Danilo.

Pero el mago negó con la cabeza.

—Lo siento. Tendrás que confiar en mí. Cuantas menos personas estén en el secreto, mucho mejor. Dudo que la misma Arilyn sepa hasta dónde llegan los poderes de su espada. Tenemos que averiguar qué sabe, y aquí...

—Es donde entro yo. —Danilo acabó la frase sin ningún entusiasmo.

—Exactamente. Tienes el don de hacer hablar a la gente. Pero cuidado. Hasta que identifiquemos al asesino y lo capturemos, debes mantener tu fachada en todo momento.

—Pero una vez que Arilyn se acostumbre a mi presencia, seguro que...

—No —atajó Khelben y alzó un dedo admonitorio para recalcar sus palabras—. Hay algo que debes saber: Arilyn Hojaluna es muy buena y no es nada fácil seguirla. No obstante, el asesino siempre aparece cerca de ella. Obviamente la vigila de cerca, probablemente por medios mágicos. Si te presentas como un dandi encantador pero inútil, no representarás ninguna amenaza para quienquiera que la esté vigilando. Pero si alguna vez te sales del papel...

—No te preocupes —dijo Danilo, encogiéndose de hombros—. Actúo mejor cuando hay público.

—Así lo espero. Podría ser una actuación muy larga. Arilyn no tiene ni un pelo de tonta, y tendrás que permanecer a su lado hasta que te conduzca al asesino de Arpistas.

Una expresión de profundo desagrado asomó al rostro del joven.

—No me gusta nada la idea de usarla como cebo.

—A mí tampoco —rezongó Khelben—. Pero ¿se te ocurre algo mejor?

—No —admitió Danilo.

—Pues a mí tampoco. —El mago se levantó bruscamente, dando la entrevista por terminada—. Te sugiero que te disculpes ante lady Sheabba. Partirás hacia Evereska por la mañana.

## 5

El salón de la posada A Medio Camino hervía de actividad cuando Arilyn bajó de su cuarto. Situada cerca del borde noroccidental de la cadena de montañas que rodeaba Evereska, la posada A Medio Camino era un lugar de paso de las caravanas humanas y elfas. Había pocos albergues en las colinas del Manto Gris, y éste en particular se preciaba de ofrecer habitaciones muy cómodas, amplios establos y almacenes seguros donde depositar temporalmente las mercancías. Elfos, humanos, halflings y algún que otro miembro de las demás razas civilizadas se relacionaban en una atmósfera relajada y agradable.

La posada A Medio Camino era mucho más que una posada. Entre otras cosas, era un centro comercial para la colonia elfa que habitaba en Evereska. Situada en un fértil valle de tierras de labranza, Evereska era una ciudad elfa muy hermosa y fuertemente fortificada. La protegía un impresionante arsenal de magia elfa y poder militar. Los elfos habitaban en el valle de Evereska desde tiempos inmemoriales, pero ellos consideraban que la ciudad era joven. Como ocurría con la mayor parte de asentamientos elfos, poco se sabía de Evereska aparte de su fama de inexpugnable y de ser la sede de la Academia de Magia y Armas, de la que salían los mejores magos y guerreros elfos. Para la mayoría de los viajeros que cruzaba las colinas del Manto Gris, la posada A Medio Camino era Evereska. Pocas personas conseguían acercarse más a la ciudad.

Myrin Lanza de Plata, el propietario del establecimiento, era un elfo de la luna adusto y silencioso, a cuyos ojos plateados no se le escapaba nada. Era la persona más impenetrable que Arilyn había conocido, y su confortable establecimiento parecía haber sido especialmente diseñado pensando en la discreción. De resultas de ello, la posada se había convertido en un lugar en el que abundaban las intrigas, se cerraban tratos y se producían reuniones clandestinas.

Arilyn solía detenerse allí de camino a Evereska para recibir misiones o reunirse con sus contactos. Por alguna razón que se le escapaba, Myrin Lanza de Plata mostraba un especial interés por ella y su carrera. Siempre que se alojaba en su posada el elfo la trataba como si fuera una princesa elfa.

Como siempre, la saludó a los pies de la escalera con una profunda inclinación de cabeza.

—Tu presencia honra mi casa, Arilyn Hojaluna. ¿Deseas algo esta noche, quex etrielle?

Como siempre, Arilyn dio un respingo ante la extrema deferencia de su saludo.

—Sólo ser vista.

—¿Cómo?

—Digamos que quiero que se me vea entrar en la posada, pero no salir —explicó

Arilyn con una sonrisa burlona.

—Ah. Naturalmente. —Como siempre, el discreto posadero se dio por satisfecho con su escueta explicación. Entonces la tomó por el brazo y la escoltó con toda ceremonia hasta la gran barra. Arilyn tomó asiento en uno de los taburetes más visibles, y Myrin se empeñó en ponerse al otro lado de la barra y servirla personalmente ante todos los clientes.

Arilyn bebió a sorbos el licor elfo que el posadero le sirvió, tratando de contener un acceso de hilaridad.

—Gracias Myrin. Creo que he conseguido ser vista.

—Ha sido un placer. ¿Deseas algo más?

—¿Tienes algún mensaje para mí?

—Esto ha llegado esta misma tarde —contestó Myrin tendiéndole un pequeño rollo.

Arilyn echó un vistazo al sello y su buen humor se esfumó. Con un suspiro cogió el rollo que le tendía el posadero, lo abrió y leyó las elegantes y precisas runas elfas. Kymil quería reunirse con ella en la posada esa misma noche. Probablemente los Arpistas le habían encomendado otra misión para ella, justo cuando lo que más deseaba era regresar a casa, a Evereska. La semielfa lanzó otro involuntario suspiro.

—Buenas noticias, espero.

Arilyn levantó la vista y se encontró con una mirada de preocupación en los ojos plateados de Myrin.

—Más bien no. Kymil Nimesin se reunirá aquí conmigo esta noche, donde siempre.

El elfo de la luna recibió el anuncio de Arilyn sin inmutarse.

—Me ocuparé de que vuestro reservado habitual esté libre.

—Qué diplomático eres, Myrin —murmuró Arilyn. El orgulloso posadero y el patricio maestro de armas no se podían ver ni en pintura, pero Myrin Lanza de Plata siempre recibía a Kymil Nimesin con exquisita cortesía. No obstante, para desconcierto de Arilyn, el maestro de armas trataba al posadero con mucho menos respeto.

—No es la primera vez que me lo dicen —replicó Myrin. Se excusó con otra inclinación de cabeza y se dirigió al reservado de Arilyn. Mientras, la semielfa subió a su habitación para recoger los objetos que había recuperado en el fuerte Tenebroso, tras lo cual, regresó a la taberna y se dirigió al fondo de la sala común, donde se deslizó tras la pesada cortina de un reservado.

Casi inmediatamente unas diminutas motas de luz parpadearon sobre el banco de enfrente. Los puntos dorados se fueron haciendo más anchos, se expandieron y, finalmente, se unieron dando como resultado la forma de su viejo amigo y mentor Kymil Nimesin.

—Nunca me acostumbraré a tu manera de entrar en los sitios —murmuró Arilyn con una sonrisa de bienvenida a su maestro.

—Bah, es sencillo —respondió Kymil sin dar importancia al comentario—. Espero que tu misión haya tenido éxito.

—Si no, no estaría sentada aquí. —La semielfa le entregó el saco que contenía los objetos. —¿Los devolverás a los sacerdotes de Sune y te encargarás de que nuestro informante reciba el resto del dinero?

—Desde luego. —Tras un breve silencio Kymil pasó a temas menos agradables—. Ya me he enterado de la muerte de Rafe Espuela de Plata. Una verdadera lástima. Era un buen explorador, y seguro que los Arpistas lo echarán en falta.

—Y yo también —dijo suavemente Arilyn. Las palabras de Kymil no eran más que la cortés fórmula que imponían las convenciones, pero las suyas revelaban una verdadera emoción—. ¿Cómo has sabido de su muerte tan rápidamente? —preguntó, alzando de pronto la mirada hacia su maestro.

—Estaba preocupado por ti e hice indagaciones.

—¿Oh?

—Supongo que ya sabes que el asesino te buscaba a ti. —Kymil miraba a su alumna de hito en hito.

—Sí —contestó Arilyn con voz calmada y bajando la mirada hacia sus manos apretadas—, yo he llegado a la misma conclusión. Ahora, si no te importa, ¿podríamos hablar de otras cosas? ¿Tienes otra misión para mí?

—No. He querido reunirme contigo para hablar de los asesinatos. —Kymil se inclinó hacia adelante para dar más fuerza a sus palabras—. Estoy inquieto por tu seguridad, muchacha. Debes tomar medidas para protegerte de ese asesino.

Arilyn alzó bruscamente la cabeza y una expresión de furia se adueñó de su cara.

—¿Y qué me propones que haga? ¿Que me esconda?

—Todo lo contrario —la corrigió Kymil severamente—. Debes buscar al asesino.

—Ya hay muchos buscándolo.

—Sí, pero tal vez no buscan donde deberían. Como agente Arpista tú puedes triunfar donde otros han fracasado. En mi opinión, el asesino es un Arpista.

Arilyn contuvo el aliento, para inmediatamente repetir, incrédulamente:

—¿Qué? ¿El asesino, un Arpista?

—Sí. O un agente de los Arpistas.

La semielfa sopesó las palabras de su maestro y asintió lentamente. Era una posibilidad terrible, pero tenía sentido. Los Arpistas no eran una organización muy estructurada sino que cada uno actuaba con relativa independencia. Sus agentes — como Arilyn, que no eran miembros oficiales del grupo pero realizaban determinadas misiones para ellos— solían trabajar solos, y muchos Arpistas mantenían su afiliación secreta. A Arilyn se le antojaba increíble que ese velo de secretismo

podiera volverse contra los mismos Arpistas. No obstante, también había aprendido a confiar en el juicio de Kymil Nimesin. Kymil era un aliado de los Arpistas desde niño y si él creía que el asesino de Arpistas se ocultaba entre sus filas, ella se sentía inclinada a creerlo.

—Debes descubrir al asesino, y pronto. —Kymil interrumpió sus reflexiones hablando en tono urgente—. El pueblo tiene en alta estima a los Arpistas. Si no somos capaces de encontrar y detener al asesino, el honor y la reputación de los Arpistas saldrán perdiendo.

»¿Te haces una idea de las implicaciones de este asunto? —le preguntó el elfo dorado tras una pausa—. ¡Podría llegar a romper el equilibrio! Los Arpistas desempeñan una función vital en la lucha contra el mal, en particular contra los zhentarim y sus...

—Sé perfectamente qué representan los Arpistas —lo interrumpió Arilyn con un toque de impaciencia. Kymil le había sermoneado sobre la necesidad de mantener el equilibrio desde que tenía quince años, y se conocía sus argumentos de memoria—. ¿Tienes algún plan?

—Sí. Yo sugeriría que te introdujeras entre las filas de los Arpistas, disfrazada si es necesario, para descubrir al asesino.

—Sí, supongo que tienes razón. —La semielfa esbozó una leve y triste sonrisa—. En cualquier caso, es mejor que no hacer nada. No puedo seguir esperando cruzada de brazos a que el asesino ataque. No lo soportaré mucho tiempo más.

—¿Por qué te inquieta tanto esta amenaza? Tu vida ha estado en peligro muchas veces. —Kymil hizo una pausa y fijó en ella sus ojos de penetrante mirada—. ¿O es que hay algo más?

—Sí —admitió ella a regañadientes—. Desde hace algún tiempo, meses, tengo la sensación de que alguien me sigue. Pero por mucho que lo intento no percibo ninguna señal del perseguidor.

—¿De veras? —se limitó a comentar Kymil.

La joven esperaba oír sus reproches o, al menos, que le preguntara sobre su incapacidad de atrapar a su misterioso perseguidor.

—No parece muy sorprendido —osó decir Arilyn.

—Muchos Arpistas son consumados exploradores y rastreadores —replicó Kymil sin alterarse—. Entra dentro de lo posible que el asesino o la asesina que buscamos, especialmente si es un Arpista, sea lo suficientemente hábil para evitar que lo descubran, ni siquiera alguien tan experto como tú. Razón de más, creo, para que pases a la ofensiva. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Esto es todo lo que tenía que decirte esta noche. Será un placer teletransportarte a Aguas Profundas para...

—No, gracias. —Arilyn lo interrumpió bruscamente.

—¿Acaso no piensas ir a Aguas Profundas? —inquirió Kymil enarcando una ceja—. Parece el mejor lugar para empezar a buscar.

—Tienes razón, y pienso ir a Aguas Profundas. Pero prefiero hacer el viaje a caballo.

Kymil se mostró exasperado.

—Mi querida *etrielle*, nunca comprenderé tu aversión hacia la magia, especialmente teniendo en cuenta que llevas una espada mágica desde que eras una niña.

—No me lo recuerdes —replicó Arilyn, expresando una amargura nada habitual en ella—. Tratándose de magia, sólo soy capaz de aceptar mi hoja de luna.

—No te comprendo. —Kymil sacudió la cabeza—. Cierto que hubo ese desafortunado incidente durante la Época de Tumultos...

—¿Desafortunado? —lo atajó Arilyn con voz incrédula—. Yo no calificaría de «incidente» la desintegración accidental de toda una partida de aventureros.

—Los Siete del Martillo —dijo Kymil, dando entender con su tono de voz que la muerte de los aventureros humanos había sido algo intrascendente—. Tú no tenías motivos para preocuparte del fuego mágico.

—¿Oh? ¿Y por qué no?

Por un momento Kymil pareció desconcertado, pero luego sonrió débilmente.

—Siempre la alumna exigente. Ese intervalo de tiempo no afectó tan seriamente a los elfos y a su magia como a los humanos.

El elfo dorado se recostó en el banco y juntó las yemas de los dedos de ambas manos, ofreciendo la imagen perfecta del profesor erudito. Sabiendo lo que se le venía encima, Arilyn gruñó por lo bajo. Actualmente Kymil impartía un seminario en la Academia de Magia y Armas de Evereska sobre el efecto de la Época de Tumultos en la magia elfa en calidad de profesor invitado. Arilyn nunca había sido una buena estudiante y lo último que necesitaba ahora era escuchar una conferencia. Además, no quería revivir la Época de Tumultos; aquel desastroso intervalo durante el cual los dioses anduvieron por Faerun adoptando la forma de mortales, causando el caos y una inmensa destrucción.

—Lo que ocurrió fue lo siguiente —empezó a disertar Kymil, y su voz adquirió un tono pedante—. En lenguaje profano, los humanos usan el tejido para conjurar magia, pero los elfos pueden considerarse parte integrante del tejido. Por nuestra misma naturaleza los *tel'quessir* somos seres mágicos y...

Arilyn alzó bruscamente una mano para interrumpirlo.

—Muchos me considerarían *n'tel'ques*, no persona. Soy medio humana, ¿recuerdas? Tengo muy poca habilidad mágica inherente.

Kymil se quedó pensativo un instante y entonces inclinó la cabeza en gesto de

disculpa.

—Perdóname, muchacha. Tus superiores talentos hacen que me olvide de las desafortunadas circunstancias que concurren en tu nacimiento.

Arilyn conocía a Kymil desde hacía demasiado tiempo para sentirse insultada por sus aires patricios.

—¿Desafortunadas circunstancias? Soy una semielfa, Kymil, no una bastarda. Claro que algunos pensarían lo segundo —añadió con una fugaz sonrisa.

Justamente entonces una áspera voz rugió su nombre. Arilyn apartó la cortina unos centímetros para echar un vistazo. Entonces sacudió la cabeza y juró por lo bajo en una mezcla de común y élfico.

Kymil ahogó un grito de sorpresa al oír el juramento bilingüe de Arilyn. Ella le lanzó una fugaz mirada y tuvo que morderse el labio para no echarse a reír ante la ultrajada expresión del elfo dorado.

—Lo siento —se disculpó.

Kymil iba a hablar, sin duda para censurarle su indigno uso del élfico, pero sus palabras quedaron ahogadas por un barullo semejante a una pequeña invasión de bárbaros.

Una horda de rufianes había irrumpido en la posada y se dedicaba a armar jaleo, volcando mesas vacías y lanzando una sarta de gritos y chillidos. El líder de la banda era un zafio de proporciones gigantescas, casi la caricatura de un matón. Tenía una apariencia siniestra: llevaba un parche en un ojo, una maza tachonada con púas de hierro al cinto y una oxidada cota de malla que, más o menos, le cubría la barriga. Pero, al mismo tiempo, había algo en él que suscitaba sonrisas encubiertas. Quizás era su calva, tan pelada como un huevo, enmarcada por un reborde de ralo cabello rubio que se había recogido en dos escuálidas trenzas largas.

El hombre calvo y rubio fue directamente hacia el delgado Myrin Lanza de Plata, lo cogió bruscamente y lo alzó en vilo hasta que los ojos del posadero quedaron a la misma altura que los suyos.

—¿Es que no me has oído, elfo? He preguntado si Arilyn Hojaluna está aquí esta noche. Si no respondes, mis hombres... —El hombretón señaló con un violento movimiento de cabeza al grupo de rufianes congregados a su espalda—. Mis hombres empezarán a interrogar a tus clientes. Y eso no sería muy bueno para el negocio.

Pocos hombres, humanos o elfos, eran capaces de conservar la dignidad mientras sus pies pendían a varios centímetros de altura del suelo, pero Myrin Lanza de Plata devolvió la amenazante mirada del bruto con otra serena y mesurada. Algo en la expresión del posadero amedrentó al bravucón, que dejó al elfo en el suelo.

—Estamos perdiendo el tiempo —anunció a sus hombres con una voz lo bastante alta para que resonara por toda la sala. Era un intento burdo de guardar las apariencias—. Este elfo no sabe nada. Separaos. ¡Si esa moza gris anda por aquí, la

encontraremos!

—¿Conoces a ese hombre? —preguntó Kymil a Arilyn, al tiempo que dejaba caer la cortina.

—Oh, sí —respondió la semielfa irónicamente, contemplando aún el drama que se desarrollaba en el área principal de la taberna—. Se llama Harvid Beornigarth, un aventurero de tercera fila. Hace unos meses íbamos tras el mismo premio, y él perdió.

—Ah. Y supongo que no supo perder con elegancia —concluyó Kymil.

—Más bien no. —Arilyn abrió unos pocos centímetros más la cortina para mirar cómo los matones de Harvid se separaban y empezaban a registrar la posada—. De hecho, no representa ninguna amenaza pero en estos momentos ya tengo suficientes cosas en las que pensar.

«Adiós a mi plan de escabullirme de mi misteriosa sombra —pensó Arilyn—. Con Harvid Beornigarth creando tanto revuelo ya podría poner un letrero fuera del apartado que dijera: "Arilyn Hojaluna. Asesinos, S. A.". Claro que, todo ese jaleo podría venirme de perlas para esfumarme.»

La semielfa dejó caer las cortinas de golpe. Entonces metió la mano en una pequeña bolsa que le pendía del cinturón y sacó un minúsculo espejo, un puñado de malla dorada y un par de diminutos botes llenos de ungüentos con brillantes runas elfas de color rosa que los identificaban como «Faereen la cortesana».

Hábilmente se extendió por la cara una crema de color marfil pálido que cubrió el leve matiz azulado que realzaban sus finos huesos. El segundo bote contenía una crema de color rosa, que usó para darse pequeños toques en labios y mejillas. A continuación agitó la malla dorada, un curioso tocado ornamental hecho con diminutos anillos metálicos entrelazados en formas intrincadas y tachonado con gemas verdes. Después de alisarse el pelo tras sus puntiagudas orejas, se cubrió sus ondas azabache con el tocado.

Tras haber completado su parte, la semielfa cerró una mano alrededor de la empuñadura de la espada y cerró los ojos, conjurando en su mente la imagen de una cortesana sembiana. Cuando, instantes después, bajó la vista hacia su cuerpo, comprobó que la hoja de luna había hecho su parte. Sus ropas de viaje de cuero habían sido sustituidas por un vestido de seda de color jade y zafiro de múltiples capas, y su holgada camisa era ahora un corpiño ajustado y escotado. En cuanto a la hoja de luna, había adoptado el aspecto de una pequeña daga adornada con joyas. Arilyn sostuvo el minúsculo espejo a distancia de un brazo y contempló el efecto. Veinte años después aún se sentía un poco incómoda con sus transformaciones. La luchadora semielfa había desaparecido y en su lugar se veía una mujer humana de gran belleza.

Pero todavía faltaba el toque final: Arilyn sacó de la bolsa una pequeñísima caja tallada, de la que retiró dos finas lentillas. Se las colocó directamente sobre los ojos, y

el azul con motas doradas que la distinguían como elfa se transformó en una sorprendente —aunque muy humana— tonalidad verde.

La transformación no había durado más que unos pocos minutos. Cuando estuvo preparada Arilyn miró a su mentor. Por una vez la inescrutable fachada de éste había caído, y una expresión de evidente desagrado le crispaba el rostro. Poco después de empezar a entrenar a Arilyn, Kymil había descubierto que la hoja de luna era capaz de crear disfraces para quien la poseyera. Arilyn y la hoja de luna habían ido desarrollando una galería de personajes que le servían de fachada, pero Kymil nunca se había reconciliado con lo que consideraba una manera indigna de desempeñar su trabajo.

—Con este disfraz podré marcharme sin llamar la atención —le explicó Arilyn, poniéndose un poco a la defensiva. Incluso después de tantos años, cualquier signo de desaprobación por parte de su mentor aún la hería.

Kymil recuperó la compostura y se aclaró la garganta para afirmar:

—Lo dudo. Vestida de ese modo es imposible que pases inadvertida. ¿Una cortesana sola? No es habitual, y darás que hablar. Muchos te recordarán.

—Cierto —convino Arilyn—. Verán y recordarán a una cortesana humana. A una ilusión.

El ruido de los rufianes que se acercaban al apartado cortó de raíz cualquier argumento de Kymil.

—Tus métodos son muy eficaces —admitió—. Ve pues, y que los dioses te ayuden en tu búsqueda. Te deseo agua dulce y risa fácil hasta que nos volvamos a ver —despidiéndose de ella con la tradicional fórmula elfa.

Tras despedirse de Arilyn, la mirada de Kymil se hizo distante como si se concentrara en un remoto destino.

—Sendero plateado... Academia de Magia... Evereska —murmuró.

Su cuerpo se tornó translúcido, después su silueta tembló y se llenó de puntos de luz dorada. Éstas titilaron brevemente y luego desaparecieron.

Arilyn se estremeció. Como dueña de una hoja de luna había tenido que resignarse a usar la magia, aunque ella se consideraba una luchadora y el Arte le inspiraba una profunda desconfianza. El fuego mágico y los viajes dimensionales la aterraban. Kymil la había iniciado en el teletransporte, pero sus primeras experiencias la dejaron enferma y débil. Su aversión a la magia se acrecentó en la Época de Tumultos, cuando vio a demasiados magos teletransportarse a un muro sólido. Por mucho que Kymil desaprobara su actitud, ella no podía evitar lo que sentía. Una vez el elfo se hubo marchado, Arilyn volvió a centrarse en su actual problema. Nuevamente corrió la cortina y buscó la última pieza de su disfraz: necesitaba un hombre.

Kymil tenía razón. Una cortesana necesitaba un cliente. Estaba tan acostumbrada

a viajar sola que no se le había ocurrido. Si quería interpretar correctamente el papel de seductora, necesitaría un hombre que le diera la réplica. Arilyn recorrió la taberna con la mirada en busca de un candidato adecuado. Un estallido de carcajadas atrajo su atención hacia la puerta principal.

Varios mercaderes estaban sentados alrededor de una mesa atestada de jarras vacías de cerveza. Uno de ellos, un joven ataviado de punta en blanco con ropas de color verde brillante flirteaba descaradamente con una camarera elfa. Arilyn no podía oír qué decía, pero sus achispados camaradas expresaban su aprobación con ruidosas risotadas, y la sonriente elfa de la luna se sonrojaba, lo que en su caso significaba ponerse azul.

«Perfecto», pensó Arilyn, y su boca se curvó en una leve sonrisa desdeñosa. No habría dado con un candidato mejor ni aunque hubiera sido capaz de sacárselo de la manga. El hombre era joven, de menos de treinta años, llevaba el cabello rubio pulcramente peinado y una capa lujosamente bordada le caía en pliegues sobre los hombros con consumada elegancia. Indolentemente repantigado en la silla se comía con los ojos a la camarera, que se alejaba balanceándose. Su ropa y su negligente porte denotaban riqueza y privilegios, y su sonrisa dejaba traslucir que se sentía perfectamente satisfecho de sí mismo. Todo indicaba que era un joven mimado, superficial y egoísta. En resumen: justo lo que necesitaba.

Arilyn despreciaba a los tipos como él; a quienes se contentaban con una fácil vida de lujos. Sin embargo, los servicios de una cortesana sembiana no eran nada baratos, y de todos los hombres de la posada él parecía el objetivo más creíble, y también el más receptivo.

Completamente ajeno al examen de Arilyn, el pisaverde hizo otro comentario presumiblemente gracioso. Uno de sus compañeros, un hombre de aspecto rudo vestido como un mercenario, se rió a carcajadas y golpeó el hombro del gracioso con una manaza enorme y mugrienta. El joven no pareció ofenderse por la familiaridad del mercenario, pero hizo un gesto de dolor y se apretó el hombro al tiempo que soltaba otro comentario que produjo la hilaridad de sus compañeros de mesa.

«Probablemente no es un noble —dedujo Arilyn—, sino un rico mercader.» Los otros hombres de la mesa no parecían suficientemente borrachos para tomarse tales libertades con un aristócrata. Y, a juzgar por sus ingeniosos comentarios, el dandi rubio no había bebido demasiado, lo que era una suerte.

Arilyn se puso en pie y se deslizó silenciosamente por la sala. El fondo de la taberna se mantenía deliberadamente oscuro, y la semielfa avanzaba pegada al muro sin salir de las sombras que la ocultaban. No quería que nadie relacionara a la etérea cortesana con la *etrielle* agotada por el viaje que había entrado antes en la taberna. Al penetrar en la zona iluminada de la sala, todas las conversaciones se interrumpieron de golpe. Tanto hombres como mujeres lanzaron miradas especulativas a Arilyn. Ésta

ladeó la cabeza con coquetería y avanzó decidida hacia su objetivo.

Uno de los compañeros del pisaverde logró dejar de mirar con la boca abierta a la supuesta cortesana para clavar el codo en las costillas de quien Arilyn había elegido como presa. El joven dandi alzó la vista hacia ella y enarcó las cejas en una abúlica expresión de aprecio. Cuando la mujer llegó junto a su mesa, se levantó, y a Arilyn le sorprendió comprobar que era varios centímetros más alto que ella.

—Vaya encuentro. Seguro que he hecho algo para merecer esto —dijo el joven maravillado, cogiéndola de la mano e inclinándose ante ella.

Arilyn lo dudaba mucho pero se limitó a sonreírle dulcemente. Que pensara lo que quisiera, el idiota.

—¿Te gustaría acompañarme? Por cierto, me llamo Danilo, Danilo Thann.

Arilyn contuvo un gruñido. Conocía ese apellido: la familia Thann era dueña de importantes empresas comerciales así como vastas tierras al norte de Aguas Profundas. El petimetre era, pues, un noble de Aguas Profundas. Era ya demasiado tarde para echarse atrás, por lo que la semielfa mantuvo su seductora sonrisa mientras Danilo Thann apartaba a uno de sus compañeros de un codazo y la conducía a ella hasta un asiento libre. A continuación el noble se sentó con gesto elegante en la silla situada junto a la de la mujer.

—¿Y tú eres...? —preguntó Danilo.

—Para mí elquesstria, por favor —ronroneó la mujer, haciendo caso omiso de la pregunta.

—¡Ah! —Los ojos del pisaverde se iluminaron—. No tienes nombre. Una misteriosa dama que bebe licor elfo, lo que demuestra que tiene buen gusto. —Danilo dirigió una sonrisa de complicidad a sus compañeros y prosiguió—: Aunque esto ya había quedado fuera de toda duda cuando elegiste compañía. —Sus compinches se rieron entre dientes. Al parecer, tenían tan buena opinión de sí mismos como el joven Thann.

El ruido metálico de una cota de malla muy mal conservada interrumpió las risas. Involuntariamente, Arilyn se puso tensa. No necesitaba levantar la mirada para saber que era el mismo Harvid Beornigarth. La semielfa sentía un irresistible impulso de empuñar la hoja de luna y partir por la mitad a aquel latoso, pero se obligó a mantener la lánguida postura de una cortesana.

—Perdón, milord, ¿habéis visto a esta moza elfa por aquí?

Harvid puso un tosco dibujo de Arilyn bajo las narices de Danilo. El joven lo cogió, le echó una fugaz mirada y se lo devolvió.

—No, no puedo decir que la haya visto.

—¿Estáis seguro?

Danilo pasó un brazo alrededor de los hombros de Arilyn y sonrió a Harvid Beornigarth como si el aventurero fuese un viejo amigo.

—Con franqueza, no. Si estuvieras en mi lugar, ¿tendrías ojos para otra? —repuso el noble afectadamente, abrazando con fuerza a la mujer que tenía al lado.

El patán recorrió el cuerpo de Arilyn con una aprobadora mirada lasciva. La semielfa se forzó a alzar la vista hacia él. Sin dar muestras de reconocerla, Harvid sonrió de oreja a oreja dejando a la vista varios dientes cariados.

—No, yo tampoco miraría a otra —admitió. Entonces se acercó a la mesa contigua e interrogó a los clientes con mucha menos cortesía.

Arilyn se relajó. Ahora tenía que salir de la posada y alejarse de allí. No le quedaba otro remedio que llevar a Danilo con ella; el respeto que Harvid había demostrado al joven noble indicaba que, probablemente, ninguno de los otros rufianes se le acercaría mientras continuara en compañía del dandi. Luchando contra las ganas de quitarse de encima el brazo de Danilo, Arilyn alzó la mirada hacia su futuro rehén.

Danilo Thann estaba recostado en su silla, con los ojos entornados y la mirada fija en algo. Arilyn siguió su mirada y se dio cuenta de que lo que tanto le interesaba al noble eran sus propias manos. El lechuguino estudiaba con expresión especulativa las manos que la semielfa mantenía en el regazo y apretaba con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

Arilyn clavó su mirada en él. ¿Qué habría apinado?

Pero cuando el joven noble la miró a su vez, las sospechas de Arilyn se esfumaron. El mentecato mostraba una expresión completamente vacía y seguía esbozando aquella radiante sonrisa que Arilyn empezaba a encontrar irritante.

—Bonita sortija. Son muy populares en Aguas Profundas —comentó el joven con ligereza. Entonces tomó la mano de Arilyn y estudió el anillo con la grave expresión de un entendido. Mientras giraba la mano de la mujer a un lado y al otro, la luz arrancó destellos a los anillos que él mismo llevaba—. En el último festival de verano se vendían en el mercado al aire libre. ¿Lo compraste allí?

Parecía una pregunta inocente, pero Arilyn respondió con evasivas.

—Hace tiempo que no voy a Aguas Profundas por negocios.

—¿Y qué negocios son éstos? —preguntó un hombretón de pelo negro y bigotes rojizos mirando el escote de Arilyn e inclinándose hacia adelante para gozar de una mejor vista—. ¿Te dedicas al comercio quizá?

—No, no soy comerciante —contestó Arilyn dulcemente. Por el rabillo del ojo vio que el último de los hombres de Harvid abandonaba la posada. El posadero se relajó, y la taberna volvió a llenarse de conversaciones y de demandas de cerveza. Era el momento ideal para escabullirse—. Mis «negocios» son del tipo que se realizan en privado. —Con esas palabras se levantó ofreciendo una mano y una sonrisa de invitación a Danilo.

El hombre de bigotes pelirrojos soltó una carcajada y palmeó a Danilo en la

espalda.

—Bueno, chico, ya tienes planes para esta noche.

—Si tardo un poco en volver no os molestéis en buscarme —dijo Danilo a sus compañeros con fingida seriedad. Acto seguido cogió a Arilyn de la mano y la condujo al fondo de la sala, donde había una puerta que conducía hacia las habitaciones de arriba o fuera. La semielfa tendría que convencerlo de que eligiera esa última opción.

—¿Qué te parece si damos un paseíto? —sugirió Danilo al llegar a la puerta—. Hace una noche preciosa. Un poco fresca, pero a mí me encanta el tiempo otoñal.

«Problema resuelto», se dijo Arilyn, que accedió gustosa. Una acaramelada pareja que daba un paseo a la luz de la luna no llamaría la atención. Una vez que estuvieran a salvo en el bosque, ya se encargaría Arilyn de perderlo. Que regresara solo y fuera él quien explicara la ausencia de la cortesana a sus amigotes.

Danilo la cogió familiarmente del brazo. Mientras caminaban por la calle situada detrás de la posada, no dejaba de parlotear, obsequiando a la joven con cotilleos de Aguas Profundas que Arilyn habría encontrado muy pertidos si hubiera estado de humor para ello.

La semielfa animaba al joven noble a seguir parlotear emitiendo los apropiados sonidos estúpidos, al tiempo que hábilmente lo iba conduciendo hacia el bosque, lejos del ajetreo de las caravanas de comerciantes que llegaban. La posada A Medio Camino era un centro comercial tan grande como algunas ciudades, por lo que al paso que iban tardaron casi una hora en llegar al sendero que bordeaba el bosque. El veleidoso tiempo otoñal había cambiado, y el viento cargado de humedad anunciaba lluvia.

Mientras Danilo Thann seguía con su cháchara, Arilyn escuchaba atentamente los sonidos nocturnos. De la posada llegaban voces, y los caballos relinchaban satisfechos en los cercanos establos. Una vez se fijó en que la sombra de un arbusto parecía desproporcionadamente larga, y otra una perdiz salió volando como si algo se hubiera acercado demasiado a su nido. Pese a que no captó ningún sonido sospechoso, Arilyn se fue convenciendo de que alguien la seguía.

¡Maldita sea!, juró para sí. ¡Después de todas las molestias que se había tomado en la posada para despistar a su sombra! Los hombres de Harvid registraban ahora los alrededores de la posada, y los ruidos de una pelea los atraerían como la carroña a los buitres.

A escasos metros de ellos una ramita se rompió. Arilyn mantuvo una cara impasible mientras deslizaba una mano entre los pliegues de su colorida falda y sacaba la daga que llevaba escondida. Cuando ella y Danilo pasaron junto a un gran olmo, pasó rápidamente a la acción: se zafó del brazo del noble, extendió una mano detrás del árbol y agarró a un hombre por el pelo. Acto seguido lanzó al hombre

contra el tronco del árbol y le puso la daga contra el cuello. Inmediatamente lo reconoció como uno de los rufianes que acompañaban a Harvid Beornigarth, aunque era la primera vez que lo veía con el gigantón. Y no tenía una cara fácil de olvidar; una irregular cicatriz púrpura le recorría una mejilla, le habían roto la nariz al menos una vez y le faltaba una oreja.

—¿Por qué me sigues? —le preguntó.

El hombre se pasó la lengua por los labios, nervioso.

—Te vi en la posada. Entonces saliste sola y yo pensé... ya sabes.

—La dama no está sola —intervino Danilo Thann con altivez—. Desde luego que no. Está conmigo.

—No te metas en esto —masculló la dama en cuestión. El joven noble la complació al punto, retrocediendo un paso y alzando las manos.

—¿Me has seguido desde que salí de la posada? ¿Antes no? —Arilyn no creía que aquel rufián fuese su misteriosa sombra, pero tenía que estar segura. El hombre vaciló una fracción de segundo de más antes de responder.

—No, sólo desde la posada. No te había visto nunca antes.

Arilyn deslizó la daga por el cuello del hombre siguiendo la línea de la mandíbula, arrancándole una buena parte de su barba oscura de tres días y también un poco de piel.

—No sé si creerte. ¿Para quién trabajas?

—Para Harvid Beornigarth. El hombre de las trenzas rubias.

—¿Para nadie más?

—¡No!

Pese a la mirada culpable y furtiva que veía en los ojos del hombre, Arilyn se sentía inclinada a creerlo. No era un astuto asesino. Justo cuando empezaba a relajar la presión que ejercía con la daga un leve destello dorado le llamó la atención. La mano que tenía libre voló hacia la bolsa que el hombre llevaba atada alrededor de la cintura, de la que sacó una caja de rapé dorada con una sinuosa runa grabada en la tapa. Era una runa muy familiar. Arilyn contuvo la respiración.

—¿De dónde la has sacado? —inquirió en tono áspero, acercando la caja a la faz del hombre. La runa grabada era el símbolo de la maga Perendra de Aguas Profundas, una de las primeras víctimas del asesino de Arpistas.

El pánico se adueñó del hombre, que lanzaba rápidas miradas en todas direcciones como si buscara el modo de escapar.

—De Aguas Profundas —graznó—. La compré en Aguas Profundas.

—Eso ya lo sé. Quiero saber más.

—Me la vendió un elfo. En Aguas Profundas. No sé más, lo juro.

—¿Y cómo se llama ese elfo?

—¡No por favor! —Gotas de sudor le corrían por la cara—. Si te lo digo, me

matará.

—Y si no lo haces, seré yo quien te mate.

—La vida nos obliga a tomar decisiones muy difíciles —comentó Danilo Thann a sus espaldas. Arilyn se sobresaltó.

—¿Aún sigues ahí? —le espetó, mirando brevemente por encima del hombro. El joven aristócrata estaba tranquilamente apoyado en un árbol con los brazos cruzados.

—Pues claro —replicó—. Es peligroso andar por aquí. ¿Quién sabe? Podría haber más hombres acechando.

—No necesito protección —declaró la semielfa enérgicamente.

—A eso quería llegar. Si no te importa, preferiría quedarme al lado de una dama que maneja tan bien una daga.

—Haz lo que quieras. —Arilyn centró de nuevo toda su atención en el hombre que mantenía cautivo—. ¿Cómo se llama ese elfo?

—¡No puedo decirlo! —exclamó el hombre, desesperado. La daga volvió a deslizarse de nuevo bajo su mandíbula—. ¡De acuerdo! De acuerdo.

—¿Y bien?

—Se llama... —La voz del rufián se apagó como si lo hubieran estrangulado.

Arilyn bajó la daga lentamente, contemplando incrédulamente el rostro ennegrecido del hombre y la lengua que le salía de la boca. Retrocedió, incapaz de apartar los ojos de aquella cara horriblemente distorsionada. El hombre emitió un débil y áspero gorgoteo antes de que su espalda se deslizara por el tronco y cayera al suelo sin vida.

—¡Que Mystra me proteja! —exclamó Danilo Thann—. ¡Lo has matado!

## 6

Arilyn giró sobre sus talones para encararse con el horrorizado aristócrata y se defendió:

—Yo no he sido.

—Bueno, yo sí que no he sido —replicó él—. Quizá no sepa mucho, pero reconozco a un muerto cuando lo veo. Y él lo está. ¿Cómo lo explicas?

—No puedo hacerlo.

—Yo tampoco. Será mejor que volvamos a la posada y avisemos a las autoridades. Que encuentren ellas una explicación.

—¡No!

La vehemencia de la mujer sorprendió al joven dandi.

—Si no lo mataste tú, ¿de qué te preocupas? —preguntó muy razonablemente.

«De un montón de cosas», pensó Arilyn. Lo último que necesitaba ahora era dejar una muerte más en su camino. Su pasado invitaba a las especulaciones, y más pronto o más tarde alguien sumaría dos más dos y la acusarían a ella de ser la asesina de los Arpistas. Ese día parecía próximo, pues la noticia de la muerte de Rafe se estaba divulgando con demasiada rapidez. Si Kymil ya lo sabía era posible que las autoridades de Evereska también estuvieran al tanto del asesinato del joven Arpista.

—Vamos —dijo la semielfa bruscamente. Se metió la caja de rapé en una manga y se dirigió a los establos caminando a buen paso. El joven noble la siguió.

—¿Adónde vamos?

—A los establos.

—¿Oh? ¿Y para qué, si no es molestia?

Arilyn no estaba de humor para bromas. Mientras se colgaba del brazo de Danilo le clavó la punta de la daga en un costado. La hoja atravesó la túnica de seda, pero el mentecato seguía ofreciendo una expresión ligeramente divertida.

—Por favor, ten cuidado con la seda —la amonestó.

Arilyn contempló la leve sonrisa del joven y se preguntó si no sería un simplón.

—Tú te vienes conmigo.

—Vale —dijo el joven con total tranquilidad, e hizo una pausa mientras Arilyn abría de par en par la puerta del establo.

—Tú sigue andando —le espetó la joven, irritada, empujándolo dentro.

—Oye, oye —dijo él enfurruñado—. No te pases. Créeme, soy una víctima voluntaria —añadió, mirándola y sonriendo.

La calma con la que aceptaba la situación desconcertó momentáneamente a Arilyn. Danilo se sonrió ante la perplejidad que se pintaba en la faz de la mujer.

—No te muestres tan sorprendida, querida mía. Debo admitir que lo de la daga es nuevo, pero no eres la primera mujer dispuesta a todo para gozar de mi compañía.

—Hemos venido por caballos, no en busca de una pila de heno —resopló Arilyn. Daniloladeó la cabeza y consideró las posibilidades.

—Vaya, vaya... Qué imaginación...

Exasperada, Arilyn apretó los dientes con fuerza, soltó el brazo del joven y abrió de golpe la puerta de la primera cuadra. Dos yeguas zainas de huesos finos y llenas de energía echaron la cabeza hacia atrás y relincharon. Parecían estar en buenas condiciones y, lo más importante, ser rápidas.

—Éstos servirán —anunció Arilyn.

—Apuesto a que sí —murmuró él.

La semielfa se guardó de nuevo la daga en el cinturón, bajó de un gancho una silla finamente trabajada y se la tendió bruscamente a Danilo, diciendo:

—Supongo que sabes cabalgar.

—¡Por favor! —protestó el noble, cogiendo la silla—. Tus palabras me hieren.

—Vigila que sean sólo mis palabras.

Danilo suspiró y sacudió la cabeza.

—Ya veo que seré yo quien tendré que crear el ambiente adecuado para este paseo a caballo a la luz de la luna.

Ya era hora de convencer a aquel idiota con la sonrisa siempre en los labios de que la cosa iba en serio. Con un grácil movimiento, Arilyn desenvainó la daga y se la arrojó. El arma atravesó el sombrero de Danilo y fue a clavarse en el poste de madera que tenía detrás. La semielfa pasó tranquilamente por su lado, desclavó la daga y el sombrero del poste y le devolvió el sombrero con gesto brusco. El joven aristócrata metió incrédulamente un dedo en el agujero del sombrero.

—¡Caray! Era nuevo —protestó.

—Considera la alternativa —apuntó la semielfa con macabro humor—. Vamos, ensilla el caballo.

Con un profundo suspiro, el dandi se encasquetó el sombrero mutilado e hizo lo que la mujer le decía. Lo cierto es que fue bastante rápido. Arilyn vigilaba la puerta del establo, pero no detectó ningún sonido ni movimiento. Quizás había logrado deshacerse de su sombra.

Después de años de detenerse en A Medio Camino Arilyn conocía todos sus secretos. El establo daba por delante a una calle concurrida y bien iluminada, pero en la parte de atrás había una puerta que los conduciría directamente a un sendero arbolado que los llevaría hacia el norte, por el bosque. La semielfa había usado aquella salida en más de una ocasión. Cuando las dos yeguas estuvieron ensilladas, hizo una seña a Danilo Thann para que la siguiera. Éste condujo su caballo tras ella sin protestar.

Mientras se dirigía hacia afuera, Arilyn se detuvo en la cuadra que ocupaba su caballo. La semielfa recogió sus alforjas y contempló por un momento su yegua gris

con mirada nostálgica. Le dolía dejarla atrás, pero la yegua estaba agotada. Arilyn sacó un trozo de pergamino de las alforjas y garabateó una nota dirigida a Myrin Lanza de Plata en la que le pedía que cuidara del caballo y que pagara al dueño el precio de las dos yeguas zainas. El posadero había realizado una transacción idéntica en otra ocasión, por lo que podía confiar en que Arilyn le pagaría a su vuelta. La suya era una extraña amistad, pero la aventurera sabía que podía fiarse de él. Después de meter la nota entre dos tablas de la pared —donde el mozo de cuadras la encontraría— Arilyn palmeó a su caballo para despedirse.

Al dar media vuelta para marcharse, la aventurera miró a Danilo. Éste tenía una expresión compasiva que la irritó. Muchos asesinos trataban con ternura a sus caballos, así que ¿por qué ese idiota la miraba como si fuera una madre a la que se le cayera la baba con su bebé?

—Vamos —ordenó. Después de conducir a su yegua prestada fuera del establo y ponerla en el sendero, se remangó sus largas y vaporosas faldas y montó. Al llegar a la linde del bosque se sacó un cuchillo de la bota y lo levantó para que Danilo lo viera.

—Si tratas de escapar, te atravesaré el corazón con este cuchillo antes de que tu caballo se aleje diez pasos.

Danilo sonrió y levantó las manos en gesto de rendición.

—Nunca se me ocurriría escaparme. Y ahora que ya has captado toda mi atención, me muero de ganas por averiguar de qué va todo esto. ¡Qué historia podré contar cuando vuelva a casa! Nos dirigimos a Aguas Profundas, ¿verdad? Quiero decir, al final del viaje. Imagínate, tendré tema de conversación durante todo un mes...

Por suerte, el viento se llevó sus palabras. Arilyn dio un manotazo a la grupa del caballo, y éste se lanzó al galope.

Cabalgaban deprisa y a Arilyn le parecía que nadie los seguía. Oscuras nubes desfilaban veloces por el cielo, y los árboles se inclinaban y retorcían por efecto del viento, que cada vez soplaba con más fuerza. Finalmente estalló la tormenta, y los jinetes tuvieron que seguir adelante bajo el aguacero. Arilyn casi se alegraba, pues el mal tiempo y, sobre todo, el viento impedían que su charlatán rehén pudiera hablar. La situación empeoró cuando salieron del amparo del bosque. Arilyn incitó al caballo a seguir el río Sinuoso, cuyas aguas bajaban a gran velocidad. En el tramo inferior había una cabaña donde podrían refugiarse.

Finalmente divisó la casa, semejante a un pequeño granero, y espoleó al caballo para que fuera en aquella dirección. Al llegar desmontó y levantó la barra que sujetaba la puerta doble. Una ráfaga de viento abrió ambas hojas hacia dentro, y los viajeros entraron con sus monturas. Para cerrar las puertas Arilyn tuvo que empujar haciendo fuerza, luchando contra el viento. Finalmente lo consiguió y corrió el

pestillo interior.

Danilo la miraba con las manos en los bolsillos, ajeno a las dificultades de Arilyn con la puerta. La aventurera se sintió irritada hasta que recordó que, probablemente, el humano no era capaz de ver en la oscuridad de la cabaña.

—¿Dónde estamos? —quiso saber Danilo.

—En una cabaña perteneciente a un monasterio donde se entrenan los sacerdotes de Torm.

—Oh. ¿No les importará que la usemos?

—No. Los estudiantes mantienen esta cabaña en condiciones para que sirva de refugio a los viajeros. Podemos depositar una ofrenda a Torm en esa gran caja de piedra que hay ahí.

—¿Dónde? No veo ni torta. Esto está tan negro como los calzoncillos de Cyric.

—Cierto. —Arilyn sacó un pedernal de las alforjas y encendió una pequeña lámpara sujeta a la pared para disipar un poco la oscuridad. La parpadeante luz reveló una habitación amplia y cuadrada, dividida para acomodar a viajeros y sus monturas. Los únicos lujos eran un suelo de madera, unas balas de polvoriento heno para los caballos y tres bancos situados delante de una tosca chimenea.

—Hogar, dulce hogar —comentó Danilo en tono jocos—, siempre y cuando uno viva en una cueva.

—Ocúpate de los caballos y después cenaremos —replicó Arilyn distraídamente, más preocupada por los detalles prácticos de su viaje que por las opiniones del petimetre acerca del alojamiento. En las alforjas le quedaban algunas galletas secas y bizcochos que para esa noche bastarían, pero mañana tendría que cazar algo.

Mientras Danilo tropezaba en la penumbra atendiendo a los caballos, Arilyn se despojó con alivio del disfraz de cortesana de Sembia apelando a la hoja de luna. Primero retiró los rizos oscuros y morenos detrás de las orejas, cogió un trozo de lino y se restregó la cara para limpiarse los cosméticos. Finalmente se quitó las lentillas verdes de los ojos y las guardó de nuevo en la bolsa de disfraces. Luego, sintiéndose otra vez ella misma, improvisó dos jergones con un poco de heno de una bala. Entonces cogió una de sus alforjas y se dejó caer en el lecho, y allí rebuscó en el interior en busca de comida.

—Bueno, ya tenemos a dos caballos contentos —anunció Danilo al reunirse con ella—. Por cómo se han lanzado hacia el heno, la verdad, daban ganas de comerlo.

Sin decir ni media palabra Arilyn ofreció a Danilo una ración de carne seca y galletas duras. El joven cogió la comida, la olió y se la acercó a los ojos para examinarla.

—Y esto también da ganas de comer heno. —Pese a sus palabras dio un buen mordisco a la carne y masticó con ganas—. Caray, qué dura está —comentó en tono jovial. Después de dar otro mordisco, sacó una petaca de la bolsa que llevaba colgada

del cinturón y echó un largo trago. Después se la ofreció a Arilyn, pero ésta sacudió la cabeza. Danilo se encogió de hombros y bebió de nuevo.

»¿Hay alguna forma de tener más luz aquí? —preguntó—. Apenas puedo verme la mano cuando la pongo delante de la cara.

—Mientras sepas dónde está, ¿por qué preocuparse?

—Bueno, supongo que no hay más que hablar sobre ese tema —replicó Danilo con un toque de humor—. ¿Qué tal si hablamos de otra cosa?

—¿Es necesario?

El tono que empleó la aventurera lo hizo enmudecer durante unos dos minutos. Ambos comieron en silencio, únicamente roto por el martilleo de la lluvia que caía sobre la estructura de madera. Justo cuando Arilyn empezaba a relajarse el joven noble volvió a la carga.

—Bueno —dijo con energía—, ¿se puede saber de qué huimos? Yo diría que es de ese gigante barrigudo y de sus hombres. Nunca descartes lo evidente, es mi lema.

—No —repuso Arilyn, cortante.

—¿No qué?

—No, no huimos de él.

—¿Pues de quién entonces?

Arilyn se limitó a dar otro mordisco a una galleta. Danilo se encogió de hombros y lo intentó de nuevo.

—Tengo un amigo que fabrica armas muy buenas y comercia con ellas, Nord Gundfwynd. ¿Lo conoces por casualidad? ¿No? Bueno, colecciona armas antiguas y le encantaría hacerse con esa daga que empleaste antes.

—No está en venta —dijo ella en tono cortante.

Sin inmutarse, Danilo continuó con sus esfuerzos por entablar conversación con Arilyn. La semielfa comió en silencio mientras él hacía lo propio entre chismorreos y preguntas impertinentes. Finalmente se tumbó.

—Bueno, bueno, qué bien que he cenado. Me siento como nuevo. ¿Quieres que yo me encargue de la primera guardia? Aunque te advierto que no veré nada.

—¿La primera guardia? —Arilyn lo miraba incrédula—. Pero si eres mi rehén.

—Ah, sí —admitió, como si fuera algo sin importancia—, pero tenemos un largo camino por delante y tendrás que dormir en algún momento.

Arilyn se quedó silenciosa mientras consideraba las últimas palabras del joven noble.

—¿Es una amenaza? —dijo en voz baja.

Danilo echó la cabeza hacia atrás y rió.

—Por todos los dioses, no. Solamente quería exponer una realidad.

Tenía razón, pero a Arilyn le recordó que no estaría de más tomar ciertas precauciones. La semielfa lanzó una fugaz mirada a la espada de Danilo, anudada con

un trozo de cuerda a su trabajada vaina. Era una precaución que impedía muchos ataques furtivos y luchas impulsivas, pero tratándose del pisaverde que tenía al lado, parecía del todo inútil. Arilyn no se imaginaba que se lanzara a atacarla en un momento de ofuscación. No obstante, insistió:

—Tu espada, por favor, y cualquier otra arma que lleves.

Danilo se encogió de hombros graciosamente. Soltó el nudo y entregó a la aventurera la espada envainada. A continuación se sacó de una bota una daga adornada con joyas.

—Cuidado con la daga —aconsejó—. Aparte de las gemas, que son verdaderamente bonitas ¿no te parece?, tiene un gran valor sentimental. La adquirí por casualidad el último invierno. De hecho, es una historia muy interesante.

—No lo dudo —lo interrumpió Arilyn secamente—. ¿Qué llevas ahí? —preguntó, señalando la bolsa verde de cuero que le colgaba de la cintura.

Danilo sonrió de oreja a oreja.

—Ropa, joyas, dados, brandy, rivengut, elixir de las islas Moonshaes y todo lo que quieras. Sólo lo esencial, ya sabes.

—¿Tantas cosas? —Arilyn miraba la bolsa y no se lo podía creer. Parecía tener capacidad para una túnica y dos pares de calcetines de lana, nada más.

—Es que es una bolsa mágica —le explicó Danilo en tono de suficiencia—. Contiene muchas más cosas de las que parece.

—Vacíala.

—Si insistes.

Danilo metió la mano dentro de la bolsa y sacó una camisa blanca de seda primorosamente doblada, y que colocó amorosamente sobre el heno; luego sacó más camisas, éstas de colores. A las camisas les siguieron una túnica de terciopelo y algunos guantes suaves forrados de piel, tres pares de pantalones, varias piezas de ropa interior y calcetines. También contenía joyas suficientes para adornar a todas las meretrices de un burdel, además de varios juegos de dados y tres petacas de plata ornamentadas. Asimismo sacó, ni más ni menos, que tres sombreros, uno de ellos con plumas de pavo que se mecían. La pila de cosas fue creciendo hasta que pareció un mercado al aire libre.

—¡Ya basta! —exclamó finalmente Arilyn.

—Casi he terminado —dijo Danilo, al tiempo que hurgaba en el fondo de la bolsa—. He dejado lo mejor para el final. ¡Ah, aquí está! —El joven sacó un objeto grande y plano, que agitó triunfante.

Arilyn gruñó. Aquel mentecato había sacado de las entrañas de esa condenada bolsa un libro de hechizos. ¡Era lo peor que la diosa del Infortunio podría haberle enviado para atormentarla! Había raptado a un mago de pacotilla.

—Por favor, dime que no lanzas hechizos —suplicó la semielfa.

—Bueno, me defiendo —admitió él modestamente.

Antes de que Arilyn se diera cuenta de sus intenciones, el humano había sacado un trozo de pedernal y apuntaba con él hacia la leña cuidadosamente apilada junto a la chimenea, al tiempo que murmuraba:

—Aliento de dragón.

Saltó una chispa, el pedernal desapareció de su mano y un agradable fuego llenó la habitación de luz y calor. El joven noble se volvió hacia Arilyn con una sonrisa triunfante, que se le congeló.

—¡Por los Nueve Infiernos! —barbotó—. Eres una elfa.

Arilyn luchó por controlar la creciente llama de su furia y respondió.

—Sí, eso tengo entendido. Apaga ese fuego.

—¿Por qué? —replicó él en tono razonable—. Está oscuro y hace frío. Además, aunque esté mal decirlo, me ha salido un fuego precioso.

¿Cómo explicar a aquel lechuguino la aversión que sentía por el fuego mágico? Él no había presenciado el desastre de la bola de fuego; no había oído los gritos de sus camaradas; no había percibido el olor a carne quemada mientras las llamas consumían a todos menos a ella. Arilyn pugnó por apartar de su mente el recuerdo de cómo murieron Los Siete del Martillo, y haciendo un gran esfuerzo formuló una media verdad con voz calmada y argumentos objetivos.

—Como tú mismo has adivinado antes, nos siguen. Creo que los hemos despistado, pero no quiero arriesgarme a encender un fuego cuando estamos aún tan cerca de Evereska.

Danilo se quedó mirándola y luego, como si no acabara de oír nada de lo que acababa de decir, repitió:

—Una elfa. Eres una elfa. Y tus ojos no son verdes de verdad.

Esta última observación la hizo en tono de tan profunda congoja que Arilyn parpadeó sorprendida.

—¿Es eso un problema?

—No —respondió Danilo lentamente—. Es sólo que, bueno, tengo una debilidad por los ojos verdes. Por Mystra, realmente no eres lo que parecías a primera vista.

—¿Y quién lo es? —preguntó ella con aspereza. Entonces se fijó en la elegante ropa de Danilo, totalmente empapada, y añadió maliciosamente—: Excepto tú, quizá.

—Gracias —contestó él distraídamente.

Arilyn levantó los ojos al techo, incrédula. Danilo la continuaba observando con tanta fijeza que no había parado mientes en el insulto.

—¡Espera! ¡Ya lo tengo! —cacareó triunfante, apuntando con un dedo a Arilyn—. Sabía que me recordabas a alguien: tú eres la persona a quien ese zoquete del bar buscaba. Ariel Hoja... algo, ¿tengo razón?

—Más o menos —admitió ella de mala gana.

Después de todo, no era tan tonto como parecía. Incapaz de permanecer sentada por más tiempo, la semielfa se puso en pie y empezó a pasear por la habitación.

—¡Qué interesante! Bueno, cuéntame tu historia —pidió Danilo, mientras se acomodaba, preparándose para pasar una entretenida velada. Se tumbó de lado, cruzó ambos tobillos y se apoyó sobre un codo. Arilyn le lanzó una torva mirada y se acercó al hogar.

»No, no. Déjalo encendido —insistió él, viendo que Arilyn empezaba a hurgar en los troncos encendidos con un palo—. Los dos estamos mojados y tenemos frío, y el fuego nos sentará bien. Olvídate de él y ven a sentarte. —El joven aristócrata dio unas palmaditas en el heno para invitarla a que se sentara junto a él—. Oh, vamos. Relájate. En la posada los engatusaste a todos con tu disfraz. Ese matón no nos sigue.

—Ya te lo he dicho; no es él quien me preocupa.

—¿Pues quién si no? Has dicho que nos siguen.

—Nos seguían, en pasado —replicó Arilyn, recalcando las palabras y lanzándole por encima del hombro una mirada asesina.

Pero Danilo Thann no era de los que se dan por vencidos fácilmente, y miró al techo en una cómica expresión de repugnancia.

—«Seguían.» Bueno, eso lo explica todo.

Arilyn le dio la espalda sin hacer caso de su cordial sarcasmo.

—Oye —dijo Danilo, hablando a la nuca de la semielfa—, ya que te acompaño en este viaje, por decirlo de alguna manera, ¿no crees que debería tener alguna idea de a quién o a qué me enfrento? Y tampoco estaría mal saber adónde vamos.

«¿Por qué no? —se dijo Arilyn—. Quizá la verdad lo asustará y cerrará el pico.» La aventurera se sentó en el heno junto a Danilo y dobló las rodillas contra el pecho.

—De acuerdo, ahí va. Puesto que parece estar al corriente de todo lo que se comenta en esta zona, supongo que habrás oído que hay alguien que está eliminando sistemáticamente a Arpistas.

—Es algo espantoso —comentó Danilo estremeciéndose—. ¡Oh, dioses! —exclamó, abriendo mucho los ojos—. No estoy seguro de adónde quieres ir a parar. ¿Estás diciendo que el asesino de Arpistas te persigue a ti?

—Eres más listo de lo que parece —fue el seco comentario de Arilyn.

—Gracias, ¿pero cómo lo sabes? Que el asesino te sigue, quiero decir.

La aventurera se encogió de hombros, tratando de no parecer alterada.

—Ya hace alguien tiempo que alguien me sigue dondequiera que voy. Varios amigos míos han sido asesinados, y yo estaba cerca cuando ocurrió.

—Oh, madre mía. Qué terrible.

La voz del joven noble sonaba sinceramente cálida e inquieta, por lo que momentáneamente Arilyn se quedó desconcertada. Su mirada buscó las llamas y se quedó prendida de aquel fuego mágicamente conjurado que tan malos recuerdos le

traía. Pero en aquellos momentos prefería mirar cualquier cosa antes que los amables ojos grises de Danilo Thann. Ella había puesto en peligro la vida de ese joven y, por estúpido que fuera, no había hecho nada para merecer el tratamiento que le había dado.

—Lamento haberte metido en todo esto —murmuró la semielfa—. Créeme, no pensaba llevarte tan lejos.

—Por mí no hay problema —replicó Danilo, aceptando jovialmente las disculpas de Arilyn—. Además, es todo un honor para un humilde figurín como yo estar al servicio de los Arpistas. Tú eres una de ellos, ¿no?

—No —contestó ella lentamente—. Yo no soy una Arpista.

—¿Oh? ¿Entonces por qué te persigue el asesino de Arpistas?

—De vez en cuando trabajo para ellos.

—Ah. ¿Y qué es lo que sabes hacer? —preguntó Danilo con afectación, mirándola y moviendo las cejas en una burda parodia de mirada lasciva.

Arilyn le lanzó una mirada iracunda y, en respuesta, él le sonrió; ¡Aquel idiota se divertía provocándola! Arilyn se dio cuenta de pronto de que para él era sólo un juego. No la miraba con lascivia sino como un niño travieso. Toda la irritación que le inspiraba Danilo Thann regresó de golpe, arrinconando el sentimiento de culpa que la había invadido un momento antes. La aventurera sintió un impulso indigno pero irresistible de meterle un poco de miedo en el cuerpo.

—Soy una asesina —declaró con voz amenazante.

Danilo se lo tomó a broma.

—No me digas. Y supongo que también tienes una propiedad en el Gran Desierto con vistas al lago que quieres venderme, ¿no?

—Recuerda; las apariencias engañan —replicó Arilyn, sin poder evitar sonreír—. Al menos, en algunos casos —añadió con un toque de sarcasmo.

Pero la pulla rebotó en la dura piel de Danilo, que desestimó su comentario con un ademán.

—No, no, no es eso. Me creo que eres una asesina, aunque me imagino que habrá pocas tan guapas como tú. Pero ¿desde cuándo los Arpistas ordenan asesinatos?

—No lo hacen —admitió Arilyn—. Hace años que no hago ese tipo de trabajo, y nunca para los Arpistas. Ahora me dedico a recuperar objetos perdidos, dirigir incursiones y proteger a viajeros. Soy una exploradora, una espía o una mercenaria, lo que haga falta.

Danilo se tumbó sobre el estómago y apoyó el mentón en ambas manos.

—Tu versatilidad me asombra, pero, para mi propia paz de espíritu, volvamos a tu ocupación anterior. ¿De verdad que te acercas..., huy, perdona, te acercabas sigilosamente a la gente y la matabas?

—No, nunca. —Arilyn alzó la barbilla—. Retaba a luchadores armados y

competentes, y los vencía en duelo.

—Ya veo. —Danilo asintió como si ahora lo entendiera todo—. No me extraña que el asesino de Arpistas vaya tras de ti. —Arilyn enarcó inquisitivamente las cejas, y el humano sonrió y explicó—: Por tratar de elevar el nivel del oficio. Seguro que transgredías un montón de normas del gremio.

Arilyn estuvo a punto de soltar una carcajada, pero logró controlarse.

—De hecho, nunca pertenecí a la Cofradía de Asesinos.

—¿Ves? Otro motivo. Quieren cobrarse todas las cuotas que debes a la cofradía.

Finalmente Arilyn no pudo contener una risita.

—No creo que la Cofradía de Asesinos me aceptara.

—¿De veras? ¿Hay una historia interesante detrás de eso?

—Pues no. —Arilyn se encogió de hombros—. Al principio de mi carrera me pusieron el mote de «asesina». Si alguien cruzaba su espada conmigo, moría —dijo simplemente, respondiendo a la inquisitiva mirada de Danilo.

—Humm... Lo recordaré. ¿Y después?

—El mote se me quedó. Con el tiempo se me consideró una auténtica asesina, y yo misma empecé a creer que lo era, aunque una asesina honorable, eso sí. Durante años fui una aventurera independiente a la que contrataban para luchar y, por ende, a matar.

—Pues sí que eras una asesina —murmuró Danilo.

—Sí, pero nunca luché contra nadie que estuviera desarmado, nunca derramé sangre inocente.

—Estás totalmente convencida de ello, ¿verdad? Debe de ser bonito confiar tan plenamente en el juicio de uno —dijo él con aire pensativo.

—Para bien o para mal no tengo que fiarme de mi buen juicio —replicó la semielfa. Incluso a ella su voz le sonó un tanto amarga. Se llevó una mano a la empuñadura de la espada y explicó—: La espada que llevo no puede derramar sangre inocente. Es imposible. Lo averigüé cuando apenas era una niña que estudiaba en la Academia de Armas. Uno de los estudiantes mayores, Tintagel Ni'Tessine, solía burlarse de mí por mi raza. Un día perdí los estribos y lo atacé.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Danilo, animándola a continuar.

Arilyn apretó los labios en una leve sonrisa.

—El brazo que sostenía la espada se me quedó entumecido y la hoja de luna se me cayó de la mano. Tintagel aprovechó la oportunidad para darme una paliza.

—¡Terrible!

—Bueno —Arilyn se encogió de hombros—, son cosas que pasan.

—No me parece el comportamiento de un hombre inocente —barbotó Danilo, indignado—. No tenía ni idea de que existieran tales prejuicios contra los elfos.

—Tintagel Ni'Tessine es elfo —declaró Arilyn, lanzándole una curiosa mirada.

—Espera un momento. —Danilo levantó una mano, totalmente desconcertado—. ¿Me he perdido algo?

—Él es un elfo dorado. Yo soy una elfa de la luna, bueno, mejor dicho sólo medio elfa —admitió Arilyn con desgana—. ¿No sabías que existen varias razas de elfos?

—Bueno, sí. Pero no sabía que hubiera diferencias significativas.

—Un comentario típicamente humano —saltó ella—. ¿Por qué será que no me sorprende? —Arilyn pronunció estas últimas palabras con un tono tan duro que Danilo parpadeó, sorprendido.

Su rehén no podía saber que ella trataba de ocultar el dolor que sentía. ¿Cuándo había sido la última vez que había charlado como una cotorra? ¿Le había contado a alguien ese incidente con Tintagel? ¿Había confesado, ni siquiera a sí misma, que a veces se sentía empequeñecida ante el poder de su propia espada? ¡Maldita sea! Ese Danilo tenía algo que derribaba las defensas de su natural reserva, y a ella le molestaba.

Pero el joven aristócrata no pareció haberse ofendido por el brusco cambio de humor de su raptora, pues comentó:

—Ya veo que compartes mi pasión por las piedras preciosas.

—¿Por qué lo dices?

Danilo señaló la hoja de luna con una sonrisita de suficiencia.

—Por esa gema incrustada en la empuñadura. Es un topacio, ¿verdad?

—Supongo que sí. ¿Por qué?

—Oh, es sólo curiosidad. La espada parece antigua pero el topacio está tallado a la manera moderna.

Arilyn se quedó mirándolo un momento con la boca abierta.

—Eres muy observador.

—No es nada —replicó él modestamente—. Como ya he dicho, soy un apasionado de las piedras preciosas y sé bastante sobre ellas. ¿Ves cómo las diminutas facetas se enrollan alrededor de la base de la piedra, conduciendo como un panal a una superficie grande y plana? Este estilo empezó a ponerse de moda hace, digamos, cincuenta años.

—Si tú lo dices... Pero tienes razón, la piedra es bastante nueva.

—La original se perdió, ¿no es eso? ¿Qué tipo de piedra era?

—Un ópalo.

—Una piedra semipreciosa que suele presentar motas azuladas. Conductora natural de la magia —recitó Danilo con voz erudita—. ¿Por qué la sustituiste por un topacio?

Arilyn se encogió de hombros.

—Cuando empecé a entrenarme mi maestro la hizo poner ahí para equilibrar la empuñadura.

—No hay muchos maestros que den tanta importancia a los detalles... ni a sus alumnos, de hecho. —El joven sonrió—. Los míos, en especial, me evitaban como la peste. Tú tuviste suerte con tu maestro.

—Sí —replicó Arilyn calurosamente—. Estudiar con Kymil Nimesin fue una gran oportunidad y... —La semielfa se interrumpió de pronto.

Arilyn se limitó a encogerse de hombros. «Maldita sea —se dijo enfadada—. Lo estoy haciendo otra vez. Ese tipo me sacará la historia de mi vida antes de poder desembarazarme de él.»

Lo que más le angustiaba era el inexplicable sentimiento de camaradería, la diminuta semilla de amistad que iba creciendo entre ella y aquel extraño, ese humano frívolo, estúpido y emperifollado. Deliberadamente conjuró en su mente la imagen de Rafe Espuela de Plata como si fuera un talismán. El recordar qué podía sucederles a quienes le eran más cercanos reforzó su determinación de mantenerse lejos de todo el mundo.

Nuevamente la alegre voz de Danilo Thann se introdujo en sus pensamientos.

—¿Sabes?, acabo de darme cuenta de que aún no me has dicho cómo te llamas. ¿Qué nombre pronunció ese ridículo bárbaro de la posada? Arilyn, ¿no? Arilyn Cantoluna. No, no era así. Hojaluna. ¡Sí, Arilyn Hojaluna!

La semielfa se puso en pie y apagó las brillantes brasas del fuego pisoteándolas.

—Ahora a dormir —dijo en tono cortante, dando la espalda al hombre—. Partiremos antes del amanecer.

Todavía no había salido el sol cuando Arilyn zarandeo a su rehén para despertarlo.

—Ehhhh, ¿qué pasa? —Danilo se incorporó bruscamente y miró con cara de sueño al rostro de pocos amigos de la semielfa, hasta que sus ojos la distinguieron—. Ah. Hola. ¿Ya es hora de que haga la guardia?

—Es hora de partir —respondió ella con tono categórico.

—Bueno. Si tú lo dices... —Danilo se puso trabajosamente en pie y se estiró, haciendo gestos de dolor porque tenía los músculos agarrotados—. ¿Adónde vamos?

—A Aguas Profundas.

—Vaya, maravilloso. —El joven noble se animó—. Dentro de pocos días seguramente podremos unirnos a una de las caravanas de comerciantes y...

—No —lo interrumpió la semielfa sin levantar la voz.

—¿No? —Danilo parecía desconcertado y se quedó quieto, en medio de un desperezo—. ¿Y por qué no?

Arilyn se lo explicó con la misma paciencia que si su rehén fuera un niño corto de entendederas.

—Un rastreador muy hábil me ha estado siguiendo. Cuando me perdió, yo me dirigía al oeste. Supongo que conoce mis rutas y mis hábitos y, lógicamente, creará que me dirijo a Aguas Profundas. Muy probablemente tomará la ruta habitual, es decir, la ruta de las caravanas. Si viajamos con una caravana de comerciantes nos encontrará fácilmente.

—Ah. Nunca descartes lo evidente —comentó Danilo, asintiendo para sí con aire de sabio.

—Más o menos —admitió Arilyn—. Así pues, tomaremos la ruta del norte.

El dandi sacudió la cabeza y barbotó, incrédulamente:

—Estarás de broma. ¿La ruta del norte? ¡Pero si es territorio troll! Debes saber que detesto a los trolls; los aborrezco.

—No te apures. No pasaremos por El Páramo Alto.

—¿No habrá trolls?

—Ninguno. —Danilo aún parecía angustiado, por lo que Arilyn le explicó—: Es más arriesgado que ir por la ruta del sur, pero llegaremos antes a Aguas Profundas. Además, iremos por campo abierto. Si me equivoco y alguien todavía nos sigue, lo veremos tan pronto como él nos vea a nosotros. —La semielfa prefirió callarse que preferiría un enfrentamiento abierto; el humano ya estaba suficientemente nervioso. Hizo una pausa antes de rematar—: Y otra cosa. Ahorraremos tiempo si atajamos por el extremo inferior del pantano.

Danilo contuvo la respiración y alzó ambas manos en gesto de protesta.

—¿El pantano? ¿Estamos hablando del pantano de Chelimber? Yo no voy, muchas gracias. Si no te importa me parece que cogeré el caballo y me dirigiré al sur.  
—Arilyn ya tenía la respuesta preparada.

—Lo siento —dijo con firmeza—, pero tú te vienes conmigo.

Danilo suspiró resignado y acto seguido sonrió con petulancia.

—No puedes pasarte sin mí, ¿verdad?

—No te hagas ilusiones. Tengo que llegar a Aguas Profundas y desaparecer sin alertar al asesino. Pero —añadió en tono mordaz—, si te dejo ir solo por la ruta de los mercaderes le irías con el cuento a cualquiera que te encontraras, y yo volvería a estar donde empecé.

Danilo consideró las palabras de la aventurera y asintió.

—Muy bien —dijo en tono cordial, y empezó a embutir sus cosas en la bolsa mágica.

—¿Estás de acuerdo? ¿Sin más? —A Arilyn le extrañaba que hubiera cedido tan pronto.

—¿Es que tengo elección? —inquirió él, prosiguiendo con lo que estaba haciendo y levantando una ceja.

—No.

—Pues entonces no tiene ningún sentido que me lamente por algo que no puedo cambiar, ¿no crees? —repuso jovialmente. Recogió la última de sus cosas, una petaca de plata, y echó un buen trago antes de meterla en la bolsa. Animado por el licor se levantó y se encaró con Arilyn.

»Ya está. Estoy listo. Dime, ¿crees que podrías cazar algo para desayunar? Me conformo con cualquier cosa. A estas alturas me comería incluso un wyvern en escabeche. Y mientras tú cazas yo me asearé un poco. No es que espere encontrar a nadie de la buena sociedad en la ruta que has elegido, pero uno no puede ir por ahí como si fuera las sobras de un banquete de gnolls, ¿verdad?

Danilo examinó a Arilyn de la cabeza a los pies. La semielfa iba vestida para el viaje con botas, pantalones y una sencilla túnica azul sobre una holgada camisa, y una capa oscura.

—Por cierto —añadió como quien no quiere la cosa, tratando de ser tan diplomático que se le veía el plumero—, esa ropa que llevas es muy... muy práctica. ¡Realmente parece cómoda! No obstante, me gustaba mucho más el vestido de velos que llevabas en la posada. Quizá sería un poco exagerado para viajar, pero, al menos, deja que te preste algunas joyas para alegrar un poco tu atuendo.

Arilyn contuvo un suspiro. El viaje a Aguas Profundas sería muy, muy largo.

El sol asomaba ya por el horizonte cuando la semielfa logró que su rehén, bien desayunado e inmaculadamente arreglado, se subiera a la silla. Como no quería demorarse ni siquiera un poco, Arilyn impuso a los caballos un ritmo brioso que le

pareció que aguantarían; era importante cruzar el pantano de Chelimber antes del anochecer.

Al dejar atrás las suaves estribaciones de las colinas del Manto Gris, los acogedores bosques teñidos de los colores otoñales dieron paso a un lúgubre valle plano sembrado de irregulares peñas y maleza. A medida que las pezuñas de los caballos pisaban terreno cada vez más esponjoso, incluso esos míseros arbustos desaparecieron, y la única vegetación visible eran los juncos y aneas que rodeaban pequeñas charcas de agua de color marrón. El gorjeo de los pájaros del bosque había enmudecido mucho antes, y ahora sólo alguna que otra garza se quedaba mirándolos con indiferencia.

Para alegría de Arilyn, la opresiva fealdad del paisaje había puesto fin a la cháchara del joven noble, que ahora se limitaba a preguntar algo de vez en cuando. Por suerte, cabalgaba bien, y mientras lo hacía se fijaba en las vistas como un viajero por placer ligeramente inquieto.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando una gran depresión cuadrada en la ciénaga. Arilyn miró y el alma se le cayó a los pies.

—Alguien ha estado sacando turba.

—¿Para qué?

—Para usarla como combustible. Quema muy bien.

—¿Por qué querría nadie venir hasta esta copia aplastada del Abismo para extraer combustible? —preguntó tras un momento de reflexión—. Hay unos bosques magníficos entre aquí y la zona civilizada más próxima. —En vista de que Arilyn no decía nada, Danilo se quedó pensativo. Finalmente chasqueó los dedos y sonrió triunfante—. ¡Espera un segundo! ¡Ya lo tengo! Quienes han sacado turba tienen que pertenecer a una de las razas no civilizadas. ¿Orcos, quizá? No. En este terreno es más probable que sean goblins. ¿Tengo razón?

—No sé a qué viene tanta alegría —le espetó Arilyn, lanzándole una agria mirada—. Han extraído esa turba hace poco. Quienquiera que lo haya hecho probablemente aún anda por aquí.

—Bromeas —dijo Danilo en tono esperanzado.

—Casi nunca. Nos aproximamos al pantano. Cierra el pico hasta que lo hayamos cruzado.

El dandi se calmó. Muy pronto la textura esponjosa de la turba dio paso a una zona abierta y pantanosa, y el aire se llenó de un opresivo olor a humedad y descomposición que impedía respirar. Antes del mediodía habían llegado al borde del pantano de Chelimber.

—Caray, qué sitio tan deprimente —comentó Danilo, consternado.

Arilyn convino con él en silencio. En su opinión, el pantano de Chelimber podría pasar perfectamente por uno de los niveles inferiores de los Nueve Infiernos.

No había ninguna señal de vida animal, aunque de todas partes llegaba un inquietante chirrido como de insectos. El terreno desnudo y cubierto por rocas se alternaba con áreas empapadas de agua en las que crecían hierbas palustres que llegaban a la cintura, y que, pese a la ausencia total de viento, se balanceaban. Muchas de las pequeñas charcas que salpicaban el terreno burbujeaban y bullían, y de ellas emanaba un denso vapor sulfuroso. Incluso el aire parecía pesado, y el cielo era plomizo.

—Vamos, acabemos de una vez —susurró Arilyn, espoleando resueltamente a su caballo. Danilo la siguió con cara de circunstancias.

Pese a los peligros conocidos e imaginarios del pantano, su marcha estuvo exenta de dificultades. Arilyn no relajó la guardia, sino que escuchaba atentamente los extraños sonidos de la ciénaga. El pantano de Chelimber emitía un continuo aluvión de chirridos, estallidos, gruñidos y eructos desde una fuente no distinguible. El ruido era irritante, y Arilyn se dio cuenta de que también estaba afectando a las excitables yeguas. No obstante, no había ningún signo de peligro, y ya avanzada la tarde la semielfa comenzó a pensar que su travesía por la ciénaga iba a discurrir sin incidentes. Incluso Danilo logró refrenar la lengua hasta que Arilyn calculó que debían de estar acercándose al límite occidental del pantano. El sol, envuelto en la neblina, se cernía justo encima de la hierba del pantano. El tenso cuerpo de Arilyn comenzó a relajarse mientras los caballos iban dejando atrás la zona de máximo peligro. A pesar del retraso de la mañana, saldrían del pantano antes de la caída de la tarde.

Pero sus esperanzas eran prematuras. Perdida casi en medio de la música de la ciénaga había una nueva nota, un débil sonido rasposo que a Arilyn le sugería la imagen de un dragón con hipo. La semielfa confiaba en que aquel extraño sonido no fuese más que otra de las ilusiones auditivas del pantano, pero para asegurarse alzó una mano para indicar a Danilo que se detuviera.

«¿Has oído eso?», le dijo moviendo los labios pero sin emitir ningún sonido.

Pero el noble estaba distraído. Arilyn siguió su mirada y tuvo una corazonada que le puso en tensión los músculos de la garganta. A su lado, la hoja de luna relucía con su inquietante luz azul.

—¿Qué pasa con tu espada? —preguntó Danilo.

—Baja la voz.

—¿Por qué se ha puesto azul tu espada? —preguntó él suavemente.

—Magia —contestó la semielfa lacónicamente, al tiempo que examinaba los alrededores para localizar el peligro que percibía la hoja de luna.

—Curioso. Muy curioso —comentó Danilo arrastrando las palabras y contemplando la pálida luz azulada de la espada sin excesivo interés—. Una espada reluciente. ¿Las hay también en verde? Y si es así, ¿sabes dónde podría conseguir

una?

La despreocupada voz del hombre enfureció a Arilyn, que lo fulminó con la mirada sin dar crédito a sus oídos.

—Goblins —dijo en voz baja pero firme—. ¿Recuerdas? Quienes según tú cortaron la turba. No creo que ni siquiera tú los encuentres divertidos.

El joven aristócrata frunció los labios y se lo pensó antes de responder.

—Pues, de hecho, hay ese tipo bajito en Cormyr que...

—Oh, cállate ya —siseó Arilyn. Mientras sus dedos se cerraban alrededor de la empuñadura de la espada, trató de apartar de su mente a Danilo y sus tonterías para concentrarse en la inevitable batalla. Hizo avanzar al caballo lentamente hacia el oeste e indicó con señas al petimetre que la siguiera. Ahora el terreno ya no era tan plano, y sobre una suave colina situada a menos de cien metros se veían las ruinas de lo que parecía ser un antiguo alcázar. Desde allí podrían defenderse mejor y, al tener el sol del atardecer a sus espaldas, sus atacantes, fueran quienes fuesen, estarían en desventaja.

Mejor dicho, «yo podré defendernos», se corrigió Arilyn mentalmente, lanzando una mirada de desdén al hombre que cabalgaba a su lado. Incluso en el dudoso caso de que Danilo Thann fuese capaz de defenderse solo en una batalla, nunca se arriesgaría a mancharse de sangre sus elegantes galas de ciudad.

Por enésima vez desde que saliera el sol Arilyn se maldijo a sí misma por haber elegido tan mal a su rehén. Había luchado contra goblins y criaturas similares muchas veces y sabía que le esperaba una dura batalla. Incluso los caballos, pese a ser consentidas y elegantes monturas percibían el peligro; tenían las orejas hacia atrás, pegadas a la cabeza y gemían nerviosas. Por otra parte, Danilo no viajaba con ella por propia voluntad, por lo que su deber era brindarle toda la protección que pudiera. Pero, por todos los dioses, cómo le gustaría entregárselo a los goblins y que ellos le borraran esa satisfecha sonrisa de su estúpida cara.

Los turbios pensamientos de Arilyn fueron interrumpidos por un alarido sobrenatural. El sonido hendió el aire y allí se quedó suspendido, reverberando por todo el pantano. Ésa fue la gota que colmó el vaso para su temperamental yegua, que de pronto se encabritó. Arilyn tuvo que agarrarse al pomo de la silla con ambas manos para no salir despedida y antes de que pudiera coger de nuevo las riendas el caballo se desbocó.

—Agárrate —le gritó Danilo, espoleando a su caballo para que se acercara a la aterrada montura de Arilyn. La semielfa se preguntó qué trataba de hacer el humano. Su caballo no parecía mucho más calmado que el suyo; iba lanzado al galope con los dientes al descubierto, las orejas pegadas a las crines y el blanco de sus aterrorizados ojos brillante. Danilo atrapó las riendas del caballo de Arilyn, al tiempo que pugnaba por controlar al suyo con la otra mano.

«Ya estamos —se dijo Arilyn con un ramalazo de resignación—. Ya nos veo a los dos en el suelo.» Pero antes de que las asustadas yeguas avanzaran otra docena de pasos, Danilo logró detenerlas gracias a la fuerza de sus brazos y de su voluntad.

Arilyn se quedó mirando incrédulamente al aristócrata, y éste le dirigió una de sus encantadoras e irritantes sonrisas. Acto seguido el humano le arrojó sus riendas.

—No ha estado mal, ¿eh? Has tenido suerte de haber raptado al capitán del equipo de polo campeón de Aguas Profundas. Pero la próxima vez, querida, sería mejor que robaras caballos entrenados para la batalla.

Antes de que la semielfa pudiera responder a la pulla, un segundo alarido resonó en la ciénaga. Arilyn desenvainó la hoja de luna y se preparó para hacer frente al ataque. Uno de los peligros del pantano era la extraña forma que tenía de distorsionar el sonido. Las befas de sus invisibles enemigos parecían venir de todas partes. ¿Hacia dónde debían correr ella y Danilo?

De detrás de la cresta de un cercano altozano surgieron unas diez criaturas de pesadilla enormes y cubiertas de escamas. Arilyn había oído historias acerca de los hombres lagarto que habitaban en el pantano de Chelimber, pero al ver a los horribles seres con sus propios ojos se le hizo un nudo en la garganta.

Las criaturas —tan altas como un hombre, de piernas musculosas y recubiertas por escamas grises verdosas— avanzaban tambaleantes hacia ellos a través de la neblina, pisoteando la hierba de la ciénaga al tiempo que chillaban y rugían, sedientas de sangre y blandiendo espadas y martillos de guerra con sus enormes manos garrudas.

—¡Espera un momento! Dijiste que eran goblins. Y éstos no me lo parecen —protestó Danilo—. Claro que podría estar equivocado.

—Son hombres lagarto —repuso Arilyn bruscamente, luchando por controlar a su aterrorizado caballo mientras su mente urdía un plan de batalla. Como estaban en inferioridad numérica de cinco a uno, huir sería lo más sensato. Pero al lanzar un vistazo por encima del hombro vio una pequeña banda de goblins, seguramente una partida de caza, que se levantaba de la hierba de la ciénaga y les impedían huir hacia el sur.

—Bueno. ¿Luchamos o huimos? —preguntó Danilo.

La semielfa volvió a darse la vuelta. Los hombres lagarto se habían desplegado en abanico, impidiéndoles la huida hacia el norte y el este.

—Yo lucharé; tú huye —gritó, señalando con la hoja de luna hacia el alcázar en ruinas.

—Mi espada —pidió Danilo, tendiendo hacia ella la mano.

Arilyn lo había olvidado. Se llevó una mano atrás, sacó bruscamente la espada del noble de su vaina y se la arrojó. Danilo atrapó hábilmente el acero y acto seguido entornó los ojos en dirección al sol poniente.

—Eh, éstos sí que son goblins —comentó.

La semielfa gruñó. De detrás de los montones de piedras y escombros habían saltado tres criaturas más blandiendo armas. Farfullando y gruñendo como animales echaron a correr hacia ellos, y Arilyn percibió una vaharada del hedor que desprendía su piel color naranja oscuro y su asquerosa armadura de cuero. Los tres goblins enarbolaban espadas oxidadas y al gruñir dejaban al descubierto hileras de colmillos cortos y afilados. En sus ojos color limón brillaba la excitación de la batalla.

—Yo me ocuparé de esos tres de allí —se ofreció el dandi.

—Pues ve, estúpido —gritó Arilyn.

Danilo la saludó, hizo dar media vuelta a su caballo y galopó hacia las ruinas y los goblins. Arilyn se dijo que, montado como iba a caballo, incluso Danilo debería ser capaz de enfrentarse a tres goblins a pie. Para su sorpresa, el noble derribó con una estocada al hombre lagarto situado más al oeste al pasar junto a él a todo galope, como si desafiara a las criaturas a que lo siguieran.

«Buena táctica —pensó Arilyn—. Si los dividimos, no podrán rodearnos tan fácilmente.» Pero no era el momento de pensar; los hombres lagarto ya se le echaban encima. Todos a la vez.

Tras la sorpresa inicial, Arilyn lo entendió. Es posible que aquellas criaturas cazaran en grupo, pero su inteligencia era muy limitada. Sus instintos eran de supervivencia y nada sabían de estrategias. Así pues, cada uno de los hombres lagarto había decidido por su cuenta atacar al adversario de menor tamaño y en apariencia el más débil. «Qué gran error», se dijo Arilyn con una leve sonrisa. La aventurera levantó la hoja de luna en alto y lanzó al caballo al galope contra los hombres lagarto, que avanzaban pesadamente.

El primero de ellos trazó una peligrosa elipse con la cimitarra que esgrimía. Rápida como el rayo, Arilyn paró ese primer golpe y después atravesó a la criatura por la mitad. A la siguiente la desarmó cercenándole una garruda mano. Los alaridos de rabia y dolor que lanzó hicieron que el resto de sus compañeros retrocedieran un paso, lo que dio a Arilyn un respiro. Pugnando por controlar el caballo lanzó una rápida mirada en dirección a Danilo.

El humano se las estaba arreglando mucho mejor de lo que la semielfa había esperado. Había logrado derribar a dos de los goblins y ahora, todavía a lomos de la yegua, se disponía a despachar al tercero. Los hombres lagarto se habían decidido por Arilyn y a él no le prestaban ninguna atención. Por un breve instante Arilyn se dejó vencer por el desaliento; sin duda su rehén aprovecharía la oportunidad para huir y dejar que ella se enfrentara sola con los monstruos. Bueno, pues les iba a enseñar ella lo que era luchar. Lanzando un feroz grito de batalla la semielfa alzó la hoja de luna en gesto de desafío y retó a los hombres lagarto a que se acercaran a ella, si se atrevían.

Las criaturas se detuvieron, inseguras. Sus largas lenguas de reptil asomaban y desaparecían entre colmillos afilados como dagas mientras ponían en un plato de la balanza el hambre que sentían y los gritos de ánimo de la banda de goblins, y en el otro la refulgente espada y la inesperada resistencia de la semielfa. La yegua de Arilyn brincaba y gemía aterrorizada, y ese sonido pareció vencer la momentánea renuencia de los hombres lagarto. Al percibir debilidad, volvieron a chillar y se lanzaron contra la semielfa con tal impaciencia que casi tropezaron unos con otros.

La hoja de luna danzaba y centelleaba mientras Arilyn reprimía el ataque. Tres hombres lagarto cayeron, llevándose las manos a sus gargantas abiertas o a miembros cercenados. Entonces uno atacó por lo bajo con un gran cuchillo, con la brillante idea de atacar al caballo. Pero Arilyn se dio cuenta de sus intenciones, hundió los talones en los costados del animal y tiró bruscamente de las riendas. La aterrorizada yegua retrocedió, evitando por los pelos la cuchillada dirigida a su panza.

Aprovechando el impulso que llevaba el animal, desmontó. La ágil semielfa abandonó la silla con una voltereta hacia atrás y aterrizó de pie, con la hoja de luna presta. Con la parte plana de la hoja golpeó con fuerza al caballo en los flancos. Éste escapó, esquivando las garras de los cinco hambrientos hombres lagarto que quedaban en pie. Al ver desaparecer el festín de carne de caballo que ya se prometían, las monstruosas criaturas rodearon a Arilyn y se fueron acercando.

La semielfa oyó unos excitados chillidos, y ásperas y agudas voces que parloteaban sólo un poco más allá del círculo de escamas y espadas. «Fantástico —se dijo Arilyn, consternada—. Finalmente la partida de caza goblin ha decidido unirse a la fiesta. Como si ya no tuviera suficiente.»

Uno de los hombres lagarto logró superar sus defensas, y la punta de su espada le abrió una ardiente línea en el hombro izquierdo. Pero con su siguiente movimiento Arilyn le dio un tajo en la cara dejándolo ciego. El lagarto bramaba al tiempo que se llevaba las garras a los ojos y retrocedía, histérico, derribando a uno de sus hermanos. El caído se revolvió, tratando de ponerse de nuevo en pie sobre el suelo pantanoso y cubierto de sangre. Con una veloz estocada la hoja de luna le atravesó el corazón, y el monstruo se quedó inmóvil. Arilyn saltó sobre el cadáver hacia el lagarto cegado y rápidamente puso fin a su sufrimiento.

Ahora ya sólo quedaban tres hombres lagarto. Aunque estaba cansada y herida, la semielfa se sentía segura de su victoria. No obstante, dudaba que le alcanzaran las fuerzas para abrirse paso entre una banda de goblins.

Mientras luchaba, a la aventurera le pareció oír un extraño himno de batalla que llegaba desde algún punto del pantano. Era una conocida canción de taberna con una nueva letra jocosa, y lo más incongruente era que la cantaba una refinada y educada voz de tenor:

*Vuelven del ataque alegres  
los hombres de Zhentil Keep.  
Como les gustan más las reses,  
mataron a todas las mujeres.*

*Los zhent no se comen lo que roban;  
pues ninguno de ellos es un tragón.  
¿Cómo es posible entonces  
que siempre huelan a cabrón?*

¡Condenado humano! Arilyn se agachó para esquivar un hacha de guerra y los dientes le rechinaron por el enojo. Pero, para su sorpresa, comprobó que la estúpida cancioncilla le levantaba más la moral que el son guerrero que tocaban las gaitas de las Moonshaes. La semielfa siguió luchando, fortalecida por una mezcla de alivio e irritación. Danilo salvaría el pescuezo a su extravagante manera.

Sin dejarse impresionar por la música, los tres hombres lagarto continuaron acosando a la aventurera. Uno de ellos se lanzó contra ella con una daga entre las garras. Arilyn le obligó a soltarla de un golpe y se abalanzó contra él y le hundió la hoja de luna en un ojo, matándolo instantáneamente. La monstruosa criatura cayó pesadamente de cara, y la semielfa liberó su espada y tuvo que dar un brinco para eludir el cuerpo.

Con un rugido triunfante, un enorme hombre lagarto de escamas marrones enarboló su hacha de guerra y lanzó un poderoso cortapiés a las rodillas de su rival. Arilyn saltó para evitar la hoja, pero en el arco de vuelta el mango del hacha le dio y la tumbó. La aventurera perdió el equilibrio y voló uno o dos metros antes de aterrizar en el duro suelo, boca abajo, junto a una charca sulfurosa. Inmediatamente se levantó como pudo. Si tenía alguna herida, sentiría el dolor más tarde.

La pareja de lagartos que quedaban, al oler la sangre, se aproximaron a ella. Arilyn se encaró con ellos y se puso a la defensiva, agachada, sujetando a la hoja de luna con ambas manos. En la oscuridad, cada vez más densa, la espada brillaba con luz azulada, iluminando la hosca expresión de la semielfa y reflejando el frío fuego de sus ojos. Los monstruos, que pensaban que ya era presa fácil y estaba herida, retrocedieron sorprendidos y espantados. Aprovechando su reacción, Arilyn avanzó, levantando en alto la espada mágica.

Un chacoloteo de cascos distrajo a los hombres lagarto. Enarbolando su espada, Danilo Thann conducía a su remilgada yegua zaina en círculos cada vez más estrechos alrededor de la semielfa y los dos monstruos, a los que hostigaba pinchándolos con la punta del arma, como si quisiera que se olvidaran de Arilyn y centraran en él su atención.

«¿Y ahora qué? —pensó la aventurera exasperada—. Ese tontaina se mareará y caerá del caballo antes de poder hacer nada.»

Rugiendo de irritación una de las criaturas levantó un trozo de cadena oxidada y trató de dar al latoso humano. Su primer golpe arrancó a Danilo la espada de la mano, y con un gruñido de triunfo el lagarto empezó a hacer girar la cadena, preparándose para descargarla contra el joven noble.

Arilyn se sacó un cuchillo de la bota y lo arrojó a la boca abierta de la criatura, que rugía. La bestia se quedó paralizada con un estrangulado gorgoteo, pero la cadena siguió girando y se enrolló en el brazo del lagarto, rompiéndole los huesos. Para asombro de Arilyn, el monstruo se limitó a escupir sangre y se cambió la cadena a la otra mano.

En su alocada carrera, Danilo se acercó demasiado al otro lagarto, el de escamas marrones que blandía un hacha de guerra. El monstruo alzó el hacha y dibujó un arco con ella rasgando la manga de seda del aristócrata del codo a la muñeca e hiriéndolo.

Danilo se alejó una decena de metros al galope, frenó el caballo y contempló consternado su camisa echada a perder. Entonces apuntó con un dedo a los lagartos y les dijo:

—Ya está. Ahora me he enfadado de verdad.

Pero los lagartos rugieron y continuaron avanzando torpemente en dirección a Danilo, uno con la cadena y el otro con el hacha preparadas para matar.

—En caso de duda, corre —gritó el aristócrata a los cuatro vientos de la ciénaga. Entonces dio la vuelta al caballo y salió disparado hacia el norte. Los hombres lagarto lo siguieron.

—Oh no, no os escaparéis —les gritó Arilyn. A falta de otra arma mejor cogió una piedra y se la arrojó—. ¡Quedaos y luchad, malditas pieles para zapatos!

La piedra dio al hombre lagarto que blandía la espada en la parte posterior de la cabeza. Bramando de furia, la bestia arrojó a un lado el arma y corrió hacia Arilyn. La bestia arremetió enseñando los colmillos, presa de una rabia primaria. La semielfa se mantuvo inmóvil hasta el último segundo, cuando se echó a un lado y luego rodó sobre sí misma para ponerse a salvo. Las mandíbulas del lagarto se cerraron en el aire, y el monstruo resbaló, agitando los brazos como un loco para no perder el equilibrio.

Arilyn lo atacó por abajo y le asestó un limpio tajo en la garganta. La bestia dio de bruces en el suelo. Tras asentir satisfecha, la aventurera echó a correr hacia Danilo y el último enemigo. No tuvo ninguna dificultad en alcanzar al hombre lagarto, que al estar herido se movía lentamente, y le propinó una vigorosa patada en la cola para distraerlo de su acicalada presa.

El lagarto giró sobre sus talones lanzando un chillido. Haciendo caso omiso de Arilyn, soltó la cadena, se agarró la cola y se la colocó sobre el brazo herido,

contemplando tristemente la punta y gimoteando lastimosamente. Sin querer, Arilyn bajó la espada.

De pronto la bestia se puso tensa, emitió un silbido y un gorgoteo, y cayó al suelo, entre sacudidas. Una espada le sobresalía del cuello en un horrendo ángulo.

Detrás del lagarto caído Arilyn vio a Danilo Thann. Sin previa advertencia, el petimetre había ensartado al monstruo por detrás del cuello. Arilyn sintió un súbito estallido de ira que nada tenía de razonable.

—¿Dónde están los goblins? —preguntó, pensando que sería mejor descargar su rabia en ellos que en su rehén.

Danilo señaló. Asombrada, Arilyn vio los cuerpos sin vida de los seis goblins que componían la partida de caza en una sangrienta pila.

Jadeando aún, la semielfa sostuvo la hoja de luna ante ella. La luz azul se había apagado casi por completo, lo que indicaba que el peligro había pasado y la batalla había acabado. Sólo entonces envainó el arma y se volvió hacia el noble. Durante un largo instante ambos se sostuvieron la mirada en silencio, por encima del cadáver del hombre lagarto marrón.

—¿Tenías que matarlo de ese modo? —le increpó finalmente Arilyn.

Danilo retrocedió, parpadeando sorprendido.

—¿De qué cuernos estás hablando? ¿A quién te refieres? Por si no te has fijado, estamos rodeados por un montón de muertos, tanto «ellos» como «ellas», supongo, aunque no soy ningún experto en anatomía lagarta.

Arilyn se pasó una mano por el ensortijado cabello negro que tenía empapado de sudor.

—Olvídalo —le dijo—. ¿Dónde está mi caballo?

—No andaré muy lejos —respondió Danilo. Cautelosamente puso un pie encima de las escamas marrones del hombre lagarto y tiró de su espada. Tras limpiarla en una mata de hierba de la ciénaga hasta dejarla inmaculada, cogió las riendas de su yegua y fue en busca de la otra montura. Arilyn lo siguió caminando con dificultad.

No tuvieron que ir muy lejos, pues la yegua de Arilyn daba vueltas dentro de los muros del alcázar en ruinas. Danilo sacó unos terrones de azúcar de su bolsa mágica y así atrajo al animal. El caballo husmeó e inmediatamente sus abultados belfos cogieron el azúcar de la palma de la mano que Danilo mantenía extendida. El petimetre sonrió y rascó la estrella blanca que la yegua tenía en la frente.

—El azúcar debería endulzarte un poco el carácter, preciosa —le dijo. La yegua relinchó suavemente y empujó a Danilo con el morro—. ¡Funciona! —exclamó éste, y dirigió una mirada intencionada a Arilyn, tras lo cual, también a ella le ofreció un terrón de azúcar con una picara sonrisa.

La semielfa parpadeó y se quedó boquiabierta. Luego, inesperadamente, su extenuado rostro se iluminó y se echó a reír.

—Me lo tomaré como una disculpa —declaró Danilo, que parecía encantado contemplando la belleza de aquel rostro por lo general tan severo—. Vaya lucha, ¿eh?

Su sincera admiración desconcertó a la semielfa y su despreocupado comentario acerca de la batalla se contradecía con la idea que tenía de él. Danilo Thann no era el dandi desamparado y superficial que aparentaba ser, sino que era peligroso en más de un sentido. La sonrisa de Arilyn se esfumó y sus ojos se entrecerraron con recelo.

—Los goblins están muertos —señaló.

Danilo enarcó una ceja mientras observaba la carnicería que los rodeaba.

—Caray, no se te escapa nada.

—¿Cómo? —insistió ella, sin hacer caso de su pulla.

—Ya sabes... —El hombre se encogió ligeramente de hombros—... los goblins siempre luchan entre ellos y...

—¡Ya basta! —exclamó Arilyn, volviéndose contra él—. No soy estúpida y no me gusta que me traten como tal.

—Con el tiempo te acostumbras —replicó Danilo gentilmente, al tiempo que se ajustaba el ángulo del sombrero.

—De lo que tú, sin duda, puedes dar fe —comentó la semielfa con aspereza—. Seas lo que seas, sabes luchar. ¿Dónde aprendiste a luchar contra goblins?

—Tengo cinco hermanos mayores que yo —contestó Danilo con una sonrisa que desarmaba.

—Muy gracioso —replicó ella, cruzando los brazos sobre el pecho y estudiando al hombre—. Esto no explica la habilidad ni la seguridad que has mostrado.

—Bueno, de acuerdo. ¿Me creerás si te digo que son seis hermanos?

Arilyn hundió los hombros, dándose por vencida.

—Es inútil —masculló para sí. Entonces se irguió y se dirigió al hombre en tono brusco—: Muy bien. Tienes tus secretos. Me has salvado la vida, y te lo debo. Te has ganado tu libertad con creces.

Danilo contempló el desolador paisaje que los rodeaba.

—Pues qué bien —comentó afectadamente—. Ahora que ya no me necesitas, resulta que te estorbo. A cambio de ayudarte me ofreces pasar algún tiempo en el pantano de Chelimber para admirar sus bellezas y conversar con los nativos. ¡Vaya ganga! Dime una cosa: ¿esperas que emprenda ese viaje suicida a pie?

—Pues claro que no —replicó ella—. Irás a caballo.

Danilo se llevó una mano al corazón en un dramático gesto de gratitud.

—Ah, la dama es realmente generosa; me regala una libertad que podría haberme tomado por mi cuenta y uno de mis propios corceles. Te recuerdo que son mis caballos. De verdad, me siento abrumado.

Arilyn apretó los dientes y contó mentalmente hasta diez. Luego, con una paciencia que aquel humano ponía duramente a prueba, declaró:

—Al alba partiremos hacia el sur. Tú y yo. Cuando encontremos una caravana de mercaderes te dejaré a su cuidado. ¿Comprendido?

—Ah. Gracias por pensar en mi bienestar, pero no.

Exasperada, la semielfa se dejó caer al suelo y hundió su cansada cabeza en las manos. Ahora resultaba que aquel lechuguino tenía un corazón de comerciante; a juzgar por su tono era capaz de regatear como un mercachifle calimshita.

—Supongo que tienes una idea mejor —dijo.

Danilo se sentó en una roca, mirándola y haciendo muecas al tiempo que se levantaba la túnica suntuosamente bordada para que no se manchara con la sangre del lagarto que formaba un charco en el suelo, cerca de sus pies.

—Pues, ahora que lo mencionas, sí, la tengo —comentó en tono despreocupado—. Tú.

—¿Cómo? —Sobresaltada, la semielfa se sentó muy erguida y clavó en él una mirada de sospecha.

—Tu compañía —explicó el noble—. Desde ahora seremos socios y compañeros de viaje.

Arilyn miró fijamente al aristócrata. Sorprendentemente Danilo parecía hablar en serio.

—Imposible —afirmó la semielfa.

—¿Por qué?

—Yo trabajo sola y viajo sola —repuso ella, mirándolo severamente.

—Claro, así está escrito en las estrellas —recitó Danilo, burlándose sin malicia de la orgullosa actitud de la semielfa.

Arilyn se sonrojó y apartó la mirada.

—No me tomes por soberbia —dijo en voz baja—. Pero no deseo viajar con otra persona.

—¿Y qué llevamos haciendo desde hace casi dos días? —inquirió Danilo, e inmediatamente alzó una mano para cortar de raíz la réplica de Arilyn—. Sí, sí, lo sé. Huida, rehén, secretismo y todo lo demás. Pero, dejando eso de lado, dijiste que me conservarías a tu lado hasta que llegásemos a Aguas Profundas. ¿Debo creer que Arilyn Hojaluna incumple con tal ligereza la palabra dada? —El humano sonrió ante el destello de enojo que brilló en los ojos de la aventurera—. No, ya me parecía a mí que no. Tú misma has dicho que estás en deuda conmigo. A cambio de salvarte la vida quiero quedarme contigo hasta que lleguemos a Aguas Profundas, y quizás un poco más.

Arilyn se masajeó sus doloridas sienes mientras trataba de comprender la petición del humano.

—¿Por qué? —preguntó al fin.

—¿Por qué no?

—¿Por qué? —repitió Arilyn entre dientes. La paciencia se le estaba acabando.

—Para ser sincero, resulta que soy algo así como un bardo aficionado. Y, a decir verdad, en algunos círculos se me aprecia.

—¿Piensas andarte eternamente por las ramas? —preguntó Arilyn con voz cansina.

—Claro que no. ¿Me oíste cantar la balada de los zhentarim? —Por su expresión era evidente que Danilo esperaba oír sus alabanzas. Pero Arilyn se limitó a seguir mirándolo fijamente, por lo que, al fin, el lechuguino se encogió de hombros y prosiguió—: Sí. Bueno. Este viaje se está convirtiendo en toda una aventura, ¿no crees? Así pues, he decidido aprovechar la oportunidad y escribir una balada original sobre el asesino de Arpistas. ¡La primera! ¡Seguro que me hago famoso! Desde luego, tú serás la protagonista —se apresuró a añadir, sintiéndose magnánimo—. Ya he escrito una parte. ¿Te gustaría oírla?

Sin esperar respuesta Danilo se aclaró la garganta y empezó a entonar con su hermosa voz de tenor los versos peor rimados que Arilyn había oído en toda su vida.

La semielfa aguantó dos estrofas antes de sacar un cuchillo y colocar la punta sobre la laringe del humano.

—Canta otra nota y juro que silenciaré esa canción para siempre —le dijo con calma.

Con una mueca, Danilo cogió la hoja del cuchillo entre el pulgar y el índice y la apartó.

—¡Que Mielikki me ampare! Y yo que creía que los críticos de Aguas Profundas eran duros. ¿Qué esperabas de alguien que es solamente un talentoso aficionado con maneras?

—Me conformaría con que me respondiera con franqueza.

—De acuerdo. Me preocupa mi supervivencia, simple y llanamente —dijo sin rodeos—. No deseo quedarme solo, y tú eres la mejor guardaespaldas que podría encontrar. Francamente, dudo que estuviera más seguro viajando con una caravana de comerciantes, y prefiero quedarme como estoy.

Arilyn sopesó brevemente la respuesta. Sus palabras parecían sinceras, y parecía tan serio como probablemente le permitía su cara de mentecato. Si realmente deseaba protección, ella se la debía. Así pues, se guardó el cuchillo en una bota y accedió a lo inevitable.

—Muy bien —dijo—. Cabalgaremos casi sin descanso y nos dividiremos las guardias, la caza y la cocina. No quiero ni parloteo, ni magia, ni canciones.

—A sus órdenes —aceptó Danilo sin pensárselo—. Tú llévame sano y salvo a Aguas Profundas, querida, y yo estoy dispuesto incluso a pulirte las armas. Y por Tempus que necesitan una buena repasada. —Mientras hablaba alargó una mano para tocar la antigua y deslucida funda de la hoja de luna.

Inmediatamente un destello de luz azulada iluminó el pantano. Danilo retrocedió lanzando una agria maldición, apartando la mano. Entonces levantó el dedo índice y lo contempló con incredulidad; la piel de la yema se veía chamuscada, quemada por la magia de la espada.

—Pero ¿qué he hecho? ¿Por qué me ha atacado la espada? —preguntó—. ¿No dijiste que no podía derramar sangre inocente? Oh, espera un momento... no hay sangre. Olvida la última pregunta.

Sin apartar los ojos de Danilo y con voz serena, Arilyn añadió:

—Si quieres que seamos «socios» hay una última condición: no vuelvas a tocar mi espada nunca más.

Danilo se apresuró a asentir, lamiéndose el dedo herido.

—No hace falta ni decirlo —le aseguró.

—Vámonos —ordenó la semielfa, poniéndose repentinamente en pie y montando la yegua.

—¿No deberíamos curarnos primero las heridas? —inquirió Danilo, lanzando una mirada de preocupación a la camisa de Arilyn desgarrada y ensangrentada.

Pero ella lo miró desde el caballo, incrédula y desdeñosa, pensando que se refería al dedo.

—Sobrevivirás —replicó cansinamente—. Da gracias de que no trataras de desenvainarla.

—¿Oh? ¿Qué hubiera ocurrido? ¿Y por qué a ti no te hace nada? —preguntó mientras se levantaba.

Arilyn maldijo silenciosamente. Nadie había tocado jamás la hoja de luna sin su permiso. ¿Por qué había bajado la guardia ahora?

—¿Y bien? —la apremió el humano.

—Ya ha oscurecido —replicó Arilyn con voz tensa—. Por si no te das cuenta seguimos en el pantano de Chelimber. ¿Qué prefieres, salir de aquí o quedarnos a charlar?

—¿No podemos hacer ambas cosas?

—No.

El dandi se encogió de hombros con resignación y montó, al tiempo que comentaba:

—Cazaremos algo para la cena, ¿no?

—Te toca a ti cazar. —Arilyn clavó los talones en los flancos de su yegua y la dirigió al oeste, para salir del Chelimber.

Danilo iba tras ella. Ladeó la cabeza y preguntó en tono cauteloso:

—¿Has comido alguna vez lagarto? Me han dicho que sabe a pollo.

Totalmente horrorizada, Arilyn se volvió sobre la silla y fulminó al lechuguino con la mirada.

—Si creyera que hablas en serio —le dijo con voz glacial—, te abandonaría aquí, en la ciénaga.

—¡Vale, vale, cazaré! —exclamó Danilo al punto—. ¡Lo prometo!

La pareja cabalgó en silencio hasta salir del pantano. A medida que la hedionda neblina se disipaba, el suelo se fue haciendo cada vez más firme. Las estrellas empezaron a parpadear formando las constelaciones otoñales que habían acompañado a Arilyn desde que era una niña: Correlian, Esetar y los Fragmentos de Selune. En el horizonte unos árboles se perfilaban contra el cielo nocturno. «Árboles», pensó Arilyn con un silencioso suspiro de alivio. Los árboles eran una señal segura de que ya habían dejado atrás el pantano. La semielfa nunca se había sentido tan contenta de ver árboles. De lo más profundo de su alma elfa brotó una oración de agradecimiento, una silenciosa canción de bienvenida a las estrellas y el bosque.

—Me pregunto a qué distancia estaremos de Aguas Profundas —soltó de pronto Danilo.

El gozo que sentía Arilyn se evaporó como el rocío bajo el sol de mediodía.

—Demasiado lejos.

Pese a que era noche cerrada, Arilyn captó con su visión elfa la vacilante sonrisa del dandi.

—¿Me acabas de insultar o me lo imagino? —le preguntó.

—Sí.

—¿Sí que me lo imagino?

—No.

—Oh.

El intercambio de palabras hizo enmudecer a Danilo. Arilyn espoleó a su caballo, con la intención de acampar junto al arroyo que corría justo detrás del aún lejano grupo de árboles.

Aquella noche cenaron bien, pues, inexplicablemente, un par de conejos gordos y despistados cayeron en las trampas de Danilo. Aunque el humano jurara y perjurara que no había empleado magia en la caza, Arilyn no le creyó. No obstante, estaba demasiado cansada y hambrienta para ponerse a discutir. Danilo incluso preparó y asó los conejos, sazónándolos con las hierbas y el vino que llevaba en su bolsa mágica. El resultado fue muy sabroso, y los viajeros comieron la succulenta y suave carne en silencio. Después se echaron a dormir, y la hoja de luna veló mágicamente sus sueños. Al alba continuaron hacia Aguas Profundas.

Los colores del amanecer aún teñían el cielo cuando una misteriosa figura abandonó su escondite entre los árboles. La figura vio cómo la desigual pareja montaba y se dirigía hacia el oeste. Teniendo El Páramo Alto al sur y las escarpadas montañas del Pico Gris al norte, a la semielfa no le quedaba más que una ruta lógica

para dirigirse a Aguas Profundas. Que eligiera enfrentarse a los peligros del Chelimber había sido toda una sorpresa.

No obstante, la oscura figura dudaba que Arilyn Hojaluna aceptara el reto de los trolls del páramo ni de las tribus de orcos y los dragones negros que vagaban por las escarpadas montañas del Pico Gris. La figura la había estado siguiendo y vigilando desde que salió del valle del fuerte Tenebroso, y la semielfa parecía conocer la zona tan bien como ella. Tenía que saber que sólo una ruta era relativamente segura. Así pues, la figura esperó, dejando que la aventurera y su compañero tomaran una buena ventaja. Arilyn había estado a punto de ver su rostro varias veces, por lo que no iba a arriesgarse más. No hasta que estuviera listo para mover ficha.

No se puso en marcha hasta media mañana. No le costó ningún esfuerzo encontrar el rastro de los dos consentidos caballos de polo, y con una cierta renuencia empezó a seguir a su última presa.

## 8

El levante soplaba con fuerza desde el mar trayendo con él una fría llovizna. De vez en cuando una ráfaga caprichosa apagaba uno de los faroles que iluminaban el camino del Comercio hacia Aguas Profundas.

Pese al mal tiempo, los viajeros que aguardaban ante la Puerta Sur de Aguas Profundas estaban de muy buen humor. Al día siguiente empezaría la Fiesta de la Luna, lo que significaba tanto jolgorio como buenos negocios. Durante los siguientes diez días las calles se llenarían de vendedores y estarían animadas por artistas ambulantes. La mayor parte del comercio se concentraría alrededor del Mercado y de la adyacente calle del Bazar, pero toda la ciudad se preparaba para la festividad.

La multitud reunida junto a la Puerta Sur era en verdad heterogénea. Estaban las habituales caravanas de comerciantes con mercancías traídas por las rutas terrestres del este y el sur, artesanos con carretillas y carros cargados con mercancías que pensaban exponer en los mercados al aire libre, además de viajeros de todas las profesiones y condiciones sociales que acudían a Aguas Profundas para aprovisionarse para el invierno y disfrutar de una última salida antes de que el mal tiempo los confinara en sus casas.

Los músicos y artistas itinerantes aprovechaban el tiempo que quedaba para que todo estuviera montado, mostrando de manera bien visible los recipientes donde sus cautivos espectadores podían depositar sus monedas. Una hermosa bailarina que se balanceaba sinuosa a los quejumbrosos sonos de un cuerno de madera, y que iba ataviada únicamente con un vaporoso vestido propio de un harén calimshita, atrajo a un numeroso grupo, que se hizo aún más numeroso cuando, por efecto de la lluvia, las transparencias se hicieron más visibles. A poca distancia cuatro bailarines de las selvas de Chult giraban en círculo. Llevaban vestidos adornados con flores exóticas, y las campanillas atadas a sus tobillos desnudos tintineaban con fuerza cuando ellos golpeaban el suelo en contrapunto al ágil ritmo de sus atezados brazos y cuerpos. Algunos pasos más allá un hábil halfling hacía malabarismos con diversas armas de pequeño tamaño. Unos pocos vendedores de alimentos estaban haciendo su agosto, y el tintineo de las monedas que cambiaban de manos amenazaba con ahogar el sonido de la lluvia de otoño.

En previsión de la muchedumbre que acudiría a la ciudad se había doblado la guardia de la Puerta Sur, y los soldados comprobaban los papeles y permitían con rápida eficiencia el paso de la gente por la puerta a empujones. La lluvia arreció, y los helados y cansados guardias aceleraron los trámites de admisión. Uno de ellos, tras reconocer al hijo menor de lord Thann, se llevó brevemente una mano a la frente en señal de respeto y lo dejó pasar sin más, sin ni siquiera lanzar una mirada a la menuda figura envuelta en una capa oscura que cabalgaba a su lado.

—La mala fama tiene sus ventajas —comentó Danilo alegremente a su compañera. Si Arilyn lo oyó no lo demostró. Ambos, con el noble a la cabeza, se dirigieron a caballo hacia el norte por la Carretera Alta, una avenida adoquinada que era la principal vía del distrito Sur. Por allí entraba a la ciudad la mayor parte del comercio interior. Estaba flanqueada por establos y almacenes muy bien acondicionados así como un buen número de atractivas posadas y tabernas.

Aguas Profundas estaba preparada para acoger una gran afluencia de viajeros. Los edificios se veían totalmente iluminados. Los mozos de cuabras y los cargadores iban de aquí para allá, ocupándose de mercancías y animales. Los posaderos daban la bienvenida a sus huéspedes con alegría y presteza.

Danilo y Arilyn pasaron por delante de las primeras posadas sin detenerse, pues a muchos viajeros ya no los dejaban entrar por estar completas. Lo mismo ocurría más al norte, y, encima, la tormenta empeoró. Las que en el pasado fueran yeguas consentidas ahora chapoteaban resignadas en los charcos, con la cabeza inclinada bajo una lluvia torrencial. Después de hacer una señal a Arilyn para que lo siguiera, Danilo guió a su yegua lejos de la multitud, hacia la primera de una serie de estrechas calles sinuosas.

Pasaron por delante de una sucesión de almacenes y después por un pequeño barrio comercial, en el que a ambos lados de la calle pulcras tiendas se agolpaban con camaradería. Encima de la mayoría de ellas se habían construido casas que sobresalían tanto que sus ocupantes podían asomarse a la ventana y darse la mano, si así lo deseaban. Los habitantes del barrio eran pobres pero trabajadores; los humildes edificios estaban en un perfecto estado, sin excepción, las calles se veían limpias e incluso a aquellas alturas del otoño las jardineras de las ventanas lucían una gran profusión de hierbas aromáticas. Unas pocas y tercas plantas perfumaban la atmósfera lluviosa.

Danilo guió a la semielfa hacia la calle Empinada, llamada así porque subía una pequeña colina. Arriba se erigía un desgarrado edificio que en un principio fue de madera pero al que recientemente se habían añadido estructuras de adobe y cañas. Las largas ventanas enmarcadas por cortinas blancas y púrpura, bordadas con la marca de algún que otro gremio, brillaban con alegre luz. Sobre la puerta principal pendía un enorme letrero con la misma marca tallada y que proclamaba que el establecimiento era La Casa del Buen Libar.

—Vamos a dejar los caballos —gritó Danilo para hacerse oír pese al viento. Arilyn inclinó la cabeza y lo siguió a través de una serie de edificios conectados entre sí y situados en una calle en forma de herradura. Primero pasaron por una gran estructura de madera que, por el olor a levadura, debía de ser una fábrica de cerveza. Después lo hicieron por un almacén de piedra del que emanaba el aroma de vainilla y mantequilla propio del vino blanco que envejecía en buenas barricas de roble. El gran

edificio vecino parecía que se utilizaba para almacenar zzar, el recio vino por el que Aguas Profundas era famosa. Arilyn expresó su desagrado arrugando la nariz; ese peculiar aroma almendrado sólo podía proceder de aquel fuerte licor color naranja. Como la mayoría de los elfos, Arilyn aborrecía aquel vulgar brebaje, pero el zzar se consideraba la bebida por excelencia de Aguas Profundas. Lo cual era muy significativo, se dijo Arilyn.

Finalmente doblaron la calle curva y llegaron al último edificio: los establos. Arilyn vio con satisfacción que parecían cálidos y limpios; las yeguas habían soportado un largo y duro viaje, y se merecían un buen descanso.

El mozo de cuadras que salió a la carrera para coger las riendas reconoció a Danilo y lo saludó con gran deferencia, tras lo cual le prometió solemnemente que trataría a los caballos con especial cuidado. «Por todos los dioses —pensó Arilyn con irritación—. ¿Es que no hay ninguna taberna ni ningún soldado en esta ciudad que no conozca a Danilo Thann?»

Tras dejar a los caballos y entregar un generoso puñado de monedas al sonriente mozo de cuadras, Danilo cogió a Arilyn por la mano y atravesó corriendo el pequeño patio que separaba los establos de la puerta trasera de la posada, arrastrando a la semielfa tras de sí. Ambos irrumpieron en un pequeño vestíbulo, donde Arilyn se desasó bruscamente de la mano del dandi. Sin dar impresión de notar nada extraño en el comportamiento de su compañera, Danilo se quitó una empapada capa y la colgó de un gancho. A continuación ayudó a Arilyn con un galante ademán a quitarse la suya y la colgó junto a la otra.

—Qué cómodo y calentito se está aquí —comentó el noble. Tras colgar asimismo su sombrero de ala ancha de un gancho, se alisó el cabello y se fue frotando las manos y soplando en ellas mientras esperaba pacientemente a que Arilyn acabara de arreglarse.

Ésta no necesitaba ningún espejo para saber que tenía la cara literalmente azul de frío. En un intento por no ofrecer un aspecto tan desaliñado se alisó sus mojados rizos tras las orejas y se ató un pañuelo azul sobre el pelo. Danilo frunció los labios pero, muy juiciosamente, se abstuvo de hacer ningún comentario. Cuando estuvo lista, el noble le puso una mano en la región baja de la espalda y la empujó suavemente hacia la puerta que conducía a la taberna propiamente dicha.

—No es La Jarra de Jade —se disculpó Danilo, refiriéndose a la hospedería más lujosa de la ciudad—, pero es habitable y, sobre todo, es el cuartel general del Gremio de Vinateros, Cerveceros y Destiladores. He estado aquí muchas veces. No tiene ni atmósfera ni estilo pero puede vanagloriarse de ofrecer la mejor selección de bebidas espirituosas de toda Aguas Profundas.

Tal estimación de los méritos de la posada irritó a Arilyn. Quizá La Casa del Buen Libar no estaba a la altura del aristócrata, pero después de tantos días de penoso

viaje, para ella era un atractivo refugio. El salón principal, que tenía el techo bajo y pequeños rincones que creaban una sensación muy agradable, estaba caliente e iluminado por una luz tenue. En el aire flotaba el olor a carne asada, cerveza agradablemente amarga así como el aroma de los troncos de pino de tea que crepitaban en una enorme chimenea. Fuera cuales fuesen las supuestas limitaciones de la posada, negocio no le faltaba. Alegres camareras y robustos mozos llevaban de acá para allá grandes bandejas llenas de bebidas y de comida sencilla pero bien preparada.

—Las he visto peores —replicó Arilyn en tono cortante.

—¡Alabada sea la Dama Medianoche! ¡Es un milagro! ¡Habla! —exclamó Danilo fingiendo sorpresa y retrocediendo.

Arilyn lo fulminó con la mirada y entró en la taberna pasando junto a él como si no existiera. Durante casi veinte días había tratado en vano de hacer caso omiso de la presencia de aquel mentecato y sólo le había dirigido la palabra cuando era estrictamente necesario. Sin embargo, Danilo no se había mostrado ofendido por su silencio, y no había cesado de parlotear y lanzarle pullas como si fueran amigos de infancia.

—Tú busca una buena mesa y yo me encargo de las habitaciones —sugirió Danilo, que la seguía.

La semielfa giró sobre sus talones y le dijo bajando la voz:

—Esto es Aguas Profundas. Esta noche nos decimos adiós. Es probable que tu objetivo más apremiante en estos momentos sea emborracharte, pero yo estoy aquí para buscar un asesino, ¿recuerdas?

Impasible, Danilo esbozó su más irresistible sonrisa.

—Sé razonable, querida. Que hayamos llegado a Aguas Profundas no significa que debamos fingir que no nos conocemos. De hecho, sería bastante difícil en una posada tan pequeña como ésta. Mira a tu alrededor.

El noble hizo un gesto que abarcaba todo el salón. La variada clientela que lo llenaba casi por completo estaba compuesta en su mayor parte por esforzados artesanos de Aguas Profundas así como un puñado de ricos comerciantes y nobles, todos ellos bebedores habituales que sabían apreciar los méritos de la posada. Algunos parroquianos llevaban exóticos atuendos y parecían haber recorrido un largo camino, lo que indicaba que habían acudido a la ciudad atraídos por el festival. Los parroquianos charlaban en voz baja, saboreando la bebida y la comida con aire de satisfacción. A juzgar por las mesas atestadas de jarras y las vacuas sonrisas de la mayoría de los clientes, muchos de ellos habían decidido dedicar toda la velada a empaparse de alcohol. Apenas quedaban mesas libres.

—¿Ves? —prosiguió Danilo—. No tienes más remedio que pasar otra noche conmigo. Ya casi ha pasado la hora de la cena, y sería estúpido que uno de nosotros

saliera afuera con esta tormenta en busca de otra posada, y total por nada. A decir verdad, dudo que quede ninguna habitación libre en toda Aguas Profundas. Puesto que aquí soy un cliente habitual y, aunque esté mal decirlo, se me aprecia, se ocuparán bien de nosotros.

Al ver que la semielfa dudaba, el noble insistió:

—Vamos, mujer. Ambos tenemos frío y necesitamos reposar bien esta noche. Además, al menos a mí no me importaría comer algo que no hayamos tenido que cazar antes.

Sí, tenía razón, admitió Arilyn mentalmente.

—De acuerdo —accedió de mala gana.

—Está decidido. —Algo a espaldas de Arilyn captó la atención de Danilo—. ¡Ah! Ahí está el posadero. ¡Eh tú! ¡Simon! —gritó, al tiempo que se dirigía hacia un hombre regordete con un gran delantal.

¿Es que nunca podría deshacerse de aquel imbécil? Arilyn fue con paso airado hacia la chimenea en busca de unas sillas libres. En la zona en penumbra se veían unas cuantas mesas relativamente apartadas. Quizás uno de los rincones no estuviera ocupado.

—¡Amnestria! *Quefirre soora kan izzt?*

La melodiosa voz detuvo a Arilyn en medio de una zancada, y una avalancha de recuerdos alejó de su mente todo pensamiento de cansancio y de hambre. ¿Cuándo había sido la última vez que había oído esa lengua?

La semielfa se volvió y se encontró cara a cara con un elfo de la luna alto y de cabello plateado. Iba todo vestido de elegante negro, y tanto su gracioso porte como sus armas muy bien cuidadas proclamaban que era un luchador avezado. Se había dirigido a ella en la lengua oficial de la corte de los elfos de la luna, una lengua que Arilyn nunca había llegado a dominar. La semielfa sintió una punzada al verse a ella misma como una niña muy inquieta que se negaba a aprender de su madre, Z'beryl, nada que no fuera esgrima.

—Lo siento —dijo compungida—, pero hace muchos años que no oigo ese dialecto.

—Naturalmente —replicó el apuesto *quessir*, cambiando inmediatamente al Común—. Es una lengua antigua que ya apenas se habla. Perdóname, pero los de nuestra raza son pocos en Aguas Profundas y me dejé llevar por la nostalgia. —La sonrisa del elfo era melancólica y encantadora.

Arilyn aceptó la explicación con un asentimiento.

—¿Cómo me has llamado?

—Debo disculparme de nuevo. —El elfo volvió a inclinar la cabeza—. Por un momento me recordaste a alguien que conocí hace mucho tiempo.

—Siento haberte decepcionado.

—Oh, estoy seguro de que eso es imposible —afirmó con vehemencia—. De hecho, ya empiezo a darme cuenta de que he cometido un afortunado error.

El elfo tuvo el privilegio entonces de contemplar por un momento los hoyuelos que se le hacían a Arilyn al sonreír.

—¿Siempre eres tan galante con las extrañas a las que conoces por casualidad?

—Siempre —contestó él, devolviéndole la sonrisa—. No obstante, la casualidad raramente me conduce a desconocidas tan hermosas como tú. ¿Me harías el honor de acompañarme? Éste es uno de los pocos lugares de Aguas Profundas donde uno puede encontrar elverquisst, y precisamente acabo de pedir una botella. No hay muchos capaces de apreciar los matices ni la tradición.

El rostro de Arilyn se relajó y esbozó una sonrisa. La sorpresa de encontrarse con un elfo de la luna en aquel lugar, unido al hecho de oírle hablar la lengua que ella asociaba con su madre, había vencido su natural reserva. La nostalgia que el elfo reconocía sentir le recordó que también ella llevaba mucho tiempo lejos de Evereska.

—Un cortés ofrecimiento que acepto agradecida —replicó, usando la fórmula tradicional. Acto seguido extendió la mano izquierda con la palma hacia arriba y se presentó—. Soy Arilyn Hojaluna de Evereska.

El *quessir* colocó su palma sobre la de la semielfa y se inclinó profundamente sobre las manos unidas.

—Conozco tú nombre. Me siento muy honrado —murmuró en tono de respeto.

El ruido de unos pasos interrumpió a los dos elfos.

—Tengo buenas y malas noticias, Arilyn —anunció Danilo alegremente, acercándose con total tranquilidad—. ¡Anda! ¿Quién es tu am...? —El joven aristócrata se interrumpió de golpe y entornó los ojos, fijando la mirada en el elfo de la luna.

El rostro de Danilo se ensombreció y, para horror de Arilyn, una mano se le fue hacia la empuñadura de la espada en un inequívoco gesto de desafío. «¿Qué hace ese loco?», pensó consternada.

Los clientes de La Casa del Buen Libar eran en su mayor parte bebedores habituales, muchos de ellos veteranos de incontables reyertas de taberna, por lo que eran capaces de oler en el ambiente que se aproximaba una pelea del mismo modo que un capitán de navío huele las tormentas. Todas las conversaciones enmudecieron, y se oyó el tintineo de las jarras que los parroquianos apuraban a toda prisa mientras aún podían.

Pero la amenaza pasó tan rápidamente como había surgido. Como si él mismo se sorprendiera de su comportamiento, Danilo soltó la espada y después de rebuscar en el bolsillo superior se sacó un pañuelo bordado. Entonces se limpió los dedos como si se hubieran contaminado por tocar un arma y esbozó una leve sonrisa de disculpa que incluía a Arilyn y al elfo.

—Un conocido, supongo —dijo en medio del silencio del salón, contemplando las manos aún unidas de los elfos.

Presas de una súbita timidez, Arilyn se soltó bruscamente, cerró ambas manos y se metió los puños en los bolsillos de los pantalones. Antes de que se le ocurriera una mordaz réplica se le adelantó el elfo que acababa de conocer.

—Por un momento confundí a la *etrielle* con una vieja amiga.

—¡Por todos los dioses, qué excusa tan original! —exclamó Danilo admirado, enarcando ambas cejas—. Tendré que probarla la próxima vez que quiera conocer a una dama apetecible.

El *quessir* entrecerró los ojos por lo que implicaban las palabras del humano, pero el rostro anodino y sonriente de Danilo no mostraba ni pizca de sarcasmo. Por un momento los tres se quedaron de pie e inmóviles. Entonces el elfo de la luna inclinó secamente la cabeza hacia Danilo a modo de despedida y le dio la espalda, como si el dandi no mereciera ni un segundo más de su atención, tomó el brazo de Arilyn y la escoltó hacia una mesa situada cerca de la chimenea. Los parroquianos notaron que la tensión se había esfumado, y el tintineo de las jarras y el murmullo de las conversaciones volvieron a llenar la posada.

Horrorizada aún por el rudo comportamiento de Danilo, Arilyn se sintió muy aliviada de que no hubiera llegado la sangre al río. En el pantano de Chelimber el humano había demostrado ser un luchador realmente bueno, pero no creía que tuviera muchas posibilidades de vencer al elfo. Mientras el *quessir* la conducía a la mesa, la semielfa lanzó a Danilo una enojada mirada por encima del hombro y le dijo moviendo los labios pero sin articular palabra: «Vete». Arilyn lo fulminó con la mirada y deseó con todas sus fuerzas que se alejara.

Pero si Danilo entendió su mensaje se negó estúpidamente a darse por enterado y con toda tranquilidad siguió a los elfos hacia la mesa. Era una mesa situada en una esquina con espacio sólo para que dos personas compartieran bebida y conversación, pero Danilo arrastró una tercera silla y se puso cómodo. Su sonrisa era de arrogante complacencia, como si su presencia hubiese sido requerida por la realeza.

—¿Danilo, qué rayos te ha picado antes? —preguntó rudamente Arilyn.

—¿Qué rayos te pica a ti? —replicó el noble lánguidamente, señalando con un ademán al *quessir*—. Francamente, querida, ¿cómo puedes aceptar una invitación de este... mmm gentilhomme, o debería decir «gentilelfo», sin haber sido adecuadamente presentados? —El dandi sacudió la cabeza y emitió ruiditos de reconvención—. A este paso nunca te podré presentar a la buena sociedad de Aguas Profundas.

Furiosa por el atrevimiento de Danilo, Arilyn inspiró hondo lentamente. Pero antes de poder lanzar una andanada de improperios que se tenía muy merecidos, algo que había dicho el humano entre tantas tonterías hizo mella en ella. Ahora que lo

pensaba, el *quessir* no le había dicho cómo se llamaba. La aventurera miró al elfo, que observaba el intercambio con una expresión alerta en sus ojos ambarinos.

—Mi identidad no es ningún secreto —dijo entonces, dirigiéndose exclusivamente a Arilyn—. Lo que pasa es que nos interrumpieron antes de poder presentarme. Soy Elaith Craulnober, a tu servicio.

—¡Bueno, bueno, que me aspen! —terció Danilo en tono jovial—. ¡He oído hablar de ti! ¿No te conocen acaso como «la Serpiente»?

—En ciertos círculos muy poco recomendables, sí —admitió el elfo fríamente.

Elaith «la Serpiente» Craulnober. Arilyn tuvo que hacer un esfuerzo para poner cara inexpresiva. También ella había oído hablar de él era un aventurero cuya crueldad y felonía eran legendarias. Kymil le había prohibido estricta y repetidamente que se acercara a él. Su mentor había recalcado que su ya maltrecha reputación por la etiqueta de asesina que le habían colgado no saldría ganando si se la veía en compañía de Elaith Craulnober.

No obstante, Arilyn se negaba a dejarse influir ni por oscuros rumores ni por los aspavientos de Kymil, más propios de una vieja comadre. Después de todo, a ella misma le llegaban relatos de sus propias aventuras narradas de manera tan distorsionada que no las reconocía. Podría ocurrir otro tanto con aquel elfo. Arilyn se volvió hacia él procurando mantener una expresión y un tono de voz neutrales. Ya juzgaría por sí misma.

—Bien hallado, Elaith Craulnober. Por favor, acepta mis disculpas por el desafortunado comentario de mi compañero.

—¿Tu compañero? —Por primera vez Elaith miró a Danilo con cierto interés.

—Muchas gracias, Arilyn, pero sé hablar por mí mismo —protestó el humano alegremente.

—Eso me temo —masculló la semielfa—. Oye, Danilo, ya sé que casi no quedan sitios libres, ¿pero te importaría dejarnos solos? He aceptado la invitación de Elaith Craulnober para tomar una copa. Ya me reuniré contigo más tarde, si quieres.

—¿Qué? ¿Quieres que me marche? ¿Y perderme la oportunidad de conocer a toda una leyenda? No, gracias. ¿Qué clase de bardo aficionado crees que soy? —Danilo cruzó los brazos sobre la mesa y se inclinó hacia Elaith Craulnober sonriendo con aire confidencial—. ¿Sabes que se cantan tus proezas?

—Pues no. —El tono del *quessir* pretendía zanjar el tema. Pero Danilo no se dio por enterado.

—¿Me estás diciendo que nunca has oído *Sigilosa ataca la Serpiente*? Es una tonada muy pegadiza. ¿Quieres que te la cante?

—Otro día.

—Danilo... —le advirtió Arilyn entre dientes.

El lechuguino le dirigió una sonrisa de disculpa.

—Arilyn, querida, me estoy pasando de nuevo, ¿verdad? Supongo que es propio de un aficionado; hablar y hablar sin parar cuando un verdadero bardo se limitaría a escuchar y observar. Muy bien, a partir de ahora lo haré. Por favor, vosotros seguid hablando como si yo no estuviera. Seré tan silencioso como un caracol, lo juro.

«Es más tozudo que una mula», se dijo Arilyn, ahogando un suspiro. Pero sabía que discutir con él era inútil, por lo que sonrió tristemente a Elaith y dijo:

—Con tu permiso, parece que esta noche seremos tres.

—Como desees —accedió el elfo gentilmente, aunque miraba a Danilo como si éste fuera un cachorro mal educado que hubiera crecido demasiado—. Creo que no nos han presentado.

—Es Danilo Thann. —Arilyn se apresuró a hacer las presentaciones antes de que el joven pudiera decir otra cosa que encendiera la cólera del elfo.

—Ah, sí —sonrió Elaith, ligeramente divertido—. El joven amo Thann. Tu reputación también te precede.

El elfo dejó que Danilo se tomara sus palabras como quisiera mientras concentraba su atención en la ceremonia del elverquisst. Con un giro de una de sus manos de largos dedos lanzó una diminuta bola de fuego mágico hacia la vela situada en el centro de la mesa. Arilyn se estremeció cuando la vela se encendió. En ese instante sorprendió a Danilo mirándola con curiosidad y sacudió la cabeza gravemente para avisarlo de que no interrumpiera. El joven noble se calmó y contempló la ceremonia cada vez más fascinado.

Elaith Craulnober ahuecó las manos primero sobre la vela, y después sobre la licorera de licor elfo colocada encima de la mesa, delante de él. La botella era una auténtica maravilla, hecha de cristal transparente con miles de diminutas facetas que relucían. El elfo cogió la licorera con ambas manos y le dio lentamente la vuelta delante de la vela, con lo que la botella absorbió la luz y se hizo aún más brillante. Finalmente el *quessir* pronunció una frase en lengua elfa, y la luz almacenada formó trece puntos distintos que relucían como estrellas en contraste con la súbita oscuridad de la licorera de cristal.

Arilyn sintió una mano de hierro que le atenazaba la garganta, como siempre que contemplaba la constelación otoñal Correlian. Para los elfos de la luna, la aparición de aquella formación de estrellas marcaba la muerte del verano. Las voces de Elaith y Arilyn se unieron en un canto de adiós, y con las últimas palabras del ritual la luz se apagó.

Delicadamente Elaith vertió un poco de líquido en una copa y la hizo girar dibujando un complejo dibujo que puso en movimiento un despliegue de maravillosas luces y colores. Las elegantes manos del elfo ejecutaban todos los pasos del ritual con una facilidad fruto de la práctica. La resonante magia de la ceremonia había sido forjada a lo largo de siglos de repetición, a medida que incontables generaciones de

elfos celebraban el ciclo de las estaciones.

Mientras miraba, Arilyn casi se olvidó del cabeza de chorlito de Danilo y de la reputación de Elaith, y por un momento o dos se dio el lujo de sentirse transportada a su niñez, en Evereska. La última vez que Arilyn había compartido el ritual del elverquisst había sido cuando tenía quince años, poco antes de la muerte de Z'beryl.

El elverquisst era un licor rojo rubí que se destilaba por medios mágicos a partir de los rayos del sol y de frutos estivales muy difíciles de encontrar. Aunque completamente uniforme, el elverquisst presentaba pequeñas manchas doradas y era irisado. Era muy apreciado, aunque en los rituales de otoño se saboreaba como si fuera el regalo de un último y perfecto día estival.

Elaith completó la ceremonia y tendió la copa a Arilyn. Ésta bebió lentamente, con el debido respeto, tras lo cual puso fin a la ceremonia, y dio las gracias al quessir, inclinando la cabeza ante él, como mandaba el ritual.

Con un imperioso gesto Elaith llamó a un camarero.

—Otra copa, por favor —pidió al mozo. Entonces, como si se le ocurriera de pronto, se volvió hacia Danilo y le preguntó—: ¿O quizá dos más? ¿Te apetece un poco de elverquisst?

—No, gracias, prefiero el zzar —repuso Danilo.

—Naturalmente —replicó Elaith suavemente—. Una copa de ese omnipresente brebaje para nuestro joven amigo, y cena para tres —ordenó al nervioso camarero, que asintió y escapó hacia la seguridad de la cocina.

—Dime —dijo entonces Elaith, volviéndose hacia Arilyn—, ¿qué te trae a Aguas Profundas? La Fiesta de la Luna, supongo. ¿Has venido para disfrutar del festival?

—Sí, el festival —repuso la semielfa, pensando que aquélla era la respuesta más inocua.

—Resulta muy interesante; escandaloso, chabacano; pero, sin duda, lo suficientemente vistoso para atraer a una multitud. Al igual que esta posada, la ciudad está atestada de visitantes. Demasiados para mi gusto, aunque la afluencia de viajeros es buena para el negocio. Espero que hayas encontrado un alojamiento conveniente.

Arilyn miró a Danilo en busca de respuesta

—¿Has conseguido habitaciones?

—Habitación —la corrigió el noble con cierta timidez—. Sólo una. La posada está hasta los topes.

«Una habitación —pensó Arilyn consternada— ¡Otra noche con Danilo Thann!» La aventurera se recostó en el respaldo de la silla soltando un débil gruñido, que no pasó desapercibido a Elaith.

—Supongo que éstas son esas malas noticias de las que hablabas —observó el elfo secamente.

—Me extraña mucho que digas algo así —se desquitó Danilo gentilmente,

fingiendo no entender la pulla—. A mí no me parece tan malo compartir una habitación con una mujer hermosa.

—La *etrielle* no parece que comparta tu entusiasmo —objetó Elaith, observando la furia silenciosa que había desatado en Arilyn el insinuante comentario del joven aristócrata.

—Oh, claro que sí. Lo que pasa es que Arilyn es la discreción personificada, ¿sabes? —le confió Danilo, hablando de hombre a hombre.

Justo entonces el camarero regresó con las bebidas. Arilyn le arrebató la copa de zazar de la bandeja y la dejó de cualquier manera encima de la mesa, ante Danilo.

—Toma, bébetela —le sugirió dulcemente—, y todas las que quieras. Yo invito.

La semielfa cogió la otra copa y se sumergió en la ceremonia de servir y ofrecer el elverquisst. La tenía un poco olvidada, pero si Elaith no encontró perfecta su ejecución del ritual, se lo calló. La ceremonia dio un giro muy necesario a la conversación, que pasó a tratar de chismes locales, política e, inevitablemente, al encontrarse en Aguas Profundas, comercio.

Pese a su promesa de actuar como un observador bardo, Danilo continuó su duelo dialéctico con el *quessir*. El joven aristócrata se apuntó un buen número de tantos que, en caso de venir de cualquier otro, podrían haber dado pie a un duelo de verdad. Elaith dejaba pasar las pullas sin ningún comentario. De hecho, no podía hacer otra cosa, pues uno no podía estar seguro de que las chanzas de Danilo fueran tales y, además, las lanzaba con tal delicadeza y amabilidad que responder con enojo sería tan absurdo como tratar de matar moscas con la espada.

Arilyn daba sorbos al elverquisst mientras tomaba la medida de su extraño compañero de mesa. Elaith era encantador y ni siquiera las tonterías de Danilo le hacían perder la cortesía. Por ser alguien con reputación de ser un cruel y despiadado asesino, hacía gala de una extraordinaria compostura y buen humor. La semielfa empezaba a pensar que los rumores realmente podían ser exagerados.

—Ah, la cena. Al fin —anunció Elaith, saludando la aparición de dos camareros, uno portando una fuente muy cargada y el otro una mesita auxiliar, ya que en la mesa ya no cabía nada.

Los camareros dejaron varios platos sobre las mesas: carne asada, diversas aves de pequeño tamaño ensartadas y aún chisporroteantes, nabos, verduras hervidas y pequeños panes acabados de hornear.

El elfo de la luna examinó la sencilla comida con desdén patricio.

—Me temo que esto es lo mejor que puede ofrecer la posada. En otra ocasión me encantará ofrecerte unos manjares más adecuados.

—No te preocupes. La cena es bastante aceptable. Después de los rigores del viaje, una comida sencilla es lo mejor —le aseguró Arilyn.

Ella y Danilo atacaron. La comida pareció poner a Danilo aún de mejor humor.

Mostrando tanta alegría que daba asco, se enzarzó de nuevo en una conversación con Elaith Craulnober, gozando del toma y daca verbal tanto como un espadachín de un combate.

Pese a sentirse demasiado agotada para intervenir en la lid, Arilyn no cesaba de vigilar el salón al tiempo que comía, atenta a cualquier cosa que pudiera darle una pista en la búsqueda del asesino. Algunos parroquianos hablaban del asesino de Arpistas e incluso en aquel seguro refugio se mostraban nerviosos por los macabros rumores.

—Te digo que estaba marcada a fuego. Sí, marcada en la cadera como una res...

—Dicen que el asesino burló la guardia del castillo de Aguas Profundas y...

—Escúchame bien, si fuese un Arpista ahora mismo estaría fundiendo mi insignia para hacer con ella un orinal.

Arilyn no se enteró de nada importante a partir de los retazos de conversación, pero se dio cuenta, consternada, de que los chismes sobre el asesino de Arpistas cada vez eran más exagerados.

En un rincón se oyeron algunos aplausos, que se fueron extendiendo hasta rivalizar con el murmullo de las conversaciones. Las sillas arañaron el suelo cuando fueron retiradas para hacer sitio en el centro del salón. Dos camareros entraron una gran arpa que colocaron en medio del improvisado escenario. Un hombre alto y esbelto se encaminó tímidamente al arpa y empezó a afinarla.

—Ah, ahora podremos oír a un verdadero bardo —comentó Elaith con intención.

Danilo estiró el cuello para contemplar el escenario montado en medio de la taberna.

—¿De veras? ¿Quién es?

—Rhys Alacuervo —contestó Arilyn, que reconoció al bardo por haberlo visto en uno de sus viajes a Suzail. Aunque aún era joven y un tanto apocado, era realmente muy bueno.

—Humm... Me pregunto si le gustaría interpretar uno o dos duetos después del... ¡Ay! —Danilo se interrumpió con una mirada de reproche dirigida a Arilyn y se inclinó para frotarse la espinilla que había recibido la patada de la semielfa.

Arilyn respondió llevándose un dedo a los labios. El gesto apenas era necesario. Cuando sonaron las primeras notas todos callaron, atrapados por el poder de la música del bardo. Aquellos que habían ido a la taberna únicamente a adorar el arte de los cerveceros escuchaban tan atentamente y tan encantados como auténticos melómanos. Era habitual que los músicos que estaban de paso tocaran en las posadas o tabernas, pero La Casa del Buen Libar raramente disfrutaba de la presencia de un bardo de tal calidad. Incluso Elaith y Danilo dejaron de acosarse para escuchar la antigua canción en honor de la Fiesta de la Luna. Los aplausos que recompensaron al bardo fueron largos y ruidosos. Con una tímida sonrisa el joven accedió a tocar otra.

Durante la segunda canción, una nostálgica balada acerca de un amor perdido y aventura, un recién llegado entró en la taberna. Se detuvo un momento en el umbral mientras buscaba un sitio libre, tras lo cual atravesó silenciosamente la sala y se sentó en una mesa del fondo, cerca de Arilyn.

La semielfa se dio cuenta de la llegada del hombre y lo estudió con un interés que se esforzó en disimular. Era probablemente uno de los hombres más altos de la sala pero se movía con la misma gracia silenciosa que un gato. Al igual que la mayoría de los viajeros, el hombre iba bien protegido del frío viento otoñal. Pero, a diferencia de los demás, él no se quitó la capa ni se echó la capucha hacia atrás al entrar en la cálida posada. Su mesa estaba situada en la sombra, justo fuera del alcance del resplandor de la chimenea, y él se arrebujaba en su capa. Teniendo en cuenta la alta temperatura de la sala, a Arilyn le chocó su comportamiento.

Una camarera llevó al desconocido una jarra de aguamiel, y al inclinar la cabeza hacía atrás para beber Arilyn vislumbró su rostro. Era un hombre ya maduro, aunque pese a sus años seguía siendo robusto. Tenía unas facciones corrientes, excepto por una mandíbula cuadrada que denotaba una poco habitual determinación. A Arilyn le pareció ver en el hombre algo familiar, aunque hubiera podido jurar por todo el panteón de dioses que nunca antes lo había visto.

La semielfa vigiló al hombre un rato, pero éste no hizo nada que despertara sus sospechas. Al parecer, se conformaba con sentarse a la sombra y escuchar al bardo mientras cenaba y daba sorbos a una única jarra de aguamiel. No obstante, Arilyn se sintió aliviada cuando, finalmente, el bardo acabó y el hombre se levantó para irse.

«Me imagino peligros en cualquier sitio —se reprendió a sí misma—. Pronto empezaré a mirar debajo de la cama por si hubiera ogros, como si fuera una niña asustada. Está visto que necesito descansar.» En aquel momento se le escapó un bostezo que interrumpió el combate verbal en el que Danilo y Elaith Craulnober se habían vuelto a enzarzar.

—Lo siento —se disculpó—. Ha sido un viaje muy largo.

—No digas más. —Elaith alzó una mano—. Ha sido muy poco considerado por mi parte entretenerte tanto tiempo. A modo de excusa, ¿permitirías que me encargara yo de la cuenta?

—Gracias —repuso Arilyn, dando otra patada a Danilo por debajo de la mesa para que no se pusiera a discutir de nuevo.

—Espero que volvamos a vernos —se despidió Elaith.

—Yo también —dijo ella. Entonces inclinó la cabeza y extendió ambas manos, que era el gesto ceremonioso de despedida entre elfos. Luego cogió a Danilo por el brazo y lo arrastró de allí antes de que pudiera empezar otra vez.

—Bueno, ¿dónde está esa habitación? —preguntó la semielfa en tono resignado.

Danilo la condujo a una pequeña escalera situada en el fondo de la sala.

—No es la mejor habitación de la posada. De hecho... era la última que quedaba libre, de modo que no esperes lujos.

—Mientras tenga una cama... —farfulló Arilyn, tan cansada que apenas se sentía el cuerpo.

—Es gracioso que lo menciones porque... —La voz de Danilo se fue apagando a medida que la pareja subía por la escalera.

Elaith los observaba, cavilando. Entonces se encogió de hombros y se levantó para marcharse. Brevemente consideró la posibilidad de dejar unas monedas en la mesa para pagar la comida pero finalmente decidió no hacerlo. ¿Por qué molestarse? Marcharse sin pagar era lo que la gente esperaba de él.

Por si acaso, cogió la licorera medio llena de elverquisst, la cerró bien y se la guardó en el cinturón a la vista de todos. Probablemente aquella licorera valía más que todo lo que ganaría la posada durante la semana que durara el festival.

Tras saludar con una negligente inclinación de cabeza al posadero, cuya rubicunda faz palideció ante la inminente pérdida de la licorera de elverquisst, Elaith Craulnober se marchó. Muchos lo vieron marcharse, pero nadie se atrevió a detenerlo.

La lluvia había cesado, y mientras se dirigía a los establos la capa negra del elfo se le arremolinaba alrededor de las piernas por efecto del viento. Cuando le entregaron el caballo, montó y se dirigió a paso ligero hacia el oeste, en dirección al camino del Dragón. En la calle principal entre el distrito Sur y el distrito de los Muelles se levantaba una casa de granito negro particularmente bonita, alta, estrecha y elegante: la Casa de la Piedra Negra.

Era una de las muchas propiedades que el elfo poseía en Aguas Profundas, aunque apenas la usaba. Era demasiado austera para su gusto, aunque estaba equipada idealmente para lo que esa noche necesitaba. Elaith Craulnober desmontó ante la puerta de la verja de hierro que rodeaba la propiedad y lanzó las riendas al joven sirviente que salió corriendo a saludarlo.

Al entrar, Elaith dirigió una leve inclinación de cabeza a los sirvientes de la casa —dos elfos de la luna de su entera confianza— y subió a toda prisa una escalera de caracol que conducía a una cámara situada en el último piso. Una vez en ella cerró la puerta y la selló mágicamente para evitar que lo molestaran.

La cámara era oscura y estaba vacía excepto por un pedestal. Elaith retiró el paño de seda que cubría una esfera oscura de cristal que flotaba en el aire a escasos centímetros por encima del pedestal. El elfo pasó una mano sobre la lisa superficie del cristal al tiempo que murmuraba una serie de sílabas arcanas. La esfera empezó a relucir, primero débilmente, y en su interior se formaron neblinas oscuras. Gradualmente la luz fue a más a medida que aparecía una imagen, hasta llenar la cámara.

—Saludos, lord Nimesin —dijo Elaith a la imagen, pronunciando el título con un matiz de ironía.

—Es tarde. ¿Qué quieres, elfo gris? —inquirió la altiva voz, dando a la palabra «gris» una sutil inflexión que la transformaba del término que designaba un color en la palabra elfa que significaba «escoria». Con una única palabra expresaba la opinión de que los elfos de la luna no eran más que la sustancia de desecho que quedó cuando se forjaron, mucho tiempo atrás, los elfos dorados.

Elaith sonrió, haciendo caso omiso de la mortal ofensa. Aquella noche podía permitirse ser tolerante.

—Siempre pagas un buen precio por la información. Debo comunicarte algo que creo que te interesará.

—¿Y bien?

—Esta noche he conocido a Arilyn Hojaluna. Está en Aguas Profundas y se aloja en La Casa del Buen Libar. Es muy hermosa y me resulta extrañamente familiar.

—¿Qué? —La cara del elfo dorado se puso lívida—. Te dije que te mantuvieras alejado de ella.

—Nos conocimos por casualidad —replicó Elaith suavemente—. No he podido evitarla.

—¡No permitiré que se asocie con canallas como tú! —espetó Kymil—. No permitiré que su reputación se mancille.

—Oh, venga ya —protestó Elaith—. ¿Mancillar su reputación? Desde luego tiene talento y es hermosa, pero muchos creen que Arilyn Hojaluna es una asesina.

—Era una asesina.

—Como prefieras. Ah, por cierto, no estaba sola; iba acompañada por un auténtico mentecato, el cachorro de una de las familias nobles de la ciudad, Danilo Thann. No sé por qué viaja con él. Al parecer, es algo así como su mascota.

—Sí, sí —dijo Kymil Nimesin, impaciente—. Ya lo sé.

Pese a la interrupción, Elaith, imperturbable, prosiguió:

—Pero, como ambos sabemos, las apariencias engañan. Estoy convencido de que el compañero de la *etrielle* no es el idiota que aparenta ser. ¿Sabías que Danilo Thann está emparentado con Khelben Arunsun? Creo que es su sobrino.

—¿Sobrino de Báculo Oscuro? —En el rostro de Kymil asomó el primer destello de interés. Pero rápidamente se desvaneció—. ¿Y qué si lo es?

—Quizá no tiene importancia —admitió Elaith—, pero Arilyn Hojaluna tiene fama de ser muy hábil para ocultar su identidad y sus propósitos. ¿Es inconcebible que su compañero sea igual de hábil?

—Tu desfachatez sí que es inconcebible. —La faz de la esfera se contrajo de enojo—. Olvidas, elfo gris, que puedo observar a Arilyn Hojaluna personalmente. No me pasó por alto la conversación que has mantenido esta noche a la mesa. Ese bobo

de Thann te desafió a un combate de palabras, y fíjate que no digo un combate de ingenio, que acabó en empate.

—Pero es sobrino de Báculo Oscuro.

—Eso ya lo has dicho antes. Yo no veo que sea importante.

—Está bien situado y es más inteligente de lo que aparenta —arguyó Elaith—. Teniendo en cuenta el pasado de Arilyn, no me extrañaría que los Arpistas sospecharan de ella por los asesinatos. Tal vez ese Thann es un espía enviado para determinar su culpabilidad o inocencia.

—¡Bah! —lo atajó Kymil desdeñosamente—. Danilo Thann no es más Arpista que tú o que yo.

—Quizá no, pero si lo fuera, ¿no sería divertido que fuese la próxima víctima del asesino de Arpistas?

—Tienes un sentido del humor muy peculiar.

—Sí, siempre me lo dicen —convino Elaith—. ¿Y bien? ¿Qué me dices de Danilo Thann?

—Si quieres ver muerto a ese necio, encárgate tú. A mí tanto me da un humano más o menos.

El rostro en la esfera ya empezaba a convertirse en niebla cuando Elaith añadió en tono casual:

—Ah, también vi a Bran Skorlsun. —Instantáneamente la imagen volvió a definirse—. Sí, ya me pareció que esto te interesaría —murmuró Elaith con un malicioso destello en sus ojos ambarinos—. Imagínate mi sorpresa al volver a ver a nuestro amigo después de tantos años. Desde luego, al principio no lo reconocí. Los humanos envejecen terriblemente en... ¿cuánto tiempo ha pasado? ¿Casi cuarenta años?

Kymil Nimesin no respondió, sino que preguntó a su vez:

—¿Bran Skorlsun estaba allí? ¿En La Casa del Buen Libar?

—Una coincidencia fascinante, ¿no te parece? —replicó Elaith con tono despreocupado.

Kymil no respondió, pues estaba absorto en sus pensamientos. Después de una pausa dijo:

—Has hecho bien en llamarme. Te enviaré tus honorarios habituales.

Elaith sólo se había puesto en contacto con Kymil Nimesin para enojarlo, pero ahora el dorado había picado su curiosidad. Cualquier intriga que incluyera a Bran Skorlsun olía a aventura, y donde había aventura siempre se podía sacar provecho. El elfo de la luna decidió olvidarse, de momento, de la actitud condescendiente del elfo dorado e insistir para descubrir más detalles.

—¿Puedo servirte de ayuda en algo más? —preguntó a Kymil.

—Nada —respondió éste secamente—. Espera. Sí, hay algo.

—Lo que quieras.

—Mantente alejado de Arilyn Hojaluna.

—Naturalmente. ¿Eso es todo?

—Sí.

La voz de Kymil sonaba tajante, pero Elaith no se dejó impresionar. El elfo de la luna estaba acostumbrado a decir él la última palabra en el momento y de la forma que él eligiera.

—Como desees —dijo—. No obstante, queda el pequeño detalle de mis honorarios. Las condiciones han cambiado. Preferiría que me pagaras en... una moneda menos directa.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Danilo Thann —repuso Elaith cansinamente.

—Hecho —dijo al punto Kymil Nimesin—. Como ya he dicho, me da igual si vive o muere. Teniendo en cuenta el oro al que has renunciado, tu orgullo tiene un alto precio.

«Ya te darás cuenta de que mi orgullo tiene un precio más alto del que te imaginas», pensó Elaith Craulnober.

## 9

—Podríamos compartirlo —se aventuró Danilo.

—Ni hablar —replicó Arilyn, mirando significativamente el estrecho catre, que era el único lecho de la habitación—. Es demasiado estrecho incluso para un par de halflings recién casados. Yo dormiré en el suelo.

Danilo la miró mientras se tumbaba en una esterilla al lado de la chimenea y se cubría totalmente con una manta.

—Debería comportarme como un caballero e insistir en que tú te quedases con la cama, pero estoy demasiado cansado para discutir —dijo.

—Mejor —fue la apagada respuesta de la semielfa.

Con un suspiro Danilo se dejó caer sobre el lecho. ¿Y qué si ésa era la alcoba más humilde de una posada de segunda categoría? Habían tenido suerte de encontrar un sitio donde dormir. Después de los rigores del viaje cualquier sitio era bueno. Sin embargo, Danilo no lograba conciliar el sueño. Ya hacía rato que la débil y acompasada respiración de Arilyn indicaba que ésta se había dormido, y él continuaba despierto, tumbado en aquel colchón lleno de bultos.

Le preocupaba el encuentro con el bribón elfo de luna. En Evereska el noble había reconocido el símbolo de Perendra en la cajita de rapé dorada. El rufián de una sola oreja se la había comprado a un elfo en Aguas Profundas, y no era descabellado pensar que ese elfo podría ser clave para descubrir al misterioso asesino de Arpistas. Para Danilo «la Serpiente» Craulnober tenía todos los números para ser ese elfo.

Mucho tiempo atrás Danilo había descubierto que cuando la gente se sale de sus casillas suele revelar más de lo que quiere. Esa noche él había hecho todo lo posible para desconcertar a Elaith Craulnober. Había sido una estrategia arriesgada, teniendo en cuenta la mala reputación del elfo, pero, por lo general, el papel de tonto lo protegía.

Danilo sonrió tristemente en la oscuridad. Había sido una de sus mejores actuaciones; pero, increíblemente, Elaith Craulnober se había mantenido impassible. Lo único que había conseguido era que Arilyn se distanciara aún más de él, lo que le importaba más de lo que estaba dispuesto a admitir. El joven aristócrata echó un vistazo a la semielfa dormida.

Semielfa. Tendría que reflexionar sobre ello. Danilo entrelazó los dedos detrás de la cabeza y clavó los ojos en las grietas del techo. Desde que Khelben le mostrara el retrato de Arilyn él la había considerado una mujer humana, incluso después de enterarse de que era medio elfa. Danilo había llegado a considerarla una de las mujeres más fascinantes que había conocido en su vida, aunque, desde luego, terca y también misteriosa. Pero aquella noche había visto por primera vez la otra cara de Arilyn Hojaluna. De pronto, Danilo se había dado cuenta de que ella se consideraba

más elfa que humana; nadie que contemplara su rostro durante el ritual del elverquisst lo dudaría. El carácter de Arilyn había sido forjado por la cultura elfa dentro de la cual había crecido y que, mucho se temía Danilo, no la aceptaba.

El noble confiaba en lo que le decía su intuición sobre las personas; raramente se equivocaba. De camino a Aguas Profundas había visto muchas veces a su compañera de viaje demostrar una amargura profunda e insondable para él. Danilo recordó la primera noche en la cabaña y la expresión de la cara de Arilyn mientras le contaba cómo un elfo dorado solía burlarse de ella por sus orígenes. Por primera vez Danilo se preguntó qué significaba ser una semielfa, alguien que no pertenecía por completo ni al mundo de los elfos ni al de los humanos.

Podía verlo en ella, en cómo anhelaba todo lo elfo. Arilyn se había visto atraída por Elaith Craulnober; el elfo la había embelesado con su cortesía elfa y tratándola desde un buen principio como una igual. «*Etrielle*», la había llamado, que Danilo sabía que era un término de respeto que se aplicaba a las elfas nobles por origen, carácter o ambas cosas. Danilo había tenido la impresión de que Arilyn no estaba acostumbrada a recibir tal tratamiento, pues se había vuelto hacia el bribón elfo como esas plantas que llaman dondiegos de día buscando la salida del sol. Por lo que había averiguado de Arilyn durante los últimos veinte días, Danilo tenía la impresión de que no era una reacción normal en ella. La semielfa se enorgullecía de su capacidad para arreglárselas sola sin ayuda de nadie.

Bueno, ya se encargaría él de vigilar de cerca a su nuevo amigo. Puesto que Arilyn no podía juzgar con objetividad al elfo de la luna, Danilo asumiría la responsabilidad de mantener la necesaria perspectiva. Él estaba en mejor situación de hacerlo.

«Pues claro que sí», pensó y se le escapó una risita. Su tío Khelben solía decirle que una persona que no se conociera a sí misma era peligrosa. Pero el bueno del archimago había olvidado mencionar que conocerse demasiado a uno mismo no siempre era una bendición.

Danilo suspiró. Quizás era ese extraño tiempo el que lo hacía estar tan meditabundo. Ahora que la lluvia había cesado, la noche era bastante cálida para el otoño. El viento había cambiado y ahora soplaba del sur, haciendo que el viejo edificio crujiera y protestara. Era una de esas noches en las que uno espera visitas desagradables, y Danilo no conseguía desprenderse de una sensación casi palpable de un inminente... algo. Cualquier cosa podía suceder en una noche como aquélla. Con tantos huéspedes cargados de dinero y de alcohol, la posada era el objetivo ideal para un ladrón o algo peor. Si a eso se le añadía el misterioso perseguidor de Arilyn, era suficiente para impedir que se durmiera.

El humano echó otro vistazo a su compañera dormida. ¿Cómo podía conciliar el sueño en una noche como aquélla? Debía de tener mucha confianza en que la hoja de

luna la avisaría del peligro, cosa que, al parecer, podía hacer de modos muy distintos. Danilo la había visto relucir en el pantano de Chelimber. Otra noche, durante el viaje, Arilyn lo había despertado y había insistido en que tendieran una trampa enorme alrededor del campamento. Efectivamente, atraparon un par de osos lechuza. Arilyn había respondido a sus preguntas diciendo únicamente que la hoja de luna le había enviado un sueño para advertirla, y Danilo se felicitó de que la espada mágica poseyera ese poder. Los osos lechuza eran conocidos por su ferocidad, y si ellos no hubieran estado sobre aviso no habrían tenido ninguna posibilidad contra seres de más de dos metros y medio de altura en los que se unían las características más letales de los osos y de lechuza. En comparación con eso, ¿por qué no iba a sentirse Arilyn relativamente segura entre las cuatro paredes de la posada?

Danilo rodó sobre un costado y contempló el cielo sin estrellas por la ventana abierta. La noche, misteriosa e inquietante, estaba en consonancia con su estado de ánimo. Había luna llena, pero era noche cerrada. El fuerte viento arrastraba las nubes por el cielo, y sólo de vez en cuando se podía vislumbrar la luna redonda y plateada. A falta de algo mejor que hacer Danilo se puso a contemplar ociosamente la danza de las nubes y las formas que dibujaba la luz de la luna en las paredes de la más humilde alcoba de la posada.

Así permaneció tumbado, contando las horas por las campanas del cercano templo de Torm, hasta que, por fin, se sumió en un inquieto duermevela acunado por el movimiento de la luz de la luna.

Una oscura figura avanzó silenciosamente por el pasillo de la posada, dirigiéndose inexorablemente hacia la alcoba situada al fondo. Una pesada puerta exhibía con orgullo la inscripción «Cámara del Rey Rhigaerd», en conmemoración de una visita que el ya fallecido rey de Cormyr realizara mucho tiempo atrás. Era la habitación reservada al huésped más distinguido de la posada, y aquella noche no era una excepción.

La puerta se abrió sin su habitual crujido, y el intruso se deslizó dentro. Rhys Alacuervo descansaba hecho un ovillo bajo el grueso cobertor, con una mano colocada amorosamente sobre la tabla armónica de su arpa, al lado del lecho. La sombra avanzó sigilosamente hacia la cama, tomó una de las manos de largos y ágiles dedos de Rhys y apretó contra su palma un nefasto objeto.

Se oyó el débil silbido de la carne al quemarse. Cuando el sonido se apagó el asesino abrió la ventana y desapareció silenciosamente en la noche. Una ráfaga de viento se enredó entre las cuerdas del arpa arrancando un triste acorde con el que el instrumento se despidió de su dueño.

En ese mismo pasillo pero un poco más abajo, en una pequeña alcoba que nunca había alojado a la realeza, Arilyn Hojaluna se daba vueltas y se agitaba en sueños, sumida en una pesadilla.

Siempre que la hoja de luna le enviaba un sueño para avisarla, Arilyn inmediatamente se despertaba, lista para encararse con cualquier peligro. Era práctico. El sueño de aquella noche tenía toda la intensidad y la urgencia de uno de los que la espada le enviaba para avisarla, pero por mucho que la semielfa trataba de despertarse no conseguía sacudirse el sueño de encima. Algo se lo impedía; algo siniestro y antiguo, lleno de una desesperación que en parte era la suya propia.

Jadeando, Arilyn se encontró sentada en el suelo de la alcoba más modesta de La Casa del Buen Libar. Aún adormilada, se frotó con fuerza los ojos para alejar los últimos vestigios de sueño. Se estiró sin hacer ruido y se puso las botas. Puesto que nunca lograba volverse a dormir después de uno de aquellos sueños, decidió salir a dar un paseo.

De pronto se quedó paralizada, sin saber del todo si realmente estaba despierta. Las nubes se habían abierto y la luz de la luna iluminaba la habitación, revelando una vaga y delgada figura inclinada sobre su latoso compañero de viaje dormido.

¡Danilo! Sin pensárselo dos veces Arilyn se sacó la daga de la bota y se puso de pie de un salto, presta para arrancar el corazón del intruso. La semielfa se lanzó hacia él con la daga preparada. Pero, para su completa sorpresa, la cuchillada que debería haber matado al intruso solamente atravesó la almohada de Danilo llena de bultos. Arilyn golpeó con fuerza el catre, levantando una nube de plumas.

Danilo se despertó con una exclamación de sobresalto, y sus brazos se cerraron en torno a su atacante en un movimiento reflejo.

—¡Suéltame! —gritó Arilyn, haciendo fuerza con los codos y tratando de levantarse del catre.

Los ojos del dandi se abrieron mucho por el asombro, fijos en la daga que Arilyn aún empuñaba, pero no la soltó sino que la agarró con más fuerza de la cintura.

—¿Por todos los dioses, mujer, es que no te he dicho que no necesitas amenazarme? Ya sabes que eres bienvenida.

Arilyn respondió a la broma con una seca maldición y otro intento de soltarse. Con una velocidad y fuerza que Arilyn nunca hubiera creído posible en él, Danilo los sacó a ambos del catre y la inmovilizó en el suelo. Mientras luchaban entre las plumas que revoloteaban perezosamente, Danilo le agarró una muñeca y se la retorció hasta que a Arilyn se le quedó la mano insensible y tuvo que soltar la daga. La semielfa lo maldijo en élfico y trató de soltarse.

—Suéltame —gruñó.

—Hasta que me expliques qué pasa aquí, no.

El acerado tono del humano dejó a Arilyn sin habla. Fuera por la razón que fuese,

Danilo hablaba muy en serio. Pero ella no tenía tiempo para hablar, pues todos sus instintos le decían que el intruso era el asesino de Arpistas. Nunca había estado tan cerca de él.

Arilyn se relajó, y Danilo, pensando que se daba por vencida, aflojó un poco.

Era todo lo que la semielfa necesitaba. Todos los músculos de su cuerpo, perfectamente afinados, se tensaron, y la mujer se retorció, rechazando violentamente a quien la tenía agarrada. Danilo rodó sobre sí mismo pero, para sorpresa de Arilyn, no le soltó la muñeca. La semielfa se puso de pie de un salto y propinó una patada al noble en el antebrazo. Durante un instante la acción refleja pudo más que la voluntad y Arilyn se desasíó. Instantáneamente se dirigió a la puerta desenvainando la espada.

Danilo se recuperó del golpe, se lanzó hacia adelante, y agarró a Arilyn por el tobillo. La semielfa cayó de bruces, y la hoja de luna rebotó en el suelo, fuera de su alcance. Enfurecida, la aventurera golpeó a Danilo con el pie que tenía libre, y la mandíbula del humano dio un chasquido. Entonces le soltó el tobillo y empezó a jurar de una forma insospechada en alguien de su posición.

Arilyn rodó sobre su espalda y se levantó de un salto. Detrás de ella un aturdido Danilo de rodillas se llevó una mano a la cara y movió la mandíbula para comprobar si seguía entera. Satisfecha por que hubiera dejado de resistirse, la semielfa se inclinó para recoger la espada.

Pero el terco aristócrata se irguió de repente y se abalanzó sobre ella. Ambos cayeron al suelo, rodaron, dando puntapiés y tratando de ganar ventaja sobre el otro. Arilyn luchaba por liberarse, frustrada por la inesperada fuerza y persistencia del ataque de Danilo. El humano nunca podría vencerla con la espada, pero en el combate cuerpo a cuerpo era un digno rival. No podría liberarse de él a tiempo.

—Para de una vez. Se está escapando —dijo Arilyn con furia.

—¿Quién? ¿Quién escapa? —preguntó él, agarrándola aún con más fuerza.

—El asesino.

La expresión de Danilo se endureció y reflejó escepticismo. Arilyn se lanzó a un desesperado intento de convencerlo, para que comprendiera antes de que fuese demasiado tarde.

—El asesino. Estaba aquí. Lo vi junto a tu cama, inclinándose sobre ti. Atacó y...

—El horror que sentía le impidió continuar.

—¿Y? —instó Danilo.

Pero Arilyn no pudo responder. ¿Qué se había hecho del intruso? Un momento la misteriosa figura estaba en la alcoba, y al momento siguiente ella ya estaba luchando con Danilo. ¿Lo habría soñado? La semielfa se incorporó y se presionó la frente con ambas manos, apenas consciente de que el noble la había soltado.

—Arilyn —dijo Danilo con voz suave, echándola hacia atrás—. Arilyn, querida, dime qué esta ocurriendo.

—Ojalá lo supiera. —En su desconcierto permitió que Danilo la atrajera hacia sí, como si fuera una niña asustada.

—Dímelo —la apremió él.

—Tuve un sueño. Al despertar, al menos creo que estaba despierta, había alguien que se inclinaba sobre ti. Era el asesino.

—¿Estás segura?

—Sí. No puedo explicarlo, pero estoy segura. Así pues, saqué un arma y atacué. —Antes de que Danilo pudiera decir nada, sonó un fuerte golpe en la puerta.

—¿Lord Thann? ¿Va todo bien ahí dentro?

—¡Maldita sea hasta el noveno infierno! Es el posadero —masculló Danilo—. Sí, Simon, todo va perfectamente —gritó—. Perdón por el jaleo. Ha sido sólo una pesadilla, nada más.

—No parecía una pesadilla, señor —objetó Simon.

—Sí, bueno —improvisó Danilo—, cuando mi acompañante despertó de la pesadilla necesitaba que la... mmm consolaran. Una cosa llevó a la otra y... bueno, mis disculpas si hemos molestado a alguien.

—¿Estáis seguro de que no pasa nada?

—Nada en absoluto.

Hubo un silencio seguido de una breve risita.

—Lord Thann, puesto que mis huéspedes menos afortunados quieren dormir, ¿os importaría no armar tanta bulla?

—Te aseguro que no despertaremos a nadie más.

—Gracias, señor. Buenas noches. —Los pasos del posadero se alejaron de la puerta y fueron apagándose.

Danilo bajó la mirada hacia la semielfa, sin saber cómo reaccionaría ésta. Pero Arilyn estaba demasiado preocupada para sentirse ofendida por la escandalosa explicación del noble. Una vez seguro de que no corría peligro, Danilo le apartó de la cara un rizo húmedo de cabello azabache.

—Sólo ha sido un sueño —le dijo suavemente.

—No —insistió Arilyn, apartándose de él. Se levantó y se abrazó a sí misma, cogiéndose los codos con las manos mientras trataba de resolver el misterio con toda su capacidad mental—. Ha sido más que una pesadilla; más que un sueño para advertirme.

—Oye, me parece que estás un poquito alterada —dijo Danilo, extendiendo las manos delante del cuerpo en un gesto que pretendía tranquilizarla—. ¡No es de extrañar! Teniendo en cuenta por lo que has pasado últimamente es normal tener pesadillas. Cada vez que recuerdo a esos osos lechuza me entran ganas de...

Danilo se interrumpió, pues era evidente que Arilyn no lo escuchaba. Tenía la mirada fija, y en su rostro el alivio y el horror luchaban por obtener el dominio.

—Sabía que no era un sueño —susurró.

Danilo siguió su mirada. En la palma de su mano izquierda brillaba con un débil resplandor azulado una pequeña arpa y una luna creciente. El símbolo de los Arpistas.

Las agitadas nubes se abrieron, y la intermitente luz de la luna iluminó dos figuras que avanzaban por un lado del edificio. Una de ellas se movía con seguridad por la estrecha cornisa, mientras que la otra se agarraba al edificio y se arrastraba dificultosamente tras la primera.

—Supongo que estás acostumbrada a las alturas —murmuró Danilo, aferrándose al muro y pugnando por seguir el paso de su mucho más ágil compañera.

—Más o menos —replicó Arilyn distraída, pensando sólo en su meta.

—Espero que el bardo haya dejado la ventana abierta —se quejó Danilo—. Por cierto, ¿sabes forzar puertas? Claro que sí. Olvida la pregunta. Es que se me acaba de ocurrir que si tienes que forzar la ventana, bueno, podrías haber hecho lo mismo con la puerta, y nos habríamos ahorrado la molestia de reptar por el muro como si fuésemos dos malditas arañas.

—Silencio —susurró Arilyn, tragándose el enojo que sentía. Una vez más se reprochó interiormente haberse sentido atraída hacia Danilo Thann. Era un hombre de lo más frustrante; un momento era un astuto luchador, otro un amigo comprensivo y otro un bobo bueno para nada. Normalmente era esto último. Pero ahora era más simple que nunca, sin duda porque el ataque dirigido contra su preciosa persona lo había intimidado. Debería haberlo dejado atrás, encogido de miedo en esa deprimente alcoba.

Arilyn bordeó una ventana con aguilón, segura pese a la diminuta superficie de apoyo, pero Danilo tropezó y agitó frenéticamente los brazos al tiempo que se inclinaba peligrosamente hacia adelante. La semielfa lo agarró por la capa y tiró de él hacia atrás.

—Cuidado —le espetó—. ¿Estás seguro de que Rhys Alacuervo duerme en la habitación del fondo?

—Totalmente —resopló Danilo, agarrándose con ambas manos al muro mientras echaba un vistazo al patio de abajo. Pese a que trataba de hablar con aire despreocupado, la voz le temblaba—. Pedí al posadero la Cámara del Rey, donde suelo alojarme cuando le doy demasiado al zzar, pero Simon me informó de que estaba reservada para el bardo. ¡Imagínate!

Se acercaban al final del edificio. Arilyn le indicó a Danilo por señas que permaneciera callado y avanzó con sigilo hasta la última ventana. Estaba abierta. La semielfa entró silenciosamente en la habitación y se ocultó tras las pesadas cortinas de brocado que flanqueaban la ventana. En la habitación no se oía ningún sonido; no había ni rastro de un intruso.

Conteniendo la respiración, Arilyn se aproximó al lecho y colocó los dedos sobre el cuello del bardo.

—Demasiado tarde —gruñó suavemente.

Danilo entró en la habitación tambaleándose y fue a reunirse con ella.

—¿Muerto? —susurró. Por una vez su rostro aparecía pálido.

—Sí. —La semielfa señaló la marca a fuego en la palma de la mano vuelta hacia arriba. Arilyn sentía que la rabia le corría por las venas como fuego líquido—. Mataré a ese monstruo —juró en voz baja.

—No lo dudo, pero esta noche no —replicó Danilo cogiéndola por un codo—. Tenemos que marcharnos de aquí. Enseguida.

—¡No! —Arilyn se desasíó bruscamente—. Estoy demasiado cerca.

—Exactamente —dijo Danilo con voz forzada—. Peligrosamente cerca, diría yo. Mira, es posible que tú no temas a ese asesino de Arpistas, pero a mí no me sentaría nada bien una lividez cadavérica. —El noble alzó la palma izquierda para que su compañera viera la reluciente marca azulada—. ¿Recuerdas esto?

—Tú puedes irte cuando quieras —dijo Arilyn.

Danilo se llevó la mano marcada a la cabeza para alisarse el ensortijado cabello alborotado por el viento. El movimiento le hizo perder el equilibrio y tuvo que agarrarse a un pilar de la cama para no caer.

—¿Irme? Nada me gustaría más que salir corriendo de aquí para ponerme a salvo —replicó—. Pero ¿te has parado a pensar que quizá no puedo hacerlo?

Arilyn retrocedió y le dirigió una penetrante mirada.

—¿De qué estás hablando?

—De mí. Me siento fatal.

—Y yo también. Conocía a Rhys Alacuervo de Suzail.

—No, no me refiero a eso, aunque también es algo a tener en cuenta. Me encuentro mal. Piensa —dijo, señalando al bardo muerto—. ¿Qué mató a Rhys Alacuervo? ¿Acaso ves sangre o signos de lucha?

—No, nada —admitió ella—. Eso es parte del problema. Todas las víctimas fueron asesinadas mientras dormían y no mostraban más marcas que... —Los ojos de la semielfa se abrieron mucho—. Veneno —añadió en un agrio susurro—. La marca está envenenada. No se la hace después de muertos, como creíamos. Los mata con una marca mágica y envenenada.

—Sí, yo también lo creo —convino con ella Danilo—. Ni tú ni yo contamos con los medios para hacer frente a un asesino con poderes mágicos, ni siquiera si logramos dar con él. Y dudo que podamos.

Arilyn comprendió y los ojos se le desorbitaron. Entonces cogió la mano de Danilo y la contempló fijamente, como si pensara que podía borrar la marca sólo con la fuerza de voluntad.

—Oh, dioses, a ti también te ha envenenado. ¿Qué hacemos aquí parados? ¿Estás bien?

El noble se encogió de hombros tratando de tranquilizarla.

—Sobreviviré, creo. Interrumpiste al asesino antes de que me inoculara todo el veneno, pero me empieza a rodar la cabeza.

—El tejado —dijo Arilyn, recordando que Danilo había estado a punto de caer.

—Entonces me lo imaginé —admitió Danilo con una débil sonrisa—. Yo también estoy acostumbrado a entrar y salir por las ventanas y tengo un excelente sentido del equilibrio. Es posible que me haya oxidado un poco, pero no tanto. Ese traspíe puso todas las piezas del rompecabezas en su sitio. —Su voz se endureció de pronto—. Tú me metiste en esto y por tu culpa han estado a punto de matarme, una vez más debería añadir. Así pues, vas a llevarme a un lugar seguro. Enseguida.

Arilyn asintió secamente sintiéndose frustrada porque sabía que el asesino andaba cerca y también preocupada por Danilo. Pese a sus protestas, el joven aristócrata se veía lívido. Si la cosa iba a más no sería capaz siquiera de salir de la posada por su propio pie.

—Vamos —dijo la semielfa, y añadió secamente—: En estas circunstancias quizá será mejor salir por la puerta.

—Oh —exclamó Danilo, alejándose de la ventana—. Buena idea.

Arilyn echó una mirada a la bolsa mágica que pendía del cinturón del humano y recordó que en su interior llevaba un libro de hechizos. No le gustaba nada emplear magia pero no le quedaba más remedio.

—¿Por casualidad conoces el hechizo de la invisibilidad?

—No, pero si cantas algunos compases yo trataré de seguirte —respondió Danilo en tono algo aturdido.

Arilyn lo miró realmente preocupada.

—Debes de haber asimilado mucho más veneno del que creíamos. Esa broma ya era vieja en los tiempos de Myth Drannor.

El pisaverde replicó con una débil sonrisa. Entonces levantó los ingredientes del hechizo e indicó a Arilyn por señas que se pusiera junto a él.

—En estos momentos yo también me siento muy viejo. Vamos, salgamos de aquí.

Pocos minutos más tarde unos invisibles Arilyn y Danilo se dirigían silenciosamente al noroeste, hacia el distrito del Castillo, donde tenía la casa la aventurera Loene. Era el lugar más seguro que se le ocurría a Arilyn. La casa de Loene, ubicada en la avenida de Aguas Profundas, era una auténtica fortaleza situada al alcance de la vista de los soldados estacionados en el castillo. Al recordar la estela de muertos que iba dejando a su paso, la semielfa detestaba implicar a la mujer; no quería conducir al asesino de Arpistas a casa de Loene.

Pero no podía hacer otra cosa. El esfuerzo de lanzar el hechizo que los haría invisibles a ellos dos y también a los caballos había mermado las fuerzas de Danilo, que parecía debilitarse por momentos. Arilyn temía que si se desmayaba ya no volvería a recuperar la conciencia. Tal vez si lo animaba a seguir hablando... No debería resultarle demasiado difícil.

—¿Estás seguro de que el posadero no sospechará de nosotros por la muerte del bardo? —preguntó en un susurro.

Danilo asintió y el esfuerzo estuvo a punto de tirarlo del caballo.

—¿Por qué? —inquirió de nuevo Arilyn, alargando un brazo para volver a poner al noble erguido sobre la silla.

—Dejé una ilusión mágica en nuestra alcoba —masculló Danilo—. Antes de salir para ver cómo estaba el bardo. Por lo que pudiera pasar.

—Oh.

Por el rostro del dandi cruzó un atisbo de sonrisa.

—Por la mañana, la criada verá una gran botella de zzar vacía encima de la mesa y dos figuras dormidas, entrelazadas en el camastro —explicó con un hilo de voz—. Saciadas y roncando.

—Con una notable semejanza contigo y conmigo, supongo —comentó la semielfa, que hundió la cabeza, resignada.

—Por supuesto. La ilusión durará hasta media mañana y para entonces ya se habrá descubierto el cuerpo del bardo.

Arilyn no tuvo otro remedio que admirar aquella solución, por retorcida que le pareciera.

—No es de extrañar que estuvieras a punto de caerte de la cornisa. Lanzar ese hechizo debió de costarte mucha energía.

—Sí, pero también fue divertido —masculló el humano y otra vez se inclinó peligrosamente hacia un lado. Rápidamente Arilyn lo ayudó a estabilizarse.

—Aguanta sólo un poco más —le instó—. La casa de Loene está al doblar esa esquina. ¿Ves ese enorme olmo allí delante? Pues eso es el patio trasero de la casa.

—La verdad, no me encuentro nada bien.

La mansión de Loene era como una fortaleza en miniatura, incluso tenía torres y torreones. La rodeaba una verja de hierro forjado tan decorativa como impenetrable. «Aquí estaremos seguros», pensó Arilyn. Al llegar a la puerta de la verja desmontó rápidamente, ayudó a Danilo a bajar del caballo y colocó uno de los brazos del hombre por encima de sus hombros. Danilo apoyaba todo el peso en ella mientras ésta ataba a la verja las riendas de sus invisibles monturas y forzaba la cerradura con un pequeño cuchillo.

—¿Tienes costumbre de entrar así? —farfulló Danilo, que observaba sus movimientos—. ¿Y ahora qué? ¿Nos lanzarán una bola de fuego o avisarán a la

guardia?

—Ni una cosa ni la otra. Loene me conoce. No pasará nada —le aseguró Arilyn, demostrando más confianza de la que verdaderamente sentía.

Ella y Danilo seguían siendo invisibles, y eso podría ser un problema. No es fácil convencer a alguien de tu sinceridad si esa persona no te puede mirar a los ojos, pero tampoco podía permitir que Danilo malgastase energías para disipar la magia.

Arilyn tuvo que arrastrar casi a Danilo por el camino. Al llegar a la puerta alzó el llamador y golpeó con brío usando el código que le había enseñado Nain Silbidoagudo, miembro del grupo conocido como Compañía de los Audaces Aventureros. Sin duda los habitantes de la casa reconocerían el código; Nain había liberado a Loene de la esclavitud y después de eso, la mujer había compartido las andanzas del grupo durante muchos años.

La puerta se abrió unos milímetros, y una voz rasposa preguntó

—¿Quién es?

Era Elliot Graves, el sirviente de Loene. Sólo él conseguía que su voz sonara a un tiempo orgullosa y empapada de whisky.

—Soy yo, Graves, Arilyn Hojaluna.

—¿Dónde?

La puerta se abrió un poco más, y un rostro delgado y cauteloso miró a Arilyn pero, naturalmente, no consiguió verla. La semielfa no dudó ni por un momento que Elliot Graves tenía la maza a mano. El hombre era tan buen luchador como buen cocinero y no parecía nada satisfecho de que alguien hubiera violado el patio protegido por la verja de hierro.

—Estoy aquí, Graves, pero soy invisible. Traigo a un amigo que está gravemente herido. Por favor, déjanos entrar.

La urgencia que se percibía en su voz convenció al sirviente.

—De uno en uno —dijo abriendo la puerta sólo lo suficiente para que una persona pudiera pasar de lado.

Arilyn empujó a Danilo hacia adelante, y éste cayó de bruces sobre la alfombra calimshita.

—El primero —comentó el noble, tendido boca abajo, con voz de borracho.

La semielfa atravesó la puerta rozando a Graves y se arrodilló junto a Danilo. Al notar que Arilyn había entrado, el sirviente cerró la puerta de golpe y echó el cerrojo.

—¿Qué es tanto alboroto? —preguntó una voz imperiosa.

Arilyn alzó la vista. Loene había aparecido en lo alto de la escalera, ataviada con ropa de dormir de seda de un pálido color dorado y sosteniendo una daga decorada con gemas en cada mano. La cabellera leonada le caía en desorden sobre los hombros, y sus grandes ojos avellana recorrían el vestíbulo vacío. En el pasado había sido obligada a ejercer de «mujer de placer» por su exquisita cara y figura, pero

después se había convertido en una hábil luchadora y aventurera. Ahora, en su madurez, la mujer seguía siendo hermosa y letal. Poseía la misma gracia que un felino del desierto y en aquellos momentos tenía un aspecto igualmente peligroso.

—Soy Arilyn Hojaluna —explicó la semielfa atropelladamente—. He traído a un amigo. Lo han envenenado.

—Elliot, tráeme el maletín de los venenos —ordenó Loene al criado, sin apartar la mirada de la alfombra que cubría el amplio vestíbulo. Graves se esfumó, sosteniendo aún la maza.

—Bueno, bueno. Arilyn Hojaluna. ¿Desde cuándo recurres a hechizos de invisibilidad? —inquirió Loene, al tiempo que bajaba la escalera con gracia felina. Al llegar abajo depositó las dagas encima de una mesilla de mármol.

—No he tenido otro remedio.

—Ya me lo imagino —replicó Loene secamente. La mujer hizo girar el anillo mágico que llevaba al tiempo que murmuraba las palabras que anularían el hechizo de Danilo. Al hacerlo, aparecieron encima de la valiosa alfombra dos siluetas que fueron tomando cuerpo hasta convertirse en las figuras de un hombre tendido en el suelo y una semielfa. Los hermosos ojos de Loene se clavaron en Arilyn con curiosidad.

—Ah. Ahí estás. Por cierto, tienes un aspecto terrible.

La mujer se aproximó a las figuras, se arrodilló junto a Arilyn y buscó al hombre el pulso con unos dedos de uñas decoradas con alheña.

—Fuerte y regular —dictaminó—. Tiene buen color y respira tranquilo. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Veneno, has dicho?

—Es una larga historia —se limitó a responder Arilyn, sin dejar de mirar, angustiada, a su compañero.

—Humm... Ardo en deseos de escucharla. Oh, gracias, Graves —dijo Loene cogiendo el maletín del criado—. ¿Quién es tu amigo?

—Danilo Thann.

—Dan... —empezó a repetir Loene, pero entonces rompió a reír desdeñosamente—. Chica, has escogido un momento muy extraño para empezar a confiar en quienes emplean la magia. Sus trucos de magia de salón fallan más que un cohete de Shou. ¡Uf! Y el aristócrata pesa lo suyo. Échame una mano.

Las dos aventureras lograron dar la vuelta al joven noble. Loene le levantó suavemente un párpado y luego el otro, se quedó pensativa un momento y eligió un pequeño frasco azul del maletín de pociones, que tendió a Arilyn.

—Un antídoto —dijo Loene—. Muy poco común. Funciona con una sorprendente rapidez.

Sin perder ni un segundo, la semielfa destapó el frasco, levantó a Danilo la cabeza y le acercó la poción a los labios. El hombre abrió de pronto los ojos.

—Imagínate que es rivengut —le aconsejó Arilyn con un toque de sombrío humor.

La sola mención de su bebida favorita animó a Danilo, que tomó un sorbo del antídoto. Inmediatamente pareció revivir, se apoyó sobre un codo y contempló el vestíbulo en el que se encontraba.

—Me siento mejor —anunció, sorprendido.

—¿Seguro? —insistió Arilyn.

—Casi tan bien como nuevo —añadió él, mostrándole subrepticamente la palma de la mano. La marca era ahora mucho menos evidente, y la aliviada semielfa hundió los hombros tranquilizada.

Loene se sentó sobre los talones y contempló la escena que se desarrollaba ante sus ojos con una sonrisa. Hacía años que conocía a Arilyn y nunca la había visto tan agitada. Debería haber sabido que ninguna poción y ningún antídoto funcionaba tan rápidamente, y sus sentidos elfos —por lo general tan agudizados— deberían haber captado el aroma del licor de albaricoque que contenía el frasco azul.

«Ah, aquí pasa algo», pensó Loene. Si tenía una debilidad que estaba dispuesta admitir, ésta era que se volvía loca por las historias interesantes y poco corrientes. Y esa noche una había llamado a su puerta.

—Supongo que las explicaciones tendrán que esperar a mañana —dijo la mujer con voz pesarosa—. Por favor, Graves, lleva a nuestros invitados a sus camas.

—A su cama —corrigió Arilyn.

—Oye, oye; me parece que sobrestimas los poderes de la poción curativa —protestó Danilo.

La semielfa le lanzó una dura mirada que habría dejado helado a un hombre más prudente y acto seguido le dio la espalda.

—Con tu permiso, Loene, dejo a Danilo a tu cuidado. Yo debo atender unos asuntos importantes.

—Ni hablar elfa —replicó Loene con ceño, levantándose y poniéndose en jarras—. Tu amigo puede quedarse aquí hasta que esté en condiciones de viajar, pero si tratas de marcharte sin explicarme qué está pasando te arrancaré ese pellejo azul que tienes.

Arilyn se puso en pie con un suspiro de resignación.

—Muy bien, muy bien. Supongo que un breve retraso ya no importa demasiado. Será mejor que abras la botella de jerez y te prepares para escuchar una larga historia.

—Siempre guardo una botella llena, por si decides dejarte caer por aquí —ronroneó Loene, sonriendo satisfecha—. Tú te ocuparás de nuestro otro invitado, ¿verdad, Graves?

—Como ordene la señora.

La mujer y la semielfa se dirigieron del brazo al estudio de Loene para contarle

sus aventuras.

Danilo las miró marchar sentado en la alfombra con las piernas cruzadas. Con una satisfacción puramente personal se fijó en que Arilyn le lanzaba una última mirada de preocupación antes de marcharse. Un significativo carraspeo le llamó la atención, y alzó la vista hacia el criado. La maza que le colgaba del cinto desentonaba con el elegante mobiliario del vestíbulo.

—Si se siente con fuerzas para andar, señor, le mostraré su habitación. —Cuando Danilo asintió, Graves se inclinó y ayudó al noble sin demasiada amabilidad a ponerse de pie.

Danilo se colgó del brazo del sirviente y procuró apoyarse en él mientras subían lentamente la escalera. Dos enormes mastines negros los siguieron, sin quitar ojo de encima a Danilo. El aristócrata rezó para que estuvieran bien alimentados. Asimismo se dio cuenta de que el enjuto sirviente era asombrosamente fuerte y que su voz ronca de bebedor y sus ojos del color del frío acero no hubieran llamado tanto la atención en el campo de batalla como en el distrito del Castillo de Aguas Profundas. Era tranquilizador, y súbitamente Danilo se sintió un poco mejor por lo que debía hacer; si tenía que dejar sola a Arilyn unas horas, al menos estaría bien protegida.

El dandi dejó que Graves lo condujera a una habitación de invitados lujosamente decorada y lo ayudara a sentarse en una silla.

—¿Desea algo más el señor? —preguntó Graves fríamente.

—Sólo dormir —le aseguró Danilo—. Esa poción hace milagros.

—Sí, señor. —El criado cerró la puerta firmemente tras de sí.

Danilo escuchó hasta que los pasos de Graves se alejaron. Cuando todo quedó en silencio se levantó y cogió la bolsa mágica que llevaba anudada a la cintura. De ella sacó el libro de hechizos y un trozo de cuerda. Rápidamente estudió las runas de una de las páginas y se aprendió de memoria el complicado hechizo que debía lanzar. Una vez aprendido, volvió a meter el libro en la bolsa.

No le quedaba ni rastro de aquella sensación de letargo. Los efectos del veneno se habían disipado mucho antes de llegar a casa de Loene, aunque había fingido debilidad para alejar a Arilyn de la posada y de un asesino capaz de esfumarse de una habitación cerrada con llave.

Danilo abrió una ventana, ató la cuerda a un pilar de la cama y descendió por ella hasta el patio. Tras su experiencia en la cornisa de la posada no tenía ninguna intención de probar un hechizo de levitación desde un segundo piso, ni con ni sin antídoto. «Por cierto —se dijo— debo averiguar qué era ese brebaje. Era realmente bueno.»

Entonces sacó de la bolsa mágica los ingredientes del hechizo y ejecutó una complicada serie de gestos y cantos. Tras elevarse hacia el cielo nocturno y saltar por encima de la verja, aterrizó sobre la calle ligero como una pluma. Finalmente, caminó

en silencio hasta la parte delantera de la casa y anuló el encantamiento de invisibilidad de su caballo.

En el horizonte el cielo nocturno apenas empezaba a aparecer plateado cuando Danilo se puso en marcha hacia el oeste por la avenida de Aguas Profundas. Un poco más allá unos pocos parroquianos estaban saliendo de la Casa de Placer y Salud de la Madre Tathlorn, una mezcla de sala de fiestas y casa de baños muy lujosa y popular. Era una señal inequívoca de que pronto amanecería.

Danilo Thann dio una violenta sacudida a las riendas del caballo y lo puso al galope en dirección a la cercana torre de Báculo Oscuro.

## 10

Mientras cabalgaba, Danilo reflexionaba acerca de todo lo sucedido esa noche. Le hubiera encantado oír la versión de Arilyn de la historia, aunque mucho se temía que él salía bastante mal parado en ella.

Danilo estaba acostumbrado a que lo tomaran por tonto, incluso su propia familia: su padre lo solía reconvenir con severidad y sus hermanos mayores lo trataban con desdén. Danilo lo aceptaba como parte de su papel, pero cuando los ojos elfos de Arilyn le devolvieron su propia imagen en forma de insulso petimetre, Danilo se preguntó si sería capaz de seguir con aquella charada.

Tal vez había llegado el momento de hacer algunos cambios.

A aquella velocidad Danilo pronto llegó a donde vivía el archimago. La torre Báculo Oscuro parecía impenetrable, pero sólo lo era para los no iniciados. Una serie de poderosas defensas mágicas y dispositivos igualmente mágicos protegían la torre, amén de un muro de seis metros de alto. No había puertas visibles y las únicas ventanas se abrían en los pisos superiores.

Danilo desmontó junto al muro y murmuró una cantinela; las palabras de un simple hechizo que mantendría a su caballo atado. Con otro rápido encantamiento abrió un portón. El noble atravesó el patio a grandes zancadas y, tras golpear el muro de la torre y pronunciar su nombre en voz baja, pasó por una puerta invisible que conducía al vestíbulo del mago.

Khelben Arunsun «Báculo Oscuro» bajó la escalera de caracol para saludar a su sobrino.

—Veo que, finalmente, has aprendido a atravesar la puerta.

Danilo sonrió de oreja a oreja y se frotó un imaginario chichón en la cabeza.

—He tropezado con ella bastantes veces, ¿no crees?

—Desde luego. Vamos, sube. Estaba esperando tu informe —dijo Khelben, haciendo gestos a Danilo para que lo siguiera a la sala de estar.

En una mesita flanqueada por dos cómodas sillas se veían tazas de humeante achicoria tostada. Danilo lanzó a su silla una mirada de pesar, pero insistió:

—No tengo demasiado tiempo. He dejado a Arilyn en casa de Loene, en la avenida de Aguas Profundas. Debo regresar antes de que noten mi ausencia.

—Como quieras. —Khelben tomó asiento y tomó una taza—. ¿Has averiguado algo sobre la identidad del asesino?

—Aún no. En Evereska Arilyn sorprendió a un rufián de Aguas Profundas siguiéndola, y en su poder halló una cajita de rapé con el símbolo de Perendra.

Khelben se atragantó con un sorbo de achicoria, y Danilo asintió con humor sombrío.

—En respuesta a tu próxima pregunta, sí, estoy seguro de que era el símbolo de

Perendra. Ella fue una de las primeras víctimas, ¿verdad?

—Sí —contestó Khelben tan pronto como pudo hablar—. Pero, a diferencia de las últimas víctimas, ella no estaba marcada a fuego. Por tanto, es posible que su muerte no fuera obra del asesino que buscamos. ¿Admitió el crimen ese rufián?

—No. Según él, compró la caja a un elfo. Obviamente, le habían lanzado un hechizo para que muriera antes de revelar el nombre de ese villano. Creo que Arilyn tiene la intención de averiguar quién es.

—Bien. No te muevas de su lado. Pasemos al asunto de la espada. Dime todo lo que sabes.

Danilo, sentado en el borde de la silla, respiró hondo antes de lanzarse.

—Posee magia elfa, es muy antigua y fue forjada con un metal deslucido pero muy resistente que no conozco. Tiene runas grabadas a lo largo de la hoja y también de la vaina... esruar, creo, aunque una forma que nunca había visto. Hay una gran gema incrustada en la empuñadura y...

—¡Para! —exclamó Khelben. El rostro del hechicero reflejaba alarma cuando se inclinó hacia su sobrino, mirándolo de hito en hito—. ¿Hay un ópalo en la empuñadura? ¿Estás seguro?

—Es un topacio.

—¿Dijo Arilyn algo sobre ese topacio? —lo apremió Khelben.

—Pues sí. Me dijo que su maestro, Kymil Nimesin, lo había hecho colocar allí para equilibrar el arma.

—Ya veo. —El archimago se relajó—. Bien. No sabía que Arilyn había sido entrenada por Kymil Nimesin, pero no me extraña. Kymil es uno de los mejores maestros de armas de los Reinos y, además, trabaja para los Arpistas de vez en cuando. Continúa.

—La espada es capaz de atravesar metal y hueso como si cortara un melón. También es extraordinariamente rápida, aunque creo que eso se debe en gran parte a Arilyn. Según ella, no puede derramar sangre inocente, aunque no sé cómo determina exactamente la inocencia. También la advierte del peligro...

—¿Cómo?

—Reluce. También reluce a veces cuando Arilyn la desenvaina, pero otras veces no lo hace. No sé por qué.

—¿Y si otra persona tratara se desenvainarla?

—La dejaría más frita que un boquerón —replicó Danilo cansinamente.

—Naturalmente —musitó Khelben—. Después de todo, es una espada hereditaria. Espero que no lo averiguaras por experiencia personal —dijo enarcando una ceja hacia su sobrino.

—Desgraciadamente, así fue. Pero, por suerte, apenas la toqué.

Khelben soltó una risita por el gracioso tono de Danilo, pero enseguida se calmó.

—¿Algo más?

—Puede avisar a Arilyn del peligro enviándole un sueño.

—Interesante. Muy bien, ¿qué más?

Danilo le contó a su tío todo lo ocurrido, empezando con la posada cerca de Evereska y describiendo el misterioso ataque en La Casa del Buen Libar.

—Veneno —murmuró Khelben, visiblemente enojado por su propia falta de percepción—. Pues claro. ¿Por qué crees que el asesino te atacó? ¿Tienes razones para creer que sospecha de tu alianza con los Arpistas?

—No —repuso el joven, un tanto apesadumbrado—, pero sí de mi caballerosidad. Sólo había una cama, y la ocupaba yo. La alcoba estaba muy oscura, y supongo que el asesino creyó que un caballero dormiría en el suelo.

—Entiendo. ¿Ya estás bien?

—No tuvo tiempo de inocularme demasiado veneno. Si no quieres saber más, me gustaría hacerte unas preguntas rápidas. —Danilo sostuvo la mirada a Khelben e inquirió—: ¿A qué viene tanta preocupación por la espada de Arilyn? ¿Qué tiene que ver con el asesino?

—Es posible que no haya ninguna conexión —admitió Khelben—. Pero, dada la historia de la espada, no podemos descartarlo.

—Creo que ha llegado el momento de la lección de historia. Por diferentes razones tengo un interés personal en esto —dijo el joven noble en voz baja, pero mostrándole a Khelben la palma marcada—. Pero sé breve, te lo ruego.

El mago asintió.

—Sí, ya es hora de que lo sepas. —El hombre se pasó una mano por el cabello entrecano e inspiró profundamente.

«Antes de que tú nacieras los padres de Arilyn usaron involuntariamente la magia de la espada para abrir un portal entre estas montañas y el reino elfo de Siempre Unidos. Por desgracia, la puerta permaneció abierta, y lo único que pudimos hacer nosotros fue ocultarla y llevarla a otro lugar. Los elfos ordenaron a Z'beryl que desmontara la espada. El padre de Arilyn se marchó llevándose el ópalo mágico. Tal como está hoy la espada posee una poderosa magia, pero junto con el ópalo podría usarse para descubrir la puerta a Siempre Unidos.

»Así están las cosas. —Khelben concluyó su lacónica lección de historia con un suspiro—. Teníamos que saber si existe alguna posibilidad de que alguien conozca la existencia de la puerta y persiga a Arilyn por la espada.

—Ya veo —dijo Danilo, aunque todo lo que le había contado Khelben se le agolpaba en la cabeza. Teniendo en cuenta las legendarias riquezas que se suponían al reino elfo de Siempre Unidos, un portal abierto sería una invitación al saqueo. Los elfos de Siempre Unidos mantenían el reino cerrado a cal y canto a los extraños, y la isla estaba guardada por la poderosa flota elfa de la reina Amlaruil, por letales

arrecifes de coral, por huestes de misteriosas criaturas marinas aliadas con los elfos, y por campos de energía que nunca se mantenían quietos, y que eran capaces de reducir una nave invasora a cenizas y espuma marina. En comparación con tales defensas, cualquier tipo de guardia que defendiera el portal mágico sería un pequeño obstáculo. Lo que mejor podía proteger el portal a Siempre Unidos era el secreto, ya que si se daba a conocer su existencia, el último baluarte elfo estaría en peligro y la misma supervivencia de la cada vez menos numerosa raza elfa amenazada. Danilo se preguntó cómo reaccionaría Arilyn si conociera la parte que desempeñaba en la salvaguarda del reino elfo.

—Por cierto —añadió Danilo—, ¿por qué no me dijiste que Arilyn era elfa?

—Medio elfa. Su padre era humano, bueno, más o menos —repuso Khelben—. Siempre que la veo se hace pasar por humana.

—Muy cierto. Cuando nos conocimos fingía ser una cortesana de Sembia. Un magnífico disfraz —recordó Danilo con una amplia sonrisa—. Sólo la reconocí por el anillo de Rafe Espuela de Plata y, lo creas o no, por tu retrato.

Khelben sonrió agriamente ante el cariñoso insulto de su sobrino.

—Esto me recuerda algo, según tu madre, a mi estimado cuñado no le ha hecho ni pizca de gracia que el «haragán» de su hijo se marchara con una «extravagante mujer de placer». Te recomiendo que hables con él cuando tengas tiempo.

—Otro sermón de mi querido padre. Sólo los dioses saben cómo le he decepcionado —comentó Danilo, arrastrando las palabras con tono displicente.

Khelben lanzó una penetrante mirada a su sobrino al percibir una nueva nota en su actuación.

—¿Estás pensando en dejarlo? —le preguntó.

—¿Dejar qué? ¿De decepcionarlo?

—No, de hacerte el tonto en servicio de los Arpistas.

Danilo se encogió de hombros.

—¿Qué opciones tengo?

—Siempre hay opciones —afirmó Khelben—. Si quieres, después de esta misión podrías darte a conocer. Eres un buen agente. Estoy seguro de que los Arpistas te acogerían con los brazos abiertos.

Danilo se levantó para marcharse, más pensativo de lo que Khelben lo había visto en toda su vida.

—Sabes, tío, es posible que te tome la palabra.

Danilo abandonó rápidamente la Torre de Báculo Oscuro a través de la puerta mágica, montó y se dirigió al galope a la mansión de Loene. En el este el sol empezaba a asomar tras los tejados de la ciudad, proyectando largas sombras en las calles aún silenciosas.

Una de esas sombras de pronto se movió y se puso a seguir a Danilo Thann hacia

la avenida de Aguas Profundas.

Loene estaba acurrucada cómodamente entre los cojines de seda del sofá como si fuera un garito, calzada con chinelas. Arilyn nunca la había visto tan satisfecha.

—Una historia muy interesante —dijo.

—¿Era bueno ese jerez? —inquirió Arilyn secamente, echando una mirada a la licorera medio vacía colocada en la mesa que había entre el sofá de Loene y la silla más espartana que ella había elegido. La semielfa aún sostenía entre sus manos el primer vaso de jerez que se había servido y que apenas había tocado. El resto había sido consumido por su anfitriona, que era célebre por su capacidad para resistir el alcohol.

—Más que bueno —contestó la mujer levantando su cuarta copa en un brindis—. Para que tenga un final feliz.

—Bien dicho —convino con ella la semielfa, que se puso seria al pensar en lo que le esperaba.

Graves eligió aquel momento para asomar la cabeza en el estudio.

—¿Desayuno para dos, señora?

—¿Vas a quedarte? —Loene sonrió a Arilyn—. Te advierto que Graves prepara los mejores bollos de la ciudad.

Arilyn no quería demorar su búsqueda ni un momento más, pero también tenía que comer de vez en cuando.

—Sí, gracias, pero tendré que marcharme enseguida.

—Lo entiendo. Que sean tres —dijo al criado—, a no ser que nuestro invitado prefiera desayunar en la cama.

Graves enarcó las cejas y anunció:

—Nuestro invitado ya se ha marchado.

—¿Qué? —Arilyn se puso lentamente en pie—. ¿Danilo se ha marchado? ¿Estás seguro?

—Completamente —contestó Graves, que mostró un trozo de cuerda—. Se ha ido por la ventana, nada más y nada menos —masculló, sacudiendo la cabeza—. He dejado que ese pavo real se escapara delante de mis narices —se recriminó.

—Ese idiota... —estalló Arilyn descargando un puño en la mesita y abandonando indignada el estudio. Loene corrió a salvar la tambaleante licorera de jerez y enseguida siguió a Arilyn al vestíbulo, agarrando con fuerza la preciada botella de licor.

—Deja que se vaya —dijo a la semielfa al tiempo que trataba de contenerla colocándole una mano sobre un brazo.

Pero Arilyn se desasió.

—Está demasiado débil para viajar.

—Ni por asomo —bufó Loene—. Ese joven estaba completamente normal, si es que en su caso puede hablarse de normalidad.

Arilyn se quedó paralizada.

—No entiendo.

—Querida, anoche no tenía nada. No necesitaba esa poción. —Loene la miraba compasivamente.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Necesitas preguntarlo? A diferencia de ti, a mí no se me caen los anillos por recurrir a los venenos de vez en cuando. Sé lo que circula por ahí y conozco los efectos y los síntomas.

—Pero le diste un antídoto —señaló Arilyn—. ¿Por qué?

—Era licor de albaricoque. Sospeché que tu amigo no había sido realmente envenenado, y su rápida recuperación demostró que estaba en lo cierto.

—¿Y qué me dices de esa marca hecha a fuego?

—Bueno, vale —concedió Loene—. Quizá recibió una pizca de veneno cuando lo marcaron, pero los efectos habían desaparecido por completo cuando llegó aquí. Tú estabas demasiado preocupada para darte cuenta.

Arilyn asintió lentamente. Tenía sentido. Danilo se sentía ansioso por ponerse a salvo. Y después, ¿qué mejor manera para asegurarse de que lo seguiría estando que escabullirse de ella y del asesino? Arilyn no lo culpaba, teniendo en cuenta el ataque a su vida la noche pasada. Pero ¿por qué se sentía traicionada?

—Es un cobarde —afirmó bullendo de indignación—. Me alegro de haberme librado de él.

—Seguro —replicó Loene, a quien la furia de Arilyn no engañaba—. Olvídalo y vamos a disfrutar de los incomparables bollos que hace Graves. Podemos regarlos con lo que queda de esto —añadió, agitando la licorera.

—Me temo que no puedo —replicó Arilyn—. Tengo que irme enseguida. Danilo Thann es una cotorra. Al atardecer toda la ciudad estará al tanto de esta historia. Si quiero encontrar al asesino debo darme prisa.

—¿Volverás para contarme en qué acaba la cosa?

—¿Acaso tengo elección?

—Qué bonito es que tus amigos te conozcan tan bien —comentó Loene, risueña. Tendió la licorera de jerez al siempre presente Graves y se acercó a Arilyn para despedirla al modo tradicional de los aventureros: apretándose los antebrazos—. Hasta que las espadas se crucen.

Arilyn repitió las palabras con aire ausente; su mente ya estaba concentrada en la búsqueda. Tan pronto como Loene la soltó, la semielfa sacó de la bolsa un diminuto tarro y un peine. Entonces se extendió por el rostro un unguento oscuro que le dio el aspecto de estar tostada por el sol y se peinó el pelo sobre las orejas. Luego se llevó

una mano a la empuñadura de la hoja de luna, cerró los ojos y se imaginó un mozuelo humano. Por la risita de Loene supo que la transformación era completa.

Era una simple ilusión. De pronto, la camisa y los pantalones le iban un poco más holgados y parecían estar hechos del burdo material que se solía utilizar para la ropa de trabajo de los muchachos en edad de crecer. Una arrugada gorra mantenía el pelo sobre las orejas y ocultaba sus ojos elfos, mientras que unos guantes de trabajo cubrían sus finas manos. El resto era cuestión de pose, movimiento y voz.

—Qué mozo tan apuesto —bromeó Loene—. Me haces desear tener diez años menos.

—¿Sólo diez? —preguntó Graves con un inusual destello de humor.

Arilyn sonrió sin ganas.

—Por favor, Loene, ve con cuidado. Una visita mía puede ser suficiente para atraer al asesino. Cuídate.

—Lo haré —prometió la mujer.

—Y yo también —se apresuró a añadir el criado en voz baja.

Los ojos de Arilyn y Graves se encontraron, y la semielfa inclinó la cabeza en gesto de agradecimiento, sabiendo que sus palabras no eran en vano. Con su rostro delgado y ascético, su cabello ralo y su elegante traje negro, Elliot Graves daba la imagen de un digno mayordomo. Pero, en realidad, se había criado en los bajos fondos y era un temible luchador, de los que no olvidan ni perdonan a sus enemigos en toda una vida. Su lealtad hacia Loene era inquebrantable y ni una veintena de dragones púrpura de Cormyr podrían protegerla mejor.

Mientras salía al patio, Arilyn trató de no envidiar a Loene, pero se preguntó cómo sería tener un amigo tan leal como Elliot Graves. Ella siempre había vivido sola y no estaba segura de poder adaptarse a otra cosa. Ciertamente, el tratamiento que había dado a Danilo no había sido de los que inspiran lealtad.

Resueltamente, Arilyn relegó a un lado tales pensamientos. Durante muchos días había deseado verse libre de Danilo Thann y ahora lo había logrado. Debía concentrar todos sus esfuerzos en encontrar al asesino de Arpistas.

La semielfa dio la vuelta a la casa. Allí trepó ágilmente la verja que separaba la propiedad de Loene de la calle de la Gema, un callejón estrecho y poco transitado. Nunca se le ocurriría tratar de trepar por la verja por la parte de delante, pues estaba protegida mágicamente de los intrusos.

Tras aterrizar suavemente de pie, Arilyn se aseguró de que estaba sola y de que nadie la observaba. Una vez tranquila, se metió las manos en los bolsillos y echó a andar sin ninguna prisa por la calle de la Gema con zancadas largas y cadenciosas, como un muchacho humano que hiciera algún recado para la familia.

Cuando Danilo llegó a casa de Loene, la avenida de Aguas Profundas ya bullía

con el ajetreo del comercio matutino. Puesto que no lo ocultaba ni la oscuridad ni la invisibilidad dio sigilosamente la vuelta a la casa, metiéndose en la calle de la Gema, y desmontó sin hacer ruido. Entonces se escupió en las manos y se preparó para escalar la verja.

En el mismo momento que tocó el hierro recibió una descarga de corriente mágica. El humano se apartó de la verja de un salto al tiempo que lanzaba un juramento. Tenía que hallar otro modo de entrar. Desconcertado, se rasco la cabeza mientras observaba la ventana de la habitación de invitados con ojos entrecerrados. La cuerda por la que había escapado ya no pendía de ella.

—La cuerda no está —dijo con un suave gruñido.

Así pues, se habían apercebido de su desaparición. Seguramente había sido ese Graves con su pinta de mayordomo planchado y almidonado. Danilo dudaba que pudiera comprar su silencio, por lo que tendría que hablar rápidamente para explicar a Arilyn por qué había escapado por la ventana. O mejor aún, quizá podría entrar de nuevo en la casa y arreglar las cosas con Arilyn antes de que Graves informara a las mujeres de su huida.

En la parte trasera del patio crecía un gran olmo, pero sus ramas estaban muy altas. Por suerte, Danilo había trepado a un montón de árboles en su juventud. Improvisó un hechizo, un sencillo sortilegio para mover objetos fijos. En respuesta, una de las grandes ramas del olmo se inclinó hasta el otro lado de la verja y extendió sus frondosas manos hacia el joven mago. Danilo saltó y mientras se agarraba a la rama anuló el hechizo. Inmediatamente la rama regresó a su posición original, lanzando al aristócrata hacia arriba, contra el árbol.

Danilo se dio un buen encontronazo y fue atravesando capas y más capas de follaje buscando frenéticamente dónde asirse, hasta que sus manos se cerraron en torno a una rama. Entonces se izó hasta una rama mayor y se sentó a horcajadas sobre ella. En el rostro tenía una docena de arañazos que le dolían, y cuando se apartó un mechón de cabello vio la mano manchada de sangre. El noble sacudió la cabeza, incrédulo.

—Tal vez los que me toman por idiota no andan tan desencaminados —masculló.

Tras recuperar el equilibrio fue fácil seguir subiendo. Danilo trepó por el frondoso olmo y entró por la ventana de la habitación de invitados sin problema.

Del piso de abajo le llegó el ruido de platos. Tenía que darse prisa. Tras verter un poco de agua fría que había en una jarra de la mejor porcelana de Shou en una jofaina del mismo material, Danilo se limpió su arañada cara y trató de alisar su alborotado pelo con las manos. Entonces inspiró profundamente para calmarse, esbozó su sonrisa más encantadora y boba y se la pegó en la boca. Luego siguió el sonido hasta el comedor de abajo.

Para su sorpresa, encontró a Loene sentada sola a una larga mesa de madera

pulida, con la mirada fija en un vaso de jerez.

—Buenos días —saludó Danilo alegremente—. Ya veo que me he adelantado a Arilyn. ¿Aún duermes?

Loene dejó el vaso encima de la mesa y midió al noble con la mirada un largo instante.

—¿Una noche movidita? —le preguntó.

Danilo sonrió tímidamente y contestó:

—Me he cortado al afeitarme.

—¿De veras? ¿Y con qué te afeitas? ¿Con las garras de un azor?

—La cuchilla está roma. —Danilo escogió una pera del cuenco colocado sobre la mesa y le hincó el diente—. Ibas a decirme dónde está Arilyn.

—¿Ah sí?

Mantener la fachada y controlar el genio se hacía más difícil por momentos. Danilo dio otro mordisco a la pera y masticó lentamente. Mientras él trataba de serenarse, su anfitriona dijo:

—Siéntate, por favor. Me cogerá tortícolis si sigues ahí de pie.

Obedientemente, el aristócrata tomó asiento. Loene alargó una mano y le quitó una hoja del pelo.

—Por cierto —dijo con voz inocente—, ¿te apetece un poco más de licor de albaricoque?

Danilo la miró sin comprender.

—¿El antídoto? —preguntó al fin.

—Muy bien.

—Ya me pareció que tenía un sabor familiar. —Con un suspiro de resignación Danilo levantó las manos, dándose por vencido—. Tú ganas. Y ahora, por favor, ¿podemos hablar de Arilyn?

La sonrisa de Loene le recordaba a un gatito que se hubiera hartado de nata.

—Por descontado.

—¿Se ha marchado, por casualidad?

—Por casualidad, sí.

—Maldita sea. No debería haberla dejado sola ni un instante. Soy un idiota rematado —se reprochó Danilo.

—Quizá sí o quizá no —replicó la mujer, atravesándolo con la mirada.

—¿Tienes alguna idea de adónde ha ido? Cualquier pista.

—Es posible que sepa adónde ha ido Arilyn Hojaluna. —Loene sonrió y se estiró como un gato—. E incluso es posible que te lo diga.

Como buen hijo de un mercader de Aguas Profundas a Danilo no se le escapó el brillo que apareció en los ojos de la aventurera. Con un suspiro de resignación, cruzó los brazos sobre la mesa y lanzó a la mujer una mirada iracunda.

—¿Cuál es tu precio? —preguntó.

Antes de contestar su anfitriona se sirvió otro vaso de jerez y lo empujó en dirección a Danilo.

—Arilyn me contó su versión de la historia —ronroneó—. ¿Por qué no me cuentas tú la tuya?

Ya era de mañana en la avenida de Aguas Profundas. Del tejado de un alto edificio desde el que se divisaba la mansión de la aventurera Loene se elevaba una voluta de humo del fuego del desayuno. A la sombra de la chimenea había una solitaria figura agazapada.

Desde esa posición privilegiada en el tejado, Bran Skorlsun veía perfectamente todos los ángulos de la pequeña fortaleza blanca situada allí abajo. El hombre se arrebujó en su capa y cambió el peso de pierna para que la sangre le circulara por el pie que se le había quedado dormido. La mañana era fría, y él se sentía agotado. El viaje desde el valle del fuerte Tenebroso había sido muy largo, y la misión de seguir a Arilyn Hojaluna y decidir si ella era la culpable de la muerte de sus compañeros Arpistas estaba resultando mucho más difícil de lo que creyó en un principio.

Bajo la atenta mirada del Arpista, la puerta de la casa de Loene se abrió de golpe y el compañero humano de la semielfa salió hecho un furia, maldiciendo por lo bajo. Bran se levantó con la intención de seguir al joven por los tejados de las casas pegadas unas a otras.

—Caramba, pero si es «el Cuervo». ¿Cómo estás, Bran?

Sobresaltado, el Arpista giró sobre sus talones y se encontró cara a cara con una hermosa mujer a la que conocía muy bien. Era Loene, apoyada con toda tranquilidad en la chimenea y con los brazos cruzados sobre una túnica de pálida seda dorada. El hombre no sabía si sentir placer por ver a su vieja amiga o disgusto por haberse dejado sorprender con tanta facilidad.

Los ojos color avellana de la aventurera sonreían, y alzó la mano derecha para mostrarle un sencillo anillo de plata.

—Antes de que preguntes: he venido volando. Es muy práctico tener un anillo acumulador de hechizos —comentó despreocupadamente—. Fue un regalo de Báculo Oscuro, por supuesto. Supongo que ya habrás visto a nuestro viejo amigo.

—No.

—Bueno, pues ¿por qué no te pasas por su torre? Estará encantado de recibir tu visita.

—Lo dudo.

Loene soltó una risita.

—¡Lo que daría por saber por qué reñisteis hace tantos años!

—Otro día, Loene, ahora me tengo que ir.

—Quédate —ronroneó la aventurera, arrimándose a él y cogiéndolo del brazo—. No te preocupes por perder el rastro de Danilo Thann. Yo puedo decirte adónde se dirige. Por los dioses, Bran —añadió sinceramente—, qué alegría verte después de tantos años. Es casi como en los viejos tiempos. Me han llegado relatos de algunas de

tus aventuras, pero ya había perdido la esperanza de volverte a ver en Aguas Profundas. Supongo que tu repentina reaparición se debe a ese asesino de Arpistas.

—Sí, me han encomendado la misión de encontrar al asesino —replicó el hombre, mirándola con dureza—. ¿Qué puedes decirme?

—Muchas cosas —contestó Loene, dándose importancia y sonriendo coqueta—. ¿Intercambiamos historias? —Bajo la firme mirada del hombre, la sonrisa de la aventurera desapareció.

—¿Adónde iba ese joven? —preguntó Bran severamente.

Loene suspiró.

—Se dirige al distrito de los Muelles, a una taberna situada en la calle de la Víbora. Dime una cosa —le pidió, agarrándole del brazo para impedir que se marchara—, ¿cómo has averiguado que Arilyn es el verdadero objetivo del asesino?

—¿Objetivo?

Loene soltó el brazo del hombre y retrocedió.

—¿Y qué si no? —De pronto comprendió—. ¿No me digas que crees que Arilyn es la asesina? —La mujer sacudió la cabeza, incrédula—. Se nota que no la conoces.

—No, no la conozco —convino Bran, y una expresión de dolor cruzó por su rostro.

—Es evidente. ¿Quién te ha enviado tras ella?

—Los Arpistas —respondió Bran tras un momento de vacilación.

Loene se rió irónicamente.

—Los Arpistas deberíais hablar entre vosotros más a menudo. ¿Sabías que Danilo Thann es sobrino de Báculo Oscuro? Su querido tío Khelben le ha encargado que ayude a Arilyn a encontrar al asesino.

—¿Ese joven estúpido?

—En realidad no lo es, ¿sabes? El mes pasado Báculo Oscuro me confesó que hace años que entrena en secreto a un joven mago. Pero nuestro querido archimago no quiere seguir manteniendo el secreto; su vanidad lo impulsa a presentar a su protegido al mundo con bombo y platillos. Según Báculo Oscuro, es su estudiante más prometedor y posee el potencial para convertirse en un verdadero mago. —Loene se inspeccionó las uñas decoradas con alheña y añadió—: Por lo que he averiguado esta mañana, apostarí a un arcón lleno de zafiros a que Báculo Oscuro estaba hablando del joven lord Thann.

—Tenía entendido que ya no jugabas, Loene.

—No hay ningún riesgo. —Los ojos color avellana de la mujer se veían muy serios—. «Normalmente» Arilyn juzga correctamente a las personas, y creo que tiene cariño a ese joven.

—Si Thann es como crees que es, ¿por qué dices «normalmente» de ese modo?

—No pensaba en Danilo —repuso Loene tristemente—. Será mejor que lo sepas:

Arilyn ha ido a hablar con Elaith Craulnober.

Cuando Arilyn dobló la esquina de la calle de la Víbora, el lugar bullía de actividad. El distrito de los Muelles era el barrio más Concurrido y poblado de Aguas Profundas, en el que se cerraban tratos —tanto legales como ilegales— a todas horas. La semielfa recorrió la calle de arriba abajo dos veces sin encontrar ni rastro del establecimiento que Loene había mencionado.

Finalmente, detuvo a un transeúnte y le preguntó por El Hipocampo Encabritado. El hombre la miró como si la semielfa acabara de golpearlo.

»Estaba justo allí —dijo señalando un gran edificio de madera. Arilyn miró en esa dirección.

—Ah, aquí estáis —dijo el hombre en tono desanimado, dirigiéndose a dos sirvientes que transportaban un letrero de madera. En él Arilyn vio escrito el nombre de la posada que buscaba, así como el tosco dibujo de un hipocampo grabado. El hombre suspiró, lanzó una última mirada nostálgica al edificio y se alejó. Sus sirvientes lo siguieron acarreando el extraño cartel.

Desconcertada, Arilyn se encaminó al edificio y echó un vistazo dentro a través de la puerta abierta. Las sillas estaban colocadas encima de las mesas, y un pequeño ejército de trabajadores se afanaba fregando y puliendo la taberna del suelo al techo. Los comerciantes entraban y salían con alimentos y bebidas. Y en medio del barullo, dirigiéndolo todo con discretas órdenes, estaba Elaith Craulnober.

—La calle de la Víbora. Nuestro buen elfo no podría haber elegido una dirección más apropiada, ¿no te parece?

Arilyn dio un brinco y se volvió hacia la fuente de esa voz familiar que hablaba afectadamente. Al ver a Danilo Thann se quedó atónita.

—Hola —la saludó el noble con toda tranquilidad como si nunca se hubieran separado. Entonces examinó atentamente el disfraz de la semielfa, apenas ocultando su desagrado—. Debo decir que prefería, con mucho, el disfraz de cortesana sembiana. Sin embargo, resultas convincente. Por un momento te confundí con mi mozo de cuadras. Él tiene una gorra como la tuya, aunque creo que la suya es marrón.

Arilyn cerró la boca y lo fulminó con la mirada.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Humm... Visitando a unos amigos.

—¿Pero tú tienes amigos?

—Vaya, vaya. —Danilo enarcó las cejas en un gesto de displicente sorpresa—. ¿Así es como me recibes después de lo mucho que me ha costado encontrarte?

—¿Por qué te has molestado? —inquirió Arilyn, desdeñosa.

—Yo también me lo empiezo a preguntar —murmuró el noble—. No pareces muy contenta de verme.

De hecho, Arilyn hubiera querido no alegrarse tanto de volver a ver al dandi.

—¿Cómo me has encontrado? —inquirió, recelosa—. Debes de ser más bueno como rastreador que como mago o bardo.

—Vamos, vamos, querida, deberías reservarte la opinión hasta escuchar mi última canción. Es de verdad...

—¡Ya basta! —explotó Arilyn—. Por una vez ten la bondad de contestarme directamente. ¿Cómo me has encontrado? ¿Loene?

—Bueno...

—Loene —confirmó Arilyn sombríamente—. Ésta me la paga. Dime, ¿por qué me has seguido? ¡La verdad!

Danilo se encogió de hombros.

—Vale, pero es posible que no te guste.

—Prueba.

—Parece que una de tus sombras se me ha pegado, querida —le informó el noble—. He venido a devolvértela.

—No comprendo —repuso Arilyn, retrocediendo.

—Vaya, hombre, Me temía que dirías justamente eso —dijo Danilo con un suspiro—. Bueno, deja que te lo aclare, si puedo. Como sabes, anoche me marché de casa de Loene. Hace muchos días que estaba ausente de Aguas Profundas y debía ocuparme de un asunto personal de importancia.

—¿En la Casa de Placer y Salud de la Madre Tathlorn?

Danilo se limitó a encogerse de hombros, sin decir ni sí ni no.

—Pero desde esa pequeña escapada algo me ha estado siguiendo. Y fíjate —dijo recalcando las palabras— que digo «algo». Por el rabillo del ojo veo una sombra pero cuando me doy la vuelta no hay nadie. Es verdaderamente desconcertante —añadió en tono remilgado.

La descripción le sonaba familiar. Arilyn había tenido esa misma sensación muchas veces, aunque, y ahora caía en la cuenta, no se había repetido desde que abandonaran La Casa del Buen Libar la noche antes. Asintió lentamente.

—Imagino que reconoces mi descripción de esa particular sombra —dijo Danilo, y Arilyn asintió otra vez—. Perfecto —añadió irónicamente—. Ahora llegamos a alguna parte. Déjame que te diga que no tengo la más mínima intención de solucionar esto yo solito. Tal como yo lo veo, si te sigo por ahí un tiempo más quizás esa sombra regrese a su dueña, a ti, y yo podré seguir mi camino sin estorbos. ¿Te parece justo?

—Supongo que sí —accedió ella de mala gana—. Vamos, y mantén la boca cerrada, si puedes.

—Tú primero.

Arilyn iba a cruzar la puerta abierta de la taberna cuando chocó contra una pared de músculo macizo. La semielfa retrocedió un paso, alzó la vista y se encontró con la

cara de pocos amigos del hombre más grande que había visto en su vida. Era cuadrado como un armario y literalmente ocupaba toda la entrada.

—Está cerrado —gruñó a través de una espesa barba crespa del color del hierro oxidado.

—Venimos a ver a Elaith Craulnober —dijo Arilyn.

—Si él quisiera verte, zagal, ya te buscaría —comentó el gigante con una desagradable sonrisa—. Largo o tendré que darte unos azotes en el trasero.

—Me temo que debo insistir —dijo suavemente Arilyn al tiempo que desenvainaba la hoja de luna.

El hombretón inclinó la cabeza hacia atrás y se rió a carcajadas. Su risa atrajo a otros hombres de aspecto igualmente duro.

—Este mocoso dice que «insiste» —dijo a uno de ellos, señalando con el pulgar al delgado «muchacho» parado en la entrada. Sus compañeros sonrieron con suficiencia.

—Dice que insiste —murmuró Danilo, hundiendo la cara en las manos.

—Bonita espada, chico. La tienda de antigüedades está un poco más abajo —se burló uno de los matones—. Para lo que va a servirte te aconsejo que la vendas.

—Apartaos o desenvainad las armas —dijo Arilyn con firmeza—. Yo no lucho contra hombres desarmados.

—Nos ha salido caballeroso, el niño —saltó otro, y sus palabras fueron acogidas con risotadas.

—Bueno, si eso es lo que quiere... —dijo una grave voz de bajo desde el otro lado de la mole humana que taponaba la puerta.

—Sí. Mostradle las armas, chicos. —Quien había hablado tenía la piel curtida por el sol y llevaba las elegantes prendas de un pirata de Ruathym. El pirata esbozó una maligna sonrisa que dejó al descubierto varios dientes de oro, mientras se sacaba un cuchillo muy largo de un brillante fajín amarillo.

Con una expresión de apenada resignación, Danilo desenvainó su espada y se puso junto a Arilyn. Los matones examinaron al lechuguino desde la pluma del sombrero hasta la punta de las lustradas botas y les sobrevino otro ataque de hilaridad.

El elfo dueño de la taberna, alertado por el jaleo, alzó la vista. Al ver que se acercaba grácilmente a la puerta, Arilyn guardó la espada y se quitó la gorra que le cubría el pelo y las orejas. Los ojos de Elaith Craulnober se iluminaron al reconocerla.

—Está bien, Durwoon —dijo el *quessir* al gorila—. Tu diligencia es encomiable pero no debemos ahuyentar a los clientes.

Fue una reprimenda muy suave, pero el hombretón palideció y se esfumó en las sombras seguido por sus compinches.

—Qué sorpresa tan agradable —murmuró Elaith, dejando bien claro que sólo se dirigía a Arilyn—. Bienvenida a mi nuevo establecimiento. —El elfo hizo un gesto para señalar la frenética actividad y explicó—: Lo adquirí hace sólo dos noches. El anterior propietario bebió demasiado, me temo, y me desafió a una partida de dardos. Tenemos previsto reabrir esta noche, que será la primera del festival. —Súbitamente se interrumpió, tomó la enguantada mano de Arilyn y se inclinó sobre ella—. Disculpa. No creo que hayas venido aquí para oírme hablar de mi última aventura empresarial. ¿En qué puedo servirte?

—Supongo que sabrás que Rhys Alacuervo fue asesinado anoche en la misma posada en la que nos conocimos —replicó Arilyn.

—Una tragedia —repuso Elaith suavemente—. ¿Pero qué tiene que ver eso contigo o conmigo?

—Tú estabas allí —observó Danilo con candidez.

El quessir enarcó las cejas en señal de gentil reproche.

—Y vosotros también. Los soldados han hecho la misma lúgubre suposición, pero ahora están completamente convencidos de mi inocencia.

Arilyn lanzó a Danilo una mirada apabullante y se volvió hacia el elfo.

—¿Podemos hablar a solas?

—Naturalmente —repuso Elaith, mirando a Danilo con aversión. El elfo cogió a Arilyn por el brazo y la condujo al interior de la taberna. Negándose a sentirse insultado o excluido, Danilo los siguió resueltamente.

—No quisiera meterme donde no me llaman, mi querida *etrielle*, pero yo de ti me desharía de ése —murmuró el elfo en voz demasiado baja para que el humano lo oyera.

—No creas que no lo he intentado —replicó Arilyn.

—¿De veras? Qué interesante —comentó Elaith, pensativo.

Para sorpresa de la semielfa, Elaith pareció tomarse su brusco comentario como una pieza especialmente importante de un rompecabezas. Le hubiera gustado pedirle una explicación, pero ya habían cruzado toda la taberna y se encontraban en una habitación trasera en la que, al parecer, tenía su despacho. El elfo no había perdido tiempo en instalarse en lo que probablemente antes era un almacén; la habitación había sido barrida y encalada de nuevo, y la ventana que daba al callejón relucía al sol de la mañana. Había otra ventana con todo el aspecto de haber sido abierta recientemente, que daba a la taberna. Arilyn recordó que del otro lado esa ventana parecía un espejo.

Elaith le ofreció cortésmente una de las sillas de piel que flanqueaban un pupitre de madera de teca traída de Chult. Danilo prefirió quedarse de pie y se apoyó indolentemente en la pared, justo detrás de Arilyn, arreglándose cuidadosamente los pliegues de la capa.

—¿Qué sabes de la muerte del bardo? —preguntó Arilyn, yendo directamente al grano.

Elaith se sentó tras el pupitre y extendió las manos ante él.

—Muy poco —contestó—. Me marché de la posada poco después de que tú te retiraras. ¿Por qué lo preguntas?

—Como siempre digo, nunca descartes lo evidente —metió baza Danilo jovialmente.

El *quessir* lo miró despectivamente. El humano estaba de pie detrás de Arilyn Hojaluna, como si quisiera protegerla aun a costa de su despreciable vida. Era una idea divertida, pero Elaith no estaba de humor para apreciarla.

—Joven, no pongas a prueba mi paciencia. Yo no he matado a esos Arpistas como tan torpemente insinúas. —La ceñuda expresión del elfo desapareció para ser sustituida por una malvada sonrisa—. A decir verdad, casi desearía serlo. El asesino, o asesina, es realmente muy bueno.

—No te apures, cuando lo encontremos no nos olvidaremos de darle recuerdos de tu parte —comentó Danilo arrastrando las palabras—. Estoy seguro de que tu admiración significa mucho para él.

Arilyn hizo caso omiso de su compañero y dijo a Elaith:

—Tengo razones para creer que el asesino es un Arpista.

—¿De veras? —intervino Danilo y su tono de voz reflejaba sorpresa.

—Sí. ¿Te importa, por favor? —dijo Arilyn, echando una rápida mirada al aristócrata por encima del hombro—. Esto me dificulta hacer cualquier investigación. Obviamente no puedo hacer indagaciones directamente, pues podría alertar a la persona equivocada.

—Obviamente —murmuró Elaith con una sonrisa—. Me encantaría ayudarte, pero ¿por qué has acudido a mí?

—Necesito información y sé que tú tienes muchos contactos en esta ciudad. Pagaré lo que me pidas.

—Eso no será necesario —repuso el elfo de la luna con firmeza—. Es poco probable que los Arpistas me confíen sus secretos, al menos no directamente, pero tengo otras fuentes así como información a la que los Arpistas no pueden acceder. No te preocupes, haré indagaciones. —Elaith abrió un cajón del que sacó pergamino y pluma—. ¿Por qué no me dices algo más sobre el asesino? Empieza por la lista de muertos.

La lista de muertos. Arilyn se estremeció ante las palabras que el elfo había pronunciado de manera tan insensible. Tal vez no era prudente hacer negocios con Elaith Craulnober. Mientras vacilaba, Danilo fue a sentarse en la silla contigua. El noble sacó de su bolsa mágica una cajita de rapé y cogió un buen pellizco. Después de estornudar violentamente varias veces ofreció la cajita primero a Arilyn y después

a Elaith.

—No, gracias —declinó Elaith fríamente. Arilyn se limitó a mirar a Danilo de hito en hito. Era evidente lo que se proponía: al mostrarle la cajita de rapé de Perendra le estaba diciendo que no confiara en el elfo. La aventurera no había creído a Danilo capaz de tal estratagema y por un momento se sintió inclinada a seguir el consejo del petimetre. No obstante, sólo pensaba ofrecer a Elaith Craulnober datos que podría obtener fácilmente de otras fuentes. ¿Qué mal podría haber en ello?

Brevemente Arilyn describió el método que usaba el asesino y su macabra firma. A instancias de Elaith enumeró todas las víctimas, la fecha aproximada del ataque y el lugar. Finalmente no se le ocurrió nada más que quisiera que el elfo supiera.

—Realmente impresionante. —Elaith levantó la vista del pergamino y dirigió una tranquilizadora sonrisa a Arilyn—. Supongo que es suficiente para comenzar. Me pondré enseguida con esto y cuando sepa algo te lo comunicaré de inmediato. —Con estas palabras se levantó y tendió la palma de su mano a Arilyn.

Agradecida, ésta colocó su propia palma sobre la otra.

—Muchas gracias por tu ayuda.

—Querida, puedes estar segura de que haré todo lo que pueda.

—¿Por qué? —preguntó Danilo, sin andarse con rodeos.

Elaith retiró la mano y miró al noble con una sonrisa divertida.

—La *etrielle* y yo tenemos mucho en común. Y ahora, si me perdonáis... Aún tengo mucho que hacer si quiero abrir a tiempo la taberna para el jolgorio de esta noche.

Arilyn inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y arrastró a Danilo por la puerta trasera, que daba al callejón.

—¿Qué te ha parecido ese último comentario? «Mucho en común», ¡ya lo creo! —preguntó Danilo con sorna tan pronto como la puerta se cerró tras ellos—. No sé qué más pruebas necesitas.

—Pero ¿qué estás farfullando?

—De pruebas. ¿«Mucho en común»? Piensa: tú eres una asesina y él también. A mí me ha sonado a confesión —respondió Danilo. La semielfa alzó las manos al cielo, contrariada—. Ya veo que no estás de acuerdo conmigo.

La semielfa pensó muy bien lo que iba a decir antes de hablar.

—Sea lo que sea Elaith Craulnober, es un elfo de la luna y quessir. Tú no entiendes qué significa eso.

—Ilústrame —replicó Danilo frívolamente.

—El término *quessir* significa mucho más que elfo. Es un tratamiento cortés que implica una determinada posición social y un código de comportamiento. El equivalente más parecido en común es «caballero», aunque es más que eso.

—Yo nunca lo consideraría un caballero —observó Danilo.

—Lo has dejado muy claro. Por cierto, ¿desde cuándo tomas rapé?

El aristócrata sonrió de oreja a oreja.

—¡Ah! Captaste mi mensaje.

—No era muy sutil que digamos —refunfuñó la semielfa—. ¿Qué te hace pensar que ese rufián de Evereska compró la cajita de rapé a Elaith? Te recuerdo que él no es el único elfo de Aguas Profundas.

—No confío en él —contestó Danilo francamente—, y no me gusta que tú sí lo hagas.

—¿Quién ha dicho que confío en él? —replicó Arilyn—. Aunque quizá debería. Entre los elfos de la luna suele haber un gran sentido de la lealtad.

Danilo abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor.

—Cambiano de tema, ¿por qué dijiste que el asesino podría ser un Arpista?

—Porque es muy probable —contestó la semielfa en tono cortante—. Los Arpistas forman una organización secreta, y la mayoría de ellos no van por ahí anunciando qué son. El asesino conoce demasiado bien a sus víctimas para ser un extraño.

—Ah.

Arilyn echó a caminar por el callejón, y Danilo la siguió.

—¿Adónde vamos ahora?

—Vamos a encontrar al elfo que vendió la cajita de rapé de Perendra.

En el callejón flanqueado por árboles de detrás de la ajetreada taberna, una sombra se movió y se dispuso a seguir a Arilyn y Danilo.

—Espera, espera, viejo amigo. ¿A qué tanta prisa?

La melodiosa voz tocó una fibra sensible, avivando la memoria de viles actos que parecían incompatibles con el dulce tono de quien había hablado. Un escalofrío recorrió el espinazo de Bran Skorlsun y, al volverse, vio por primera vez en muchos años a «la Serpiente».

Elaith Craulnober había cambiado muy poco en las últimas décadas. Seguía siendo un guerrero elfo en la flor de la vida; una bella arma viviente. Esbelto y sinuoso, se apoyaba en una graciosa pose en la valla de madera del callejón. Una leve sonrisa divertida iluminaba su apuesto rostro, y sus ojos ambarinos tenían una mirada aparentemente dulce. Pero a Bran no le engañó ni por un momento.

—Es una mañana demasiado fría para que las serpientes salgan.

—Vaya forma de saludar a un compañero con el que compartiste tantas aventuras en tu lejana juventud —replicó Elaith, enarcando las cejas y con aire displicente.

—Tú y yo no compartimos nada —dijo Bran secamente—. La Compañía de la Garra ya no existe. Tú mataste a muchos de sus miembros.

El elfo movió los hombros, indiferente.

—Muchos lo creen, pero nunca ha sido probado. Pero te perdono tus malos modales. Es evidente que tantos años de vagar por tierras desconocidas han acabado con la poca urbanidad que tenías.

—A diferencia de ti, yo soy lo que aparento.

El elfo estudió con la mirada al humano.

—No creo que eso sea algo de lo que debas sentirte orgulloso —observó irónicamente—. No obstante, debo admitir que siento una irreprimible curiosidad por tu súbita aparición. ¿Qué te trae de vuelta a la Ciudad de los Prodigios?

El tono de Elaith era de suave burla y su petulante sonrisa daba a entender que ya conocía la respuesta. Bran no tenía ni tiempo ni paciencia para los juegos del elfo, por lo que se limitó a dar media vuelta para irse.

—¿Te vas? ¿Tan pronto? No hemos tenido tiempo para hablar.

—No tengo nada que decirte.

—Oh, pero yo sí tengo cosas que decirte que pueden interesarte. Y no tienes por qué apresurarte; podrás seguir fácilmente el rastro de la pareja a la que sigues... a no ser que tus habilidades como rastreador se hayan oxidado tanto como tu gracia en sociedad.

—Los insultos de tipos como tú no significan nada.

La hermosa cara del elfo se contrajo de rabia.

—No somos tan distintos —dijo entre dientes. Elaith recuperó rápidamente la compostura, pero sus ojos ambarinos conservaron un brillo malévolo—. Tú has caído tan bajo como yo pero no eres capaz de admitirlo. ¡Mírate! A efectos prácticos fuiste exiliado y obligado a vagar por tierras lejanas y olvidadas. Ahora, se te rebaja a acechar en las sombras para tratar de desmentir tus feas suposiciones sobre la hija de Amnestria.

La faz de Bran se ensombreció al oír las últimas palabras del elfo, al que espetó:

—No mereces pronunciar su nombre.

—¿Ah, no? —le provocó Elaith—. La princesa Amnestria y yo éramos amigos de infancia en Siempre Unidos mucho antes de que tú fueras concebido. —Al llegar a este punto suspiró nostálgicamente—. Tanta gracia, tanto talento y potencial... Arilyn se parece mucho a ella; ha heredado el espíritu de Amnestria pero es taimada. Es una combinación realmente fascinante. Amnestria habría estado orgullosa de su hija, tal como estoy seguro de que tú lo estás —apostilló con voz cargada de sarcasmo.

—¿Qué interés tienes en Arilyn?

El elfo se quedó pensativo.

—Es algo excepcional que la vida te ofrezca una segunda oportunidad, incluso teniendo una vida tan larga como la de los elfos. En justicia Arilyn debería haber sido hija mía. —Elaith hizo una pausa y clavó en Bran una mirada apreciativa—. Y no la tuya.

El Arpista retrocedió. Elaith, complacido por la reacción, esbozó una malvada sonrisa.

—Sí, tu hija —se mofó el elfo, acosando al humano abiertamente para que admitiera que era verdad—. Qué vueltas que da la vida. El Arpista más honrado de todos es el padre de una de las mejores asesinas de Faerun.

—Arilyn no es la asesina —afirmó Bran.

—¡Pero sí que es tu hija! —cacareó Elaith, triunfante, leyendo la verdad en el rostro y la voz de Bran. En su opinión, lo único bueno de tratar con Arpistas era que, por lo general, eran demasiado nobles o estúpidos para fingir. De pronto el elfo torció el gesto—. ¿Sabe Arilyn quién eres? Sería terrible que averiguara que eres su padre cuando testifiques contra ella en un tribunal de Arpistas.

—No es asunto tuyo.

—Ya lo veremos. ¿Cómo está Amnestria? —inquirió, cambiando de tema—. ¿Dónde se ha metido todos estos años?

Bran se quedó en silencio, y sus ojos se llenaron de una profunda tristeza.

—Pese a todo, eres un pariente lejano de ella y no hay razón por la que no debas saberlo. Amnestria se exilió en secreto antes de que Arilyn naciera y adoptó el nombre de Z'beryl de Evereska. Murió hace casi veinticinco años.

—No.

—Es verdad. Cayó en una emboscada y la mataron un par de vulgares ladrones.

Elaith miró a Bran sin pestañear.

—Parece imposible —murmuró el elfo, acongojado, y bajó la mirada—. Nadie luchaba como Amnestria. ¿No se ha hecho nada para vengar su muerte?

—Sus asesinos respondieron ante la justicia.

—Yo no estaría tan seguro —replicó Elaith en tono sombrío. Cuando volvió a mirar a Bran, en la profundidad de sus ojos ambarinos ardía el odio—. Es posible que a Amnestria la mataran dos ladrones, pero fuiste tú quien la destruyó. Aléjate de Arilyn. La etrielle tiene su propia vida.

Elaith se inclinó hacia el Arpista; la viva imagen de un luchador en actitud de ataque. Con su malvada sonrisa se mofaba abiertamente de su rival.

—Por cierto, ¿sabes que Arilyn se hace llamar Hojaluna? Habiéndosele negado familia y rango se ha hecho un nombre propio y ha forjado su propio código. Y es buena. Ha desarrollado habilidades que harían estremecerse a su progenitor Arpista.

Tras una pausa, el elfo añadió:

—En respuesta a tu pregunta de antes, tengo en ella un interés tanto personal como profesional.

—No me gustan los acertijos.

—Tienes una mente demasiado simple para ellos. Te lo diré de modo que lo entiendas: Arilyn debería haber sido mi hija pero no lo es. Qué maravillosa

compañera sería o... —Elaith sonrió maliciosamente—... qué consorte. Ella y yo, juntos, lograríamos muchas cosas.

Inmediatamente una de las manazas de Bran agarró la pechera de la camisa de Elaith y alzó bruscamente al otro en vilo hasta que los ojos de ambos estuvieron a la misma altura.

—Antes te veré muerto —rugió Bran.

—Ahórrate las amenazas, Arpista —replicó Elaith con desprecio—. Arilyn Hojaluna no tiene nada que temer de mí. Yo sólo quiero ayudarla a encauzar su carrera.

—En ese caso corre un grave peligro —concluyó Bran.

Elaith malinterpretó las palabras del otro y entrecerró los ojos amenazadoramente.

—Yo no represento ningún peligro para Arilyn —dijo entre dientes—. Pero no puede decirse lo mismo de ti.

De pronto, con la rapidez de una serpiente, Elaith empuñó una daga que dirigió a la garganta de Bran. Pero el maduro Arpista aún fue más rápido y lanzó al elfo al suelo. Elaith giró y aterrizó agachado sobre los pies, con la muñeca alzada, lista para lanzar la daga contra su antiguo amigo y enemigo.

Pero Bran Skorlsun se había esfumado. Elaith se puso de pie y volvió a guardarse la daga en su escondite.

—No ha estado mal —admitió el elfo refiriéndose a las habilidades del Arpista y se limpió un poco de polvo de las piernas—. Pero deberías guardarte las espaldas, viejo amigo.

Elaith regresó a su nuevo establecimiento. El encuentro había sido muy entretenido, pero aún tenía que resolver un montón de detalles antes de que la taberna pudiera abrir. Su mirada se posó en el gran letrero de madera de roble que habían entregado esa misma mañana y que ahora se apoyaba en el muro posterior del edificio. «Ha quedado muy bonito —se dijo el elfo, cambiando de posición para observarlo mejor—. Voy a ordenar que lo cuelguen de inmediato.»

El elfo recorrió con los dedos las letras en relieve del letrero que pronto adornaría la entrada de La Daga Oculta.

## 12

El sol del otoño iluminaba la plaza de la Doncella, que a esa temprana hora de la tarde era un hervidero de gentes y de vistosas mercancías. Según una leyenda, siglos antes de que Aguas Profundas fuera una ciudad allí se alzaba un altar en el que se sacrificaban jóvenes doncellas a los dioses dragones. Pero aquel día de ese oscuro pasado parecía muy remoto.

La hora del almuerzo ya había pasado, y en el cálido aire del otoño aún flotaban deliciosos aromas. Una multitud curioseaba entre los puestos de un mercado al aire libre en el que se podía comprar desde productos frescos a exóticas armas. Al otro lado de la plaza se ofrecían servicios, y tal vez doscientas personas pertenecientes a todas las razas y nacionalidades subían y bajaban los escalones de una galería en forma de arco.

A la plaza acudían quienes buscaban trabajo, recién llegados a la ciudad, viajeros a quienes les habían robado el dinero y necesitaban el billete de regreso, aventureros, sirvientes, magos, mercenarios; todos para ofrecer sus servicios. Allí se podía encontrar de todo. Desde luego, algunos servicios no se anunciaban abiertamente pero si alguien preguntaba podía estar seguro de dar con lo que quería discretamente.

También había un gran número de posibles patronos. Los jefes de las caravanas pasaban por la plaza de la Doncella para alquilar los hombres armados y exploradores que necesitaban para los viajes largos. Además, como la esclavitud estaba prohibida en Aguas Profundas, mercaderes y dignatarios procedentes de las tierras meridionales y del lejano oriente a menudo contrataban a sirvientes para reemplazar a sus esclavos. Incluso aquellos aventureros que deseaban formar partidas acudían allí.

En medio de tanto trajín estaba sentado Blazidon el Tuerto. Era, tal vez, el más conocido en su profesión y dirigía un boyante negocio haciendo de intermediario entre quienes necesitaban determinados servicios y quienes los ofrecían. Uno no podía imaginarse a alguien con menos aspecto de hombre de negocios que el canoso ex aventurero; presentaba un aspecto desaliñado, con ropas polvorientas y un cuerpo muy huesudo y nervudo. Probablemente su barba entrecana había sido bermeja en otro tiempo, pero ahora se veía mojada de cerveza y clamaba a gritos una visita al barbero. Un parche cubierto de polvo le cubría el ojo izquierdo, y un chaleco de cuero revelaba su pecho desnudo.

Los ayudantes de Blazidon —un secretario y un guardaespaldas— eran tan insólitos como su amo. El secretario era un talludo halfling más alto y esbelto que la mayoría de sus congéneres. El tipo superaba el metro veinte de estatura, una espesa pelambreira muy rubia le cubría cabeza, barbilla y pies descalzos, y llevaba calzas amarillas limón que hacían juego con la túnica. Su frívolo aspecto chocaba con su circunspecta conducta, pues escribía diligentemente en el libro de cuentas de

Blazidon y contaba los pagos con una escrupulosidad que los halflings solían reservar a sus propios tesoros. El guardaespaldas era un feroz enano con unos abultados músculos y un hacha de afilada hoja que compensaba perfectamente su corta talla.

Arilyn dio un codazo a Danilo para alejarlo de un puesto de pastelillos y señaló al extraño trío.

—Ése es Blazidon. Si alguien conoce a nuestro hombre es él.

Danilo asintió.

—Mi familia suele contratar gente para las caravanas a través de él. ¿Por qué no me dejas que hable yo?

Arilyn dudaba, pero entonces comprendió que era una sugerencia muy acertada. No sería natural que un muchacho humano de clase baja y medios limitados hiciera el tipo de indagaciones que debía hacer. Pero el acicalado Danilo podría hacer preguntas sin despertar sospechas. Así pues, asintió y siguió a Danilo a un paso de distancia, como si fuera el criado de un acaudalado mercader.

Al ver que se acercaban, Blazidon alzó la vista y preguntó:

—¿Qué se os ofrece?

—Teníamos la esperanza de que pudiera ayudarnos a encontrar un patrón —respondió Danilo.

El único ojo bueno del hombre examinó de arriba abajo al noble y a su «criado» y frunció los labios.

—Tengo trabajo para el muchacho, sin problema, si es que sabe usar esa arma que lleva. Hay unos mercaderes de gemas que necesitan un par de mercenarios. En cuanto a ti —Blazidon miró a Danilo especulativamente—, he oído que una dama de Thay está buscando un escolta local para el festival. Que conste que normalmente no intervengo en este tipo de contratación, pero si quieres te diré dónde encontrarla.

Arilyn sonrió burlona, pero Danilo retrocedió un paso, horrorizado.

—Señor, me malinterpreta. No estoy buscando empleo, sino que debemos averiguar la identidad de...

Arilyn empujó a Danilo a un lado y tendió a Blazidon un esbozo al carboncillo del hombre al que habían atrapado con la cajita de rapé de Perendra. Aunque ella no era una artista, dibujar a un hombre con una sola oreja, la nariz torcida y una cicatriz causada por un rayo no era tan difícil.

—¿Conoces a este hombre? —le preguntó la semielfa con voz queda.

Blazidon contempló el dibujo con ojos entornados.

—Ése tiene que ser Barth. Hace tiempo que no lo veo por aquí. —Los ojos del hombre fueron del dibujo a Danilo y después a Arilyn—. ¿Con quién estoy tratando, chico? ¿Contigo o con tu amo?

—Conmigo —repuso Arilyn con firmeza.

—Bien. —El hombre asintió.

—¿Puedes decirme algo sobre él?

—No, la verdad es que apenas lo conozco. Hamit, su socio, es otra cosa. De él sí tendría mucho que decir.

—¿Dónde podemos encontrar a ese Hamit?

—En la Ciudad —respondió el hombre sin rodeos. En el argot de Aguas Profundas «Ciudad» quería decir Ciudad de los Muertos, el gran cementerio situado en el extremo noroccidental de la ciudad—. Debió de cruzarse en el camino de alguien. Lo encontraron con una daga en la espalda. —El hombre se encogió de hombros y añadió—: Son cosas que pasan.

—¿Tienes alguna idea de quién pudo haber contratado a Barth y a Hamit recientemente?

—Eso es precisamente lo que yo trataba de decir —explicó Danilo en tono quejumbroso. Pero nadie le prestaba atención.

—Es posible —contestó Blazidon, mirando al enano.

Éste extendió su robusta mano con la palma hacia arriba, al tiempo que gruñía:

—Paga.

Obedientemente, Danilo dejó caer una moneda de oro en la zarpa del enano. Éste la examinó, la mordió e inclinó ligeramente la cabeza en dirección al talludo. El secretario de Blazidon volvió varias páginas del libro.

—Ese par trabajaba para cualquiera que tuviera dinero —dijo el talludo con una voz semejante a la de un niño humano—. Eran guardaespaldas, matones, ladrones de casas e incluso cometieron uno o dos asesinatos, aunque sus víctimas nunca fueron gente importante. A Barth también le gustaba trabajar solo. Su especialidad era hurtar haciendo juegos de manos. Solía trabajar siempre con el mismo perista.

—El nombre del perista os costará algo más —añadió el enano. Danilo dejó caer un puñado de monedas de cobre en la mano del guardaespaldas. Pero el enano le lanzó una mirada tan torva que el noble se apresuró a añadir una pieza de oro.

—Jannaxil Serpentil —dijo el secretario—. Es un comerciante y erudito turmita que posee una librería en la calle de los Libros. Es un tipo bastante engreído, pero si uno tiene buena mercancía hay que acudir a él.

—¿Se os ofrece algo más? —preguntó Blazidon.

—Creo que no —respondió Arilyn, y se guardó el dibujo de Barth en la manga. Entonces, sin poder resistirse, levantó una ceja en dirección a Danilo y añadió—: A no ser que desees reconsiderar la oferta de la dama de Thay.

Pero para entonces Danilo ya había recuperado su habitual yo, por lo que replicó presuntuosamente: —No podría pagarme.

Ataviada con un sobrio vestido de seda de un intenso color burdeos, Loene entrelazó los dedos en el regazo y contempló a su viejo amigo, el mago Nain

Silbidoagudo. Los tiempos habían cambiado. En el pasado ambos habían compartido andanzas en la Compañía de los Audaces Aventureros, pero ahora hablaban remilgadamente de negocios y política en la sala de estar de la aventurera.

—Tu plan suena bien, Nain. Participaré.

—No lamentarás la inversión, Loene —replicó el mago sonriendo satisfecho—. No sólo está creciendo la demanda de teca y caoba de Chult, sino que nuestra empresa contribuirá a que Aguas Profundas establezca lazos con la isla de Lantan. Cada vez son más los barcos piratas que surcan las costas, y Lantan nos ofrece un puerto a cambio de que les ayudemos a proteger sus aguas de pesca.

—Te has convertido en todo un político, Nain. —Loene lo interrumpió hábilmente con un cumplido. A la mujer le gustaba oír historias, pero las disertaciones de Nain sobre política la aburrían soberanamente—. Estás aquí desde antes del mediodía. ¿Ya has comido? ¿No? Yo tampoco. Podemos seguir hablando durante el almuerzo.

—Me encantará quedarme.

—Bien. —Loene se levantó de la silla y accionó el tirador bordado—. Se lo diré a Graves.

El criado no acudió a la llamada. Loene hizo sonar la campanilla una segunda vez, y su semblante se ensombreció.

—Graves es muy rápido en responder. Voy a ver por qué no viene.

La mujer se encaminó a la cocina y se detuvo en la entrada, sintiéndose una intrusa allí. Después de todo, apenas había puesto un pie en aquella zona desde el día que compró el castillo en miniatura. Su mirada recorrió la impoluta cocina. Nada estaba fuera de su lugar, excepto su único ocupante.

Graves se había derrumbado sobre una mesa de madera de pino, junto a un cuenco de manzanas listas para ser peladas y una masa de tarta que ya se había secado y se había vuelto transparente. La maza aún le pendía del cinto y tenía un cuchillo de pelar al alcance de su mano, junto a una manzana partida.

El temor se apoderó de Loene mientras caminaba sobre el immaculado suelo hacia el hombre. Al llegar junto a él, le buscó la mano izquierda y le dio la vuelta. En la palma ya fría de su más viejo y leal amigo vio la marca de un arpa y una luna creciente.

La mujer se hincó de rodillas al lado de la mesa de la cocina y abrazó el cuerpo de Graves.

—Maldito seas, Elliot —susurró—. Deberías haber tirado esa insignia de Arpista a la cloaca hace muchos años.

—Hola, Jannaxil.

El librero dio un brinco, y el precioso volumen que estaba hojeando se le cayó de

las manos. Elaith Craulnober, alias «la Serpiente», había entrado en la habitación y se había sentado cómodamente en una silla con las piernas estiradas delante de él. Las pálidas manos del elfo jugueteaban con una pequeña daga.

—Pero, por favor, recógelo —dijo Elaith, divertido.

Jannaxil Serpentil, propietario de la librería Libros e Infolios Serpentil, obedeció. Estupefacto, recogió el libro y lo colocó en el borde de la mesa. Hasta entonces el comerciante y perista siempre se había sentido bastante seguro, pese a los riesgos inherentes al negocio y a que su librería se encontraba en el peligroso distrito de los Muelles. Inexplicablemente, el elfo había burlado las poderosas defensas mágicas con las que se protegía cualquier perista que se preciara. Allí, en su sanctasanctórum, Jannaxil estaba indefenso.

En un intento por controlar la situación, Jannaxil se colocó tras la mesa de madera de roble que dominaba su despacho y aposentó su voluminoso cuerpo en una amplia silla de piel, todo esto tratando de dar la apariencia de que era el rey de su pequeño mundo.

—¿Cómo has entrado? —le espetó al elfo.

—Vamos, vamos. En tu negocio y en el mío hay cosas que ya no se preguntan —replicó Elaith cruzando las piernas pausadamente—. Tengo entendido que han llegado a tus manos unos papeles, cartas dirigidas al líder de los zhentarim en Zhentil Keep que hacen referencia a una serie de asesinatos.

—Es cierto —repuso el perista cautelosamente.

—Me gustaría verlos.

—Naturalmente. —Jannaxil se levantó trabajosamente y fue a coger un fajo de papeles de una de las estanterías que cubrían las paredes del despacho. Acto seguido se lo entregó a Elaith, que los examinó sin prisas.

—El precio es diez monedas de plata —dijo el perista, rompiendo el silencio. Debería haber pedido el doble, pero ese día la reputación de su cliente había atemperado su entusiasmo por el regateo. Ya empezaba a lamentar haber mencionado aquella mañana la existencia de esos papeles al mensajero de Elaith Craulnober. El elfo había hecho correr la voz que pagaría muy bien por determinado tipo de información, pero un buen perista debería darse cuenta de que era mejor no correr determinados riesgos. Cuando un asesino empezaba a meter las narices en los asuntos de otro asesino, no era prudente entrometerse.

Elaith dejó el fajo de papeles sobre la mesa. «Muy interesante», se dijo, pero había una conexión importante en todo eso que aún se le escapaba. Como solía hacer mientras pensaba, el elfo jugueteaba con una pequeña daga ornamental, haciéndola girar sin darse cuenta entre sus hábiles dedos. No obstante, no se le escapó el efecto que producía eso en el perista.

Jannaxil seguía la daga con la mirada, observando cada destello y cada giro con

una mezcla de horror y fascinación. Sin embargo, apoyaba calmosamente las manos encima de la mesa con sus regordetes dedos extendidos, como si estuvieran listos para hacerse con el dinero, pese al riesgo.

Avaricia. A Elaith le gustaba eso en un humano. Y Jannaxil, uno de los mejores peristas de Aguas Profundas, la tenía en abundancia. El achaparrado y astuto hombrecillo trataba con la chusma del distrito de los Muelles, pero también era capaz de discutir acerca de rarezas bibliófilas con los sabios más eruditos de varios reinos. Elaith lo consideraba un contacto valioso y acostumbraba hacer negocios con él. El elfo pensaba pagar ese precio, pero no veía ninguna razón por la que no pudiera divertirse antes un poco.

—Muy valioso —repitió Jannaxil, esta vez con menos convicción.

—¿Para quién? —inquirió el elfo—. ¿Para la Cofradía de Asesinos?

Jannaxil palideció y señaló los papeles de encima de la mesa.

—Están dirigidos a Zhentil Keep. Papeles como éstos no salen de Aguas Profundas todos los días —farfulló.

—Una curiosidad —admitió Elaith. El movimiento de la daga se hizo más lento.

—Son una ganga. Valen mucho más de diez monedas de plata —insistió Jannaxil, que intuía una posible venta.

—No veo por qué. —La daga reemprendió su danza.

—Bueno, supongo que hay una recompensa por ellos.

—¿Quién estaría dispuesto a pagarla?

—Probablemente a los Señores de Aguas Profundas les interesaría saber que alguien de la ciudad cobra de la Red Negra para «ejecutar» a algunos zhentarim —comentó el perista, haciendo referencia al poderoso y misterioso consejo que gobernaba la ciudad, con lo que esperaba reforzar y justificar el precio de venta. Después de todo, no había mucha demanda para aquel tipo de papeles.

—¿Los Señores de Aguas Profundas? —Elaith se echó a reír sinceramente divertido—. ¿Se lo cuentas tú o lo hago yo?

El humano se sonrojó ligeramente. Sintióse incómodo y avergonzado musitó:

—Muy bien, llévate los papeles. Tú sabrás tratar mejor a los zhentarim que yo.

En cuanto pronunció estas palabras Jannaxil se dio cuenta de su error. Demasiado tarde. Sin dejar de girar vertiginosamente, la daga atacó, y un chillido resonó en la tienda vacía.

Elaith era conocido por su profundo desprecio hacia los malvados líderes de Zhentil Keep y hacia los miembros de la Red Negra que tenían una de sus principales bases en la ciudad rodeada por murallas de granito negro. Su animadversión no tenía tanto que ver con los escrúpulos como con el estilo, pues tanto los zhentish como los zhentarim carecían de él. Elaith encajó el insulto y lanzó la daga sin dejar de sonreír en ningún momento.

—Sí, me los llevaré. Gracias por tu generosa oferta. —Con movimientos calmosos el elfo apartó el fajo de papeles de la mancha de sangre que empezaba a extenderse por la mesa. Acto seguido se los guardó en la capa y se levantó, listo para marcharse. Entonces, como si se le acabara de ocurrir, fue a coger la daga.

Ésta se había hundido profundamente en la madera después de atravesar la mano izquierda de Jannaxil.

Elaith cerró los dedos alrededor de la empuñadura y se inclinó hacia el aterrado perista. El sudor le corría por la cara, y miraba fijamente a Elaith hipnotizado, como si el elfo fuera realmente una serpiente.

—Esto es para el clérigo —comentó el elfo de la luna, deslizando una moneda de oro bajo los dedos de la mano herida.

Riéndose de su propia gracia, Elaith Craulnober tiró de la daga y se volvió para irse. Un segundo chillido angustiado siguió al elfo mientras salía de Libros e Infolios Serpenteil al callejón.

La calle de los Libros estaba muy concurrida al mediodía, y los gritos de Jannaxil habían congregado a una multitud ante la puerta principal de la librería. Elaith oyó que los ciudadanos murmuraban entre sí y lanzaban exclamaciones, especulando sobre lo que podría haber pasado y preguntándose qué hacer. Como solía ocurrir en el distrito de los Muelles, por el callejón pululaban pillos y bribones que cerraban oscuros negocios. Pero incluso los rufianes más temibles se ocultaron en las sombras al paso del elfo.

—Parece que la demanda de libros raros se ha disparado —comentó Danilo, al tiempo que señalaba la pequeña multitud congregada bajo el modesto letrero de Libros e Infolios Serpenteil.

—La mayoría ya se marcha —dijo Arilyn fijándose en la expresión precavida de los curiosos, que cada vez eran menos numerosos—. Sea lo que sea lo que haya ocurrido, ya ha pasado.

La tienda era un sencillo edificio construido con bloques de arenisca. El único detalle lujoso era la puerta; de una exótica madera primorosamente tallada. Al acercarse, Arilyn vio que la puerta contenía una segunda, más pequeña, con un ventanuco a la altura de los ojos. Pese a que la puerta estaba cerrada y asegurada, la puerta pequeña estaba entornada y revelaba estantes y arcones llenos de mercancías. Arilyn llamó con fuerza.

—Está cerrado —dijo una voz que venía de la parte trasera—. Vuelve otro día.

—El asunto que me trae no puede esperar.

—¡Pues tendrá que hacerlo!

Arilyn cerró el puño y volvió a golpear, esta vez más fuerte. Los últimos dos mirones que rondaban cerca de la tienda intercambiaron miradas vacilantes y se

alejaron.

—¡Vete!

—Encantado, pero cuando termine con mi asunto.

Un hombre bajo y regordete salió farfullando de una habitación del fondo y avanzó pesadamente hacia la puerta. Pese a ser de pequeña estatura, el hombrecillo se esforzaba por dar una imagen digna. Llevaba prendas oscuras de corte impecable sobre las que se había puesto una toga abierta de estudioso para recalcar que era tanto un comerciante como un erudito. Se había alisado el cabello oscuro y aplicado un ungüento, y tenía una cara redonda y gorda. En esos momentos se veía pálida y demacrada, y se había vendado torpemente una mano con gasas. El librero miró desdeñosamente el disfraz de rapaz de Arilyn.

—A ver, ¿cuál es ese asunto tan importante?

—Estoy buscando a Jannaxil.

—¿Qué quieres de mí?

—¿Conoces a este hombre? —le preguntó, mostrándole el dibujo del ladrón Barth.

Los ojillos del comerciante se convirtieron en meras hendiduras.

—No tiene el aspecto de alguien que compre libros. Y, hablando de eso, tú tampoco. Márchate y no me hagas perder más tiempo.

—Espere un momento, buen hombre —intervino Danilo, jugueteando despreocupadamente con el colgante, de modo que el emblema de la familia Thann quedara bien a la vista—. Tenemos excelentes razones para buscar a ese hombre, y le sugiero que coopere con nosotros.

Danilo había hablado con extrema altivez, y su semblante expresaba la autoridad de alguien acostumbrado a ser obedecido. Jannaxil reaccionó con los instintos de un adulator nato: descorrió el cerrojo de la puerta para dejarlos entrar en la tienda murmurando disculpas e inclinándose tanto como le permitía su rechoncha anatomía.

El perista condujo a Danilo y Arilyn a su despacho, en la parte de atrás. Las paredes de la habitación estaban cubiertas con estantes de libros muy poco comunes, muchos de ellos con incrustaciones de piedras preciosas y metales. Arilyn declinó el refrigerio que les ofrecía Jannaxil y tomó asiento frente a la mesa de madera de roble del comerciante. Danilo prefirió apoyarse contra una estantería repleta de libros.

—Si no le importa, voy a curiosear un poco —dijo el noble a Jannaxil.

—Naturalmente. —El perista se sentó en una silla detrás de la mesa. Arilyn se fijó en un pequeño agujero irregular que resaltaba en la brillante madera. Con aire de indiferencia, Jannaxil ocultó el agujero poniendo encima una escribanía y dejó caer la mano vendada en el regazo—. ¿En qué puedo servir a la familia Thann? —preguntó en tono grandilocuente. Aunque no añadiera «esta vez», las palabras flotaban en el aire.

—¿Has visto esto antes? —le preguntó Arilyn, sacándose una cajita de rapé dorada de los pliegues de la capa y mostrándosela.

El hombrecillo se encogió de hombros.

—Es posible. Este tipo de cajitas de rapé doradas son bastante corrientes.

—Pero muy pocas llevan esta marca. —Arilyn depositó la cajita encima de la mesa y dio unos golpecitos a la runa grabada en la tapa—. ¿Conoces esta marca?

—Mi especialidad son los libros y documentos raros —respondió el hombre dándose importancia—. No puede esperarse de mí que conozca el símbolo de todos los magos de Faerun.

—Es evidente que eres un hombre sabio —repuso Arilyn en tono amable, inclinándose hacia adelante. Jannaxil asintió modestamente—. De otro modo no habrías sabido que éste es el símbolo de una maga. —El disparo dio en el blanco, y un nervio bajo el ojo izquierdo del hombre empezó a temblar.

—¿Qué otra cosa podría ser una marca como ésta?

—Sí, ¿qué otra cosa? —Arilyn dejó el dibujo al lado de la cajita—. ¿Estás completamente seguro de que no has visto nunca a este hombre?

Jannaxil cogió el dibujo y lo estudió.

—Humm... Ahora que lo pienso creo que me compró un libro hace algunos meses. Me lo cambió por otra cosa.

—¿Quizá por esta cajita?

El perista sonrió untuosamente y extendió los dedos de la mano sana como si quisiera decir: «Vale, me has pillado».

—Estos libros deben de ser muy caros —comentó Danilo, alzando la vista de un volumen miniado—. Dudo que hicieras un buen negocio.

—Se trata de una cajita verdaderamente excepcional —se defendió Jannaxil. Fue a cogerla, no sin antes pedir permiso a Arilyn alzando una ceja. La semielfa inclinó levemente la cabeza. El perista abrió la cajita, cogió un abundante pellizco de rapé y lo saboreó—. Ah. Es el mejor que he encontrado nunca. —A continuación sacó de un cajón un pergamino de gran tamaño, lo colocó sobre la mesa y volcó en él el resto del rapé, agitando la cajita para vaciarla por completo. Entonces cerró la tapa y se la tendió a Arilyn, diciéndole—: Coge un poco.

Curiosa, la semielfa medio abrió la cajita. Estaba llena a rebosar. Arilyn la volvió a dejar en la mesa.

—¿Veis? —El perista lanzó una mirada de triunfo a Danilo—. Es un objeto muy valioso. El encantamiento es muy poderoso.

—Tiene que serlo —replicó Arilyn—. Esta cajita pertenecía a la maga Perendra. —Jannaxil acogió esta información con fingida sorpresa—. Supongo que no tienes nada más de ella... otro intercambio...

—Es improbable. —El hombrecillo hizo una reflexiva pausa—. Claro que, como

yo no sabía que la cajita había sido robada, es posible que otras pertenencias de la maga llegaran a mis manos. No lo sé. Recordad que mi negocio son los libros. Tal como el joven lord Thann ha señalado, muchos de mis libros son muy valiosos. De vez en cuando hago trueques, pues ya se sabe que los eruditos suelen tener los bolsillos vacíos. Después vendo al mejor precio posible las cosas que me dan.

—Qué raro, nunca hubiera dicho que Barth fuese un erudito —dijo Danilo suavemente.

—Incluso el más humilde de los hombres puede tener una gran sed de conocimientos —repuso hipócritamente el perista—. Yo he aprendido a no hacer caso de las apariencias.

—Una medida muy sabia, estoy seguro. —Danilo cogió un pequeño volumen encuadernado en piel y lo hojeó—. ¿En qué idioma está escrito?

—Túrmico. —Jannaxil miró con dureza al noble—. Ese libro no está en venta—. Danilo asintió agradablemente, dejó el libro y cogió otro.

—¿Cómo llegó la cajita de rapé a manos de ese hombre? —preguntó Arilyn.

—¿Quién sabe?

—Él nos dijo que se la había comprado a un elfo —intervino Danilo con voluntad de ayudar—. Fue algo realmente extraño —prosiguió el noble—. Murió cuando trataba de decirnos el nombre de ese elfo. —Dicho esto, se encogió de hombros y cogió un libro con la cubierta de madera finamente taraceada.

—¿Un elfo? —repitió el perista en un seco susurro.

—Sí, eso es lo que dijo. Barth tenía un socio —añadió Danilo, levantando la vista del libro—; un hombre llamado Hamit. El pobre hombre acabó con una daga en la espalda. —Los ojos de Jannaxil se abrieron mucho de puro pánico, y el noble pareció lamentar sus palabras—. Oh, lo siento. ¿Era amigo tuyo?

—No —se apresuró a negar el perista. Una luz prendió de repente en sus ojos, y su rostro adoptó una expresión taimada al bajar la mirada a la mano vendada—. La maga Perendra fue víctima del asesino de Arpistas, ¿verdad?

—Es posible —contestó Arilyn.

—¿Qué le pasará a ese asesino si lo encontráis?

Arilyn clavó la vista en Jannaxil, dejando que fuera él quien leyera la respuesta en su cara. El hombrecillo pareció intrigado, después su rostro redondo se nubló y posó la mirada en la mesa. Un momento después dijo en tono apagado:

—Me temo que no puedo ayudaros. Y ahora, si me perdonáis...

Murmurando palabras de agradecimiento, Arilyn se puso en pie. Danilo dejó el libro que había estado leyendo, se estiró perezosamente y salió de la tienda tras la semielfa.

—No le hemos sacado mucha cosa —refunfuñó la aventurera mientras caminaban por la calle de los Libros.

—Oh, yo no diría eso.

Algo en el petulante tono del dandi llamó la atención de Arilyn, que se detuvo de golpe.

—¿Qué le hemos sacado?

—Esto. —Danilo le mostró un libro encuadernado con simple piel marrón.

—¿Qué es eso?

—Su libro de cuentas.

## 13

Arilyn se quitó la gorra y se pasó una mano por el pelo.

—A ver si lo entiendo. ¿Le has robado el libro de cuentas?

—¿Por qué no? —contestó Danilo metiendo el libro en la bolsa—. ¿A quién va a quejarse? Le echaremos un vistazo mientras almorzamos. Cerca de aquí hay una taberna que tiene un pescado frito delicioso.

—Has corrido un riesgo estúpido.

—Estás enfadada porque no se te ocurrió a ti primero —repuso el noble con una sonrisa petulante.

—Es posible —admitió la semielfa—. ¿Cómo lo hiciste? No te vi sacarlo de la tienda —inquirió la aventurera, dejando que Danilo la guiara.

—Gracias —dijo éste, como si Arilyn acabara de felicitarlo—. Ah, aquí está la taberna: La Platija Sonriente, un nombre muy adecuado.

Danilo la hizo entrar en una pequeña sala ya atestada de personas e invadida por el acre olor de cerveza y pescado frito. Danilo pidió para los dos. El noble comió rápidamente, después se limpió los dedos de grasa y sacó el libro. Dentro había pulcras columnas llenas de una rebuscada escritura oriental.

—¿Sabes leerla? —inquirió Arilyn.

—Todavía no.

Danilo lanzó un simple sortilegio para comprender aquel lenguaje. Ante sus ojos las fluidas líneas de la página se corrieron y cambiaron, hasta ordenarse por sí mismas en Común.

—Mira por dónde —exclamó Danilo admirativamente—. ¡Ha funcionado!

—Estás lleno de sorpresas, ¿eh? —comentó Arilyn, observándolo atentamente.

—Sí, y algunas son incluso buenas, aunque no siempre —replicó Danilo. El noble fue pasando páginas, echándoles una fugaz mirada. Pocos instantes después levantó la vista y previno a Arilyn—: Me temo que esto no va a gustarte.

—¿Y bien?

Danilo deslizó el libro hacia su compañera y volvió a una página situada hacia la mitad.

—Mira esta entrada: Elaith Craulnober compró veinte zafiros sin tallar. —Avanzó unas cuantas páginas y señaló otra entrada—: Aquí aparece de nuevo su nombre, como vendedor de un libro de hechizos. Aquí adquirió una estatua de Cledwyll, y en esa fecha tenía muchas ganas de comprar. En la última página hay una anotación sobre una indagación que hizo Elaith Craulnober. —Danilo levantó la vista y buscó los ojos de Arilyn—. Parece que tu amigo es un cliente habitual.

—Eso no significa necesariamente que sea el elfo que buscamos —objetó Arilyn.

—No estés tan segura. —Danilo retrocedió varias páginas—. Ese día el perista

recibió de Elaith Craulnober una remesa de monedas poco comunes, que fueron entregadas por un hombre llamado Hamit, a quien el perista extendió un recibo. ¿Puedo decir «ya te lo dije» o espero a que estés desarmada?

—Muy bien, muy bien, me has convencido —reconoció la semielfa—. Pero ¿cómo lo has hecho? Sabías en todo momento dónde buscar.

—La ventaja de tener la cabeza hueca, querida, es que puedes llenarla con un montón de cosas intrascendentes. Una de mis muchas cualidades es que poseo una memoria excelente.

—Pero...

—¡Ah! ¡Escucha esto! Yo diría que esto es definitivo. —El tono de Danilo era tan triunfante que Arilyn se sintió confusa. Cada vez más consternada escuchó a Danilo leer en voz alta la lista de objetos recibidos de Hamit, entre los que figuraba una cajita de rapé encantada. La semielfa se levantó de la mesa y arrojó unas cuantas monedas en pago por el pescado que no había comido.

—¿Adónde vas ahora? —inquirió el noble con voz de hastiada resignación.

—A ver a Elaith Craulnober.

Danilo pareció despertar de pronto; se levantó también él de un salto y siguió a la semielfa fuera de la taberna.

—Arilyn, no es una buena idea. No va a gustarle nada lo que vas a decirle, y te advierto que no lo llaman «la Serpiente» porque sí.

—A mí me han llamado cosas peores.

—¡Espera! —Danilo la agarró por un brazo y la obligó a darse la vuelta para mirarla a la cara—. Tengo una idea mejor. ¿Por qué no entregamos a Elaith a las autoridades?

—¿Y las pruebas?

—Bueno, ¿tal vez esos dos hombres, Barth y Hamit? —Danilo ya no estaba tan seguro—. Ambos fueron asesinados; uno por la magia y el otro con una daga.

Arilyn se desasíó y echó a andar resueltamente hacia la calle de la Víbora.

—No hay nada que demuestre que Elaith Craulnober sea el responsable de esas muertes.

Danilo se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué necesitas para convencerte? ¿Una confesión firmada?

—¡Basta! —le espetó la aventurera apuntándolo con un dedo—. No tengo tiempo para discutir. Puedes acompañarme o quedarte aquí. Si tienes miedo, no vengas.

—Yo no tengo miedo de ese elfo —repuso el noble con desdén—. Pero no me gusta tener tratos con sinvergüenzas.

—Te recuerdo que vas con una supuesta asesina —señaló Arilyn.

—Ah, pero entre él y yo media un abismo, querida —repuso Danilo con una petulante sonrisa. Las enlustradas botas del aristócrata resonaban en los adoquines

mientras su dueño trataba de seguir el ritmo de Arilyn sin dejar de hablar—. Son dos categorías diametralmente distintas: un asesino es pintoresco y, por tanto, casi respetable. En cualquier caso, esta aventura me dará para una canción muy interesante.

—Ya vuelve a salir el bardo —se burló ella.

—Sólo espero vivir lo suficiente para poder cantarla —comentó Danilo.

Aunque pronunciadas con ligereza, aquellas palabras contenían mucha verdad, y Arilyn se estremeció.

—Estás empeñado en devolverme mi sombra, cosa que te agradezco —le dijo—. Pero, por favor, no te sientas obligado a acompañarme.

—Pareces olvidar que también yo tengo interés en encontrar al asesino —le recordó Danilo—. Ya ha tratado de matarme una vez y podría ser de los persistentes.

—¿Huiste del asesino y ahora estás impaciente por enfrentarte con él?

—Lo cierto es que no —reconoció Danilo—. Pero espero estar cerca cuando tú lo cojas; seguro que será digno de verse. —Ante el desdeñoso resoplido de Arilyn, añadió—: Bueno, alguien tiene que registrar los hechos para las generaciones futuras. ¿Se te ocurre una manera mejor de hacerlo que una balada, o a alguien más apropiado que yo?

—Sí.

Por una vez las palabras de Arilyn parecieron atravesar la dura piel del noble. Con expresión ofendida Danilo enmudeció y dejó de protestar por lo que la semielfa se disponía a hacer. Rápidamente volvieron sobre sus pasos, en dirección a la calle de la Víbora, abriéndose paso entre la multitud y entre los vendedores y artistas ambulantes que proliferaban como setas después de un chaparrón de verano. Al llegar a la taberna de Elaith, vieron el nuevo letrero que colgaba encima de la entrada.

—La Daga Oculta, ¿eh? —murmuró Danilo—. Un nombre muy tranquilizador.

Arilyn no se molestó en responder. Atravesó la taberna —esta vez el enorme gorila de la entrada no trató de detenerla— y abrió de golpe la puerta que conducía al despacho del elfo. Elaith estaba sentado tras su mesa de trabajo, revisando lo que parecían ser facturas de cargamentos, y acogió a los intrusos con una mirada glacial. Pero, inmediatamente, cambió de cara y esbozó una sonrisa de bienvenida.

Sin decir ni media palabra, Arilyn arrojó la cajita de rapé sobre el escritorio. Elaith le echó un vistazo y dijo suavemente:

—Oh, por fin aparece. ¿Te importa si te pregunto de dónde la has sacado?

—¿Conoces a un tipo llamado Barth? —preguntó Arilyn.

—Sí. Tenía la sospecha de que Barth me la robó. Nada le gustaba más que el rapé y no le hacía ninguna gracia que su socio la vendiera. Supongo que está muerto.

—Del todo.

—Bien. Pagué una suma considerable por el hechizo que lo mató. Siempre

tranquiliza saber que uno ha gastado bien el dinero.

Arilyn expulsó el aire profundamente, desconcertada por la confesión del elfo.

—Hiciste que lo hechizaran para que muriera si trataba de revelar tu nombre. ¿Por qué?

—Creía que era evidente, querida. A veces uno se ve obligado a emplear a tipos como Barth, pero no es conveniente que los demás se enteren.

—Hay que guardar las apariencias —apuntó Danilo sin ningún deje de sarcasmo, pero los otros no le prestaron ninguna atención.

—¿Por qué me seguía Barth? —quiso saber Arilyn.

—Es una historia muy larga. ¿No quieres sentarte?

—No.

—Como quieras. Tengo entendido que conoces a un hombre llamado Harvid Beornigarth.

—Más o menos —contestó la semielfa, que se irguió y se cruzó de brazos.

—En el pasado lo contraté a él y a sus hombres para resolver asuntos que no requerían de la diplomacia. Hace algunos meses lo oí despotricar contra una «moza elfa» que luchaba cogiendo la espada con ambas manos. Harvid juraba que te encontraría y te arreglaría las cuentas. Puesto que sentía curiosidad por saber más de ti, envié a uno de mis hombres con la banda de Harvid.

—A Barth.

—Sí.

Arilyn apoyó ambas manos encima del escritorio y se inclinó hacia adelante. Su rostro era amenazador.

—¿Por qué? —repitió.

Elaith se quedó silencioso unos momentos.

—Sólo conocía a una *etrielle* que luchara de ese modo. Pensé que podría tratarse de Z'beryl.

Arilyn retrocedió. Nada podría haberla preparado para aquella respuesta. Apenas se dio cuenta de que Danilo le rodeaba la cintura con un brazo y la conducía a una silla.

—Será mejor que me cuentes qué está pasando aquí —logró decir, aún aturdida.

Elaith Craulnober se levantó y anduvo hasta una ventana. Entonces entrelazó las manos de largos dedos a la espalda y miró con fijeza el callejón, como si las respuestas estuvieran escritas allí.

—Z'beryl y yo crecimos juntos en la isla de Siempre Unidos —dijo al fin—. Éramos parientes lejanos. Hace muchos años perdimos el contacto.

—Supongo que no tienes ninguna prueba de lo que dices —dijo Danilo, situado en su lugar habitual, detrás de Arilyn.

El elfo miró de soslayo al dandi.

—Claro que sí. Me imaginé que Arilyn volvería e hice que me trajeran algunas cosas. —El elfo avanzó graciosamente hasta una caja fuerte empotrada en la pared, la abrió hábilmente y sacó dos objetos envueltos en seda. Desenvolvió el primero y se lo tendió a la semielfa.

Arilyn dejó escapar un pequeño grito. En las manos sostenía amorosamente un pequeño marco oval del que no podía apartar los ojos. Danilo se inclinó hacia el objeto por encima de su hombro.

—¿Tu madre?

La aventurera sólo pudo asentir. El retrato mostraba a una joven elfa de la luna, una *etrielle* que aún no podía considerarse adulta, con el sedoso cabello color zafiro recogido en largas trenzas y los ojos azules con motas doradas. Junto a ella se veía a un Elaith Craulnober más joven y feliz. Ambos iban ataviados con túnicas ceremoniales plateadas y azul cobalto, ¿acaso vestiduras nupciales? Arilyn dirigió una incrédula mirada al elfo de la luna, y la sonrisa de éste reflejó una antigua tristeza.

—Y también hay esto —dijo Elaith, dejando a la vista una ornamentada espada, que dejó sobre la mesa frente a Arilyn. Había runas grabadas a lo largo de la hoja y una piedra blanca con manchas azules relucía en la empuñadura.

—¡Una hoja de luna! —exclamó Danilo, señalando el arma.

—No se de qué te extrañas tanto, joven. Estas espadas no son tan singulares como crees entre los elfos. Conozco a muchos que o bien llevan una o bien la poseen, aunque es cierto que la mayoría de ellos viven muy lejos de aquí: en Siempre Unidos o en las áreas más remotas de los Valles, cerca de donde antes se alzaba Myth Drannor.

—¿Tú no llevas tu hoja de luna? —preguntó Arilyn.

—No.

—Pero yo creía que el elfo y su espada no podían separarse —objetó la semielfa.

—Normalmente es así, pero esta espada en particular está adormecida. La magia que en otro tiempo poseía se ha perdido.

—No estoy segura de comprenderlo —dijo Arilyn, frunciendo el entrecejo.

—¿Z'beryl no te habló de las hojas de luna? No, ya veo que no. —Elaith se recostó en el borde de la mesa y cruzó los brazos—. Hace muchos siglos, trescientos maestros armeros forjaron las hojas de luna. En un principio, su único poder era la capacidad de juzgar el carácter. Sólo un elfo podía empuñarla, y se transmitía de generación en generación. Cada nueva generación añadía un nuevo poder a la espada, que dependía de las necesidades o la manera de ser de quien la empuñaba. —Elaith hizo una pausa y enarcó una ceja—. ¿Conoces todo esto? —Arilyn asintió, pues no deseaba distraer a Elaith—. ¿Sabes por qué fueron creadas? —preguntó el elfo. Arilyn vaciló y después negó con la cabeza.

»No puedo decir que me sorprenda —comentó Elaith secamente—. Kymil Nimesin fue tu maestro, ¿verdad?

—Sí, ¿y qué? —repuso Arilyn en tono algo desafiante.

—Mi querida *etrielle*, lord Kymil pertenece, en más de un sentido, a una especie en vías de extinción. Aún se lamenta de la destrucción de Myth Drannor y, como muchos de su raza, es incapaz de aceptar los cambios radicales ocurridos en Faerun que han transformado el destino de los pueblos elfos. Si Kymil conoce el papel que las hojas de luna desempeñaron en ese proceso, dudo que sea capaz de hablar de ello.

—Yo soy mala estudiante, y él lo sabe. A mí sólo me interesaba el uso práctico de la espada. El tiempo de Kymil era demasiado valioso para malgastarlo en darme lecciones de historia a las que no hubiera prestado atención.

—Es una auténtica lástima —dijo Elaith y suspiró—. Pero prosigamos. El Consejo de Myth Drannor decidió que debían tomarse medidas para asegurar la supervivencia de los pueblos elfos en Faerun. Nosotros, los elfos de la luna, nos parecemos bastante a los humanos y de todas las razas elfas somos los más adaptables y tolerantes, es decir, los más adecuados para actuar como puente entre las razas elfas más cerradas y el género humano, cada vez más numeroso. Así que se decidió ennoblecer a una familia de elfos de la luna, que deberían reinar en la isla de Siempre Unidos. Con las hojas de luna se eligió a esa familia mediante un proceso que se prolongó muchos siglos.

»Fue un simple proceso de eliminación —prosiguió Elaith, cogiendo la hoja de luna adormecida—. Como ya sabes, la hoja de luna es capaz de aceptar o rechazar a su futuro dueño. La familia que al cabo de tiempo poseía un mayor número de hojas de luna demostró auténtica nobleza, y una línea de sucesión probada. Ésa se convirtió en la familia real.

—¿Qué pasa cuando una de esas espadas rechaza al heredero elegido? —inquirió Danilo.

—¿Recuerdas qué ocurrió cuando trataste de tocar la hoja de luna? —preguntó Arilyn.

—Huy. —Danilo se estremeció—. Una herencia muy peligrosa.

—Justamente —convino con él el *quessir*—. Y con el paso del tiempo es cada vez más peligrosa, ya que la hoja de luna va adquiriendo nuevos poderes y cuesta más manejarla. Pocos demuestran ser dignos de esta tarea. Sin embargo, no todos los herederos indignos mueren en el intento; si él o ella es el último miembro de un linaje la espada considera que ha completado su misión, probar la nobleza de ese linaje, y se adormece. —La mano del elfo acarició con aire ausente la piedra blanca incrustada en la espada.

—Como tu espada —dijo Danilo.

—Sí, como mi espada —confirmó Elaith suavemente. Entonces alzó los ojos

hacia Arilyn y admitió—: Yo soy el último Craulnober. Todo mi clan fue masacrado, con excepción de mi abuelo. Poco después de que se tomara este retrato mi abuelo murió y la espada llegó a mis manos. —Sus labios se curvaron en una leve sonrisa de desprecio por sí mismo, pero sus ojos no lo reflejaron—. Parece que la espada me conocía mejor que yo mismo entonces.

—Lo siento —dijo Arilyn suavemente.

—Y así sucedió. A raíz del juicio emitido por la espada, mi boda se suspendió. En lugar de quedarme en Siempre Unidos y vivir con ese estigma preferí venir a Aguas Profundas y hacerme aquí un hueco. El resto ya es cosa sabida y... —Aquí el elfo se interrumpió e inclinó irónicamente la cabeza en dirección a Danilo—... materia de rumores.

—Una historia conmovedora —comentó Danilo arrastrando las palabras— que explica tu interés por Arilyn, pero, desgraciadamente, poca cosa más.

—¿Qué más queréis saber?

—Volvamos a esto —respondió el noble, cogiendo la cajita de rapé de Perendra de encima de la mesa—. ¿Cómo llegó a ti?

—Se la compré a un perista.

—Jannaxil.

—Muy bien, humano. —Elaith enarcó las cejas sorprendido—. Y supongo que ya habrás averiguado de dónde la sacó él.

—De Hamit. Aguas Profundas parece ser una ciudad muy pequeña.

—En estos momentos estoy de acuerdo contigo —repuso el elfo, mirando a Danilo con desagrado—. Sí, por órdenes mías, Barth y su socio, Hamit, se introdujeron en casa de la maga para recuperar un objeto en particular: un libro de hechizos. Perendra los sorprendió, y ellos la mataron. Luego cometieron el error de desvalijar la casa y vender lo que habían robado. Yo me enteré cuando vi la cajita de rapé de Perendra en la tienda de Jannaxil. La compré y me la llevé a mi casa, y después fui a ajustar cuentas con Hamit.

—O sea, a matarlo —lo corrigió Danilo.

—Naturalmente. También me hubiera encargado de Barth, pero mientras me ocupaba de Hamit al parecer cogió la cajita de rapé y partió hacia Evereska. Por suerte el hechizo ha funcionado. —Elaith hizo una pausa—. Para entonces, varios Arpistas habían sido víctimas del asesino. Aunque Perendra era la única que no presentaba la marca a fuego, no quería correr el riesgo de que alguien me acusara de ser responsable de su muerte, y quizá también de ser el asesino de Arpistas. No quiero que me carguen con el muerto.

—Estás siendo muy locuaz —comentó el noble con cierta perplejidad.

Elaith lo miró un tanto sorprendido.

—Supongo que has oído hablar del código de honor que existe entre ladrones.

Los asesinos tienen un código similar. Por cierto —añadió, dirigiéndose a Arilyn—, he obtenido la información que me pediste. —El elfo volvió a la caja fuerte y sacó varias hojas de pergamino, una de las cuales dio a la semielfa—. Esta mañana adquirí algo que te pertenece. Estoy seguro de que no quieres que caiga en manos equivocadas.

Sin entender sus palabras Arilyn echó un vistazo a la página.

—Está dirigida a los zhentarim de Zhentil Keep.

—Sí. Lo encontré por casualidad mientras investigaba los posibles antecedentes del asesino de Arpistas.

Involuntariamente Arilyn se estremeció. Elaith acogió su reacción con una sonrisa divertida.

—Tal vez ahora, teniendo en cuenta estos nuevos datos, podemos acabar con la farsa.

—¿Farsa?

—Oh, vamos —la reprendió el elfo amablemente—. Debo decir que admiro tu plan; eres realmente astuta. A mí no se me hubiera ocurrido cobrar simultáneamente de los Arpistas y de los zhentarim.

—¿De qué estás hablando? —inquirió ella, horrorizada.

—De tu genial montaje. ¿De qué si no? —Elaith sonrió—. Es brillante aunque también arriesgado. Una agente Arpista que trabaja para los zhentarim. Pese a sus muchos defectos, la Red Negra ciertamente paga bien. Como ejecutora de zhentarim le ofreces un valioso servicio: eliminar a los rebeldes, los inoportunos y los ineptos de sus filas. Y a los Arpistas les encanta que acabes con las alimañas de este mundo. —Elaith rió por lo bajo—. Arpistas y zhentarim unidos por fin. ¡Qué ironía tan deliciosa!

La diversión de Elaith acabó tan pronto como se encontró con la punta de la espada de Arilyn en la garganta.

—Yo no trabajo para los zhentarim —afirmó la semielfa, y su voz rebosaba una rabia contenida—. ¿De dónde has sacado esa idea?

—Caramba, caramba —se maravilló Danilo—. Al final resulta que he estado acusando a quien no era.

Arilyn le lanzó una mirada furiosa.

—Danilo, éste no es el momento para...

—¿Es que no lo ves? —insistió el noble—. El elfo al que estás a punto de atravesar es inocente. Bueno, quizás inocente no sea la palabra adecuada para él, pero tampoco es culpable. Esto... lo que quiero decir es...

—¡Suéltalo ya!

—Elaith Craulnober cree que tú eres la asesina de Arpistas —dijo Danilo—. Por tanto, eso significa que él no es el asesino.

Lentamente Arilyn bajó la espada. Elaith se llevó una mano a la garganta para limpiarse la gota de sangre que le había arrancado la punta de la hoja de luna.

—Gracias por tu conmovedora defensa de mi carácter —dijo a Danilo. Entonces se volvió hacia Arilyn y le hizo una reverencia—. Parece que he cometido un grave error. Perdóname por haberte juzgado mal, hija de Z'beryl. ¿Permites que te explique cómo ha ocurrido?

—Por favor.

Elaith señaló la carta que Arilyn aún sostenía en una mano.

—Creí que la habías escrito tú.

—¿Por qué? —inquirió Danilo, escandalizado.

—Fue enviada junto con una factura detallada —respondió Elaith, al tiempo que depositaba sobre la mesa dos páginas más de pergamino—. Esta es la factura —dijo señalando la de la izquierda—, y ésta es la información que me diste sobre los Arpistas asesinados.

Arilyn se inclinó sobre el pupitre para leer, mientras que Danilo hacía lo propio por encima de su hombro. La factura dirigida a los zhentarim era una lista de nombres. Arilyn los conocía todos. El último era Cherbill Nimmt, el soldado que ella había matado en el fuerte Tenebroso la pasada luna.

—Esta factura incluye la mayoría de mis misiones del último año —dijo en voz baja.

—Sí, lo sé —repuso Elaith.

Arilyn comparó las listas; las fechas y los lugares coincidían como las columnas de un libro de cuentas de un comerciante. El balance era perfecto. La semielfa se quedó helada.

Equilibrio. Por cada agente que ella había matado con su espada, el asesino había matado a un agente Arpista. Ningún lado se beneficiaba de la pérdida del otro. Mientras Arilyn reflexionaba sobre ello, una sospecha se fue abriendo paso en su mente. Era algo atroz, pero que no podía descartar alegremente.

Danilo, absorto aún en el estudio de ambas listas, lanzó un quedo silbido.

—Por los dioses, alguien se ha tomado muchas molestias para tenderte una trampa.

—Y lo ha logrado —apostilló el elfo que añadió dirigiéndose a Arilyn—: Tengo razones para creer que los Arpistas sospechan de ti y han lanzado a alguien tras tu pista. Si se enteran de esta supuesta conexión con los zhentarim, te harán responsable. Ve con cuidado.

—Lo haré. —Arilyn se levantó y tendió la palma de la mano izquierda al elfo de la luna—. Gracias por tu ayuda.

—A tu servicio —respondió éste, cubriendo brevemente la palma de Arilyn con la suya propia. La semielfa se encaminó a la puerta seguida de Danilo.

En el umbral, la aventurera se volvió hacia el elfo y le preguntó:

—Una cosa más: cuando nos conocimos en La Casa del Buen Libar me confundiste con Z'beryl, ¿verdad?

—Sí.

—Pero me llamaste por otro nombre.

—¿Eso hice? —Elaith se encogió de hombros como si el asunto no tuviera importancia, y se dirigió a Danilo—. Por cierto, he tomado medidas para que te maten. Te lo digo porque, en caso de que no consiga anular la orden, es posible que desees tomar precauciones extra.

A Danilo casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¿Por cierto? —repitió, incrédulamente.

—Se lo sugerí a un viejo conocido, y él me dijo que se ocuparía —comentó el elfo, que parecía divertirse de lo lindo con la turbación del petimetre.

—¿Supongo bien si creo que no vas a revelarnos el nombre de ese conocido tuyo? —inquirió Arilyn. El elfo de la luna se limitó a enarcar una ceja, y la semielfa se encogió de hombros—. Sólo dime una cosa: ¿es un Arpista?

—La verdad es que no —contestó Elaith, que encontró la ocurrencia muy divertida.

La semielfa asintió y abandonó aquella línea de interrogatorio.

—Por cierto, ¿por qué querías ver a Danilo muerto?

—¿Por cierto? —repitió Danilo con voz aturdida—. Otra vez esa expresión.

—No me cae bien —le dijo el elfo a Arilyn, como si eso fuera razón suficiente—. Y ahora, si me perdonas, tengo mucho trabajo que hacer antes de esta noche.

Arilyn cogió a Danilo del brazo y lo arrastró fuera de La Daga Oculta. El sol de última hora de la tarde proyectaba ya largas sombras. El pisaverde miró nervioso a su alrededor.

—El elfo bromeaba, ¿verdad? —preguntó cuando se encontraban de nuevo en la seguridad de la calle atestada.

—Hablaba muy en serio, pero estoy segura de que podremos ocuparnos de ese «viejo conocido» —repuso Arilyn ponderadamente, echando a andar tan deprisa como se lo permitía la muchedumbre. Al ver que la expresión de consternación de Danilo no desaparecía añadió—: ¿A qué viene esa cara? ¿Es que nadie ha tratado antes de matarte?

—Claro que sí —resopló el noble—. Pero nadie me había dicho que no le caigo bien. ¿Y ahora qué? Buscar a ese viejo conocido del elfo, ¿no?

—No. Un aventurero como Elaith no viviría mucho tiempo si revelara los nombres de sus asociados —repuso Arilyn—. De todos modos sería inútil.

Probablemente el asesino se esconde entre los Arpistas.

—Ya lo dijiste antes. ¿Por qué lo crees?

«Porque los Arpistas y sus aliados trabajan para mantener el equilibrio», pensó la semielfa, pero dijo en voz alta:

—Como ya te dije antes los Arpistas forman una organización secreta, pero el asesino conoce la identidad de sus víctimas.

—Al parecer, también sabe muchas cosas de ti. No entiendo por qué un Arpista querría hacer tal cosa, ni por qué llegaría a tales extremos para que tú parecieras ser la asesina de Arpistas.

—Yo tampoco.

—Bueno, ¿pues qué hacemos ahora? En vista de que Elaith ya no es sospechoso ya no nos queda dónde mirar.

—Entonces tendremos que asegurarnos de que el asesino se pone de nuevo tras nuestra pista —dijo Arilyn. Un delgado mago ataviado con una túnica negra pasó rozando a Danilo, y los ojos de la aventurera se iluminaron—. Es posible que tengamos la suerte de cara —dijo en voz baja—. ¿Ves a ese joven que lleva un libro enorme? Vamos a seguirlo.

—¿Por qué? —Danilo se colocó al lado de Arilyn, que avanzaba sorteando a los transeúntes.

—Voy a dejar que el asesino sepa dónde encontrarme.

—Oh. ¿Entonces, por qué sigues llevando ese disfraz?

—Elaith ha dicho que los Arpistas sospechan de mí. Será mejor que me oculte hasta que dé con el asesino y limpie mi nombre.

—Ah. ¿Y yo qué haré?

El joven mago entró en una taberna llamada El Dragón Borrachín, con Arilyn y Danilo pisándole los talones.

—Vamos a cenar —sugirió la semielfa.

Obedientemente, Danilo encontró una mesa cerca de la puerta principal y se dejó caer en una silla.

Mientras fingía seguir una partida de dardos, Arilyn observaba al mago vestido de negro, que se había sentado a una mesa, había sacado una botella de tinta y una pluma de la bolsa, abierto un libro y ahora escribía. De vez en cuando alzaba la vista y, con los ojos fijos en la nada, mordisqueaba sin darse cuenta la punta de la pluma, tras lo cual volvía a garabatear algo.

Arilyn se abrió paso en la atestada taberna hasta la mesa del mago. De camino cogió al vuelo la bandeja que llevaba una joven camarera, a la que pagó disimuladamente el precio de la cerveza más una moneda de plata de propina. La muchacha se embolsó el dinero y en las mejillas se le formaron hoyuelos al sonreír al apuesto muchacho que Arilyn aparentaba ser, coqueteando con él. La semielfa ya

estaba acostumbrada a que el disfraz provocara tales respuestas, por lo que se limitó a guiñarle un ojo con picardía y siguió adelante.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó al mago, mostrándole la bandeja con comida.

—¿Por qué no? No es cuestión de hacer un feo a la buena compañía y a la cerveza gratis. —El mago cogió una jarra de la bandeja que Arilyn le ofrecía, la apuró y luego hizo un gesto hacia el libro que había frente a él—. Me irá bien distraerme un poco del trabajo. Esta noche no avanza.

—Lamento oír eso —replicó Arilyn, sentándose, y, siguiendo con el tema que el joven había empezado, preguntó—: ¿En qué estás trabajando? ¿Es un libro de hechizos?

Sonriendo con el orgullo de un padre ante su primogénito, el joven mago empujó el libro hacia Arilyn y respondió:

—No. Es una recopilación de mis poemas.

La semielfa abrió el libro y lo hojeó. Con una letra inclinada de trazos largos e inseguros, el mago había escrito algunas muestras de la poesía más execrable con la que Arilyn se hubiera topado en toda su vida.

—No es mi mejor trabajo —comentó el mago modestamente.

Incluso sin ver sus mejores esfuerzos, la aventurera se sentía inclinada a creerlo. Había leído versos más edificantes escritos en las paredes de los servicios públicos.

—Oh, a mí me gusta —mintió Arilyn efusivamente, al tiempo que daba golpecitos en la página, mientras su mente revivía una particular batalla en el pantano de Chelimber—. Esta balada, por ejemplo, me parece conmovedora. Si algún día te decides a poner música a tus versos, yo conozco al bardo ideal para ello. —La semielfa lanzó una rápida mirada a Danilo. El noble estaba muy ocupado tratando de conquistar a una camarera cuyas exuberantes carnes amenazaban con hacer saltar los cordones del corpiño. Arilyn resopló. La muchacha parecía una salchicha embutida en una funda demasiado estrecha.

—¿Una balada, dices? —El joven mago se animó ante lo que él tomaba por un elogio—. No se me había ocurrido —se maravilló—. ¿Crees realmente que algunos de estos poemas podrían convertirse en canciones?

Arilyn posó de nuevo los ojos en su interlocutor y le aseguró:

—¿Por qué no? Desde luego las he oído peores.

—Humm... —El mago reflexionó brevemente y a continuación le tendió la mano para presentarse, aunque tardíamente—. Gracias por la sugerencia, amigo. Me llamo Coril.

—Mucho gusto, Coril —replicó Arilyn, estrechando la mano que se le ofrecía, aunque ya conocía la identidad del joven mago. Además de ser un poeta malísimo y un mago de poca monta, Coril era un agente de los Arpistas. Tenía fama de ser un agudo observador y su misión consistía en reunir información y pasársela a los

Arpistas—. Yo soy Tomas.

—Bueno, Tomas, ¿qué te trae por aquí? —preguntó Coril, cogiendo una segunda jarra de cerveza.

—El festival, por supuesto —respondió Arilyn, haciendo un gesto despreocupado con su propia jarra de cerveza.

—No, quería decir qué te trae a esta mesa —insistió Coril.

—Ah, ya entiendo. Necesito información.

El semblante del Arpista se endureció casi imperceptiblemente.

—¿Información? No sé si podré ayudarte.

—Oh, yo creo que sí —insistió Arilyn, fingiendo decepción y consternación—. Tú eres mago, ¿no?

—Sí, lo soy —admitió Coril algo más calmado—. ¿Qué necesitas?

Arilyn se desciñó la espada y colocó la hoja de luna envainada sobre la mesa. Lo que iba a pedir a Coril estaba fuera de las limitadas capacidades del mago.

—En esta vaina hay unas inscripciones. Se supone que es mágica. ¿Puedes leerlas?

Coril se inclinó hacia adelante y examinó las marcas con gran interés. Finalmente confesó:

—No, no puedo, pero si quieres puedo lanzar un hechizo de comprensión sobre ellas.

—¿Puede hacerse tal cosa? —Arilyn fingió sentirse aliviada y agradecida.

—Todo tiene su precio.

Arilyn sacó varias monedas de cobre del bolsillo. La suma, por miserable que fuera, representaba una pequeña fortuna para «Tomas». Era insuficiente incluso para un hechizo tan sencillo, pero si ofrecía más podría despertar sospechas. Así pues, le tendió el dinero y preguntó ansiosamente:

—¿Será suficiente?

Coril vaciló un segundo, pero luego asintió y cogió las monedas. De alguna parte de la túnica sacó una misteriosa sustancia y se inclinó sobre la espada, murmurando las palabras del encantamiento.

Arilyn esperó, segura de que el mago fracasaría. Al principio de su entrenamiento con Kymil Nimesin, éste había tratado de descifrar las runas, pero no lo había logrado ni con magia ni con sus vastos conocimientos. Si la poderosa magia elfa de Kymil no podía leer la antigua forma arcana de espruar, la modesta magia de Coril no tenía ninguna posibilidad.

Su intención al mostrar a Coril la singular espada era enviar un mensaje al asesino. Puesto que Coril transmitía información a los Arpistas y, probablemente, el asesino era también un Arpista, posiblemente llegaría a sus oídos que la hoja de luna había reaparecido y lo pondría de nuevo en la pista. Arilyn había perdido al asesino

en La Casa del Buen Libar por culpa del cobarde fingimiento de Danilo, pero ahora volvería a atraerlo con una estratagema.

Transcurridos varios minutos Coril la miró, desconcertado.

—No puedo leerlas todas —admitió.

—¿Qué?

El mago enarcó la ceja ante el brusco tono del joven.

—La mayoría de estas runas están protegidas mágicamente de este tipo de hechizos —se defendió Coril—. Son protecciones muy poderosas.

—¿Pero puedes leer algunas? —insistió Arilyn.

—Sólo ésta. —El mago pasó un fino dedo por encima de la runa de más abajo, una pequeña marca situada en el segundo tercio de la vaina.

—¿Qué dice? —quiso saber Arilyn.

—«Puerta elfa.» Y esta de aquí dice «sombra elfa». Es todo lo que puedo leer. —Entonces lanzó una penetrante mirada al muchacho y le preguntó—: ¿Cómo ha llegado a tus manos una espada encantada?

—La gané en una partida de dados —contestó Arilyn con aire triste—. Su anterior dueño me juró que las marcas indicaban dónde estaba escondido un fabuloso tesoro, pero que tenía que encontrar a un mago que me las leyera. ¿Estás seguro de que no dice nada de un tesoro?

—Sí, o al menos yo no lo puedo leer.

Arilyn se encogió de hombros.

—Bueno, entonces supongo que, después de todo, he perdido la partida. La próxima vez no dejaré que me paguen con espadas mágicas.

La explicación pareció satisfacer a Coril. El joven mago miró al decepcionado muchacho compasivamente, aunque no tanto como para ofrecerse a devolverle las monedas de cobre.

Aún perpleja por las revelaciones de Coril, Arilyn le dio las gracias y se escabulló de la taberna. Las preguntas le daban vueltas en la cabeza: ¿Qué era una puerta elfa? ¿Y una sombra elfa? ¿Por qué Kymil se lo había callado?

La aventurera se dirigió a la parte de atrás de la taberna con la intención de despojarse de su disfraz. Junto a la puerta de la cocina se veía un gran barril de agua de lluvia. Arilyn se quitó la gorra y los guantes y luego se limpió el ungüento oscuro de la cara con el agua helada.

Era el momento de convertirse de nuevo en una elfa. Arilyn sacó de la bolsa otro diminuto tarro, éste lleno de una crema iridiscente, que se aplicó en cara y manos. Ahora su piel tenía un ligero tono dorado como el de una alta elfa. A continuación se sacudió el cabello y se lo dejó suelto, aunque dejando las puntiagudas orejas bien al descubierto.

Entonces cerró la mano sobre la hoja de luna y construyó la imagen mental de una

sacerdotisa elfa de Mielikki, la diosa de los Bosques. Era una ilusión muy sencilla que tan sólo requería que su túnica azul se transformara en un largo tabardo de seda roja y blanca, y la hoja de luna en una simple vara como la que llevaría un clérigo. La transformación se completó en un abrir y cerrar de ojos. Arilyn se ajustó el tabardo para que el símbolo de la diosa —una cabeza de unicornio— quedara sobre el corazón y regresó a la taberna.

Mucho tiempo atrás la aventurera había aprendido que para que un disfraz resultara convincente no necesitaba complicados cambios físicos. Sus facciones regulares y su rostro excepcionalmente expresivo la convertían en un auténtico camaleón, y las ilusiones que creaba la magia de la hoja de luna le proporcionaban la ropa adecuada. Pero lo que de verdad diferenciaba al muchacho humano y a la sacerdotisa elfa era el modo de hablar, de moverse y la actitud. Nadie que se fijara en la típica gracia elfa de la sacerdotisa la asociaría con el torpe mozo que acababan de abandonar la taberna.

Así pues, Arilyn entró de nuevo en El Dragón Borrachín llena de confianza. Fue a sentarse a la mesa contigua a la de Coril, sin que el mago con el que había hablado sólo unos minutos antes le dedicara una segunda mirada. Encargó la cena y una copa de vino y fingió comer.

No tuvo que esperar mucho. Shalar Simgulphin, un bardo del que se decía que pertenecía a los Arpistas, entró en la taberna y fue a reunirse con Coril. Muy interesada, Arilyn siguió disimuladamente la conversación mientras bebía el vino a pequeños sorbos.

—Saludos, Coril. ¿Qué te trae a El Dragón Borrachín? —dijo Shalar, tomando asiento y fingiendo que se trataba de un encuentro casual.

Coril se encogió de hombros.

—Es un buen lugar para mirar a la gente —respondió sin comprometerse.

—¿Y qué has visto? —preguntó el bardo bajando la voz.

—Todo y nada. —Coril volvió a encogerse de hombros—. Veo muchas cosas, pero no poseo los medios para interpretarlo todo.

Una bolsa de pequeño tamaño cambió de manos por debajo de la mesa.

—Tal vez esto te ayude —comentó Shalar que añadió—: Este mes hay un pequeño extra.

—Como debe ser. Durante el festival los gastos son muy altos. El riesgo es cada vez mayor —añadió significativamente.

Shalar suspiró profundamente.

—Supongo que estás hablando de Rhys Alacuervo.

—Y de otros —dijo Coril con voz apagada—. El asesino volvió a atacar de nuevo poco después del amanecer.

—¿Quién es la víctima?

—El hombre usaba muchos nombres, pero últimamente se hacía llamar Elliot Graves.

A Arilyn la copa se le escurrió de entre los dedos y su contenido cayó en la mesa, sin que la semielfa se diera cuenta. Era culpa suya. Ella era tan responsable de la muerte de Elliot Graves como si lo hubiera matado con la hoja de luna. Luchando por sobreponerse a la desesperación, la semielfa limpió el vino con un paño de hilo que un atento sirviente le trajo y se forzó a escuchar qué más diría Coril.

—Graves era un antiguo aventurero que ahora servía en la casa de...

—Sí, sí, sé quién era —lo interrumpió el bardo con impaciencia—. ¿Cómo ocurrió?

—Lo mismo que los otros —replicó el mago misteriosamente—. Aunque con pequeñas diferencias: el ataque se produjo a plena luz del día y el hombre estaba despierto. Seguramente conocía al asesino, pues no había señales de lucha.

Shalar se pasó ambas manos por el pelo.

—Es lo que nos temíamos. El asesino debe de ser un Arpista; alguien a quien todo el mundo conoce como tal.

—Estoy de acuerdo —replicó Coril—. De otro modo, ¿cómo podría acercarse a tantos Arpistas sin hallar resistencia?

El bardo asintió y preguntó de mala gana:

—¿Alguna otra víctima?

—Posiblemente. ¿Conoces a una aventurera llamada Arilyn Hojaluna?

—Sí. Bueno, he oído hablar de ella. ¿También ha muerto? —inquirió en tono resignado.

—No lo sé con seguridad —admitió Coril—, pero creo que vi su espada hace un rato. Era una espada antigua con una gran piedra dorada incrustada. La tenía un muchacho que me dijo que la había ganado en una partida.

El rostro de Shalar Singulphin expresó alivio.

—Me apostaría cualquier cosa a que el muchacho que viste era la misma Arilyn Hojaluna. Es una maestra del disfraz.

—¿De veras? —Coril reflexionó un momento—. Bueno, eso está bien. Es una medida prudente viajar disfrazada, especialmente si tiene previsto quedarse en El Dragón Borrachín.

—¿Eh?

—Tengo entendido que mañana se celebrará aquí una reunión secreta para hablar del asesino.

—Estás bien informado.

—Varios Arpistas se alojarán aquí esta noche —explicó Coril—. Si el asesino quisiera atacar de nuevo, éste sería un lugar adecuado para ello.

Shalar se mostró de acuerdo.

—Es demasiado tarde ya para avisar a los soldados, pero lo intentaré. Al menos los Arpistas deberían estar advertidos y mantenerse alerta. —El bardo recorrió la sala con la mirada.

»Veo a la druida Suzonia, a Finola de Callidyr, a un explorador de los Valles, creo que se llama Patrin, y a su compañero, Cal, que creo que no es Arpista. ¿Hay más?

Arilyn escuchó con creciente horror los nombres que Coril iba añadiendo a la lista. Había al menos seis Arpistas en la taberna. Era muy extraño que se juntaran tantos en el mismo lugar. Así reunidos eran un objetivo más fácil que un pececillo en una jarra de cerveza.

¡Qué estúpida había sido! Ella había ido dejando pistas al asesino cuando, probablemente, la seguía como su sombra y se reía de sus lamentables esfuerzos. Arilyn creía que había tomado suficientes precauciones para proteger a Loene y Elliot, pero ahora Elliot estaba muerto. Si el asesino podía seguirla incluso cuando era invisible, seguramente sus disfraces no lo engañaban ni por un segundo. ¿Se burlaría de ella matando a todos los Arpistas presentes en El Dragón Borrachín?

Bruscamente, Arilyn se levantó. Si no podía enfrentarse cara a cara con el asesino al menos lo alejaría de allí. Al acercarse a la puerta, Danilo le agarró el dobladillo del tabardo, diciéndole:

—Perdonadme, dama de Mielikki. ¿Habéis acabado ya aquí?

A Arilyn le costó concentrar la mirada en el pisaverde. Danilo ya iba por la segunda copa de zzar y tenía a la exuberante camarera sentada en el regazo.

—Me marcho —anunció la semielfa con brusquedad—. Tú puedes quedarte y seguir divirtiéndote.

Pero Danilo se sacó gentilmente de encima a la camarera y se puso en pie.

—No quiero divertirme. Voy contigo. —El noble hizo una mueca—. Oh, querida. No he sido muy amable, ¿verdad? Lo que quería decir es que...

—Déjalo —dijo Arilyn, distraída—. Me marcho de Aguas Profundas esta misma noche. Ahora. Si piensas venir conmigo será mejor que te des prisa.

Danilo le lanzó una mirada penetrante.

—No hablas sólo conmigo, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

Arilyn le dirigió una mirada de advertencia y empujó la puerta de El Dragón Borrachín, apenas consciente de que Danilo la seguía. Fuera, en la calle, los faroleros encendían las luces. Dentro del cerco de luz había dos hombres con el uniforme negro y gris de la guardia de Aguas Profundas. Uno de ellos, que llevaba un colgante en forma de unicornio que lo identificaba como devoto de Mielikki, saludó a Arilyn respetuosamente. Ella lo saludó a su vez con una inclinación de cabeza, pero de pronto se quedó muy quieta y la mano se quedó paralizada en medio de una bendición.

Había reconocido a los hombres: Clion era un encantador rufián de pelo bermejo

de dedos tan largos como la lengua, y el otro, Raymid de Voonlar, era como su sombra. Casi quince años antes, cuando aquellos hombres no eran más que unos pipiolos que acababan de abandonar el nido, Arilyn viajó con ellos en una compañía de aventureros. Impresionada por sus talentos, un tiempo después la semielfa los presentó a Kymil Nimesin, y ambos se entrenaron con el elfo en la Academia de Armas de Aguas Profundas.

Su presencia proporcionó un poco de tranquilidad a la acongojada semielfa.

—Me alegro de que la guardia esté aquí —dijo a Clion—. Varios Arpistas se alojan en esta taberna, y temo que estén en peligro.

Los soldados intercambiaron miradas de preocupación.

—¿Te refieres al asesino de Arpistas? —preguntó Raymid. La «sacerdotisa» asintió.

—Comunicaremos tus temores a nuestro capitán —le aseguró Clion—, y él enviará a alguien.

—¿Enviará? ¿No podéis quedaros vosotros dos? —inquirió Arilyn.

—No. Esta noche se celebra el funeral de Rhys Alacuervo, y nosotros formamos parte de la guardia de honor —le explicó Clion.

Arilyn sabía que no era una práctica habitual que la guardia de la ciudad participara en un funeral. Si la guardia también buscaba al asesino quizá sus antiguos camaradas podrían darle alguna información que le ayudara en su propia búsqueda.

—Una noche muy triste —comentó la semielfa—. Aguas Profundas hace bien en honrar a tan espléndido bardo. Espero que su asesino ya esté entre rejas.

—No se nos permite hablar de ese tema, señora —respondió Clion en tono severo y oficial.

Arilyn ahogó un suspiro. No podía perder tiempo con aquellas formalidades. Probablemente podría averiguar más cosas si sabían quién era ella, y aún más si los pillaba con la guardia baja.

—Clion, me sorprende que me hayas olvidado tan pronto —lo reprendió, ladeando la cabeza y esbozando una sonrisa coqueta—. Tú, que en otro tiempo te declarabas admirador de mis encantos.

La expresión de asombro en el rostro del soldado fue casi cómica.

—¿Señora? —balbuceó.

—Ah, ya veo que soy una presuntuosa —dijo Arilyn con un profundo suspiro—. ¡Un hombre como tú, que tiene todas las mujeres que quiere! No puedo esperar que las recuerdes a todas. —Entonces se volvió al otro hombre, que parecía disfrutar con el mal rato que estaba pasando su compañero, y le dijo—: Pero tú sí que me recuerdas, ¿verdad Raymid?

La sonrisa del hombre se borró de su cara, y estudió a la semielfa largamente antes de negar con la cabeza.

—Me resultas familiar pero...

—Tenemos un amigo en común —lo ayudó Arilyn—. Un maestro de armas.

—¡Arilyn! —exclamó Clion cuando al fin la reconoció.

—La misma que viste y calza —respondió la semielfa socarronamente—. Caramba, amigo, ya creía que me habías olvidado por completo.

—Eso es imposible —replicó Clion, dibujando una amplia sonrisa mientras se tocaba con un dedo la cicatriz de un corte que tenía en el dorso de la mano—. Tengo esto para recordarte. —Rápidamente recuperó la compostura y añadió—: También me recuerda que debo mantener las manos lejos de ciertas partes.

—Entonces no lamento haberte dado esa lección —dijo Arilyn—. Ya veo que has progresado; la guardia admite a muy pocos ex ladrones.

—¿Qué te trae aquí, y de esta guisa? —preguntó Raymid que nunca descuidaba el deber—. ¿O es que realmente te has hecho sacerdotisa? —Ambos hombres sonrieron al imaginárselo.

—¿Y cambiar también de raza? —Su voz adoptó un tono sombrío para explicar—: Busco al asesino de Arpistas, como vosotros. Tal vez podamos volver a trabajar juntos.

Clion negó con la cabeza.

—Créeme, Arilyn, ojalá pudiésemos decirte algo. Todo lo que sabemos es que debemos ir al funeral y vigilar. Nadie parece saber para quién o qué vamos a vigilar.

Una larga sombra cayó sobre la calle adoquinada sin que fuera precedida por el sonido de pasos. Raymid levantó la vista y dijo:

—Ah, bien. Aquí llega nuestro capitán.

Arilyn inspiró bruscamente, y Danilo la miró con curiosidad. El noble había seguido con gran interés la conversación y ahora se centró en el recién llegado.

El capitán de la guardia era un joven elfo que probablemente pronto llegaría al primer siglo de vida. Su tono de piel era dorado, tenía el pelo rubio oscuro y llevaba en la frente una cinta decorada con escritura elfa. El rostro era afilado, con pómulos salientes y una nariz aquilina. El cuerpo, alto y delgado, parecía tan grácil y flexible como un junco. Danilo se fijó en lo humanos que Arilyn e incluso Elaith Craulnober —que tenía sangre cien por cien elfa— se veían en comparación con el exótico elfo dorado. El capitán elfo se significaba mediante un comportamiento altanero en extremo. Su mirada reflejaba un absoluto desdén hacia los tres humanos.

Pero sus ojos de color negro obsidiana se suavizaron un tanto al posarse en la piel dorada de Arilyn y el tabardo de seda roja. La diosa de los Bosques era reverenciada por muchos elfos, además de humanos, y el elfo dorado se inclinó profundamente ante la sacerdotisa.

—Saludos, dama de Mielikki —dijo.

El hombre pelirrojo, a quien Arilyn había llamado Clion, rió por lo bajo ante el

saludo del oficial.

—Me gustaría verlo. Capitán, permitidme que os presente a una vieja amiga nuestra: Arilyn Hojaluna, una de las mejores aventureras con las que Raymid y yo hayamos viajado. Arilyn, éste es Tintagel Ni'Tessine.

Con un ligero sobresalto Danilo recordó de pronto dónde había oído ese nombre. Tintagel Ni'Tessine era el elfo que había atormentado a Arilyn cuando ambos estudiaban en la Academia de Armas. Entonces miró a la semielfa y vio que se enfrentaba directamente a la furiosa mirada de Tintagel con expresión serena, aunque en sus ojos había un cierto recelo y tenía los labios muy tensos.

—Ya nos conocemos —dijo con voz tranquila.

El elfo dorado era la viva imagen de la indignación.

—¡Esto es una blasfemia! ¿Cómo te atreves a usurpar la identidad de una sacerdotisa de Mielikki, por no hablar de hacerte pasar por *tel'quessir*? —El dorado la miró de arriba abajo con desprecio—. Puedo comprender que desees ocultar tus verdaderos orígenes, pero aunque des un baño dorado a la escoria nunca será oro.

Los dos guardias escucharon la arenga del elfo boquiabiertos y perplejos. Danilo sentía el irresistible impulso de desenvainar la espada, pero algo en la expresión de Arilyn lo detuvo.

—Saludos, Tintagel —replicó la semielfa con total calma—. Debo admitir que también a mí me sorprende tu aspecto. Son pocos los miembros de tu raza que llevan ese uniforme.

El elfo entornó los ojos, y Danilo supuso que esas palabras, que a él le parecían inocuas, eran un insulto.

—Mi presencia en la guardia es sólo honoraria —explicó Tintagel, con voz y expresión algo defensivas.

—¿De veras? Aunque respeto profundamente a la guardia nunca hubiera pensado que tú pudieras considerar un honor pertenecer a ella.

—En su mayor parte, no es más que una bufonada —repuso Tintagel con rencor sin darse cuenta de que sus hombres fruncían el entrecejo por su comentario—. Alguien debe encargarse de que ponga un mínimo de orden en esta anárquica pila de tintineantes monedas que tú llamas ciudad.

—¿Y tú eres ese alguien? Qué afortunados somos todos los habitantes de Aguas Profundas —comentó Danilo divertido, hablando afectadamente. Las palabras del elfo contenían un cierto humor, involuntario. De hecho, Aguas Profundas era una ciudad bien gobernada en la que dominaba el orden y cuyas leyes se hacían respetar y se cumplían.

El elfo se fijó en Danilo, y rápidamente lo descartó. Entonces se dirigió a Arilyn:

—Mi padre murió con el corazón atravesado por una flecha en las montañas de Aguas Profundas. —Su mano fue a un lado y se cerró en torno al asta de flecha que le

colgaba al cinto. Danilo entrevió una marca negra de extraña forma en la madera—. Yo he dedicado mi vida a vengar su muerte limpiando la ciudad de alimañas como las que mataron a Fenian Ni'Tessine —proclamó en tono sombrío.

—Una empresa muy noble, sí señor —dijo Danilo, siguiendo claramente la corriente al elfo—. Ahora, si no te importa, tenemos que irnos. —Con estas palabras, cogió el brazo de Arilyn y la condujo a los establos. La semielfa fue con él sin borrar la fría expresión cortés de la cara.

»Voy por los caballos —se ofreció Danilo.

Arilyn asintió distraídamente; sólo tenía ojos para el largo abrevadero de madera situado cerca de la puerta del establo. En un extremo había una bomba de mano. Arilyn agarró bruscamente un cubo vacío y se encaminó hacia la bomba. Una vez allí llenó el cubo de agua, hundió las manos en el líquido una y otra vez, y se restregó con fuerza la crema dorada de manos y cara. Después se arrancó el tabardo de seda a tirones, demasiado impaciente para esperar a que la ilusión se desvaneciera. La semielfa arrojó a un lado la prenda hecha jirones y recuperó orgullosa su identidad.

—Mucho mejor —dijo Danilo, y le tendió las riendas del caballo—. Ese matiz dorado no te sentaba nada bien y, a juzgar por el espécimen con el que nos acabamos de topar, los *tel'quessir* o como rayos se llamen son unos tipos francamente desagradables.

En contra de la opinión de Danilo, él y Arilyn abandonaron Aguas Profundas y cabalgaron en la noche. La brillante luna de otoño iluminaba su camino mientras se dirigían al sur por los acantilados que bordeaban el Espolón, una península de rocas y arena que se internaba en el mar y protegía la zona meridional del puerto de Aguas Profundas. A la brillante luz distinguían la rocosa línea de la costa situada abajo, y la muralla de la ciudad, al norte, que prometía seguridad. Pero, teniendo en cuenta los acontecimientos de los últimos tres días, era una promesa vacía, se dijo Danilo.

Durante su huida de Aguas Profundas había tenido mucho tiempo para pensar en tales cosas. Arilyn apenas había dicho nada mientras cabalgaban y, por una vez, Danilo la dejó en paz. Le había dado toda la distancia y soledad que necesitaba, lo que le permitiría pillarla con la guardia baja en el momento preciso. Esa noche forzaría un enfrentamiento.

No era algo que el noble tuviera ganas de hacer, pero si Arilyn y él pretendían encontrar al asesino de Arpistas deberían buscar en otra parte. La conversación con Elaith Craulnober había convencido a Danilo de que su tío Khelben tenía razón: la hoja de luna era la clave para descubrir al asesino. Ojalá pudiera revelar a Arilyn lo que sabía acerca de la historia de la espada, pero eso echaría abajo su fachada.

Puesto que la semielfa parecía muy distraída, Danilo se impuso la tarea de mantener los ojos y los oídos bien abiertos para advertir el peligro. Pese a que Aguas Profundas era llamada justamente la Ciudad de los Prodigios, había sido levantada en una tierra agreste y peligrosa. Algunos sureños maliciosos llamaban a aquella área «El Salvaje Norte» y no sin razón. Al norte y al oeste de Aguas Profundas se extendían feudos propiedad de nobles y ricas tierras de labranza, pero el camino hacia el sur conducía a territorio virgen. Cuando empezaron a encontrar la maleza y los pinos que marcaban el inicio del bosque de Ardeep, Arilyn frenó a su yegua.

—Acamparemos aquí. Yo cazaré y tú te ocupas de los caballos. —Sin esperar respuesta la semielfa desmontó de un salto y, armada con un pequeño arco y una aljaba, se internó en el bosque.

Mientras preparaba el campamento, Danilo trató de dar con el modo de sacar a colación el tema de la hoja de luna. Mientras almohazaba y ataba a los caballos, iba descartando una idea tras otra. Después de ocuparse de los caballos reunió unas piedras y las dispuso en círculo. Luego apiló leña dentro del círculo, cortó dos palos ahorquillados para que tuvieran la misma longitud y los clavó en el suelo, uno a cada lado del fuego; servirían para asar lo que Arilyn abatiera con las flechas.

Tuvo una idea. Había reunido diversas informaciones acerca de Arilyn como piezas de un rompecabezas, y la perspectiva de encender un fuego le proporcionó la última y crucial pieza que le faltaba. Entonces se sentó cerca del círculo de piedras a

esperar el regreso de la semielfa.

Cuando Arilyn volvió al campamento con un par de perdices, Danilo se levantó y continuó haciendo su parte del trabajo. Lanzó unas ramas dentro del círculo y sacó de su bolsa un pedazo de pedernal. Con movimientos lentos y exagerados se inclinó y apuntó el pedernal al círculo de piedras. Por el rabillo del ojo vio que la semielfa, que se disponía a cortar una rama de un matorral, se quedaba quieta y extendía una mano como si quisiera detenerlo.

Haciendo deliberadamente caso omiso, Danilo murmuró las palabras «aliento de dragón». El pedernal que sostenía desapareció y de la leña surgieron brillantes llamas que lanzaron una lluvia de chispas doradas al cielo nocturno. Tras el estallido inicial, el fuego mágico se apaciguó inmediatamente y se convirtió en una pequeña y agradable fogata que chisporroteaba.

—¿No te había dicho que no hicieras eso?

Danilo se levantó y se dio media vuelta, con las manos en los bolsillos, para encararse con la furiosa semielfa.

—Es posible —contestó en tono afectado—. Pero no comprendo por qué.

—No me gusta el fuego mágico, eso es todo. —Arilyn se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y empezó a preparar un asador; arrancó las hojas de una rama verde y se puso a sacar punta a un extremo.

—¿Puedo ayudar en algo?

La semielfa le lanzó las perdices a Danilo, indicándole así que las desplumara. El noble se puso manos a la obra de inmediato. Una vez listo el asador, Arilyn alzó los ojos y preguntó en tono brusco:

—¿Aún no has acabado con esos pájaros?

Danilo le tendió la primera perdiz. La semielfa la ensartó en el asador y, con bastante cautela, la puso sobre el fuego.

A Danilo le pareció una manera de empezar tan buena como cualquier otra.

—La verdad, querida —dijo, afanado en desplumar la segunda perdiz—, ¿no crees que tu aversión al fuego mágico es un poco estúpida?

—¡Estúpida! —Los ojos de Arilyn centellearon. Se sentó y se abrazó con fuerza las piernas dobladas contra el pecho—. Tú no eres el más indicado para usar tales palabras. Para ti todo es un juego: la magia es para hacer trucos de salón y el asesino de Arpistas tema para una de tus pésimas canciones.

—Tal vez no debería haber dicho «estúpido» —reconoció Danilo.

Al ver que la segunda perdiz ya estaba lista, la semielfa se la arrebató de las manos. A continuación retiró el asador del fuego y ensartó la otra ave. Una vez hecho esto, se volvió de nuevo hacia Danilo. Ahora se la veía más tranquila, pero en sus ojos aún ardían la rabia y los recuerdos dolorosos.

—Durante la Época de Tumultos el fuego mágico se volvió loco. Muchos

murieron, muchas personas buenas... —La semielfa no pudo continuar.

—¿Algún conocido tuyo? —preguntó Danilo suavemente.

Arilyn asintió.

—En esa época yo viajaba con un grupo de aventureros llamado Los Siete del Martillo. Uno de ellos era mago y quiso lanzar una bola de fuego mágico contra un ogro. Las llamas consumieron a todo el grupo, menos a mí, obviamente —relató en tono amargo.

—Me pregunto por qué tú no.

—Supongo que tú nunca has visto usar el fuego mágico en batalla —prosiguió Arilyn, haciendo caso omiso de las palabras del noble—. La devastación que crean los magos guerreros va más allá de lo imaginable. Deberías haber visto qué hicieron los Magos Rojos de Thay en algunas zonas de Rashemen, o lo que los magos de la Alianza hicieron a los tuigan durante la cruzada del rey Azoun contra los bárbaros. Aunque, desde luego ningún miembro de la nobleza de Aguas Profundas creyó que aquella cruzada fuese lo suficientemente importante... —Arilyn se interrumpió y arrojó una ramita al fuego—. Estáis tan consentidos, tan protegidos y vivís tan cómodamente... Es imposible que puedas entenderme, así que no te atrevas a juzgarme y a acusarme de ser estúpida por temer lo que tú ni siquiera imaginas.

Durante unos segundos los únicos sonidos que se oyeron fueron el chisporroteo del fuego y el grito de una lechuza que cazaba.

—Quizá tienes razón —admitió Danilo—. Yo apenas sé nada sobre la vida de una aventurera, pero soy algo así como una autoridad en mujeres.

El comentario provocó un resoplido de exasperación de Arilyn.

—No lo dudo. Pero conmigo eso no te vale; te recuerdo que no soy humana sino elfa.

—Medio elfa. Con eso me vale.

—¿De veras? ¿Por qué no compartes conmigo tu profunda sabiduría sobre las mujeres? —El sarcasmo que expresaba la voz de la aventurera era tan cortante como el filo de una daga.

—Como quieras —replicó Danilo con toda tranquilidad y añadió señalando la hoja de luna—: Cojamos esa espada, por ejemplo. Te intimida un poco, ¿verdad?

Arilyn se irguió, tan ultrajada como Danilo había previsto.

—¡Claro que no! —exclamó—. ¿Cómo se te ocurre algo así?

—He estado pensando sobre algunas de las cosas que dijo Elaith Craulnober. Es extraño que sepas tan poco acerca de tu propia espada. A decir de todos, posee grandes poderes mágicos, y tú no has hecho más que poner la espita al barril.

—Sólo piensas en cerveza —comentó Arilyn, ridiculizándolo.

—No cambies de tema, querida. La magia, incluido el fuego mágico, es un hecho de la vida, es una herramienta fiable y poderosa.

—¿Fiable? ¡Ja! —El semblante de Arilyn aparecía tirante por la furia—. Si hubieras visto a tus amigos morir por el fuego mágico durante la Época de Tumultos no dirías lo mismo.

—Tampoco Aguas Profundas se libró de sufrir ese desafortunado período —le recordó Danilo con voz gentil—. Por lo que se cuenta, fue terrible. En las calles de la ciudad se libraron batallas campales contra moradores del mundo subterráneo, uno o dos dioses fueron destruidos y una buena parte de la ciudad quedó reducida a polvo.

—¿Por lo que se cuenta? ¿Dónde estabas tú mientras eso sucedía?

Danilo enarcó las cejas, sorprendido.

—En el sótano de la mansión familiar, bebiendo. —Arilyn lo fulminó con la mirada, ante lo cual el noble trató de defenderse—: Me pareció que era lo más sensato que podía hacer en aquellos momentos.

La semielfa resopló y se quedó en silencio. Al cabo de unos segundos miró a su irritante compañero. Danilo holgazaneaba junto al fuego, contemplándola. La expresión de su rostro era de compasión, pero en sus ojos grises brillaba una mirada inusualmente perspicaz.

—Puesto que no estás de acuerdo con mis observaciones, permite que te demuestre que mi intuición no se equivoca.

—Adelante —dijo ella.

—Retira el asador y camina por encima del fuego.

La semielfa ahogó una exclamación.

—¿Es que te has vuelto loco?

—No —contestó Danilo pensativamente—. Creo que no. Estoy absolutamente convencido de que puedes hacerlo sin resultar herida o no te lo propondría. De hecho, estoy tan convencido que te propongo un trato. Ya hace días que estás tratando de librarte de mí, ¿verdad?

—Qué perspicaz.

Danilo alzó las manos.

—Si me equivoco me marcharé. Esta misma noche.

Arilyn lo miró de hito en hito. El noble parecía hablar en serio. Así pues, la semielfa asintió y se puso en pie. Unas botas chamuscadas serían un precio muy bajo por quitarse de encima a Danilo Thann.

Retiró el asador y se lo tendió al noble junto con la carne ensartada, tras lo cual atravesó el fuego por el centro. Las ardientes ramas crujían bajo sus botas y lanzaban chispas que revoloteaban alrededor de la aventurera. Unas brasas y un poco de ceniza aterrizaron en la manga de la camisa que llevaba. Rápidamente Arilyn se las sacudió, pero otras chispas se le adherían a las perneras como diminutas estrellas. La semielfa se dio cuenta de que la tela ni siquiera se chamuscaba.

Arilyn se dejó caer de rodillas al lado del fuego, acercó una mano a las llamas y la

mantuvo allí. Tuvo una sensación de calor, pero no sintió ningún dolor. Entonces se sentó sobre los talones y miró a Danilo.

—El fuego está encantado —le dijo.

En respuesta el dandi sacó un par de guantes de su bolsa mágica. Se puso uno y acercó la mano al fuego. El aire se llenó del olor a piel de cabritilla quemada. Danilo se quitó el guante chamuscado y lo arrojó al regazo de Arilyn, al tiempo que le decía sin dar importancia a la cosa:

—Me debes un par nuevo.

Arilyn se quedó mirando fijamente el guante medio quemado.

—¿Te importaría decirme de qué va todo esto? —preguntó.

—¿No es evidente? La magia te protege del fuego. La tragedia de Los Siete del Martillo y, sobre todo, tu paseo sobre las llamas, lo demuestra. La verdad, querida, normalmente no eres tan dura de mollera.

—Tiene gracia que tú digas eso —se rió Arilyn, pero era una risa forzada.

—Voy a decírtelo de otro modo: ¿te atreverías a repetirlo, pero esta vez sin la hoja de luna? —El noble se cruzó de brazos y enarcó una ceja.

Tras un breve silencio la semielfa levantó una mano, imitando el gesto de un esgrimista de tocado. Danilo insistió:

—Tu aversión hacia la magia es tu punto flaco. Es evidente que la espada posee una habilidad que tú no aprovechas. ¿No crees que puede tener otras?

—Es posible.

—Pues vamos a averiguar cuáles son, ¿te parece?

Arilyn colocó de nuevo las perdices ensartadas sobre el fuego con el aire de alguien decidido a ir a lo práctico.

—Tengo obligaciones más urgentes —se excusó.

—Como descubrir al asesino.

—Sí.

—¿Y qué hacemos aquí? —inquirió Danilo, paseando significativamente la mirada por el solitario campamento.

Arilyn hundió los hombros.

—Haga lo que haga, el asesino me sigue. Su intención no es matarme (ha tenido una docena de oportunidades para hacerlo) sino usarme de peón en un macabro juego. No sé qué motivos tiene, pero hasta que lo averigüe no quiero ser responsable de que mueran más Arpistas. —Arrojó otra ramita al fuego y añadió—: Aquí no hay Arpistas a los que pueda asesinar.

—¿No es posible que el asesino te persiga por los poderes de tu espada? —sugirió Danilo con cautela.

—Claro que es posible —repuso la semielfa amargamente—. La hoja de luna y yo somos inseparables.

—Razón de más para investigar qué magia posee. Cuando sepas qué es capaz de hacer, tal vez descubras cuál es el objetivo que persigue el asesino, y una vez sepas eso tendrás una oportunidad de descubrir la identidad de ese villano.

Arilyn clavó la mirada en Danilo, muy asombrada. Había verdad en sus palabras, amén de una considerable sabiduría.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó.

—Será muy fácil —le aseguró Danilo, presuntuosamente—; la magia es mi especialidad. —El noble se echó hacia atrás con aire melodramático—. Hazme caso, querida. Si tú quisieras aconsejarme sobre cómo matar a alguien, yo aceptaría tu consejo de experta. Espero que tú muestres la misma cortesía.

El noble se puso en pie y, con aire irritado, fue a sentarse en un tronco al otro lado del fuego. Arilyn no pudo evitar sonreír ante su imagen de dignidad ofendida. Normalmente la estupidez no le hacía sonreír, pero Danilo la había convertido en una forma de arte y la había elevado a un nivel que merecía respeto.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó enfadado Danilo al fijarse en la sonrisa de la semielfa. Esta pestañeó. La perspicacia del noble le había llevado a suponer, momentáneamente, que su estupidez era fingida. Pero ahora, al mirarlo, ya no estaba tan segura.

—No sé —repuso, poniendo cara seria—. Muy bien, Danilo, tú ganas. Voy a averiguar todo lo que pueda sobre la hoja de luna. Vámonos —dijo, poniéndose de pie.

—¿Ahora? —protestó el noble lanzando una mirada de pesar a las perdices asadas.

—Me gusta estar siempre ocupada.

Y durante la hora siguiente ambos estuvieron muy ocupados. Tras apagar el fuego Danilo colocó sencillas protecciones mágicas alrededor del campamento para que los caballos no fueran atacados por depredadores nocturnos. Después, él y Arilyn descendieron cuidadosamente la rocosa pendiente hacia el mar y luego se dirigieron al norte a lo largo de la costa de la península del Espolón. Aunque la brillante luz de la luna los guiaba, tenían que avanzar con mucho cuidado por la ribera cuajada de rocas melladas.

En la punta del Espolón había una formación natural de rocas negras, cuya parte inferior se sumergía en el mar. Los pequeños crustáceos se adherían a la base de la roca, y varias puntas irregulares se alzaban hacia el cielo como pequeños torreones. A Danilo se le antojó el intento de un mago borracho por conjurar un castillo en miniatura.

Arilyn avanzó hasta una cavidad en la formación rocosa y sacó una pequeña bolsa de piel. De ella retiró una zampoña plateada. Bajo la fascinada mirada de Danilo, la semielfa se llevó el instrumento a los labios y tocó notas. Los cristalinos sonidos

flotaron sobre las aguas, cabrilleando como la luz de la luna.

—Bonita tonada —observó Danilo—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Esperar —respondió y señaló a Danilo una pila de rocas situada unos pocos centenares de metros de distancia. Obedientemente, el noble se retiró y se sentó a esperar, mientras Arilyn se sentaba en la misma punta del Espolón de Aguas Profundas y se dedicaba a observar el agua con paciencia elfa.

El noble no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban con la vista fija en el mar cuando percibió que, hacia el sur, una onda agitaba la superficie aún plateada del agua. Suponiendo que la espera tocaba a su fin, se levantó y se sacudió la arena y el liquen de los fondillos del pantalón. Inmediatamente Arilyn alzó una mano para detenerlo, y luego le indicó por gestos que se quedara quieto. Danilo obedeció.

La onda volvió a aparecer dos veces más, cada vez más cerca, hasta que una brillante cabeza negra hendió la superficie del agua. Totalmente perplejo, Danilo observó cómo una gran criatura semejante a una foca emergía del mar. Cuando trepó a la rocosa playa donde esperaba Arilyn, el noble se fijó en que su cuerpo no acababa en las aletas de una foca, sino en dos piernas. Una mirada de inteligencia brillaba en los ojos negros de la criatura, y Arilyn y ella se saludaron cogiéndose por el antebrazo, como dos aventureros. A la luz de la luna Danilo vio que la criatura tenía manos humanas, aunque palmeadas y cubiertas por un pelaje oscuro.

—Un hombre foca —murmuró el noble. Había oído hablar de aquellas insólitas criaturas, pero jamás había esperado ver una. Su asombro aumentó aún mucho más cuando el hombre foca se apartó unos pasos de Arilyn y, en un abrir y cerrar de ojos, se transformó en un hombre completamente humano.

Danilo nunca había visto a un varón tan perfecto. El hombre foca transformado no medía más que Arilyn, pero su pálido cuerpo era fuerte y estaba perfectamente formado. El pelo lacio y castaño oscuro que le caía sobre los hombros enmarcaba un semblante barbilampiño pero demasiado masculino para decir que fuera hermoso.

—Hola, Gestar —lo saludó Arilyn afectuosamente. La semielfa no parecía desconcertada ni por la transformación ni por la desnudez del hombre foca.

—Saludos, Arilyn. Qué alegría me da verte, incluso a esta hora tan avanzada. —El hombre foca lanzó una recelosa mirada a Danilo, y éste alcanzó a ver unos ojos de un intenso color azul topacio.

—Ése hombre de ahí es un amigo e inofensivo —le aseguró Arilyn—. ¿Puedes enviar una petición a través del Relevo? Necesito una información de Siempre Unidos. Mañana, si es posible.

—Cualquier cosa para la elfa que salvó la vida de mi amada.

Arilyn le dio las gracias con una sonrisa y le dijo qué quería:

—Busco información sobre una hoja de luna. Pertenece a una elfa llamada Amnestria que abandonó Siempre Unidos hace unos cuarenta años. Me temo que eso

es todo lo que sé.

—Debería bastar. Enviaré tu petición de inmediato y recibirás la respuesta por la mañana. Puesto que no puedo volver a transformarme en humano tan pronto vendrá Perla Negra.

—Será un placer volver a verla. Gracias, Gestar.

La semielfa y el hombre foca se abrazaron con toda naturalidad, tras lo cual la criatura marina dio media vuelta y se zambulló. Danilo no pudo contenerse por más tiempo.

—¡Era un hombre foca!

—Un viejo amigo —replicó Arilyn—. Aguardaremos aquí la respuesta. Si tienes frío enciende fuego.

El noble asintió. Aunque tenía muchas preguntas, la noche era fría. Así pues, empezó a recoger leña, consciente de que Arilyn lo contemplaba con una sonrisa divertida.

—Vamos, dispara —lo animó—. Veo perfectamente que te mueres de ganas de preguntar.

Danilo sonrió de oreja a oreja, y disparó:

—¿Qué es eso del Relevo? ¿Cómo puede enviar un mensaje a Siempre Unidos y transmitir la respuesta en una sola noche? ¿Es algo mágico?

—No, no es mágico. El Relevo es una red formada por hombres y mujeres foca, elfos marinos y criaturas del mar muy parecidas a ballenas de pequeño tamaño. Todos ellos se desplazan a una velocidad increíble, y recuerda que en el agua el sonido viaja tres veces más deprisa que en el aire. Bajo el agua los mensajes se transmiten muy rápidamente.

—¿Pero hasta Siempre Unidos y de vuelta?

—Es muy posible que no sea necesario llegar tan lejos. Los servidores del Relevo están obligados a guardar silencio sobre los contenidos de los mensajes pero ya puedes imaginarte que los miembros de la red acumulan una cantidad de información impresionante.

—Oh. ¿Y quién es esa Perla Negra?

—Una semielfa marina.

—¿Es eso posible? Dudo que yo pudiera aguantar la respiración el tiempo suficiente para realizar tal hazaña —se admiró Danilo.

Arilyn estalló en risas de asombro.

—Los elfos marinos pueden salir del agua.

—Un nombre interesante, Perla Negra.

—Lo comprenderás cuando la veas. Su madre humana procedía de un remoto país del sudeste. El barco en el que viajaba se hundió ante la costa de Calimport, y ella fue rescatada por los elfos marinos. No obstante, hay muy pocos semielfos marinos y

Perla Negra pasa la mayoría del tiempo con los hombres y mujeres foca.

—Supongo que ellos comprenden mejor que otras criaturas su naturaleza dual — reflexionó Danilo en voz alta.

La inteligente observación sobresaltó a Arilyn, quien siempre se había sentido especialmente a gusto con los hombres y mujeres foca.

—Es cierto —dijo, y se apresuró a cambiar de tema—. ¿Más preguntas?

—Sí. Has dicho que la espada pertenecía a una elfa llamada Amnestria. ¿Quién es?

—Mi madre —respondió con voz inexpresiva tras una larga pausa.

—¿No habló Elaith de alguien llamado Z'beryl? Creí que tu madre se llamaba así.

—Yo también.

—Oh.

Entre ellos se hizo el silencio.

—Oye, ¿por qué no te echas un poco? —le preguntó al fin Arilyn.

La pregunta sorprendió a Danilo en medio de un bostezo.

—Buena idea. —La abrumada mirada que se reflejaba en los ojos de Arilyn sumada a su propio cansancio fueron suficientes argumentos.

Cuando despertó, el cielo mostraba una tonalidad plateada que anunciaba el alba. Arilyn estaba en plena conversación con Perla Negra. Con sólo echarle un vistazo Danilo supo que no podía ser otra. La herencia oriental de la semielfa se ponía de manifiesto en la forma almendrada de sus ojos oscuros y en el cabello que le llegaba hasta las caderas como una cortina de húmedo satén negro. Tenía orejas puntiagudas —aunque un poco más redondeadas que las de Arilyn—, manos y pies palmeados y una piel blanca muy distinta de los moteados verde o azul que solían presentar la mayoría de los elfos marinos. A la luz del amanecer su cuerpo desnudo relucía con el brillo translúcido de una rara perla.

—Tras la muerte del rey Zaor —contaba Perla Negra— la reina Amlaruil pasó a gobernar Siempre Unidos. Su hija, Amnestria, se marchó al exilio en secreto a causa de una desgracia privada.

—Apuesto a que se trataba de mí —dijo Arilyn en voz baja—. ¿Cuándo murió exactamente el rey Zaor?

—Al final del año cuatrocientos treinta y dos de su reinado. Su muerte tuvo un gran impacto en la comunidad de elfos marinos, y yo lo recuerdo perfectamente aunque era aún pequeña. Fue en primavera, durante el festival de la Marea Alta. —La semielfa se mordió un labio y calculó—. En el cómputo de Los Valles el año 1321. Y también recuerdo el día: el segundo día del mes de Ches.

—¿Se cogió al asesino?

—No, El amante humano de Amnestria disparó una flecha e hirió al asesino, aunque éste desapareció sin dejar rastro.

—¿A qué raza pertenecía el asesino? —quiso saber Arilyn.

La semielfa marina bajó la mirada, como si se sintiera avergonzada.

—Era elfo —admitió.

—¿Pero de qué raza? —insistió Arilyn.

—Un elfo dorado. ¿Es eso importante?

—Podría serlo —murmuró Arilyn en tono distraído. De pronto miró a Perla Negra—. ¿Qué puedes decirme de la hoja de luna?

—Se sabe muy poco de sus poderes, me temo. Parece que Amnestria la heredó, poco antes de marcharse al exilio, de una tía abuela que apenas puso el pie en Siempre Unidos. Averiguarás más sobre su historia en las sagas del continente. —La exótica semielfa hizo una pausa antes de añadir—: Lo siento, no te he podido traer las respuestas que necesitas.

—Has contestado a muchas de mis preguntas. —Arilyn extendió la mano con la palma hacia arriba—. Gracias por tu ayuda, Perla Negra. —La semielfa marina sonrió y cubrió la mano extendida con otra palmeada, tras lo cual se zambulló graciosamente en las aguas.

Arilyn se quedó mirando el mar con aire ausente. Cuando se dio media vuelta, pareció sorprenderse de encontrar a Danilo despierto.

—Supongo que lo has oído —fue su saludo matutino.

—Sí.

—Será mejor que sueltes ahora mismo lo que quieras preguntar.

—Por fin empiezas a entenderme —comentó el noble en tono de aprobación. Entonces se puso en pie y se estiró—. Primero, ¿es que ninguna criatura marina lleva ropa?

—¿De todo lo que hemos dicho sólo te ha llamado la atención eso? —Arilyn enarcó las cejas.

—Bueno, era difícil no fijarse en que Perla Negra iba desnuda, princesa Arilyn —replicó Danilo con una amplia sonrisa—. Por cierto, alteza, ¿debo arrodillarme ante vos o bastará con una simple reverencia?

—Los elfos de sangre noble eran familia de Amnestria no mía —repuso la semielfa cortante—. Yo no tengo ninguna pretensión de ser princesa. —Bruscamente dio la espalda a Danilo y añadió—: Por favor, desayuna y ocúpate de tu vestuario lo más rápidamente posible. Regresamos a Aguas Profundas esta misma mañana.

—Oh, espléndido. —Inmediatamente Danilo empezó a sacar diversas prendas de su bolsa mágica y a decidir cuál se pondría—. ¿Vamos a algún sitio en particular?

—Sí.

Danilo levantó la vista de la pila de las sedas con una mirada afligida y un suspiro paciente.

—¿Podrías ser un poquitín más concreta? Odio no llevar la ropa adecuada.

—Vamos a la torre de Báculo Oscuro. —Danilo puso cara rara. Arilyn, temiéndose que sacara de la bolsa una túnica de mago, agregó—: Vístete como un mago y no vivirás lo suficiente para lanzar tu próximo hechizo.

Danilo se apresuró a coger una camisa de seda de color amarillo pálido de la pila de prendas que había desechado.

—Ésta será ideal —comentó. Pocos minutos después estaba listo para la marcha. El sol del amanecer coloreaba el cielo mientras ambos regresaban por la rocosa costa, Arilyn avanzando a largas zancadas y Danilo trotando fácilmente a su lado.

—¿Por qué a la torre de Báculo Oscuro? —preguntó Danilo.

—Tengo que averiguar todo lo que sea posible sobre la espada y supongo que llamar a la puerta de un archimago es un buen comienzo.

—Sí, pero en Aguas Profundas hay otros magos. Magos que disponen de más tiempo.

—No conozco a ninguno de ellos, pero sí conozco a Khelben.

—¿De veras? ¿A Khelben Arunsun? Puede ser bastante desagradable cuando quiere.

—Sí, lo sé —replicó Arilyn—. Pero si debo confiar mi espada a las manos de un lanzador de hechizos... ¿por qué no él? Al menos, él sabrá dónde está la punta y dónde la empuñadura.

Danilo sonrió burlescamente.

—Me pregunto si al gran mago le gustaría oírse llamar «lanzador de hechizos». —Sonrió de nuevo y alargó una mano—. ¡Espera! Tengo una idea maravillosa. No hay necesidad de que los dos vayamos a la torre de Báculo Oscuro. Iré yo solo.

Arilyn se detuvo tan de repente que Danilo, al tratar de imitarla, tropezó con una roca. La semielfa lo observó atentamente mientras él se doblaba y se frotaba la espinilla.

—¿Y por qué lo harías?

—Por caballerosidad —afirmó, aún resintiéndose del golpe—. Después de todo lo que has pasado últimamente, lo menos que puedo hacer es ahorrarte la visita a ese viejo cascarrabias.

—Tu interés por mí es conmovedor.

—¿Verdad que sí? —dijo Danilo absolutamente radiante. Entonces se irguió y posó una mano en el hombro de la semielfa—. Tú espera en la ciudad, descansa y arréglate el pelo para el festival, o haz lo que quieras. Mientras, yo iré y volveré de la torre de Báculo Oscuro antes de que te des cuenta.

Arilyn se zafó de la mano, exasperada.

—A mí Khelben Arunsun me conoce. ¿Qué te hace pensar que a ti te recibirá? —Al ver que Danilo vacilaba insistió—: Vamos, responde.

—Porque es mi tío; el hermano de mi madre, para ser más preciso. Créeme, por

muy archimago que sea, si Báculo Oscuro hace un feo a su pequeño, mi mamá lo desplumará, lo destripará y lo asará vivo. Es una mujer formidable. —Dirigiendo a Arilyn una sonrisa encantadora, añadió—: Ahora que lo pienso, creo que mi madre te gustaría.

## 16

Los ojos de la semielfa se inflamaron de furia ante la revelación que Danilo había hecho con total tranquilidad.

—¿Por qué no me habías dicho que eres sobrino de Khelben?

—No se me ocurrió —contestó el noble encogiéndose de hombros—. Tú tampoco me dijiste que estabas emparentada con la nobleza elfa. El tema de nuestras respectivas familias nunca había surgido hasta ahora.

Tras soltar un resoplido exasperado, la semielfa se sumió en el silencio. Ambos treparon por la pendiente de regreso al campamento, donde encontraron a las yeguas pastando tranquilamente. Arilyn ensilló su caballo sin decir ni media palabra. Danilo la imitó, y una vez estaban ambos sobre las respectivas sillas, le tendió una mano y le dijo:

—Dame la mano.

—¿Para qué?

—Voy a teletransportarnos a los dos a la torre de Báculo Oscuro. Así ahorraremos tiempo.

—¡No!

Fue el turno de Danilo de sentirse exasperado.

—Por todos los dioses, mujer, sé razonable por una vez. —Inclinándose hacia ella le cogió la mano.

Inmediatamente los rodeó una luz blanca y lechosa. No tenían sensación de movimiento, ni de nada sólido a su alrededor, ni debajo de ellos. A Arilyn le pareció que estaban suspendidos en la nada, que era un estado que escapaba a su comprensión y a su control. Pero antes de que pudiera sentir pánico o la sensación de náusea que esperaba, la luz se apagó y las paredes de granito oscuro de la torre de Báculo Oscuro se materializaron ante ellos.

—¿Qué? ¿Ha sido tan terrible? —preguntó Danilo.

—No —respondió Arilyn, bastante sorprendida—. Es extraño. Normalmente los viajes dimensionales me sientan fatal. Desde la primera vez que lo probé con Kymil Nimesin y... —La semielfa se interrumpió.

Danilo no reparó en su distracción. El noble llamó a la puerta, y le respondió enseguida la voz incorpórea de un sirviente.

—Arilyn Hojaluna desea ver a Báculo Oscuro —anunció Danilo.

Pocos segundos después la puerta se abrió y Khelben Arunsun en persona salió a recibirlos.

—Adelante, Arilyn. Siempre es un placer verte. —Entonces su mirada se posó en su compañero—. Oh, eres tú, Danilo.

—¡Hola, tío Khel! Arilyn necesita un lanzador de hechizos, y yo pensé en ti.

Khelben Arunsun frunció el entrecejo y se volvió hacia la semielfa.

—¿Y tú has hecho caso a mi frívolo sobrino? Espero que sea importante.

—Podría serlo. —Arilyn se desciñó la espada y tendió la hoja de luna envainada a Khelben—. Te doy permiso para tocarla —dijo, y por su voz pareció que realizaba un ritual—. Pero no la saques nunca de la funda.

El archimago aceptó la antigua espada y la examinó con interés.

—Un arma fascinante. ¿Qué deseas de mí?

—Tengo que averiguar todo lo que pueda acerca de su historia y sus poderes. ¿Puedes ayudarme?

—Yo no soy ningún sabio, pero un hechizo de leyendas y tradiciones podría darnos alguna respuesta —contestó Khelben, colocándose la hoja de luna bajo la axila—. Por favor, sígueme.

El archimago los condujo al patio. Al llegar a la torre les hizo una seña de que lo siguieran y desapareció en el muro. Al ver que Arilyn vacilaba, Danilo la empujó sin ninguna ceremonia a través de la puerta oculta. La semielfa le lanzó una iracunda mirada por encima del hombro.

—No es la primera vez que lo hago, ¿sabes? —le espetó.

—¿De veras? Nadie lo diría.

—Bah. —Arilyn se puso derecha y entró muy dignamente en el vestíbulo de la torre.

—Vamos arriba —dijo Khelben—. En mi cuarto de los hechizos podremos examinar mejor la espada.

Arilyn y Danilo subieron tras el archimago la empinada escalera de caracol que se elevaba por el centro de la torre. En el segundo y último piso entraron en un estudio de grandes dimensiones con las paredes cubiertas de libros. Khelben los hizo pasar por el estudio y abrió una puerta de madera de roble que conducía a otra habitación, más pequeña. Sólo había una ventana bajo la cual se veía una mesa, y en el centro de la habitación una bola de cristal colocada sobre un pedestal de mármol. En la habitación no había nada más que pudiera distraer al mago cuando lanzaba sus hechizos.

—Esperad aquí —les dijo Khelben. El mago dejó la hoja de luna encima de la mesa y desapareció por una puerta.

—Ingredientes del conjuro —le explicó Danilo a Arilyn—. Guarda sus suministros mágicos en otro cuarto. Es muy organizado.

Khelben reapareció con diversos objetos de pequeño tamaño.

—Id al otro extremo de la habitación —ordenó a sus visitantes—. Y por el amor de Mystra, Danilo, trata de mantener la boca cerrada. Este encantamiento requiere bastante concentración.

El archimago fue hacia la mesa sobre la que descansaba la hoja de luna y

desplegó los ingredientes del conjuro. Arilyn vislumbró un pequeño frasco blanco con el símbolo de Khelben.

La semielfa se mordió un labio, súbitamente consciente de su atrevimiento. Sabía que algunos encantamientos requerían el sacrificio de un objeto valioso y, por primera vez, se le antojó extraño que un archimago de la talla de Khelben Arunsun estuviera dispuesto a lanzar uno por ella, una simple conocida.

El mago pronunció las palabras del encantamiento con una voz timbrada de poder, al tiempo que ejecutaba los gestos precisos con seguridad. Finalmente destapó un segundo frasco y el denso aroma del incienso llenó el cuarto. El archimago inclinó el frasco y lo vació sobre la hoja de luna. Instantáneamente, los ingredientes del hechizo desaparecieron en un fogonazo de luz.

Arilyn sintió más que vio que Khelben cruzaba el cuarto y se unía a ellos. Toda la atención de la semielfa se centraba en la hoja de luna y en la neblina fantasmagórica que emanaba de ella. La neblina empezó a girar rápidamente hasta formar una espiral, fue descendiendo hacia el suelo y dio lugar a la imagen de un bardo elfo que llevaba una pequeña arpa e iba vestido a la moda antigua. Sin reparar en la presencia del trío, el fantasma elfo habló:

—Escuchad todos los presentes la balada de la sombra elfa. —El bardo tocó las cuerdas del arpa y empezó a entonar una balada de ritmo resonante:

*Sobre las alas de los siete vientos,  
sobre las olas de todos los mares,  
Zoastria, la viajera,  
busca a la elfa viva de la sombra.*

*Gemela nació, y desde la cuna  
hermanas de carne y espíritu,  
Zoastria y Somalee  
unidas estaban por los lazos del destino.*

*La mayor heredó una espada elfa,  
la joven partió a lejanas costas  
para casarse, como era su deber.  
Pero su barco no llegó a puerto.*

*Ahora Zoastria camina sola,  
y sus lágrimas el mar hacen crecer.  
Tanto echa de menos a su hermana  
que renace en una sombra de piedra y acero.*

*Invocada a través de piedra y acero;  
gobiernas la imagen de ti mismo  
pero cuidado con el espíritu que  
mora en la sombra elfa.*

El bardo elfo tocó un último acorde y luego la imagen y la música se esfumaron.  
—La letra no está mal —comentó Danilo rompiendo el tenso silencio que flotaba en el cuarto de los hechizos—, pero la música se podría mejorar.

Khelben se volvió hacia la semielfa, que estaba pálida y muy quieta.

—¿Tiene algún sentido para ti? —Arilyn vaciló, y luego negó con la cabeza—. ¿Y tú, Dan? ¿Alguna idea?

—¿Me preguntas a *mí*? —El dandi parecía atónito.

Estas palabras sacaron a Arilyn del trance. Con una leve sonrisa, le pinchó:

—¿Por qué no? La magia es tu especialidad, ¿no?

—Dan me enseñó todo lo que sé —dijo Khelben, haciéndose eco del cáustico humor de la elfa—. Vayamos todos al comedor y lo hablamos.

Arilyn recogió la hoja de luna y bajó tras Khelben la escalera de caracol hasta un gran comedor amueblado con cómodas sillas y decorado con ejemplos del talento artístico de Khelben. Arilyn se dejó caer en una silla y colocó la espada, cruzada, en su regazo, pero Danilo prefirió pasearse por la habitación y examinar con aire indolente los retratos colgados en las paredes y colocados en caballetes en los rincones.

—¿Podrías lanzar de nuevo ese hechizo? —preguntó Arilyn al archimago.

—Hoy no —contestó éste, tomando asiento cerca de la semielfa—. ¿Por qué?

—Tengo que averiguar todo lo que haya que saber de la hoja de luna —respondió Arilyn lacónicamente—. Si tú ya no puedes hacer más, ¿adónde puedo ir?

Khelben se frotó el mentón, pensativo.

—Probablemente en el alcázar de la Candela es donde hay más información. Posee una magnífica biblioteca sobre objetos mágicos elfos.

—Eso es como si me dijeras Rashemen —dijo Arilyn muy desanimada—. El viaje hasta el alcázar de la Candela duraría meses por tierra, y por mar podría costarme varias semanas, o más, ahora que se avecinan las tormentas de invierno.

—Da la casualidad de que eso no es problema. Yo hago muchas investigaciones allí, por lo que he acabado por instalar una puerta dimensional entre mi biblioteca y el alcázar. —Al ver que Arilyn dudaba, añadió—: Llévate a Danilo contigo. El chico podrá ayudarte en la investigación. Me ha acompañado varias veces al alcázar de la Candela y conoce sus métodos. ¿Qué te parece, Dan?

Arilyn y Khelben se volvieron hacia el joven, que estaba enfrascado examinando uno de los retratos de Khelben. Danilo asintió con entusiasmo.

—Me parece de perlas. En Aguas Profundas hay un elfo bribón que quiere matarme. Será mejor que desaparezca hasta que cambie de idea. —Las negras cejas de Khelben se alzaron súbitamente, pero Danilo le quitó importancia al asunto encogiéndose de hombros despreocupadamente—. Por cierto —añadió—: ¿qué es una sombra elfa?

—No lo sé —confesó el mago—. Normalmente las respuestas que se obtienen con un hechizo de leyendas y tradiciones son crípticas.

De pronto, Arilyn recordó que el mago Coril había logrado interpretar con sus hechizos dos de las runas grabadas en la hoja de luna: puerta elfa y sombra elfa. En ese momento le pareció extraño que Kymil Nimesin no hubiera sido capaz de ello y ahora se preguntaba por qué Kymil no había tratado de lanzar un hechizo de leyendas y tradiciones.

—¿El encantamiento que has lanzado es muy difícil? —preguntó al archimago.

—Eso es relativo —contestó Khelben extendiendo las manos—. Pero supongo que sí. Los ingredientes son caros y no hay muchas personas que lo conozcan. Está al alcance de muy pocos.

—De mí no, por ejemplo —intervino Danilo, como si sintiera que debía reforzar las palabras del mago.

—Ya veo —murmuró Arilyn con aire ausente—. ¿Es posible que la espada esté protegida contra la magia elfa?

—Lo dudo. ¿Por qué?

—No, por nada. —La semielfa se irguió y, afirmándose en su resolución, miró a Danilo—. Si debemos ir al alcázar de la Candela será mejor que nos pongamos enseguida en camino.

—Necesitaréis una carta de presentación —dijo Khelben. El archimago se puso en pie y se encaminó hacia un pequeño escritorio, se sentó y garabateó unas runas en una hoja de pergamino. Después lo enrolló y lo selló con su símbolo. A continuación escribió rápidamente una nota en un trozo de pergamino y entregó ambos mensajes a su sobrino.

Danilo echó un vistazo a la nota, se la guardó en el bolsillo del pecho y el rollo en su bolsa mágica.

—¿Tío Khel, podría hablar contigo en privado? Es un asunto familiar, me temo, algo personal.

—Éste no es el momento más oportuno. ¿Es importante?

—Creo que sí. Aunque quizás a ti no te lo parezca.

El archimago frunció el entrecejo, pero acabó por ceder.

—Muy bien. Subamos a mi estudio. ¿Nos disculpas? —dijo, dirigiéndose a Arilyn. Ésta asintió con aire ausente, y los dos hombres desaparecieron por la escalera.

Apenas Khelben había cerrado la puerta del estudio cuando Danilo dijo, sin rodeos:

—Un grupo de Arpistas ha hecho seguir a Arilyn. Al parecer, creen que ella es la asesina. ¿Lo sabías?

—No, no tenía ni idea. —El archimago estaba realmente sorprendido—. ¿Cómo te has enterado?

—Alguien sigue a Arilyn desde que nos conocimos en Evereska, de eso estoy seguro. Al principio creí que se trataba del asesino de Arpistas, luego un elfo rufián llamado Elaith Craulnober nos dijo que un explorador Arpista seguía la pista a Arilyn. Cómo se enteró él no lo sé, pero parecía saber muchas cosas de ella.

—Elaith Craulnober, ¿eh? La última vez me dijiste que sospechabas que había un elfo implicado. Desde luego él es un candidato muy probable.

—No —repuso Danilo con firmeza. Khelben parecía curioso, pero el joven se limitó a sacudir la cabeza, sin dar explicaciones—. ¿Puedes averiguar algo de los Arpistas?

Khelben asintió y posó una mano sobre la bola de cristal. La esfera empezó a relucir, y el semblante del archimago adoptó una expresión cada vez más distante a medida que volcaba sus pensamientos hacia su interior y éstos viajaban a lugares remotos.

El noble esperaba con impaciencia. Cuando Khelben se volvió hacia él parecía más alterado de lo que Danilo lo había visto nunca.

—Ha surgido una complicación —afirmó el mago.

—Oh, qué bien —dijo Danilo, cruzándose de brazos—. Hasta ahora la misión ha sido demasiado fácil.

Khelben hizo caso omiso del sarcasmo de su sobrino.

—Elaith Craulnober tenía razón. Un pequeño grupo de Arpistas en Cormyr cree que Arilyn es la asesina. Se proponen demostrar su culpabilidad y llevarla a juicio.

—Continúa —le pidió Danilo, pálido el rostro.

—Han encargado a Bran Skorlsun que la siga. —El tono empleado por Khelben indicaba que se trataba de algo muy grave.

—¿Quién es?

Muy agitado, Khelben empezó a pasear por el estudio.

—Bran Skorlsun es un Maestro Arpista y uno de los mejores exploradores y rastreadores con los que cuenta la organización —admitió de mala gana—. El hecho de que la de los Arpistas sea una organización secreta hace posible que algunos bribones usen el nombre para estafar a los demás. Desde hace unos cuarenta años, Bran Skorlsun se dedica a seguir la pista a Arpistas falsos o renegados, sobre todo en las islas Moonshaes, pero ocasionalmente en otras áreas remotas. Su vida está consagrada a mantener la pureza en las filas de los Arpistas.

—¿Cuarenta años, dices? Pues debe de ser ya bastante mayor —observó Danilo. Su tono despreocupado enmascaraba una inquietud creciente, pues no era propio de su tío irse tanto por las ramas.

—Bran Skorlsun pertenece a una familia muy longeva —replicó Khelben.

—Ya entiendo.

—Y también es el padre de Arilyn —añadió el mago, tensa la mandíbula.

Danilo se apoyó en la pared y se pasó ambas manos por el pelo.

—Pobre chica —murmuró.

—¿Pobre chica? —repitió Khelben—. No pierdas de vista de qué estamos hablando, Dan. ¿Has olvidado que el padre de Arilyn lleva el ópalo? La última cosa que necesitamos es que el ópalo y la espada se reúnan.

—Sí, lo sé —repuso Danilo, y su expresión se endureció al preguntar—: ¿Cómo ha podido ocurrir algo así?

—Los Arpistas son una organización secreta —respondió Khelben, irritado.

—Ya, ya. No paráis de repetirme todos lo mismo. ¿Significa eso que la mano derecha no sabe lo que hace la izquierda?

—Exactamente. En este caso en particular se consideró más prudente que nadie conociera todos los detalles acerca de la puerta dimensional, o puerta elfa, como se dio en llamar.

—Teniendo en cuenta todo lo que ha pasado, ¿aún crees que fue una medida prudente? A mí me parece que ya es hora de compartir información. Tú tienes una idea bastante aproximada de qué quiere el asesino, y es posible que Arilyn sepa quién es y por qué.

De pronto Khelben pareció muy interesado.

—¿Conoce la identidad del asesino?

—No estoy seguro. Creo que no.

—Bueno, pues tendremos que esperar hasta que lo sepamos. Debemos averiguar si los asesinatos están relacionados con la puerta elfa.

—Esta torre está protegida de la observación mágica. ¿Por qué no le cuentas a Arilyn toda la historia, aquí y ahora? —Khelben se quedó en silencio, y la expresión del joven se fue haciendo más tensa—. Un momento. No confías en ella, ¿verdad?

—La cuestión no es si confío o no en Arilyn. Cuando Arpistas y elfos trabajaron juntos para soslayar el peligro de la puerta elfa, tuve que hacer algunas promesas. —El archimago hizo una pausa—. Prometí que no se lo contaría a nadie, con la sola excepción de mi probable sucesor.

Danilo agachó la cabeza, sintiéndose pasmado por lo que implicaban las palabras del archimago.

—No puedes estar refiriéndote a mí —murmuró.

—Quizás éste no es el mejor momento para hablar de esto —replicó Khelben

muy serio—, pero jamás se me ocurriría sugerirte algo así a la ligera. Y tampoco rompería la promesa que hice hace casi cuarenta años.

—Comprendo tu posición —dijo Danilo—, pero Arilyn está tratando de desvelar el secreto de la espada. ¿Qué ocurrirá si el asesino decide que se está acercando demasiado? —Su tío no dijo nada, pero el silencio que se abrió entre ambos contenía la respuesta—. Si la causa es lo suficientemente noble el sacrificio está justificado. ¿Estoy en lo cierto?

—En general, sí —contestó Khelben con rostro sombrío.

El joven se encaminó lentamente a la puerta del estudio. Con el pomo en la mano, se detuvo y dijo al archimago, dándole la espalda:

—Con todos los respetos, tío Báculo Oscuro, no estoy seguro de que desee ser tu probable sucesor.

Entonces salió, cerrando firmemente la puerta tras él.

—Vámonos —dijo Danilo a Arilyn mientras bajaba la escalera. La semielfa se levantó y se ciñó la hoja de luna.

—Espera un momento, muchacho —gritó Khelben desde el piso de arriba—. Debéis marcharos por la biblioteca, ¿recuerdas? Por la puerta dimensional.

Danilo se detuvo al pie de la escalera, y su estúpida sonrisita vaciló.

—Oh. Es verdad —dijo.

—¿Vinisteis a caballo? Entonces tendréis que dejarlos aquí. Saldré con vosotros y os ayudaré a traerlos —dijo Khelben con firmeza.

Al llegar a la calle, añadió:

—Por cierto, Dan, la puerta dimensional desde el alcázar de la Candela no os traerá directamente a mi torre. Saldréis en un lugar llamado plaza del Bufón, donde se cruzan la calle de Selduth y la calle de las Sedas. La puerta es de sentido único, invisible y está situada entre dos robles gemelos negros en el lado norte del jardín.

—Lo recordaré.

—Quiero que os presentéis a mí mañana antes del amanecer. ¿Está claro?

—Como el agua —replicó Danilo frívolamente. Sin más charla, él y Arilyn condujeron a los caballos a los establos, situados en la parte de atrás de la torre de Báculo Oscuro, y después regresaron con el mago al primer piso. Khelben deslizó hacia un lado una estantería, dejando a la vista un estrecho portal negro donde debía haber estado la pared.

—Antes de partir al alcázar de la Candela tengo una pregunta más —dijo Arilyn al archimago. La buena disposición de Khelben a ayudarla había levantado sus sospechas. ¿Acaso el archimago sabía algo de la hoja de luna, algo que le ocultaba? Decidió comprobarlo de una manera muy sencilla: si un mago de poca monta como Coril era capaz de descifrar algunas de las runas de la funda, el archimago debería ser también capaz. Arilyn desenvainó la espada y recorrió las runas con un dedo.

»¿Puedes leerlas? —le preguntó.

Khelben se inclinó hacia el arma y estudió las arcanas marcas durante unos momentos.

—No. Lo siento.

—Pero sabes qué dicen —afirmó la semielfa en tono de pregunta.

El rostro del archimago era inescrutable.

—¿Cómo podría saberlo? Buena suerte en el viaje —añadió señalando hacia el portal.

—Gracias por tus buenos deseos —replicó Arilyn con voz dulce—. Dado que viajaremos a oscuras la necesitaremos.

Khelben fulminó con la mirada a la irrespetuosa semielfa, demasiado astuta para su gusto. Arilyn simplemente enarcó las cejas, cogió a Danilo por el brazo y desapareció en la aterciopelada negrura de la puerta dimensional.

El archimago sonrió débilmente. «Arilyn es muy perspicaz», se dijo mientras descendía hasta el comedor. Algo verde le llamó la atención; Danilo había tapado con un pañuelo de seda verde un pequeño retrato que descansaba en un diminuto caballete. Pero cuando Khelben hizo ademán de coger el pañuelo, éste se evaporó.

—Una ilusión —murmuró suavemente—. El chico está aprendiendo demasiado. —Instantáneamente se dio cuenta de por qué Danilo había cubierto el retrato. Era un apunte de cuatro amigos que había dibujado de memoria muchos años antes. El archimago lo cogió para mirarlo más de cerca, y su propia cara lo miró a su vez desde el pasado. Entonces era un joven mago, aún sin entradas. El hombre que había a su lado también tenía el pelo oscuro, rizado y espeso, y tanto la mandíbula como la mirada reflejaban una implacable obstinación. Ante los hombres se veía a Laeral, la maga, y a la princesa Amnestria de Siempre Unidos.

Khelben aferró con fuerza el retrato. Laeral estaba sentada y ella y su amiga Amnestria se daban la mano. El archimago comprendió por qué Danilo no había querido que Arilyn viera el dibujo a lápiz; excepto por la diferencia de colorido, Amnestria y Arilyn se parecían tanto que, sin duda, la semielfa hubiera reconocido a su madre. Si hubiera visto el dibujo le hubiera hecho preguntas que Khelben no estaba preparado para responder.

Laeral. La mirada del mago se posó de nuevo en el rostro sonriente y de nariz respingona de la joven aventurera. Hacía tiempo que no veía a su amada. Laeral regresaba a Aguas Profundas de vez en cuando, y en el último piso de la torre aún tenía una habitación. Pero Laeral se había aficionado a viajar y continuaba con su vida de aventurera, mientras que Khelben cada vez más a menudo se encontraba atrapado en Aguas Profundas, inmerso en cuestiones políticas y diplomáticas. Ambos se habían convertido en poderosos magos, ambos trabajaban para los Arpistas y entre ellos no había rencillas. ¿Cómo era posible, entonces, que se estuvieran alejando?

El archimago se encontró reflexionando acerca de las airadas palabras de Danilo. ¿Cuánto había sacrificado por una causa noble? Incluso para alguien que se esforzaba por conocerse a sí mismo, aquél era un pensamiento perturbador.

En su villa, cerca de la torre de Báculo Oscuro, Kymil Nimesin se apartó un poco de su bola de cristal. Su faz angulosa expresaba una profunda preocupación. Quizá debería haber hecho caso a la advertencia de Elaith Craulnober sobre Danilo Thann.

Incluso en el caso de que fuera el tonto que aparentaba ser, había conducido a Arilyn hasta Khelben Arunsun. De todas las personas relacionadas con los Arpistas, Báculo Oscuro era quien tenía más posibilidades de conocer los secretos de la hoja de luna. Pero, dado que le era imposible observar mágicamente a la semielfa dentro de la torre, no tenía ni idea de qué le habría dicho el archimago. Por suerte Khelben había sido lo suficientemente estúpido para mencionar fuera de la torre adónde se dirigían Arilyn y Danilo: al alcázar de la Candela. Kymil lanzó una maldición; allí tampoco podría espiarlos. Si quería que su plan tuviera éxito tenía que moverse ya. Kymil se volvió hacia su ayudante.

—Filauria, haz pasar al grupo de mercenarios.

La encantadora *etrielle* obedeció al instante. A los pocos minutos regresó con un grupo de aventureros humanos que se habían entretenido bebiendo cerveza y jugando a dados mientras esperaban a que Kymil los llamara.

El elfo dorado contempló largamente a los hombres que Elaith Craulnober le había recomendado para aquella tarea. El jefe era Harvid Beornigarth, un zafio gorila de un solo ojo; el desafortunado resultado de un ataque bárbaro. Harvid debía su enorme tamaño a su padre, y el parche que le cubría la cuenca de un ojo a Arilyn Hojaluna. El guerrero tenía unos formidables brazos musculosos y era conocido por su maestría en el manejo de la maza tachonada de púas. Los otros cuatro hombres del equipo eran igualmente fuertes y presentaban el mismo aspecto descuidado. A todas luces formaban una fuerza realmente formidable. Eran precisamente lo que necesitaba Kymil.

—Bueno, Harvid, parece que finalmente tendrás la oportunidad de vengarte por el ojo que perdiste —dijo Kymil a modo de saludo, juntando las yemas de los dedos en gesto de satisfacción.

—¿Dónde está la gris? —gruñó el gigantón, alzando su maza.

—Espero que tu habilidad sea tan grande como tu entusiasmo —replicó Kymil secamente—. Tendrás tu oportunidad antes de que el sol vuelva a salir. Mira.

Kymil agitó los dedos sobre la bola de cristal, en la que apareció la imagen de una plaza ajardinada. Unas cuantas personas paseaban por ella disfrutando de la soleada mañana otoñal.

—Es la plaza del Bufón. ¿La conoces? Bien. La semielfa y su compañero, Danilo

Thann, llegarán allí antes del alba. Sólo hay dos formas de salir de la plaza. —Kymil señaló un gran espacio vacío entre dos edificios—. Seguramente intentarán salir por aquí. Vosotros se lo impediréis a cualquier precio. Los acecharéis desde aquí, desde este callejón.

»Y los mataréis a los dos —añadió, alzando su adusto rostro hacia los mercenarios. La elfa, que lo veía y escuchaba todo con atención de pie detrás de la silla del maestro de armas, ahogó una exclamación de sorpresa.

Harvid Beornigarth tenía sus dudas. Hizo una mueca y se rascó el parche con un dedo enorme y mugriento.

—¿Algún problema? —inquirió Kymil con calma.

—Bueno, sí —admitió Harvid—. Resulta que conozco al joven lord Thann.

—Ya. ¿Y?

—Que no quiero matarlo.

—Caramba, no te creía tan sentimental —lo reprendió el elfo.

—No es nada personal. Pero no me gusta meterme con la nobleza. Su familia es poderosa.

—No te apures por eso —resopló Kymil—. Créeme, la muerte de Danilo no será una gran pérdida para la familia Thann. Es el sexto hijo, un holgazán y un estúpido.

—La voz del elfo se endureció—. Matarás a Danilo Thann. Es el precio que exijo por darte la vida de Arilyn Hojaluna.

El ojo bueno de Harvid Beornigarth recuperó el brillo.

—¿Me darás el oro que me prometiste cuando te traiga su espada?

—Pues claro —le aseguró Kymil—. Ahora ve.

—He visto a la semielfa luchar —dijo Filauria cuando los mercenarios se marcharon pisando con fuerza—. Tus mercenarios son hombres muertos.

—Por supuesto, querida mía —replicó Kymil dándole unos golpecitos en la palma de la mano—. Pero son totalmente prescindibles.

—Si Harvid Beornigarth y sus hombres no pueden matar a la semielfa, ¿por qué los envías? —inquirió la *etrielle*, perpleja.

—No quiero a Arilyn muerta. Lo único que quiero es devolver a la espada todo su potencial —respondió Kymil con voz serena—. Harvid Beornigarth es el medio para lograr ese fin. A primera vista parece peligroso, y él y sus hombres deberían ser capaces de poner en apuros a Arilyn. Estoy seguro de que Bran Skorlsun saldrá de las sombras si cree que la vida de su hija corre peligro. Y él lleva el ópalo.

La primera cosa que Arilyn notó del alcázar de la Candela fue que el aire era bastante más cálido que en Aguas Profundas. «No es de extrañar —pensó, aún aturdida—, nos hemos materializado a centenares de kilómetros al sur de la Ciudad de los Prodigios.»

Frente a ellos se alzaba la biblioteca, una enorme Ciudadela de piedra gris pálido rodeada por murallas, encaramada en lo alto de una rocosa costa. Pese a lo austero del escenario, el aire de finales de otoño era agradable y cálido gracias a la fuerte brisa que soplaba del mar de las Espadas.

—¿Qué queréis? —tronó una poderosa voz. Entonces Arilyn se fijó en la pequeña torre situada en la entrada de la muralla que protegía el alcázar. De ella salió un hombrecillo arrugado.

El custodio de la puerta era un hombre delgado y encorvado, con una piel tan reseca y amarillenta como pergamino antiguo. No obstante, lo envolvía tal aura de poder que Arilyn dudó que alguien osara desafiarlo.

—Solicitamos el acceso a las bibliotecas. El archimago Khelben Arunsun de Aguas Profundas nos ha enviado para buscar información sobre un arma elfa mágica. —Danilo entregó el rollo al custodio. El anciano echó una mirada al símbolo y asintió.

—¿Quiénes sois?

—Soy el aprendiz de Báculo Oscuro —respondió Danilo con una mezcla de orgullo y apropiada modestia, al tiempo que se erguía—. Danilo Thann, y me acompaña una agente de los Arpistas.

—Buena tapadera —murmuró la semielfa, inclinándose hacia el noble—. Recuérdame que nunca juegue a cartas contigo. —Danilo esbozó una sonrisa de complicidad.

El custodio, sin reparar en el intercambio de palabras, rompió el sello y leyó rápidamente la carta de introducción de Khelben.

—Podéis entrar —dijo. Inmediatamente la puerta se abrió y por ella salió un hombre ataviado con una túnica, que inclinó la cabeza hacia el custodio.

—Hojas de luna —se limitó a decir el anciano, y el recién llegado volvió a inclinar la cabeza.

—Me llamo Schoonlar —se presentó. Era un hombre de estatura mediana y esbelto, con facciones corrientes y cabello que no llamaba la atención. A esto se le añadía una ropa del color del polvo—. Yo os ayudaré en vuestra investigación. Si sois tan amables de seguirme...

El hombre los guió al interior de la torre y después por una escalera de caracol. Los tres pasaron por un piso tras otro llenos de rollos y tomos, donde copistas e iluminadores copiaban laboriosamente libros raros, y los estudiosos se empapaban de la sabiduría acumulada durante siglos. Situada a medio camino de dos de las mayores ciudades costeras —Aguas Profundas y Calimport—, y justo al este de las islas Moonshaes del sur, los muros del alcázar de la Candela custodiaban los conocimientos de las tres regiones: el norte, las tierras desérticas del sur y las antiguas culturas de las islas.

Finalmente llegaron a un piso casi en la parte superior de la torre. Schoonlar sacó un gran libro y lo colocó sobre un atril.

—Este libro os servirá para comenzar vuestra investigación. Contiene una colección de relatos acerca de elfos que han esgrimido hojas de luna. Puesto que son pocos los dueños de tales armas que pregonan los poderes de sus espadas, en general dependemos de lo que han escrito observadores.

Schoonlar abrió el libro las primeras páginas, que comprendían un índice.

—Que vosotros sepáis, ¿cuál fue el primer poseedor de la hoja de luna en cuestión? —preguntó.

—Amnestria —contestó Arilyn.

—Lo siento. No consta —dijo Schoonlar, después de recorrer con el dedo la lista de nombres.

—Prueba con Zoastria —sugirió Danilo.

El rostro del estudioso se iluminó.

—El nombre me suena. —Rápidamente encontró el pasaje que buscaba y fue disparado a buscar más información. Danilo empezó a leer en voz alta:

—«En el año 867, según el cómputo de Los Valles, yo, Ventish de Somlar conocí a la aventurera elfa Zoastria. Ésta buscaba información acerca de su hermana gemela Somalee, la cual había desaparecido durante una travesía marítima entre Kadish y la Isla Verde.»

«Kadish era una ciudad elfa situada, creo, en una de las islas Moonshaes —le explicó Danilo levantando la vista del libro—. Hace mucho tiempo que desapareció. Y a Siempre Unidos se la conocía en el pasado como Isla Verde.

—Continúa —le pidió Arilyn.

—«A veces, Zoastria era vista en compañía de una elfa tan igual a ella como su reflejo en un espejo. En una ocasión Zoastria confesó que poseía la facultad de llamar a la otra elfa y darle órdenes, algo que hizo con menos frecuencia durante el tiempo que la conocí.» —Danilo hizo una pausa y señaló una nota escrita con letra pequeña debajo del pasaje—. Esta nota fue añadida por los copistas que compilaron este volumen: «Zoastria murió sin descendencia, y la hoja de luna pasó al primogénito de su hermano menor. El nombre del heredero era Xenophor».

Danilo buscó en el índice, encontró una entrada con ese nombre y fue al pasaje en cuestión. Tras leerlo rápidamente, sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué dice? —preguntó Arilyn, impaciente.

—Al parecer, Xenophor tuvo una pequeña diferencia de opinión con un dragón rojo, y la bestia trató de incinerarlo. El cronista cuenta que Xenophor salió indemne y que, por tanto, era inmune al fuego. —Regocijado, el noble propinó un codazo a la semielfa en las costillas, al tiempo que le recordaba—: ¿No te lo dije?

—Sigue leyendo.

—Aquí hay algo que quizás os interese —interrumpió Schoonlar, y entregó a Danilo un antiguo pergamino agrietado—. Es el linaje de la espada de Zoastria.

Danilo cogió el rollo y lo estiró cuidadosamente. Sobrecogida, Arilyn miró la elegante caligrafía. Tenía ante sus ojos los nombres de sus antepasados, elfos que también habían llevado la espada que ahora pendía de su cinto. La semielfa había crecido sin saber nada de su familia, y ahora el pergamino le ofrecía la herencia elfa que le había sido negada. Reverentemente acarició las runas con un dedo, recorriendo suavemente las finas líneas que conectaban a los elfos. Danilo le concedió un momento antes de proseguir.

—Aquí hay algo. Dice que Dar-Hadan, el padre de Zoastria, tenía más de mago que de guerrero, por lo que imbuyó a la espada con el fuego azul para advertir del peligro físico.

—Eso ya lo sabemos. Continúa.

Trabajaron todo el día y hasta bien entrada la noche, ayudados por el servicial Schoonlar. Así, poco a poco fue emergiendo una imagen fascinante; una saga de héroes elfos y cómo la espada mágica había ido adquiriendo nuevos poderes. Fueron siguiendo el ovillo hasta llegar a Thasitalia, una aventurera solitaria. Con ella la espada desarrolló la capacidad de advertir mediante sueños, de modo que la elfa podía dormir sola en el camino sin miedo a ser sorprendida. Basándose en la fecha del fallecimiento de Thasitalia, dedujeron que ella había sido la tía abuela que había pasado la espada a Amnestria. Pero en ningún libro se mencionaba a esta última.

—Pronto va a amanecer —gruñó Arilyn—, y no hemos averiguado nada que nos acerque al asesino de Arpistas. Ha sido una pérdida de tiempo.

—No del todo —repuso Danilo, estirándose lánguidamente—. Sabemos qué poder imbuyó a tu espada cada uno de los dueños que ha tenido, con la excepción de ti y de tu madre.

—Yo nunca podré añadir un nuevo poder mágico a la hoja de luna, porque falta el ópalo. Toda la magia se origina en él, y la espada la va absorbiendo gradualmente. No estoy segura de si mi madre añadió un poder... —La semielfa se interrumpió.

—¿Qué pasa? —inquirió un Danilo súbitamente alerta.

—La puerta elfa —dijo Arilyn en voz baja—. Tiene que ser eso.

—¿Cómo? —El noble parecía perplejo.

La semielfa desenvainó la espada y señaló la runa situada más cerca de la punta.

—En El Dragón Borrachín el mago Coril descifró esta runa: dice «puerta elfa». —El rostro de Arilyn se fue animando mientras daba golpecitos al antiguo pergamino desplegado ante ellos—. Aquí se detalla la historia de la hoja de luna desde que fue forjada hasta que llegó a manos de mi madre. Ha tenido siete dueños y conocemos siete poderes mágicos de la espada: es muy rápida, brilla para avisar que se aproxima peligro, avisa silenciosamente de un peligro ya presente, envía sueños de advertencia,

protege del fuego, crea ilusiones en torno al poseedor y la sombra elfa. —Mientras enumeraba las diferentes capacidades, las marcaba con los dedos.

—Continúa —la apremió Danilo, contagiándose de su excitación.

—Mira la espada —dijo la semielfa en tono triunfante—. Hay ocho runas. La última, la puerta elfa, tiene que ser el poder que mi madre imbuyó a la espada. ¡Tiene que ser éste! —Arilyn se volvió hacia Schoonlar y le preguntó—: ¿Puedes comprobar si tenéis alguna información sobre algo llamado «puerta elfa»?

El ayudante hizo una inclinación de cabeza y se retiró. Regresó casi al instante profundamente turbado.

—Los archivos están precintados —anunció.

Arilyn y Danilo intercambiaron una mirada de preocupación.

—Bueno, ¿y quién puede desprecintarlos? —preguntó Danilo. Schoonlar vaciló, por lo que el noble añadió con voz persuasiva—: Seguro que no hará ningún mal que nos digas los nombres.

—No, supongo que no —admitió el hombre—. Las únicas personas que pueden abrir los archivos son la reina Amlaruil de Siempre Unidos, lord Erlan Duirsar de Evereska, Laeral la maga y Khelben Arunsun de Aguas Profundas.

El semblante de Arilyn se ensombreció.

—Lo sabía —dijo—. Khelben ya tiene todas las respuestas, ¿verdad?

—No me sorprendería que ya tuviera bastantes —admitió Danilo.

—¿Por qué nos mandó aquí?

—Como todas las personas aliadas con los Arpistas, a Khelben le gusta guardar secretos —explicó el noble—. Y también le gusta coleccionarlos. Si le falta alguna pieza del rompecabezas seguramente pensó que nosotros la encontraríamos.

—¿Cómo por ejemplo?

—Pues quién se esconde tras los asesinatos, supongo.

—Eso ya lo sé —afirmó Arilyn con tristeza.

—¿Ah sí? —Danilo se incorporó de repente.

—Estoy casi del todo segura. Pero no sé qué es la puerta elfa ni qué relación tiene con los asesinatos.

De pronto Danilo se quedó muy quieto.

—Bran Skorlsun —dijo al fin con voz queda—. Por todos los dioses, él tiene que ser la conexión. —El noble se levantó bruscamente—. Vamos. Tenemos que regresar a la torre de Báculo Oscuro. Inmediatamente.

Cuando sus pies pisaron de nuevo el suelo en la plaza del Bufón, Arilyn ya se había recuperado de su insólito acceso de docilidad. La semielfa salió de entre los dos robles negros gemelos que flanqueaban la puerta dimensional invisible, se volvió hacia Danilo y le bloqueó el paso.

—Justo antes de abandonar el alcázar de la Candela pronunciaste un nombre. ¿Quién es ese Bran Skorlsun y qué tiene que ver conmigo?

—Mi querida Arilyn —replicó Danilo con su afectada manera de hablar—, todavía no ha amanecido, ¿y tú quieres quedarte aquí y charlar? A mí no me gusta estar en las calles a esta hora. —El noble lanzó una mirada inquieta por encima del hombro de la semielfa hacia la plaza vacía—. Por los dioses, ¿es que el tío Khelben no conoce ninguna puerta dimensional en una calle más elegante?

Arilyn parpadeó, desconcertada por el súbito y radical cambio de comportamiento de su compañero.

—¿Pero qué mosca te ha picado ahora?

—Me parece que no te entiendo —repuso él con ligereza, tratando de pasar al lado de Arilyn. Pero ella no se movió.

—¿Quién rayos eres, Danilo Thann? ¿Qué hombre se esconde bajo esos terciopelos y esas joyas?

—Un hombre desnudo —respondió Danilo en tono de chanza—. Pero, por favor, si quieres comprobarlo por ti misma...

—¡Ya basta! —exclamó enfadada la semielfa—. ¿Por qué finges ser lo que no eres? Tú eres inteligente y un buen luchador, además de un prometedor y estudioso mago. ¡Ya no me trago que seas un estúpido y no permitiré que me trates como si yo lo fuera!

—No lo haré —contestó Danilo con gentileza.

—¿Ah no? ¡Entonces, déjate de tonterías y responde mi pregunta! ¿Quién es Bran Skorlsun?

—Muy bien. —El noble se inclinó hacia ella y habló lo más bajito que pudo—. Es el explorador Arpista del que nos habló Elaith Craulnober. Su misión consiste en encontrar Arpistas falsos o renegados.

—¿De veras? ¿Cómo has obtenido esa información? Tal vez tú también eres un agente Arpista.

—¿Yo, un Arpista? —Danilo retrocedió y se rió a carcajadas—. Mi querida muchacha, esta broma sería muy celebrada en determinados círculos.

—Entonces no te importará que lea esto. —Hábilmente Arilyn sacó del bolsillo de Danilo la nota que le había entregado Khelben Arunsun. Decía así: «El alcázar de la Candela está protegido de la observación mágica. Sólo tienes que fingir lo justo

para convencer a Arilyn.»

La semielfa alzó hacia Danilo unos ojos acusadores en los que relampagueaba la furia.

—Vamos, bardo, cántame una canción, una canción sobre un hombre con dos caras.

Antes de que Danilo pudiera replicar, un gato lanzó un agudo maullido de protesta en el callejón situado a sus espaldas, seguido por un juramento ahogado. Danilo lanzó una inquieta mirada hacia el oscuro callejón y luego miró la hoja de luna. La espada relucía con una suave luz azulada. El noble cogió a Arilyn por los hombros y le dio la vuelta con firmeza, instándola a avanzar.

—Hablaemos de eso más tarde —dijo en voz baja—. Creo que alguien nos acecha.

La semielfa se rió con sorna.

—Noticias frescas, lord Thann.

—Ha llegado tu hora, gris —gruñó una voz desde el callejón.

Olvidando el enfado, Arilyn giró sobre sus talones hacia el callejón, empuñando ya la espada. Harvid Beornigarth emergió de las sombras seguido de cerca por un par de sus matones. La luz de las farolas se reflejaba en la calva de Harvid y en su oxidada armadura. Si no hubiese sido por su descomunal corpulencia y su aire de confianza en sí mismo, su aspecto hubiera resultado más cómico que amenazante. El patán cruzó los brazos sobre su cota de malla oxidada y miró a la semielfa con maligna satisfacción.

—¿Ves? Ya te lo decía yo —murmuró Danilo—. ¿Por qué nadie me escucha nunca?

Arilyn fulminó con la mirada al enorme mercenario.

—¿Es que aún no has tenido suficiente? —le preguntó en tono de desprecio—. Ya deberías haber aprendido que no puedes ganarme.

El rostro del hombretón enrojeció de rabia y se llevó una mano al parche del ojo.

—Esta vez no podrás conmigo —juró Harvid, agitando su maza con púas hacia la semielfa.

—Pobre, parece que le cuesta aprender —comentó Danilo.

El ceño del mercenario se acentuó. Ladró una orden y dos rufianes más salieron del callejón.

Danilo lanzó un largo silbido.

—Cinco contra dos. Quizá debería haberme callado la boca.

Pero Arilyn se limitó a encogerse de hombros y sentenciar:

—Así es como luchan los cobardes.

El insulto de la semielfa acabó con la última pizca de control de Harvid Beornigarth. Con un bramido cargó contra ella como un buey enloquecido,

blandiendo salvajemente la maza. Ágilmente Arilyn esquivó el golpe. El combate había empezado.

La furia que sentía Harvid imprimía velocidad y fuerza a la maza. Maldiciendo y rugiendo atacó una y otra vez a la semielfa. Su delgada rival se vio obligada a luchar a la defensiva y a concentrar todos sus esfuerzos en esquivar y parar las continuas arremetidas del mercenario.

Cuando le fue posible, echó una mirada a Danilo. El noble estaba en dificultades; los cuatro compinches de Harvid lo habían rodeado. Seguramente habían recibido instrucciones de su jefe de que le dejaran a Arilyn a él.

Un escalofrío de terror recorrió a la aventurera. Era consciente de que, aunque Danilo era hábil en el manejo clásico de la espada, no podría contener por mucho tiempo a cuatro avispados luchadores. Tendría que ayudarlo, y rápido.

Justo cuando pensaba esto, uno de los rufianes superó la guardia de Danilo. Una hoja chocó contra la empuñadura del arma del noble, adornada con piedras preciosas, se desvió y le abrió un profundo tajo en el antebrazo. La espada se le cayó de la mano y repiqueteó contra el suelo, y en la seda amarilla de la camisa surgió una brillante mancha roja. Uno de los matones sonrió ampliamente y dio un puntapié al arma para alejarla.

Una fría cólera se apoderó de Arilyn, la cual se transformó al instante en una vengadora elfa. Interrumpió el duelo con Harvid Beornigarth y se volvió contra los atacantes de Danilo. La hoja de luna acabó con el matón que tenía más cerca con sangrienta eficiencia. A continuación empujó violentamente a Danilo hacia el estrecho hueco entre los robles gemelos. Entonces giró sobre sus talones y se colocó entre el noble herido y desarmado y sus tres atacantes. Éstos avanzaron, y en la reluciente espada de Arilyn se reflejaron los primeros rayos del sol mientras mantenía a raya a los tres rufianes.

Harvid Beornigarth se había quedado solo y apartado después de que su presa lo dejara plantado, negándole la lucha. La maza le pendía a un costado, y la mandíbula le colgaba flácida sobre su doble papada. Durante unos momentos contempló la pelea con estupefacta expresión. Su único ojo se entrecerró y alzó la maza, presta para matar. Pero inmediatamente se dio cuenta de que no podría llegar hasta la semielfa sin golpear a sus propios hombres. No sería él quien se negara a sacrificar a sus hombres si la situación lo requería, pero entonces tendría que enfrentarse solo contra aquella furia elfa.

¡Maldita gris! Harvid se dejó caer sobre una caja allí tirada e hizo una larga e irritada inspiración. Entonces su cerebro decidió funcionar —cosa inaudita en él—, y el hombretón soltó aire pausadamente y se acomodó sobre la caja. Iba a contemplar el espectáculo cómodamente sentado. A decir verdad, Harvid Beornigarth no sentía el más mínimo deseo de reunirse con sus hombres en el reino de los muertos. Dejaría

que la elfa gris se cansara y utilizara toda su temible cólera contra sus leales hombres. Todo lo que él quería era verla muerta. Si sus hombres no lo lograban al menos la cansarían. Una vez más, Harvid Beornigarth se llevó una mano al parche, y se dispuso a esperar a que le llegara la oportunidad.

Arilyn no pensaba ni en Harvid ni en sus posibles planes. Toda su voluntad y fuerza estaba volcada en la lucha contra los tres matones. Normalmente no le hubiera importado que fuesen tres contra una, pero apenas había dormido en las tres noches desde su llegada a Aguas Profundas. Se sentía casi exhausta, y los brazos le pesaban como si los moviera dentro del agua.

Uno de los hombres levantó el acero muy por encima de su cabeza y lo descargó sobre la semielfa. Mientras la aventurera paraba aquel golpe, otro de los hombres aprovechó que tenía el cuerpo desprotegido para lanzarle un ataque bajo con un cuchillo largo. Arilyn propinó una tremenda patada al brazo del hombre y el cuchillo salió volando. A continuación la hoja de luna le rebanó limpiamente el gaxate.

Pero la muerte de ese adversario costó cara a la semielfa. Uno de los dos matones que quedaban le descargó un golpe en el brazo derecho. Con gran esfuerzo la aventurera trató de olvidar el punzante dolor que sentía y fingió que se tambaleaba al tiempo que soltaba la hoja de luna al suelo. Los dos hombres se le acercaron, seguros de poder acabar fácilmente con la semielfa desarmada.

A escondidas Arilyn sacó una daga de una bota, se irguió y con ese mismo movimiento hundió la daga bajo las costillas de uno de sus atacantes. Por el rabillo del ojo vio que el otro hombre blandía una espada hacia ella. Arilyn se apartó a un lado, y la espada atravesó al hombre que la semielfa acababa de matar con la daga.

Mientras rodaba sobre sí misma, agarró la hoja de luna y se puso de pie con la agilidad de un gato. En tres rápidos golpes despachó al último de sus atacantes. La lucha había acabado. Arilyn no pudo ver a Danilo, por lo que supuso que había escapado de la plaza. La plaza del Bufón parecía oscilar, y la semielfa tuvo que apoyar la hoja de luna sobre los adoquines e inclinarse sobre ella. La herida no era de gravedad, pero las noches sin dormir le pasaban factura. En su mente oía una dulce vocecita que le susurraba que se echara a descansar.

El sonido de unos aplausos lentos y mesurados la transportaron de vuelta a la realidad.

—Caray, qué espectáculo —comentó cínicamente Harvid Beornigarth. El hombretón se levantó de la caja y anduvo hacia la semielfa pavoneándose y con la maza en una de sus manazas. Se detuvo justo fuera del alcance de la hoja de luna y le dijo con sorna—: Es hora de pasar cuentas.

Harvid alzó la maza hacia lo alto y la descargó con toda su fuerza. Arilyn reaccionó a tiempo para desviar el mazazo, pero el impacto la hizo caer de rodillas. El dolor estalló en su brazo herido, y la visión se le nubló. Resueltamente, parpadeó,

para aclararse la vista y desdeñó el dolor, justo a tiempo de ver cómo Harvid, con una maligna sonrisa en los labios, levantaba la maza para darle el golpe de gracia. La aventurera concentró toda la energía que le quedaba en rodar a un lado para esquivar el mazazo.

El choque apagado del metal contra la madera resonó por la plaza. Arilyn alzó los ojos. Justo donde ella había estado momentos antes vio a un hombre alto con una capa oscura. Había sido su resistente vara la que había parado el golpe de la maza. Harvid se tambaleó hacia atrás, asombrado de la aparición del alto luchador. El salvador de Arilyn avanzó hacia él y hundió la punta de la vara bajo la cota de malla del zafio mercenario —que le quedaba demasiado corta— y en su barriga. Con un sonido gutural Harvid se inclinó por la cintura. La vara trazó un círculo y cayó con fuerza sobre el cuello del hombretón. Se oyó el ruido de un hueso al romperse, y Harvid Beornigarth se desplomó.

Arilyn se levantó dificultosamente. Su primera reacción fue de enfado por el hecho de que alguien hubiera interferido en el duelo.

—Me las podía arreglar sola —espetó a su salvador.

—De nada —fue la fría respuesta de éste.

En ese momento Danilo salió de entre los árboles. Parecía aturdido y se sujetaba la cabeza con una mano. Sorprendida de verlo, Arilyn dio la espalda al alto desconocido.

—Creí que habías huido —le dijo.

—No. Sólo perdí el sentido; más de lo normal, quiero decir. ¿Estás bien? —preguntó mirando preocupado la manga de la aventurera desgarrada y ensangrentada.

—Es sólo un rasguño. ¿Cómo estás tú?

—Lo mío es más que un rasguño, pero sobreviviré, creo. —El noble retiró la mano de la frente para mostrarle un buen chichón—. ¡Por los dioses, Arilyn, eres más peligrosa que esos asesinos! No tenías por qué lanzarme contra el árbol de ese modo. Si querías que me quitara de en medio sólo tenías que decírmelo. —Entonces reparó en el desconocido y preguntó—: ¿Quién es tu amigo?

El hombre se volvió hacia Arilyn al tiempo que se echaba hacia atrás la capucha que le ocultaba el rostro. Era menos joven de lo que sugerían su modo de luchar y su cabello negro como el azabache, y tenía un rostro curtido y surcado por arrugas producidas por el paso del tiempo. Arilyn reconoció en él al desconocido que había visto en La Casa del Buen Libar la noche que el Arpista bardo había sido asesinado.

—Que Mystra nos ampare —murmuró Danilo—. Pero si es Bran Skorlsun.

Antes de que Arilyn pudiera pronunciar palabra, un estallido cegador de luz azul la envolvió y la lanzó contra el suelo. Instintivamente alzó los brazos para protegerse los ojos.

En la plaza resonó nuevamente el sonido de la lucha, pero Arilyn había quedado

temporalmente cegada por la explosión. Se frotó los ojos para tratar de librarse de aquellos puntitos revoloteantes que le oscurecían la visión. Primero recuperó la infravisión elfa, que le permitió distinguir la imagen multicolor del alto Arpista batiéndose con su vara de madera. En la noche resonaba furiosamente el sonido del entrecocar de madera y metal.

Pero no podía ver nada más. Bran Skorlsun luchaba contra algo incorpóreo que no emitía ningún calor. A medida que fue recuperando la visión normal la forma del segundo luchador se fue haciendo más nítida.

Era indudablemente una forma elfa, esbelta, oscura, ágil y, de algún modo, insustancial. Arilyn sentía los latidos de su propio corazón que le resonaban en los oídos mientras contenía la respiración y esperaba para poder echar un vistazo a la cara del elfo.

Los luchadores cambiaron de posición, y el luchador elfo giró hacia ella. Arilyn, estremecida, soltó el aire. Sí, era una luchadora elfa y le resultaba muy familiar.

—Es exactamente como tú —dijo Danilo a su espalda—. ¡Por todos los dioses! Es la sombra elfa de la que hablaba aquella antigua balada, ¿verdad?

—Sombra y sustancia —musitó Arilyn—. ¿Pero cuál de nosotras es cuál? —Los sentimientos de furia y amargura dieron una inyección de energía a la semielfa, que alzó la hoja de luna y cargó contra su sombra. El primer golpe debería haber partido a la criatura por la mitad. La espada la atravesó sin hacerle ningún daño, pero Arilyn continuó luchando contra su sombra. La hoja de luna pasó una y otra vez a través de la sombra elfa y de la centelleante espada que ésta empuñaba.

—¡Arilyn, para! —gritó Danilo, dando vueltas alrededor de la enfurecida batalla y tratando, sin éxito, de llamar la atención de la semielfa. En vista de que no podía detenerla sin que uno de los tres luchadores lo matara, el joven mago dio media vuelta y corrió hacia un banco. De la madera sobresalía un clavo oxidado, que Danilo arrancó. Entonces lo apuntó a Arilyn y rápidamente pronunció las palabras de un encantamiento ejecutando los gestos apropiados.

El clavo desapareció de su mano y Arilyn se quedó paralizada en medio de una estocada con la hoja de luna en alto. Danilo se abalanzó sobre ella, la agarró por la cintura y la arrastró lejos de la pelea. El cuerpo de la semielfa estaba rígido como una estatua, y el noble lo apoyó contra un olmo.

—Escucha —le dijo gravemente—. Siento haberte hecho esto pero tenía que detenerte antes de que, accidentalmente, mataras al Arpista. Después te arrepentirías, créeme. Ésta no es tu lucha, Arilyn. No puedes hacer daño a esa cosa con la hoja de luna; ella es la hoja de luna. ¿Es que no lo ves? Si te dejo ir, ¿me prometes portarte bien?

La mirada de Arilyn tenía un brillo asesino.

—No, ya veo que no —dijo Danilo con un suspiro. Puesto que nada más podía

hacer esperó junto a la paralizada semielfa el resultado del duelo entre los dos extraños rivales. Mientras miraba cómo luchaban se preguntó si Arilyn repararía en el parecido que había entre la sombra elfa (su reflejo) y el maduro Arpista, que era su padre. El noble rezó para que no.

Los ojos elfos de Arilyn no reflejaban reconocimiento sino el miedo de un animal atrapado. Danilo sintió que lo invadía el remordimiento.

—Sauce —murmuró, y Arilyn quedó libre del hechizo. El brazo de la semielfa que sostenía la hoja de luna en lo alto descendió de repente, y la espada cayó ruidosamente sobre el suelo de adoquines. Arilyn ni se dio cuenta, pues su mirada seguía fija en la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

La extraña pareja se batía con ferocidad. La espada y la vara giraban y entrechocaban. La sombra elfa dirigió un amplió cortapiés hacia su rival. Pero, con una sorprendente agilidad, el Arpista saltó. Su manto se abrió y flotó hacia abajo al caer al suelo, dejando al descubierto una piedra azul brillante de gran tamaño que le colgaba de una cadena.

Al ver la gema los ojos de la sombra elfa se abrieron desmesuradamente y sus facciones, asombrosamente semejantes a las de Arilyn, se contrajeron en una expresión de triunfo. La hoja de luna se desplazó sobre los adoquines, como si estuviera viva, en dirección a la sombra elfa. En un abrir y cerrar de ojos la sombra empuñaba la espada con una mano y arremetía con su propia arma fantasmal para arrancar el colgante con el ópalo del cuello de Bran Skorlsun.

La hoja de luna llameaba con luz azul y, en respuesta, el ópalo también empezó a destellar. Los dos haces convergieron entre las manos de la sombra elfa con el sonido de una pequeña explosión, y el cielo se llenó de una energía que crepitaba furiosamente. El aire se arremolinó furioso alrededor de la plaza del Bufón, convirtiéndose en una tormenta mágica que levantaba las hojas y las hacía girar en torbellinos, volcaba cajas y hacía vibrar las armaduras de los hombres caídos de Harvid Beornigarth. En medio de aquella vorágine estaba la sombra elfa, envuelta en un halo de luz azul. Sus ojos se encontraron con los de Arilyn, y por primera vez habló.

—Vuelvo a estar completa y soy libre —anunció triunfante, su nítida voz de contralto resonando por encima del fragor desatado—. Escúchame con atención, hermana. Debemos vengar muertes injustas. ¡Debemos matar a quien a ti te engañó y a mí me esclavizó!

La corriente mágica se transformó en un grito inaudible que rodeó a Arilyn y Danilo, haciendo revolotear cabellos y capas. El noble empujó a la aturdida semielfa hacia el suelo y la protegió lo mejor que pudo con su capa y su propio cuerpo.

Hubo un segundo estallido de luz, una explosión sacudió la calle y la sumió en la oscuridad.

—¡Por aquí! —gritó Siobban O'Callaigh, esgrimiendo un sable y haciendo señas a sus hombres para que la siguieran.

El ruido de la explosión y el olor a azufre del humo había atraído a un destacamento de la guardia de la ciudad, que ahora corría por un pequeño callejón en dirección a la plaza del Bufón. Al llegar allí los guardias frenaron en seco sin poder dar crédito a sus ojos.

La capitana Siobban O'Callaigh no había visto un campo de batalla tan singular desde la Época de Tumultos. Parecía que un dios furioso hubiera reunido todos los elementos de la plaza, los hubiera agitado y después esparcido sobre los adoquines como quien arroja unos dados. De un par de enormes olmos se habían desgajado varias ramas; bancos y jardineras habían sido zarandeados violentamente de un lado a otro; y cajas y desperdicios del callejón habían volado hacia la plaza. También se veían algunos cuerpos retorcidos, algunos de los cuales yacían en charcos de sangre. Pero el elemento más extraordinario de la macabra escena era una reluciente espada situada en el centro de la plaza en medio de un círculo ennegrecido. Espectrales volutas de humo todavía giraban, elevándose lentamente hacia el cielo matutino.

Mientras los guardias contemplaban la escena, uno de los cuerpos se movió. Un hombre rubio se incorporó lentamente apretándose cautelosamente las sienes con los dedos de ambas manos. Al moverse, su capa dejó al descubierto la forma yacente de una elfa. Arrodillado y de espaldas a los guardias, el hombre se inclinó en actitud protectora sobre la pálida figura y metió una mano en la bolsa que le colgaba del cinturón, de la que sacó una petaca plateada. Cuando la acercó a los labios de su compañera, en el aire flotó el inconfundible aroma almendrado del zzar. La semielfa farfulló algo, tosió y se incorporó.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Siobban O'Callaigh en un brusco tono oficial. El hombre rubio se volvió hacia ella, y la capitana de la guardia gruñó consternada y volvió a envainar el sable—. Danilo Thann. ¡Por los senos de Beshaba! Debería haber sabido que este desastre tenía algo que ver contigo.

—Capitana Siobban O'Callaigh. —Danilo se levantó vacilante—. Esta mañana tiene usted un aspecto absolutamente radiante. Y qué juramento tan interesante; muy visual, diría yo.

La capitana soltó un resoplido sin dejarse ablandar por los halagos del joven.

—¿En qué te has metido esta vez? —le preguntó.

—¿Está vivo el Arpista? —interrumpió la semielfa con voz apagada y aturdida.

—Lo estoy. —En el otro extremo de la plaza un hombre alto y vestido con ropas oscuras se levantó y se acercó lentamente a la guardia.

—¿Es que todos los malditos muertos de la plaza van a resucitar? —inquirió, exasperada, la capitana alzando las manos.

—Espero que eso no ocurra —replicó Arilyn en tono sombrío, y se puso en pie aceptando la mano que Danilo le ofrecía—. No me gustaría tener que matarlos a todos de nuevo.

—Muy bien, puesto que confieras haber matado a estos hombres, tal vez podrías explicarme qué ha pasado —pidió la capitana O'Callaigh.

—Me llamo Bran Skorlsun —intervino entonces el hombre alto—, un viajero. Pasaba por aquí y vi a unos rufianes que tendían una emboscada a estos jóvenes. Ambos lucharon para defenderse, y yo les presté mi ayuda.

—Pues parece que no lo hiciste nada mal, viajero —dijo uno de los guardias, arrodillándose junto a una voluminosa forma cubierta por una cota de mallas. Al darle la vuelta lo reconoció y lanzó un gruñido.

—Caramba, que me aspen si ése no es Harvid Beornigarth; un mercenario medio bárbaro. Era un tipo realmente repugnante, pero no un ladrón corriente. Le gusta, o mejor dicho le gustaba, meterse en todo tipo de intrigas políticas. —El guardia enarcó una ceja en dirección a Danilo y añadió—: Me pregunto qué problema debía de tener con la nobleza.

—Ninguno —replicó Arilyn con firmeza—. Su problema era conmigo.

—¿Y tú quién eres? —preguntó bruscamente O'Callaigh. La capitana se agachó para examinar mejor al hombre caído, apartándose de un manotazo una de sus trenzas pelirrojas de la cara.

—Arilyn Hojaluna.

—Es una agente Arpista —añadió Danilo elocuentemente, como si el hecho de invocar la misteriosa y respetada organización pudiera mitigar la destrucción que lo rodeaba.

Todos los guardias se quedaron paralizados. Entonces se volvieron al unísono hacia Arilyn, y varios pares de ojos brillantes se clavaron en ella.

—¿Una agente Arpista? —preguntó Siobban O'Callaigh ansiosamente—. ¿El ataque iba dirigido contra ti?

Arilyn se limitó a asentir levemente, y los guardias intercambiaron incrédulas miradas con su capitana. Uno de ellos expresó con palabras las especulaciones que todos estaban haciendo.

—¿Es posible que uno de esas sabandijas fuese el asesino de Arpistas?

—Nos anotaríamos un buen tanto si fuese así —dijo Siobban O'Callaigh con una amplia sonrisa.

—No. Ninguno de esos hombres era el asesino.

La capitana y sus hombres alzaron la vista, sorprendidos por la acerada voz con la que había hablado la semielfa. La capitana la presionó para que se explicara, pero Arilyn guardó un tenaz silencio.

La cara de O'Callaigh se puso roja de rabia y miró a Danilo para descargar sobre

él parte de esa rabia.

—¿Qué ha causado todo esto? —preguntó, abarcando con un gesto la devastación general.

—Me temo que todo ha sido culpa mía —confesó Danilo con una tímida sonrisa—. Ya sabe que con la espada soy un inútil, por lo que traté de ayudar un poco lanzando un hechizo. Y parece que no salió del todo bien —concluyó de manera muy poco convincente.

—¿Que no salió del todo bien? —resopló O'Callaigh—. Óyeme, joven, aún debes a la ciudad los destrozos que provocaste la última vez que uno de tus hechizos «no salió del todo bien».

—Juro solemnemente que pagaré todos los daños —dijo el noble muy serio—. ¿Podemos marcharnos ya?

La capitana fulminó a Danilo con la mirada.

—Es posible que creas que por ser el hijo de lord Thann puedes marcharte como si nada. Pero yo veo las cosas de modo muy distinto. Aquí hay cinco cadáveres que tendrán que ser retirados e identificados, una plaza que debe limpiarse antes de que los comercios abran y un hechizo fallido sobre el que informar.

—¿Oh, tiene que informar sobre eso? Temo que la noticia de este pequeño contratiempo pueda empañar mi reputación de mago —dijo Danilo tristemente.

—Perfecto. Puedes estar seguro de que a la Cofradía de Magos no le hará ninguna gracia lo ocurrido —repuso la capitana Siobban O'Callaigh empujando al joven aristócrata con un dedo—. La cofradía presiona a la guardia para que ponga freno al uso irresponsable de la magia. Ya es hora de que respondas ante ella. Cuando los verdaderos magos acaben contigo, no podrás ni rascarte la espalda con tu varita mágica.

—Yo no uso varita. ¿Podemos marcharnos ya? —preguntó Danilo pacientemente. Siobban O'Callaigh esbozó una desagradable sonrisa.

—Claro que sí. ¡Ainsar, Tallis! —gritó a sus hombres—. Llevaos a estos tres y encerradlos. El resto, limpiad esta porquería.

—Yo tenía otra idea en mente —protestó Danilo.

—Qué pena. Ya se lo explicarás al juez cuando acabe de tomar su desayuno. Estoy segura de que estará muy interesado en escuchar todo lo que tu muda amiga tenga que decir sobre el asesino de Arpistas.

Los dos guardias indicaron por señas al trío que los siguieran. Arilyn se inclinó para recoger la hoja de luna con la vista fija en el ópalo azul y blanco que ahora brillaba en la empuñadura. Ya se estaba enderezando cuando otra piedra, ésta ennegrecida y aún humeante, le llamó de pronto la atención. La semielfa la recogió, sin importarle quemarse los dedos, y le dio la vuelta. Entonces hundió los hombros y se la metió en un bolsillo de los pantalones.

—Quitadles las armas —ordenó O'Callaigh. El llamado Ainsar alargó la mano para coger la hoja de luna de Arilyn, pero la retiró enseguida lanzando una fuerte maldición.

—Por cierto, solamente Arilyn puede tocar esa espada —explicó Danilo con aire de naturalidad.

La capitana se mostró exasperada.

—De acuerdo —dijo—, que la semielfa conserve la espada, pero aseguraos de requisar todas las demás armas. Lleváoslos de una vez.

Con un ademán despidió al trío y a los dos guardias, y se concentró en los cadáveres esparcidos por la plaza. Ya amanecía, y sus hombres tendrían que darse mucha prisa para despejar la calle antes de que los comercios abrieran sus puertas. La capitana miraba con desaprobación todo lo que frenara las ruedas del comercio. «¡Por Beshaba! —maldijo O'Callaigh en silencio (siempre que veía a Danilo le venía a la mente la diosa del Infortunio)—, ¿por qué estas cosas siempre tienen que pasar cuando yo estoy de servicio?»

Encerrada en una pequeña celda, Arilyn Hojaluna sostenía en una mano un topacio ennegrecido. Una y otra vez pasaba un dedo sobre el símbolo grabado en la parte inferior de la piedra, como para convencerse de que aquélla no era realmente la marca de Kymil Nimesin. Desde el momento que vio la lista de Arpistas y zhentarim muertos, con ambas columnas perfectamente equilibradas como en un libro de cuentas, había sospechado que su viejo mentor estaba detrás de los asesinatos. Las palabras de la sombra elfa habían disipado cualquier duda.

Equilibrio. Kymil lo había preconizado siempre. Según él, bien y mal, salvaje y civilizado, o incluso masculino y femenino eran términos relativos. El estado ideal, decía, se lograba con el equilibrio. Y con su espantoso e incomprensible plan el elfo dorado también buscaba el Equilibrio con mayúsculas.

Pero quedaba la cuestión de por qué lo hacía. ¿Qué injusticia, qué desequilibrio podía exigir la muerte de Arpistas inocentes? ¿Por qué Kymil la había engañado a ella, una etrielle a la que conocía desde la infancia? ¿Y el Arpista, Bran Skorlsun, qué papel desempeñaba él en esa retorcida historia del asesino de Arpistas? Por muchas vueltas que le diera a la cabeza, no obtenía ninguna respuesta. Agotada y muy afectada, Arilyn acabó por dormirse en el camastro de la celda.

Cinco clérigos se afanaban en torno al cuerpo medio carbonizado de uno de los elfos más respetados y temidos de Aguas Profundas. Sus plegarias se elevaban en un poderoso canto que iba dirigido a Corellon Larethian, Señor de los Elfos.

La voz de Filauria Ni'Tessine, cantora de Círculo, se superponía a la de los

sacerdotes. Filauria poseía aquel raro don elfo que normalmente se empleaba para unir a los elfos místicamente entre sí y con las estrellas del cielo en noches en las que bailaban extáticamente. Pero ahora su canto mágico entretejía las plegarias de todos los clérigos reunidos hasta formar una sola hebra, un acorde encantado de increíble poder.

Filauria cantaba sin descanso, pálida como la cera, con los ojos iridiscentes clavados en el lord elfo al que había jurado servir. Con todas las fibras de su ser y toda la fuerza de su magia elfa innata la elfa trataba de infundir vida a Kymil Nimesin.

El sol ya estaba alto en el cielo, y la mañana había transcurrido sin que los clérigos que oraban y la cantora de Círculo que tejía su magia repararan en ello. Justo cuando empezaban a desesperar la chamuscada piel del *quessir* mudó de color, adquiriendo el típico tono de capullo de rosa amarilla de un niño elfo dorado sano.

Todavía débil pero curado definitivamente, Kymil Nimesin cayó en un sueño reparador. Las plegarias y el canto de Filauria Ni'Tessine enmudecieron, y todos exhalaban un colectivo suspiro de alivio. La agotada elfa se desplomó en una silla.

—Es imposible —musitó uno de los clérigos más jóvenes mirando alternativamente a Kymil y a Filauria con sobrecogimiento. Aunque el clérigo era poderoso y su fe firme, había creído que nada conseguiría salvar a Kymil Nimesin. Lo que Filauria Ni'Tessine había logrado era tan fabuloso que sería recordado por los bardos, y su proeza se conocería en todas las naciones elfas.

Otro clérigo, de más edad, miró a Filauria comprensivamente. Todos conocían la devoción que la joven *etrielle* sentía por Kymil Nimesin.

—Nosotros lo velaremos. Ahora debes descansar —la apremió amablemente.

La elfa asintió y se levantó. Filauria salió de la alcoba de Kymil caminando como una sonámbula y atravesó la habitación contigua. Allí era donde antes el elfo dorado guardaba su bola de cristal.

Mientras contemplaba la devastación, la elfa se maravilló de que Kymil hubiera sobrevivido a los efectos de la explosión. Las paredes de la habitación se veían quemadas, y puertas y marcos de ventanas arrancados. Ya se disponía a salir de allí cuando diminutos fragmentos de ámbar crujieron bajo sus pies.

Filauria se dio cuenta de que eran los fragmentos de la bola de cristal y pensó que, cuando se recuperara, quizá Kymil sería capaz de reconstruirla mágicamente. La *etrielle* se hincó de rodillas y con dedos temblorosos fue recogiendo uno a uno los fragmentos de cristal.

Un tintineo de llaves arrancó a Arilyn de su sueño antes de estar del todo descansada. La semielfa se incorporó y se apartó algunos mechones de pelo de los ojos mientras la puerta de la celda se abría.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Casi mediodía. Eres libre —anunció el carcelero. El arco de caza, flechas, daga y cuchillo de la semielfa cayeron ruidosamente al suelo de piedra de la celda. Le habían «permitido» conservar la hoja de luna, pero se habían llevado todas las demás armas. Arilyn se puso en pie y las recogió rápidamente.

—Vosotros tres debéis de ser muy importantes, porque Báculo Oscuro en persona ha ordenado que os suelten —comentó el carcelero—. Incluso os ha mandado vuestros caballos; están delante. Debéis presentaros ante el archimago inmediatamente.

Arilyn murmuró algo ininteligible y salió a la luz del sol. Danilo y Bran Skorlsun la esperaban. El noble, con un aspecto impecable y vestido de verde bosque, miraba detenidamente el contenido de su bolsa mágica como si hiciera inventario.

—Parece que no falta nada —anunció con profunda satisfacción. —Ah, aquí estás —dijo alzando la vista ante la llegada de Arilyn—. Ahora ya estamos todos. Bendito sea el tío Khel por hablar en nuestro favor, ¿verdad?

—Dale las gracias de mi parte. —La semielfa montó la yegua zaina y le hundió los talones en los flancos. La yegua se puso en marcha hacia el este a paso vivo. Los dos hombres intercambiaron una mirada de perplejidad.

—¿Pero adónde vas? —le gritó Danilo.

—A buscar a Kymil Nimesin.

—¿El maestro de armas? —preguntó Bran Skorlsun con gesto sombrío—. ¿Qué tiene él que ver con esto?

—Todo —contestó Arilyn.

En un abrir y cerrar de ojos ambos hombres montaron y corrieron tras de la semielfa.

—¿Kymil Nimesin es el asesino? —preguntó Bran incrédulamente cuando la alcanzaron.

—Más o menos —repuso la semielfa sin aminorar la marcha.

—¿No deberíamos comunicarlo a las autoridades? —propuso Danilo.

—No. —La voz de Arilyn era implacable—. No metas a las autoridades en esto. Kymil es asunto mío.

—Sé sensata por una vez, Arilyn —la apremió el noble alzando las manos—. Tú no puedes sola con ese hombre. Y no debes.

—No es un hombre. Es un elfo.

—¿Y qué? ¿Por eso es sólo de tu competencia? Si realmente es el asesino de Arpistas, más o menos, deberías entregarlo a los Arpistas. Ya has hecho suficiente.

Arilyn replicó en voz baja y amarga, sin mirar a Danilo:

—Si, ya he hecho suficiente.

—Entonces...

—¡No! —La semielfa se encaró con el noble—. ¿Es que no lo entiendes? Kymil no es el asesino de Arpistas. Pero él lo creó.

—Te lo ruego, querida, no me hables con acertijos antes de almorzar —le suplicó Danilo.

—Kymil me entrenó, me impulsó a llevar una vida de asesina y luego me animó a convertirme en agente Arpista. —Arilyn rió sin alegría—. ¿No lo ves? Me modeló a su capricho.

Danilo se quedó pasmado por la sensación de culpa y la angustia que se pintaban en el rostro de su compañera. Entonces alargó una mano, agarró las riendas de la yegua de Arilyn y tiró de ellas.

—No hables así —le dijo—. Tú no eres la asesina de Arpistas.

—Supongo que, con la buena memoria que tienes, te acordarás de la balada de Zoastria.

Danilo se rascó el mentón sin saber a qué venía eso a cuento.

—Sí, pero no...

—Recita el pasaje sobre cómo invocar a la sombra elfa —insistió Arilyn.

Todavía muy extrañado, Danilo repitió:

*Invocada a través de piedra y acero;  
gobiernas la imagen de ti mismo,  
pero cuidado con el espíritu  
que mora en la sombra elfa.*

—¿No lo ves? Kymil Nimesin invocó a la sombra elfa y la obligó a convertirse en la asesina de Arpistas. Éste es el topacio que llevé en la espada durante tantos años. —Arilyn se sacó del bolsillo la piedra quemada—. Éste es el símbolo de Kymil. Supongo que hechizó el topacio para poder llamar y gobernar a la sombra «a través de piedra», como dice la canción.

—Y así te vigilaba —añadió Danilo—. Si llevabas una gema encantada podía verte muy fácilmente en su bola de cristal. —El noble hizo una pausa y agitó un dedo en dirección a Arilyn como un maestro de escuela riñendo a uno de sus alumnos—. Kymil Nimesin te traicionó y empleó mal la magia de tu espada, pero eso no significa que tú hayas matado a los Arpistas.

—¿Ah no? —repuso ella amargamente—. Yo soy Arilyn *Hojaluna*. ¿Dónde acaba la espada y dónde empiezo yo? Si la sombra elfa es culpable y ella es mi reflejo, yo también tengo parte de culpa.

—No es la primera vez que veo la sombra elfa —dijo Bran Skorlsun, rompiendo al fin su silencio—, aunque en esa ocasión tenía otro rostro. No es más que la entidad de la espada y la espada es tuya, Arilyn *Hojaluna*.

—Tiene razón —convino con él Danilo—, y ahora también podrías gobernar a la sombra elfa. Fuera cual fuese su propósito, Kymil Nimesin fracasó cuando la sombra escapó de su control.

Arilyn rió con voz apagada.

—Han muerto más de veinte Arpistas. ¿Y dices que Kymil ha fracasado?

—Nosotros tres seguimos vivos —replicó el noble en tono sombrío—, y Kymil no ha conseguido la hoja de luna.

Al mediodía Kymil Nimesin se había recuperado ya por completo de la explosión mágica. Entre sus delgados dedos examinaba los diminutos fragmentos chamuscados, furioso por ser incapaz de reconstruir la bola de cristal de inestimable valor.

La esfera se había roto en mil pedazos cuando el lazo mágico que la unía con el topacio encantado se rompió. En el último instante antes de que la bola explotara, había visto una imagen que se le había grabado a fuego en el cerebro y que ahora lo atormentaba: la hoja de luna de nuevo completa pero fuera de su alcance.

Kymil no comprendía por qué la sombra elfa no le había llevado la hoja de luna restaurada. Durante más de un año la entidad había obedecido todas sus órdenes. El elfo dorado estaba tan acostumbrado a ser obedecido que ni se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que la sombra pudiera liberarse cuando el ópalo y la hoja de luna volvieran a estar juntas. Inexplicablemente, la sombra asesina —su mayor logro mágico— ya no estaba bajo su control. Había fallado en su última y vital tarea.

Kymil luchó contra el impulso de desparramar por toda la habitación los inútiles fragmentos de la bola de cristal y en vez de eso llamó a su ayudante. La siempre atenta etrielle entró discretamente.

—Filauria, envía un mensaje a la Elite de *tel'quessir*. Obviamente, ya no puedo contactar con ellos a través de la bola —añadió señalando con un ademán la pila de fragmentos chamuscados. Me reuniré con ellos en la academia, y juntos nos teletransportaremos a Evereska.

La *etrielle* hizo una reverencia y dejó a Kymil solo para que maldijera furiosamente el inesperado fracaso de su plan; no había conseguido la maldita espada. Según sus espías en la guardia, Arilyn Hojaluna, Bran Skorlsun y el sobrino de Báculo Oscuro aún vivían y estaban encerrados en el castillo de Aguas Profundas. Si esos tres unían sus cerebros era posible que lograran descubrir su propósito. Su plan había sido un completo fracaso. Tendría que recurrir al plan B.

Kymil sonrió. Conocía muy bien a su antigua alumna. Pese a su talento, Arilyn creía estar bajo la sombra de la espada. Seguro que asumiría la culpa de la asesina de Arpistas y que iría a por él para redimir su nombre y su sentido del honor. Nadie podría convencerla de lo contrario, de eso no tenía duda.

Y llevaría con ella la hoja de luna.

Los colores del bosque resplandecían bajo el brillante sol de la tarde mientras los tres jinetes se acercaban a la puerta de la Academia de Armas de Aguas Profundas, el prestigioso centro de entrenamiento de guerreros situado a varios kilómetros al oeste de las murallas de la ciudad. Arilyn, que se había mantenido extrañamente tranquila durante la cabalgata, desmontó y se encaminó a la torre de entrada. Los dos estudiantes que montaban guardia observaron a la semielfa con interés e imitaron lo mejor que pudieron a dos avezados luchadores.

—¿Qué deseas? —gruñó uno de los muchachos con insegura voz de barítono.

Al darse cuenta de que Arilyn se disponía a responder con la punta de la espada, Danilo se adelantó y tomó las riendas de la conversación.

—Somos tres agentes Arpistas. Estamos buscando a uno de vuestros instructores.

Los estudiantes consultaron entre sí con susurros, tras lo cual el futuro barítono los saludó con respeto y los dejó pasar. El otro llamó a un mozo para que se ocupara de los caballos y se ofreció para escoltarlos al despacho del director. Danilo aceptó agradecido.

—¿Tres Arpistas? —musitó Arilyn a Danilo—. ¿Tres?

El noble se encogió de hombros.

—Hemos entrado, ¿no?

Arilyn respondió con una mirada comedida y guardó silencio. El estudiante condujo al insólito trío que se confesaba de agentes Arpistas a través de un laberinto de pasillos hasta llegar al despacho del director de la academia.

El director Quentin era un clérigo fornido de cabello entrecano, que llevaba una túnica marrón con la cabeza de martillo que simbolizaba a Tempus, dios de la Guerra. Pese a que ya había pasado de la mediana edad seguía siendo ancho de espaldas y desmañado, y daba la impresión de que se hubiera encontrado más a gusto en el campo de batalla que en un despacho. En esos momentos estaba sentado tras varias pilas de pergaminos, realizando de mala gana su sedentaria tarea. Alzó la vista cuando el trío llamó a su puerta, y su rostro se iluminó ante la posibilidad de tomarse un descanso.

—Hermano Quentin, hay tres Arpistas que desean hablar con vos —dijo el estudiante.

—Sí, sí. Ya me ocupo —replicó Quentin, que se levantó de detrás del escritorio y fue a saludarlos. Con un gesto impaciente despidió al estudiante.— Hacía mucho tiempo que el Cuervo no volaba por estas partes —dijo efusivamente, y él y Bran se saludaron cogiéndose por los antebrazos.

Arilyn alzó bruscamente la cabeza para mirar a Bran Skorlsun, y una peculiar expresión pasó por su cara.

—¿Qué te trae aquí, Bran? —preguntó Quentin. El director dio al Arpista una palmada en la espalda con la familiaridad de un viejo camarada—. ¿Podrás quedarte para compartir nuestra cena y beber juntos unas cuantas cervezas?

—En otra ocasión me encantará —contestó Bran—. Mis compañeros y yo estamos buscando a uno de tus instructores: Kymil Nimesin. ¿Está aquí?

—No. —La frente del director se arrugó—. Ha pedido la excedencia. ¿Por qué?

—¿Dijo adónde iba? —inquirió Arilyn.

—Pues de hecho sí —recordó Quentin—. Creo que a Evereska.

—Evereska... —repitió Arilyn suavemente, totalmente perpleja—. ¿Hubo algo fuera de lo corriente en su petición de excedencia?

Quentin reflexionó.

—Bueno, Kymil se llevó a algunos de nuestros mejores estudiantes con él.

—¿Qué puede decirme de ellos?

El director cogió una de las pilas de pergaminos de sobre la mesa, una pila verdaderamente grande, y empezó a hojear los pergaminos. Arilyn esperó rebullendo, impaciente.

—Ah, aquí está —exclamó Quentin alegremente, agitando una hoja de pergamino—. Es la petición de excedencia de Kymil. Se ha llevado a Moor Canterlea, Filauria Ni'Tessine, Caer-Abett Fen, Kizzit Varolmo y Kermel Cantastrellas.

—Algunos son nombres elfos —comentó Danilo.

—Todos son elfos —lo corrigió Quentin—. Y, ahora que lo pienso, todos dorados. Todos fueron reclutados y entrenados personalmente por Kymil Nimesin. Debo decir que forman un grupo magnífico.

—Supongo que tendrá una ficha personal de cada alumno. ¿Podría ver la de uno de ellos? —pidió Arilyn.

—Por supuesto. ¿De cuál?

—Ni'Tessine, Filauria.

—Ah, sí —dijo Quentin—. Una espléndida estudiante. Creo que un hermano suyo estuvo en la academia hace algunos años, pero eso fue antes de que yo llegara.

—Fue hace unos veinticinco años —dijo Arilyn suavemente, al tiempo que cogía la hoja de pergamino que el director le tendía—. Éramos compañeros de clase.

—¿De veras? ¿Cómo dijiste que te llamabas? —inquirió Quentin con cordial interés. Arilyn se lo dijo, y el clérigo enarcó sus pobladas cejas—. Qué raro. Kymil dejó una nota para ti. —El hombre sacó un pequeño rollo que entregó a la semielfa.

Arilyn la leyó rápidamente y, sin hacer ningún comentario, se la metió en el bolsillo de la capa y volvió a estudiar la ficha de Filauria Ni'Tessine. Como Arilyn había previsto, la elfa dorada había seguido la costumbre de anotar la historia de su familia de manera bastante detallada. Entre sus hermanos estaba Tintagel Ni'Tessine, ex alumno de la Academia de Armas y miembro de la guardia de Aguas Profundas.

Su padre se llamaba Fenian Ni'Tessine y había fallecido el segundo día del mes de Ches del año 1321 según el cómputo de Los Valles. «Interesante —pensó Arilyn—. Fenian murió el mismo día que el rey Zaor de Siempre Unidos fue asesinado.»

Bruscamente devolvió el pergamino al director, dándole las gracias.

—Siempre estoy dispuesto a ayudar a la causa de los Arpistas —dijo Quentin efusivamente—. ¿Podrías explicarme qué está pasando?

—Lo haría con gusto, pero ahora debemos irnos —replicó Bran.

—Sólo dime una cosa —insistió el director—, ¿corre Kymil algún peligro?

—Puede apostar por ello —contestó la semielfa en tono sombrío.

Sin demasiada gentileza empujó a Bran y a Danilo fuera del despacho. Al llegar al patio de la academia se volvió hacia el Arpista y le espetó:

—¿Por qué el director te ha llamado Cuervo?

El Arpista retrocedió un paso, sorprendido por la intensidad de la pregunta.

—Mi nombre de pila, Bran, significa «cuervo» en un antiguo idioma de las islas Moonshaes. ¿Por qué lo preguntas?

—Al oírlo me ha venido a la mente algo que casi había olvidado —contestó Arilyn lentamente—. Yo estudié en la academia junto con el hermano de Filauria, Tintagel Ni'Tessine. Él siempre llevaba con él el astil roto de una flecha como si fuera un talismán. En la madera del astil había grabada una diminuta marca: un cuervo. Tintagel decía que la llevaba para no olvidar cuál era su objetivo en la vida. Uno de sus amigos me contó que el padre de Tintagel, Fenian Ni'Tessine, fue muerto por esa flecha. —Arilyn lanzó la mirada hacia el Arpista con expresión cautelosa—. ¿Era tuya esa flecha?

—No lo sé. El nombre de Fenian Ni'Tessine no me resulta familiar —respondió Bran en tono quedo. Entonces cogió una flecha de su aljaba y se la mostró a Arilyn—. ¿Es ésta la marca?

La semielfa la examinó y asintió.

—¿Te refrescará la memoria saber que Fenian Ni'Tessine murió el segundo día del mes de Ches del año 1321? El año antes de que yo naciera. —Esto último lo dijo en voz apenas audible.

—No. Lo siento.

—Quizás esto te ayudará a recordar: el rey Zaor fue asesinado ese mismo día por un elfo dorado quien, a su vez, resultó abatido por una flecha que disparó el amante humano de mi madre. —Arilyn levantó sus cautelosos ojos hacia los del Arpista—. Los ópalos no son gemas que suelen llevar los humanos, y la que tú llevabas encaja a la perfección en mi hoja de luna. ¿Me equivoco al suponer que fuiste tú quien mató a Fenian Ni'Tessine?

—No sé cómo se llamaba el elfo dorado al que disparé, pero sí, tienes razón —admitió Bran. Arilyn no tuvo que preguntar más; las líneas de dolor y pesar que

surcaban el semblante del Arpista eran respuesta suficiente. Sus miradas se encontraron un momento y se reconocieron en silencio. Entonces devolvió a Bran su flecha y se dio media vuelta, profundamente afectada.

Danilo, que había seguido la conversación en silencio, soltó un silbido largo y silencioso.

—Esto significa que Bran Skorlsun es...

—El padre de Arilyn —dijo el Arpista en tono quedo—. Te lo hubiera dicho, a su debido tiempo —añadió, dirigiéndose a la semielfa.

—Pues te lo has tomado con mucha calma —comentó Arilyn en voz baja. Entonces, endureció el gesto y añadió—: Al menos, me dirás por qué tenías tú el ópalo.

—No, no puedo —admitió Bran.

—¿Más secretos de los Arpistas? —inquirió Danilo con un toque de sarcasmo.

—No, al menos por mi parte —respondió el Arpista—. Un tribunal formado por elfos de Siempre Unidos y Maestros Arpistas decretó que yo debía custodiar la piedra hasta el día de mi muerte, pero nunca me dijeron la razón.

—Entonces tendremos que volver a la torre de Báculo Oscuro y averiguarlo —repuso Arilyn cansinamente. Con estas palabras giró sobre sus talones y se encaminó a los establos de la academia.

—Tu hija es una mujer de acción —comentó Danilo a Bran, y ambos hombres la siguieron. El Arpista asintió con aire distraído.

«Una familia muy habladora», pensó Danilo con ironía. Una leve sonrisa iluminó la faz del joven al recordar la mirada asesina que había visto en los ojos de la semielfa. El tío Khelben no sabía lo que se le venía encima.

Regresaron a la ciudad casi en silencio.

—Esperad aquí —ordenó Danilo a Arilyn y a Bran al llegar al muro que rodeaba la torre de Báculo Oscuro—. Ya ha anochecido, y tío Khelben hace horas que nos espera. Seguramente nadie ha hecho esperar al archimago desde hace mucho tiempo, y estará frenético. Dadme un momento para calmarlo. —El joven aristócrata atravesó el patio y desapareció en el muro sólido de granito de la torre.

A los pocos momentos Arilyn se dispuso a seguirlo, pero Bran la detuvo poniéndole una mano en el brazo.

—Espera —le dijo—. No es nada fácil atravesar puertas invisibles sin la ayuda de un mago.

—Yo percibo débilmente el contorno —replicó Arilyn desasiéndose—. Para los elfos no hay puertas secretas.

—Tú eres semielfa —la corrigió el Arpista suavemente pero de forma harto significativa.

El propósito de sus palabras era provocar un enfrentamiento. Arilyn se puso

tensa. Aún no estaba preparada para aceptar el parentesco y tenía que hacer esfuerzos para dominar la rabia que sentía.

—Mi madre lloró por ti durante toda su vida —dijo finalmente—. Yo nunca tuve un padre y ahora no lo necesito, pero ¿cómo pudiste abandonar a Z'beryl? ¿Cómo puede alguien hacer algo así?

—No tuvo elección.

Sobresaltados, Arilyn y Bran alzaron los ojos. Ante ellos tenían a Khelben Arunsun con Danilo a su espalda.

—Bueno, parece que el Arpista trotamundos ha regresado —observó el archimago con frialdad—. Y, como siempre, trae problemas.

Bran devolvió la gélida mirada de Khelben con otra firme y serena.

—Han pasado muchos años —dijo—. No podemos volver atrás y cambiar lo que hicimos en nuestra juventud, pero ¿por qué rechazar a los amigos con la que la compartimos? Laeral y yo hemos hecho las paces. ¿No podemos hacer lo mismo nosotros dos?

El rostro del mago se ensombreció al oír el nombre de su amada.

—¿Qué tiene que ver Laeral con esto?

—No lo suficiente, según parece —respondió Bran con tristeza—. Nuestros caminos se cruzaron poco antes de que yo tuviera que abandonar las Moonshaes. Ella se dirigía a Siempre Unidos. —De pronto, el Arpista frunció el entrecejo y miró a Arilyn—. Laeral es mi amiga, pero no me parece justo que los elfos la acepten a ella y al mismo tiempo repudien a sus familiares medio elfos.

—Tu preocupación me conmueve, pero llega un poco tarde —observó Arilyn con frío desdén.

—Basta de recriminarlo, Arilyn Hojaluna —espetó Khelben, irritado—. Si Bran no te gusta, estás en tu perfecto derecho (Mystra sabe que tampoco es santo de mi devoción) pero no lo juzgues mal. Como ya he dicho, no tuvo otra opción que dejar a tu madre. Ella tomó la decisión por él. En esos momentos él ni siquiera sabía de tu existencia.

—Es cierto —confirmó Bran tristemente.

—¿Lo entiendes? —preguntó Khelben a Arilyn, que había escuchado la explicación sin dejarse conmover.

—No.

El mago cerró los ojos, exasperado por la tozudez de la joven, e hizo señas a todos para que entraran en la torre.

En el vestíbulo Arilyn se encaró con el archimago.

—Tú lo sabías desde el principio.

—Tenía mis sospechas, sí —admitió Khelben—, pero no podía comunicártelas. Según Dan, sabes quién es el asesino. ¿Quién es?

—Responderé a su debido tiempo —replicó Arilyn con gravedad—. Primero quiero saber por qué mi... por qué Bran Skorlsun llevaba el ópalo de mi espada.

—Fue decretado por los elfos de Siempre Unidos.

—¿Por qué?

El archimago miró alternativamente a Arilyn y al maduro Arpista.

—¿Ya habéis hablado? —preguntó.

—Lo sabe —contestó Bran.

—También sabe que su madre era la princesa Amnestria —añadió Danilo.

Khelben asintió en dirección a Arilyn.

—Mejor, porque no podría explicarlo de otro modo. Amnestria se casó con un humano y quedó embarazada. Esto no es lo que los elfos esperan de sus princesas. — El mago lanzó un hondo suspiro—. En un inocente intento por tender un puente entre ambos mundos, la princesa añadió un poder potencialmente peligroso a su hoja de luna. Pero el ópalo fue retirado antes de que pudiera absorber por completo ese poder.

—Supongo que era la puerta elfa —interpoló Arilyn. Al ver que Khelben fulminaba a Danilo con la mirada, la semielfa enarcó las cejas y añadió—: Tu sobrino no descubrió el pastel. La puerta elfa es una puerta dimensional entre Siempre Unidos y Aguas Profundas. ¿Cómo, si no, el elfo que mató al rey Zaor podría haber sido hallado muerto en Aguas Profundas ese mismo día? Hubiese sido una proeza imposible.

—Impresionante. Tú sola has reunido todas las piezas del rompecabezas —la alabó el archimago.

—No —objetó Arilyn—. Todavía no entiendo por qué el ópalo fue entregado a Bran.

—Fue un castigo —repuso Khelben—. Amnestria fue desterrada y tuvo que jurar que protegería la puerta elfa. Ella sabía que mientras Bran llevara la piedra nunca podrían estar juntos de nuevo.

—¿Por qué no se me dijo nada de esto? —inquirió el Arpista.

—Porque, de haberlo sabido, habrías tenido en tus manos la llave de la puerta elfa —explicó Khelben—. Los elfos de Siempre Unidos no confiaban en ti y, como pensaban que una semielfa no podría heredar la espada, no previeron la posibilidad de un reencuentro entre padre e hija.

—Kymil se aseguró de que eso pasara —afirmó Arilyn amargamente. Ante la perplejidad de los tres hombres, la semielfa preguntó a Bran—: ¿Quién te contrató para seguirme?

—Unos Arpistas de Cormyr se pusieron en contacto conmigo.

—¿Lycon de Sune? ¿Nadasha? —preguntó Arilyn lacónicamente. Bran asintió—. Me lo imaginaba. Kymil trabajaba a menudo con ellos, pero nunca llegaron a confiar plenamente en mí. Supongo que a Kymil le resultó muy fácil convencerlos de que yo

era la asesina de Arpistas y que debían ponerte a ti tras mi pista.

—Así que Kymil Nimesin planeó el asesinato de los Arpistas para atraer a Bran hacia ti, con la esperanza de que el ópalo y la hoja de luna se reunieran —musitó Khelben—. ¿Pero para qué quiere la puerta elfa?

Arilyn esbozó una sonrisa capaz de helar los huesos.

—Me aseguraré de averiguarlo antes de matarlo.

—No puedes ir tras Kymil —se opuso el mago—. Ahora que el ópalo vuelve a estar incrustado en la espada, la hoja de luna podría ayudar a cualquiera (especialmente a un elfo) a localizar y usar el portal oculto.

—Podría encontrar a Kymil antes de que éste dé con el portal —sugirió Danilo.

—Demasiado tarde. Él ya está allí —dijo Arilyn—. Me dejó un mensaje donde me decía dónde encontrarlo.

—¿Dónde? Oh, sí. Evereska —recordó Danilo—. Dejó un mensaje diciendo que iba a Evereska. Pues le seguiremos.

—No seas estúpido, Dan —espetó Khelben—. La hoja de luna no debe acercarse a Evereska. Supongo que ya habrás deducido que la puerta elfa se trasladó allí —dijo a Arilyn.

—Sí. Tal vez la hoja de luna no puede ir a Evereska, pero yo sí. —Con estas palabras la semielfa se desciñó la espada y la ofreció a Khelben—. Toma. En tu cripta estará segura.

Pero el mago sacudió la cabeza.

—No puedes ir a Evereska sin la espada, Arilyn. Ahora que el ópalo vuelve a estar en la empuñadura, estás indisolublemente unida a la hoja de luna. Ningún poseedor de una hoja de luna activa y completa puede sobrevivir si se separa de ella cierto tiempo.

Arilyn contempló un momento la espada que tenía entre las manos y luego la arrojó al otro lado de la habitación. El arma aterrizó en el suelo ruidosamente.

—Que así sea. Me contento con vivir lo suficiente para encontrar y vencer a Kymil Nimesin.

—¿Por qué? —quiso saber Danilo. El joven la cogió por los hombros y la zarandeó—. ¿Por qué quieres malgastar tu vida?

—Mi vida nunca me ha pertenecido del todo, de modo que no soy yo quien puede decidir si vivo o renuncio a la vida —repuso ella, mirándolo desafiante—. Debo enmendar el mal uso que se ha hecho de la espada. —La voz de Arilyn era firme y totalmente desprovista de autocompasión—. Y lo haré a mi propia manera. Es posible que sea sólo medio elfa y medio Arpista, pero me niego rotundamente a ser sólo medio persona. Me niego a seguir siendo la sombra de la hoja de luna.

—Nunca ha sido así. Tú controlas la hoja de luna, no al revés —le dijo Bran.

—Si eso fuera cierto, entonces podría decidir dejarla atrás —replicó ella

tercamente.

—Supongo que será inútil tratar de disuadirte —intervino entonces Khelben.

—Sí.

—Entonces te guardaré la hoja de luna. Tienes razón al decir que debe estar aquí. Y tú también, si se me permite opinar.

—Gracias, Khelben. Querría pedirte una cosa más. ¿Puedes proporcionarme un medio de transporte hasta Evereska? ¿Tal vez un grifón con un hechizo de velocidad? —pidió Arilyn.

—Claro —repuso el mago—. Si insistes en ir a Evereska, te ayudaré a llegar. Pero con una condición, Danilo irá contigo.

—No. —El tono de la semielfa no admitía discusión—. Iré sola.

Khelben lanzó una enojada mirada a Bran, como si él tuviera la culpa.

—No hay duda de que es hija tuya. —Entonces se volvió hacia Arilyn—. Muy bien, te proporcionaré transporte. Supongo que un grifo hechizado es tan bueno como cualquier otro.

—Bien. ¿Dónde lo recojo? —preguntó Arilyn.

—Los establos están situados en lo alto del monte de Aguas Profundas. —El mago se dirigió a su escritorio y garabateó algo en un pedazo de pergamino. Luego apretó el sello de su anillo en la nota, y su runa se grabó mágicamente en el papel—. Da esto al maestro de grifones —dijo, tendiéndole la nota a la semielfa—. Él te dará todo lo que necesites.

—Gracias —repuso ella, y se encaminó a la salida de la torre.

—Arilyn. —La semielfa se detuvo al oír la voz de Danilo, pero no se volvió—. Necesitarás una nueva espada. —El joven titubeó—. Permíteme que te preste la mía.

Arilyn asintió y cogió la espada que Danilo le ofrecía. Acto seguido desapareció por la puerta mágica. Mientras contemplaba cómo se marchaba, el noble mascullaba maldiciones.

—¿Os esperabais esto alguno de los dos? —preguntó a los otros.

—Yo debí haberlo imaginado —contestó el Arpista—. A su edad, yo habría hecho lo mismo.

Antes de que el archimago pudiera responder, su atención se vio atraída por un golpe fuerte que parecía provenir del centro de la habitación.

—Piergeiron es tan inoportuno como siempre —rezongó Khelben, al tiempo que se encaminaba a la puerta que conducía al sótano y al túnel secreto que unía la torre y el palacio del Señor de Aguas Profundas—. Vosotros esperad aquí.

Danilo se puso a pasear de un lado a otro frente a la puerta, murmurando furiosas imprecaciones contra los Señores de Aguas Profundas y su obsesión con el protocolo. Danilo no tenía paciencia con los procesos de la ley y el orden. Él prefería trabajar de manera independiente y con una tapadera, lo que le permitía saltarse las sagradas

convenciones que regían todos los aspectos de la vida en la ciudad. Daba igual que Kymil Nimesin estuviera libre, que la seguridad del reino elfo peligrara, que Arilyn se metiera voluntariamente en una trampa; seguramente los Señores de Aguas Profundas estarían consultando a Khelben Báculo Oscuro sobre un nuevo monumento o alguna otra tontería parecida.

Al impaciente joven le pareció que la conversación entre susurros que mantenía el mago con el mensajero duraba una eternidad. Finalmente, Báculo Oscuro volvió con un pergamino de aspecto oficial. Parecía profundamente atribulado.

—Es un mensaje de los Señores de Aguas Profundas —dijo Khelben, a quien no le gustaba andarse por las ramas—. Se ha identificado a la asesina de Arpistas: Arilyn Hojaluna, una aventurera al servicio de los zhentarim.

—¿Qué?! —explotó Bran—. ¿Quién la acusa? Era yo quien debía decidir su inocencia o culpabilidad.

Khelben alzó una mano para pedirle silencio y continuó:

—Piergeiron afirma que las pruebas son abrumadoras. Alguien anónimo envió unos documentos al castillo de Aguas Profundas en los que queda demostrado que en cada asesinato Arilyn se encontraba cerca. Además, se incluía una factura dirigida a los zhentarim por los asesinatos. Las fechas coinciden con los asesinatos de los Arpistas.

—Elaith Craulnober la ha vendido —dijo Danilo con ojos de hielo—. Morirá por ello.

Khelben se mostró preocupado.

—Arilyn ha hecho negocios con ese bellaco, ¿verdad? Por Mystra que esto causará muy mala impresión en el juicio.

—¿Juicio? —Danilo se desplomó sobre una silla—. ¿Se llegará a un juicio? ¿Tú no puedes hacer nada?

—Puedo hablar en su favor.

—Es una acusación falsa —protestó Danilo, pero entonces se estremeció e hizo una corrección—: Al menos, casi todo es falso.

—Hace mucho tiempo aprendí que la verdad raras veces hace cambiar de opinión a los demás. Al parecer, los Arpistas nunca confiaron plenamente en Arilyn y cualquier sospecha de que mantenía alguna relación con los zhentarim los reafirmará en esa opinión. Debes admitir que, con su pasado de asesina, es una sospechosa creíble.

Incluso Danilo tuvo que admitir que parecía lógico.

—Pero cuando se sepa toda la historia... —objetó.

—Nunca podrá contarse toda la historia —afirmó Khelben en tono inflexible—. Si se propagara la noticia de la existencia de la puerta elfa, Siempre Unidos estaría en peligro. El secreto debe protegerse.

—¿Incluso a costa de la vida de Arilyn? —preguntó Danilo, furioso, levantándose y encarándose con el mago.

Sus miradas chocaron y se quedaron prendidas como las astas de dos ciervos; la de Danilo, acusadora, y la de Khelben, la de alguien resuelto a cumplir con su deber ante todo. El joven aristócrata fue el primero en desviarla.

—Voy tras de Arilyn —anunció Danilo de repente.

—Sé razonable, Dan —gruñó Khelben—. ¿Cómo vas a encontrarla? ¿Te reveló la situación de la puerta elfa?

—Está en Evereska. No sé más. —Danilo entornó los ojos—. Espera un segundo. ¿Es que tú no lo sabes?

—Evereska es una ciudad muy grande —se defendió el mago—. Y no fui yo el encargado de trasladar la puerta.

—Muy bien, muy bien. —El joven sacudió la cabeza, asqueado—. ¿Quién lo sabe? ¿O no puedes renunciar a tus votos de guardar secreto ni el tiempo suficiente para darme esa información?

—Cuidado con lo que dices. Laeral ideó el hechizo que trasladó la puerta elfa. Sólo hay otras dos personas que conocen su situación exacta: la reina Amlaruil y Erlan Duirsar, Señor elfo de las colinas del Manto Gris. Quizás ahora también lo sepa el consejo elfo de Evereska. Por Mystra, este lío nos hará retroceder uno o dos siglos en nuestras relaciones de amistad con los elfos —murmuró Báculo Oscuro.

—La política es lo tuyo, tío. Si no puedes ayudarme, iré a Evereska solo.

—Espera, yo te acompaño —replicó Bran Skorlsun suavemente, pero con una voz tan inflexible como el acero templado.

—Tú y tu hija sois tal para cual —le recriminó Khelben—. ¿Qué te hace creer que los elfos permitirán que te acerques a Evereska, Bran? Los elfos no olvidan fácilmente y no tienen demasiado cariño por los humanos que echan a perder a sus princesas.

—¿Conoces a otro capaz de seguir el rastro de Arilyn hasta la puerta elfa? —repuso el Arpista, sosteniéndole la mirada a Khelben.

—¡Ni hablar! ¡No irás!

Danilo se echó a reír sin ni pizca de alegría.

—Oh, vamos, tío. ¿No tienes ni un poco de curiosidad por saber dónde está la puerta? Ahora que el zorro ya está en el gallinero, por así decirlo, supongo que, más pronto o más tarde, se tendrá que cambiar la puerta de sitio. —Khelben abrió mucho los ojos.

—Hay otra cosa —intervino Bran—. Para ayudar a Arilyn tenemos que entregar a Kymil Nimesin a las autoridades. En su actual estado de ánimo me temo que Arilyn lo matará.

—Que lo haga —replicó Danilo—. No seré yo quien vierta lágrimas por la

muerte de Kymil Nimesin.

—Por mucho que me duela debo darle la razón a Bran —dijo el archimago—. Arilyn es una antigua asesina y Kymil Nimesin un maestro de armas muy respetado. Kymil tiene que ser entregado a las autoridades e interrogado mágicamente. Sin esta prueba en el juicio, sin la presencia de Kymil en él, Arilyn dará la impresión de que es la asesina de Arpistas. Si mata a Kymil sus posibilidades de ser absuelta serán mucho menores.

—Así pues, ¿estás de acuerdo en que debemos ir, tío Khelben?

—Teniendo en cuenta todas las opciones, sí —respondió el mago, y dijo a Bran—: Si nos perdonas, tengo que hablar un momento con mi sobrino antes de que os vayáis. Ven conmigo arriba, Danilo.

Tío y sobrino ascendieron por la escalera de la torre hasta el cuarto en el que Khelben guardaba los suministros mágicos. Después de cerrar y sellar la puerta, el archimago fue directo al grano.

—Tienes razón. Es preciso cambiar la puerta elfa de sitio.

—¡Pues qué bien! Con Laeral pasándoselo en grande con los elfos de Siempre Unidos, ¿se puede saber quién va a realizar tal milagro?

Khelben miró a su sobrino de hito en hito. Danilo sacudió la cabeza y susurró:

—No va en serio, ¿no?

—Va muy en serio.

El mago se acercó con paso majestuoso a una gran estantería que cubría todo un muro, y en la que guardaba en orden sus rollos mágicos, cientos de ellos. La estantería contaba con multitud de casilleros redondos y muy pequeños que le daban un aspecto de panal descomunal o, al menos, de un impresionante botellero.

Como andaba escaso de tiempo Khelben musitó un hechizo. Instantáneamente uno de los casilleros relució con luz verde. Khelben retiró el rollo que contenía, limpió el polvo que cubría el pergamino soplando sobre él y quitó las protecciones mágicas que lo sellaban.

—Aquí está el conjuro, Dan. —Khelben desplegó el rollo encima de una mesa y miró fijamente al joven—. Yo juré que no lo lanzaría nunca, así que tendrás que hacerlo tú. —Danilo palideció—. Puedes hacerlo. He trabajado contigo desde que tenías doce años, después de que tu último tutor arrojara la toalla, desesperado. Posees la capacidad. ¿Crees que pondría tu vida en peligro animándote a lanzar un conjuro que no pudieras controlar?

—Bueno, no te importa sacrificar a Arilyn —replicó Danilo.

—Ándate con cuidado, muchacho —advirtió Khelben—. En la vida pocas cosas son tan simples como tú crees. Cuando hayas soportado las mismas cargas y responsabilidades que yo, entonces podrás juzgarme. ¿Quieres o no lanzar el conjuro?

Danilo asintió y se inclinó sobre el rollo. Le bastó echar un vistazo a los arcanos

símbolos que formaban el poderoso hechizo para darse cuenta de que la tarea pondría a prueba toda su capacidad de mago. Pocos magos osarían lanzar aquel conjuro. El hecho de que Khelben esperara algo así de él indicaba la fe que tenía en él, o de su desesperación.

Mientras el joven mago se esforzaba por leer el conjuro sentía punzadas de dolor por toda la cabeza semejantes a relámpagos, y los arcanos símbolos bailaban en el pergamino. Danilo hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para concentrarse en las palabras del conjuro y, al cabo de unos minutos, los símbolos dejaron de bailar. Mientras se disponían en palabras y líneas, él empezó a comprender su significado y a aprender de memoria los complejos gestos y las extrañas palabras.

Tras apenas uno o dos minutos cerró los ojos y vio en su mente las runas del conjuro estampadas en oro sobre un fondo negro. Siempre que aprendía un hechizo podía visualizar los símbolos en su mente. Entonces abrió los ojos y asintió.

—Lo tengo —anunció.

—¿Tan pronto? ¿Estás seguro?

El noble esbozó una amplia sonrisa dirigida a su tío.

—Me temo que lanzar el conjuro va a ser la parte más fácil.

—No seas tan gallito, muchacho.

—¡Es verdad! Será fácil comparado con impedir que Arilyn convierta a Kymil en pedacitos de elfo dorado.

Khelben sonrió de mala gana.

—Quizá tengas razón. Incluso sin la hoja de luna Arilyn es una luchadora formidable.

A Danilo las palabras de su tío le sonaron faltas de convicción.

—Tú crees que no puede ganar, ¿verdad?

—Lo siento, Dan. Sin la hoja de luna tendrá suerte si sigue viva mañana al atardecer.

—Entonces será mejor que Bran y yo nos pongamos enseguida en camino.

Khelben se quitó un anillo plateado de un dedo y se lo tendió a Danilo.

—Es un anillo de transporte. Con el grifón hechizado Arilyn podría llegar a Evereska mañana por la tarde.

—Gracias —dijo Danilo, al tiempo que aceptaba el anillo. El noble tuvo que quitarse una gran esmeralda cuadrada para hacerle sitio. Khelben enrolló el pergamino que contenía el conjuro y se lo dio a su sobrino, el cual se lo metió en su bolsa mágica. Mientras lo hacía un audaz plan floreció en su mente, y él se quedó mirando fijamente la bolsa unos momentos, reflexionando—. Supongo que estoy listo —dijo al fin.

—No veo que tengas otra opción.

Khelben y Danilo bajaron la escalera para reunirse con Bran, que esperaba

impaciente en el comedor.

—¿Estás listo? —preguntó al noble.

—Se me acaba de ocurrir algo —repuso Danilo parpadeando—. Puesto que Arilyn vuela a Evereska en un grifón, tendrá que aterrizar fuera de la ciudad y buscar otro medio de transporte. ¿Tío Khelben, podrías ponerte en contacto con el grifón Eyrie? Quizás Arilyn dijo a los cuidadores adónde se dirigía.

—Buena idea, Dan. Ahora mismo vuelvo. —Khelben Arunsun regresó al cuarto de los hechizos para hacer indagaciones a través de la bola de cristal.

Danilo sacó un par de guantes de su bolsa mágica y escuchó atentamente hasta que oyó el sonido de una puerta al cerrarse. Entonces se dirigió a una esquina del comedor. La hoja de luna de Arilyn seguía donde la semielfa la había arrojado. El joven vaciló un brevísimo instante, pero entonces, dispuesto a aceptar el dolor, cogió la espada envainada. Como ya esperaba, una corriente de energía mágica le subió por el brazo, y la habitación se llenó con el olor acre de carne quemada. Rápidamente el joven dejó caer la espada dentro de la bolsa mágica y se enfundó un guante en la mano quemada. Acto seguido ejecutó a toda prisa los gestos y salmodió las palabras de un encantamiento que crearía una ilusión. Cuando acabó, se hubiera podido jurar que la hoja de luna seguía donde Arilyn la había abandonado.

—Arilyn necesita la hoja de luna, y yo voy a llevársela —dijo en voz baja a Bran Skorlsun—. Si dices algo de esto eres hombre muerto.

Una leve sonrisa curvó los labios del Arpista, que puso una mano sobre el hombro de Danilo.

—Me gusta tu manera de pensar, joven —le dijo.

Khelben Arunsun arrugó la nariz, asqueado, cuando entró de nuevo en el comedor.

—¡Por el amor de Mystra! Qué mal huele aquí.

—Sin duda al cocinero se le habrán quemado las lentejas —dijo Danilo—. ¿Has averiguado adónde se dirige?

—Sí. A la posada A Medio Camino, situada justo a las puertas de Evereska.

Esto era justamente lo que Danilo había esperado oír.

—Bien. Pues vámonos.

El noble y el Arpista salieron de la torre de Báculo Oscuro a toda velocidad. Sonriendo pícaramente como dos colegiales que saborean una travesura, ambos hombres atravesaron el patio y se internaron en la oscuridad de la calle.

—Hola, Bran —saludó una voz musical en tono ligeramente divertido.

El Arpista se paró en seco. A la sombra de una sombrerería se veía a Elaith Craulnober. El elfo se acercó al cerco de luz que proyectaba una farola.

—Ya me empezaba a preguntar si Khelben Báculo Oscuro os había invitado a instalaros en la torre. Veo que te acompaña su sobrino. ¿Debo suponer, entonces, que

Arilyn anda por aquí?

Danilo entrecerró los ojos e hizo ademán de empuñar la espada, pero entonces recordó que se la había dado a Arilyn. El elfo de la luna se echó a reír.

—Esa funda está tan vacía como tu cabeza. No te preocupes, querido muchacho. No tienes nada que temer de mí.

—¿De veras? Creí que querías verme muerto.

—No te apures por eso.

—Para ti es muy fácil decirlo —replicó el noble.

El elfo enarcó las cejas, muy divertido.

—¿Te tranquilizaría saber que ya se produjo el intento de asesinarte?

—La Casa del Buen Libar —dijo Danilo, que de pronto lo vio claro—. Tú sabías desde el principio quién había tras los asesinatos —afirmó con ojos entornados.

—Si eso fuera cierto, no me habría gastado una fortuna en sobornos a los zhentarim. No les importa traicionar a los suyos, pero el precio de la amistad es muy alto —dijo Elaith sosteniendo en alto los documentos que había mostrado a la semielfa dos días antes—. ¿Dónde está Arilyn? Tengo que hablar con ella sobre estos papeles.

—Alguien envió copias de esos documentos al castillo de Aguas Profundas. Yo creo que fuiste tú —dijo Danilo tratando de mantener la calma.

—Por todos los dioses, no. Fue Kymil Nimesin. Él fue quien mandó la factura a los zhentarim. Trabajando para ambos bandos ha amasado una bonita suma. —El elfo de la luna meneó la cabeza, y una expresión sombría reemplazó su habitual fachada de cordial diversión—. Me encantaría saber qué piensa hacer con todo ese oro. A estas alturas debe de ser un elfo muy acaudalado, y su último engaño es servir a Arilyn en bandeja de plata como la asesina de Arpistas.

Danilo miró a Bran con cara de preocupación.

—Sería un bonito modo para Kymil de justificar la muerte de Arilyn, ¿no crees? Él íntegro maestro de armas mata a la asesina semielfa. —Bran se limitó a asentir sin apartar la mirada del rostro de Elaith.

—Razón de más para que Arilyn se ocupe enseguida de Kymil —convino con él el elfo de la luna—. Por favor —dijo, tendiendo a Danilo los documentos—, dale esto.

El noble lanzó una rápida mirada a los documentos.

—No lo entiendo.

—Siempre es prudente tener un plan alternativo. Con esta carta Arilyn puede poner a los zhentarim en contra de Kymil. Sería un divertido fin para ese villano, ¿no te parece?

—¡Arilyn jamás trabajaría con la Red Negra! —vociferó Bran.

—Mi querido Cuervo, trata de ser práctico por una vez en la vida. —Elaith cogió

la factura desglosada que sostenía Danilo—. En esta lista constan los nombres de algunas personas que ya no son de ninguna utilidad para el zhentarim.

—Ya. ¿Y qué?

—Bueno, supongamos que hubiera más nombres, entre ellos los de personas realmente importantes para los jefes del zhentarim.

Bran se mostró escandalizado, pero en los labios de Danilo asomó una pequeña sonrisa de comprensión.

—Ya veo. Has «rellenado» un poco la factura, ¿verdad? —inquirió el joven aristócrata.

—He escogido los nombres adecuados para levantar algunas ampollas —admitió Elaith suavemente—. Lo he preparado bien. Como es normal, últimamente han ocurrido varias muertes inexplicables de miembros de la Red Negra. Si, de pronto, surgiera una explicación...

—Muy listo —admitió Danilo—, pero dudo que Arilyn permita que el zhentarim haga su trabajo por ella. Quítate esa idea de la cabeza. Preferirá ocuparse ella solita de Kymil Nimesin.

—Probablemente tienes razón. —Elaith agachó la cabeza.

—No es éste el comportamiento que uno esperaría de la famosa Serpiente —comentó Bran observando al elfo con recelo.

Elaith soltó una cascada de cínicas carcajadas.

—No cometas el error de creerme noble, porque no lo soy.

—¿Qué quieres de Arilyn? —quiso saber Bran.

—Caray, te tomas tus deberes de padre demasiado a pecho, ¿no crees? —se mofó el elfo. Súbitamente, su sonrisa se desvaneció y sus ambarinos ojos mostraron un aspecto apagado y vacío—. No te inquietes, Arpista. Soy consciente de que la noble hija de Amnestria está fuera de mi alcance. Sería muy distinto si Arilyn fuese realmente la taimada asesina que yo creía que era.

—¿Entonces por qué la ayudas? —preguntó Bran, perplejo.

—A diferencia de la *etrielle*, yo no tengo ningún reparo en dejar que otros hagan mi trabajo por mí. —De pronto la voz de Elaith Craulnober se endureció y clavó sus ojos de ámbar en los de Danilo—. Kymil Nimesin me ha insultado demasiadas veces. Quiero verlo muerto y, a menos que esté muy equivocado, cosa que no creo, Arilyn va a matarlo. Es así de simple. Aunque ella y yo seamos muy diferentes, en lo que se refiere a Kymil Nimesin ambos queremos lo mismo.

Danilo sostuvo la intensa mirada del elfo durante un largo instante y luego asintió.

—Venganza —dijo en voz baja.

—Por fin nos entendemos —repuso el elfo de la luna con una extraña sonrisa. Entonces se fundió en las sombras y desapareció.

—¡Que Mystra nos ayude! —musitó Danilo—. Me temo que mantener a Kymil Nimesin con vida será mucho más difícil de lo que creía.

—Por Mielikki, ésta no es manera de viajar para un explorador —rezongó Bran Skorlsun, sacudiendo la cabeza para librarse de la confusión causada por el conjuro de transporte. A continuación dio varias patadas en el suelo para asegurarse de que volvía a pisar tierra firme. Esta acción provocó que crujieran unas hojas caídas. Él y Danilo se habían teletransportado a un bosque envuelto en niebla. La noche empezaba a cerrarse a su alrededor, y el noble señaló hacia unas luces que parpadeaban entre las ramas desnudas de los árboles.

—La posada A Medio Camino está un poco más arriba. Vamos —apremió Danilo y echó a andar sobre las hojas del otoño con tanto sigilo como un elefante. Más experto en tales lides, Bran lo siguió en silencio. La urgencia daba alas a sus pies.

Pocos minutos después llegaron a un gran calvero en el que se levantaba un conjunto de edificios de madera agrupados en torno a una gran posada de piedra. El lugar bullía de comerciantes humanos y elfos que se ocupaban de sus animales, cerraban tratos o almacenaban sus mercancías durante la noche en alguno de los depósitos. De los amplios establos salía el sonido de satisfechos relinchos, y por las ventanas de la cocina de la taberna se oía el tintinear de la loza. Los aromas de la cena proporcionaban un agradable calor al aire otoñal.

—En esta posada fue donde conocí a Arilyn. Dejó su caballo aquí, y antes de que Khelben consultara al grifón Eyrie, yo ya sabía que volvería a buscarlo.

—¿A qué distancia estamos de Evereska? —inquirió Bran.

—Bastante cerca —le aseguró Danilo—. A una o dos horas a caballo hacia el este. Vamos a comprobar que el caballo de Arilyn sigue aquí.

Ambos hombres se deslizaron dentro de los establos. Danilo localizó al punto la yegua gris de la semielfa.

—Vayamos a la posada y busquemos a alguien que quiera vendernos dos caballos —propuso el noble.

—De acuerdo. —Bran se echó sobre el rostro la capucha de su capa y se encaminó detrás de Danilo hacia el grande y ancho edificio de piedra. Mientras el noble colgaba de un gancho su elegante capa bordada, el Arpista echó un vistazo a la atestada taberna. Entonces colocó una mano sobre el brazo de Danilo para detenerlo.

—¿Quién es ese elfo de detrás de la barra? —preguntó.

Danilo miró. En un esquina de la barra vio a un elfo de la luna menudo y solemne inclinado sobre lo que parecía ser un libro de cuentas.

—¿Ése? Es Myrin Lanza de Plata, el propietario de la posada. ¿Por qué preguntas?

—Lo conocí una vez, hace muchos años, en mi único viaje a Siempre Unidos —murmuró Bran—. Qué raro que un capitán de la guardia de palacio se convierta en

posadero. Ve tú solo —dijo a Danilo—. No creo que me reconozca, pero será más prudente que no me deje ver. —Dicho esto el Arpista se escabulló de la posada y se fundió en las sombras de la noche.

Danilo se dirigió a la barra con paso despreocupado. El posadero alzó los ojos al notar su presencia y contempló al noble con unos ojos plateados que no revelaban nada.

—Lord Thann, bienvenido de nuevo.

—Gracias, Myrin. Me gustaría decir que me alegro de estar de vuelta pero he tenido un poco de mala suerte. Cerveza, por favor.

El elfo le sirvió una espumeante jarra, y Danilo se sentó en un taburete de la barra y dio unos sorbos a la bebida.

—Acabo de perder el caballo en un juego de azar —dijo—. Necesito comprar dos nuevas monturas. Y tiene que ser rápido.

—¿Su caballo o la transacción? —preguntó el posadero con un toque de humor.

—Bueno, ambas cosas supongo. Preferiría hacerlo ahora mismo, porque después de varias de éstas —dijo levantando la jarra ya vacía— no regateo nada bien.

El elfo estudió a Danilo en silencio.

—Varios de mis clientes podrán ayudarlo. Me encantará hacer las presentaciones.

Myrin Lanza de Plata llamó a una camarera, una joven elfa de la luna de pelo negro y cutis azulado que a Danilo le recordó a Arilyn. Tras recibir unas breves instrucciones la muchacha desapareció. Regresó a los pocos minutos con un mercader amnita.

Con sólo echar una mirada a la untuosa sonrisa del comerciante Danilo supo que ya podía irse despidiendo de la mayor parte del dinero que llevaba. Era evidente que el hombre era un experto tratante de caballos. Como la mayoría de los nativos de Amn era bajo, grueso y de tez oscura. Llevaba una ropa colorida muy poco adecuada para los fríos vientos otoñales del norte así como una impresionante cantidad de joyas de oro y una sonrisa igualmente ostentosa. La avaricia brillaba en sus ojos tan claramente como los dientes de oro que iluminaban su sonrisa.

Para no perder tiempo Danilo sólo fingió que regateaba y acabó por entregar al encantado mercader casi la suma inicial que pedía. Asimismo aceptó las garantías del hombre de que una caravana de comerciantes partiría hacia Evereska por la mañana. Con esos caballos, juró el tratante fervientemente, el joven lord podría dormir hasta media mañana para que se le pasaran los efectos de la cerveza, y aun así alcanzar la caravana.

Cuando el amnita salió de la sala común para ir a buscar los caballos, Danilo enarcó una ceja en dirección al posadero.

—No es que dude de la sinceridad de ese mercader, ¿pero es cierto que mañana parte una caravana de comerciantes?

—Tres caravanas tienen previsto partir por la mañana y probablemente varias más pasarán durante el día. Si lo que quiere es entrar en la ciudad, le será muy fácil sumarse a una de ellas —respondió astutamente el elfo, contestando a la pregunta implícita de Danilo.

El noble asintió y se dispuso a marcharse.

—Bien. Bueno, será mejor que vaya a ver en qué tipo de caballos he malgastado el dinero de mi padre.

El comerciante amnita había acercado los caballos a la puerta de la posada, y Danilo vio con agrado que eran realmente magníficos —negros y briosos—, y que valían casi la mitad de lo que le habían costado. Mientras conducía sus nuevas monturas a los establos Bran se reunió con él. Tras dejar a sus caballos en un compartimento vacío cerca del que ocupaba la yegua de Arilyn, ambos hombres se acomodaron en el heno para esperar a que la semielfa llegara.

El grifón encantado que montaba Arilyn voló durante toda una noche y una mañana hacia Evereska. Por la tarde la semielfa divisó bajo sus pies las estribaciones envueltas en niebla de las colinas del Manto Gris. El corazón se le aceleró al pensar que regresaba al escenario de su niñez. A medida que las colinas se iban convirtiendo en montañas, Arilyn esperaba con impaciencia ver aparecer ante sus ojos los verdes campos y los frondosos y suaves bosques del valle de Evereska. Las manos que sujetaban las riendas de su mágica montura se relajaron un poco, y Arilyn empujó suavemente al grifón para que iniciara el descenso. Gracias al hechizo de velocidad el grifón era capaz de cubrir largas distancias. Incluso sin el hechizo era una criatura extraordinaria, con el cuerpo fuerte y rubio rojizo de un león y la cabeza y las alas de un águila gigante.

Arilyn no intentó volar directamente a Evereska. La ciudad estaba tan bien defendida que tendría pocas posibilidades de sobrevivir. En las montañas que rodeaban la ciudad había numerosos puestos de vigilancia, y los vigías elfos, que tenían ojos de lince, la verían antes de que pudiera acercarse a menos de diez kilómetros de Evereska. Y si trataba de volar por encima de su campo de visión seguramente se toparía con una patrulla de águilas gigantes que vigilaban los cielos. Los arqueros elfos que montaban las águilas tenían fama de no fallar nunca.

Así pues, Arilyn alejó al grifón de la ciudad amurallada y del valle circundante y lo hizo descender suavemente en el bosque occidental. Pronto vio un calvero muy familiar en el que se levantaba un gran edificio de piedra rodeado por estructuras de madera.

Puesto que un grifón no podía aterrizar en medio de los ajetreados comerciantes sin causar revuelo, la semielfa guió a su alada montura hacia una cañada cercana. El animal retrajo las alas y, cual águila gigante, fue descendiendo hacia el suelo en una

vertiginosa espiral. Las almohadillas de sus pezuñas de león tocaron tierra, y Arilyn desmontó muy aliviada. Con un último chillido el grifón alzó el vuelo de regreso a Aguas Profundas, y Arilyn se encaminó a los establos de A Medio Camino.

Ahí estaba su yegua, brillante y en perfecto estado. Arilyn le dio unas palmaditas cariñosas y deseó tener más tiempo para poder dar las gracias a Myrin Lanza de Plata, pero él ya entendería que no había podido. La semielfa dejó una pequeña bolsa llena de monedas en el lugar habitual del compartimento como pago por el cuidado del caballo.

La luz dorada del atardecer iluminaba el cielo cuando la semielfa hizo girar al caballo en dirección a Evereska. Tras el vuelo a lomos del grifón encantado, su veloz yegua parecía correr a paso de tortuga, y su avance se veía frenado por las interminables caravanas de comerciantes que monopolizaban la carretera flanqueada por árboles. Mientras se abría paso entre el enjambre de carros y jinetes, la semielfa no reparó en dos hombres montados en sementales amnitas que la seguían entre la multitud.

Un insistente zureo estalló al otro lado de la ventana del estudio de Erlan Duirsar. El rostro del Señor elfo revelaba la aprensión que sentía cuando se volvió a su ayudante y le ordenó bruscamente:

—Deja entrar a la mensajera.

El joven elfo abrió la ventana de guillotina. La paloma gris que daba saltitos en el alféizar ladeó la cabeza como si, cortésmente, pidiera permiso para entrar. En una pata llevaba un pequeño rollo atado con cinta plateada.

—Lord Duirsar te recibirá —dijo el ayudante al pájaro. La pequeña mensajera voló directamente hacia el Señor elfo de las colinas del Manto Gris y aterrizó ante él con actitud expectante.

Una oleada de inquietud recorrió a Erlan Duirsar. Hacía bastante tiempo que no recibía ningún mensaje del puesto de vigilancia más occidental. Myrin Lanza de Plata era un orgulloso guerrero elfo que prefería resolver solo la mayoría de los problemas. Tenía que tratarse de algo realmente grave para que el «posadero» avisara a Evereska. Erlan desplegó el rollo y, mientras lo leía, su expresión de inquietud se intensificó.

Un cortés gorjeo, el equivalente a aclararse la garganta, hizo que Erlan volviera a fijarse en la mensajera. La paloma esperaba su respuesta con su diminuta cabeza ladeada inquisitivamente.

—No. No hay respuesta —le dijo Erlan—. Puedes irte. —La paloma saludó al Señor con una inclinación de cabeza y gorjeó algo que sin duda era una respetuosa fórmula de despedida. Luego se desvaneció en una pequeña nube de lucecitas.

—¿Señor? —preguntó el ayudante.

—Convoca inmediatamente a los consejeros. Deja bien claro que vengan

enseguida y en el más estricto secreto.

—Sí, lord Duirsar. —El ayudante percibió el tono de urgencia en la voz del Señor. Hizo una reverencia y se dirigió a toda prisa hacia la esfera plateada que transmitiría la silenciosa llamada. Cada consejero llevaba un pendiente mágicamente sintonizado que le permitía transportarse directamente a la residencia de lord Duirsar.

Erlan Duirsar miró por la ventana al patio de abajo, una amplia plaza rodeada por edificios de mágico cristal rosa. Eran típicos ejemplos de la arquitectura de los elfos de la luna: caprichosamente asimétricos y al mismo tiempo sólidamente prácticos. En ellos vivían la mayor parte de los elfos y las elfas que formaban el consejo. En Evereska tanto los deberes como los privilegios del gobierno eran compartidos por todos, y los elfos del pueblo llano solían reunirse en la plaza para participar en rituales, celebraciones o en controvertidas reuniones del gobierno de la ciudad.

No obstante, Erlan Duirsar era quien tenía la última palabra en asuntos como el que ahora afrontaba Evereska. El Señor pensaba en esto mientras se dirigía a la sala de reuniones para hablar al consejo. Un poderoso y orgulloso grupo de elfos lo observó con diferentes grados de curiosidad e impaciencia.

—Sé que todos tenéis importantes asuntos que resolver, pero debo pedirlos que esta noche os quedéis aquí. Es posible que Evereska necesite el especial talento de cada uno de los miembros del consejo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el jefe del Colegio de Magos.

—Bran Skorlsun ha venido a las colinas del Manto Gris.

No era necesaria más explicación.

Las primeras estrellas empezaban a titilar en el cielo cuando Arilyn entró en el jardín central atravesando el laberinto de arbustos de boj con rosales enroscados alrededor. Ante ella vio la estatua de Hanali Celanil, con la misma belleza radiante que la semielfa recordaba.

Arilyn se sacó un pequeño rollo del bolsillo y lo alzó, diciendo:

—Me dijiste que me reuniera contigo junto a la estatua de mi madre. Acabemos de una vez con esto.

La voz de la semielfa resonó en el jardín vacío. Hubo unos instantes de pausa, y entonces Kymil Nimesin salió de detrás de la estatua.

—Arilyn. No te imaginas lo encantado que estoy de verte —le dijo en su tono patricio, expresando satisfacción.

—Ya veremos cuánto tardas en cambiar de opinión —replicó Arilyn, al tiempo que desenvainaba la espada de Danilo con gesto de desafío.

Antes de que el arma abandonara su funda, varios guerreros elfos salieron de sus escondites entre los setos de boj. Espada en mano formaron un semicírculo detrás de Kymil, esperando que éste diera la señal de ataque.

—Ya empiezas a necesitar ayuda, ¿eh? —comentó Arilyn.

Kymil miró consternado la espada que empuñaba la joven.

—¿Dónde está la hoja de luna? —preguntó.

—Supongo que si estás aquí es porque la puerta elfa está cerca. No creerías que iba a traerme la hoja de luna conmigo.

Kymil se quedó mirando fijamente a Arilyn, tratando de decidir si la creía o no. Una simple mestiza no podía hacer fracasar su noble plan, su magnífico proyecto. Era imposible. Su apuesto rostro bronceado relució con cólera justificada.

—¿Dónde está la hoja de luna? —repitió.

—Lejos de tu alcance —respondió Arilyn, risueña.

El elfo dorado entornó los ojos, que relucían malévolos, y cambió de táctica.

—Qué sorpresa. Has sido tan maleable durante todos estos años. ¿Quién hubiera pensado que podías ser tan terca y estúpida como Z'beryl?

Tal como Kymil pretendía, el comentario pilló por sorpresa a Arilyn. Una gélida sensación de pesar atenazó el corazón de la aventurera.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—¿Qué crees tú que quiero decir? —se mofó el elfo dorado—. Después de averiguar los secretos de la hoja de luna me costó quince años, ¡quince años!, descubrir que Amnestria y la puerta elfa se ocultaban en Evereska. De no haberme topado con algunos antiguos alumnos de Z'beryl de Evereska aún seguiría buscando.

—Dudo que ninguno de los estudiantes de mi madre conociera su identidad. Y no puedo creer que ninguno de ellos la traicionara —objetó Arilyn.

—Quizá no lo hicieron intencionadamente. Tal era su admiración hacia tu fallecida madre que trataban de imitar su poco habitual técnica de lucha a dos manos. —Kymil extendió ambos brazos—. Imagínate mi decepción cuando, al fin, encontré a la elfa y a la espada, pero resultó que el ópalo había desaparecido y que no podía localizar la puerta elfa. Naturalmente tu madre se negó a revelarme dónde estaba la piedra, por lo que me aseguré de que la espada la heredase alguien que prometía ser más razonable.

Arilyn palideció.

—Tú la mataste —afirmó.

—Por supuesto que no —se defendió Kymil en el tono de desdén de alguien convencido de que tiene razón—. Tal como dijo la guardia, fue asesinada por un par de ladrones, aunque es posible que yo les vendiera algunas armas encantadas. Y también es posible que les informara de que Z'beryl llevaba una bolsa muy cargada.

Arilyn lanzó a Kymil Nimesin un insulto en idioma elfo como un arma arrojadiza. El elfo dorado frunció los labios desdeñosamente.

—Si tienes que ser vulgar utiliza el Común. No contamines la lengua elfa.

—Repugnante asesino —barbotó la semielfa—. Ahora tengo una razón más para matarte.

—No seas pesada. Yo no maté a Z'beryl —repitió Kymil con calma—. Yo me limité a pasar cierta información a los ladrones que lo hicieron. Desde luego no lamento el uso que hicieron de esa información. —El elfo hizo una pausa y señaló con un ademán a los guerreros elfos desplegados a su espalda—. Muy pronto te reunirás con ella en la otra vida.

Arilyn vio un rostro familiar entre los guerreros.

—Hola, Tintagel. ¿Sigues siendo la sombra de Kymil después de tantos años?

—Sigo a lord Nimesin —la corrigió Tintagel con gélido desprecio—, como mi padre hizo antes que yo.

—Ya veo que habéis convertido el asesinato en un negocio familiar.

—¿Puede usarse la palabra «asesinato» para referirnos a la erradicación de los elfos grises? Sería mucho mejor usar «exterminación» —replicó el elfo dorado con sorna.

—Muy cierto —intervino Kymil—. Una vez abierta la puerta, mi Elite la cruzará y matará a todos los miembros de la mal llamada familia real. Después de haber exterminado a los usurpadores grises restauraremos el orden y el equilibrio debidos.

—Ya veo —replicó Arilyn lentamente—. Y Kymil Nimesin ocupará el trono elfo, supongo.

—Lo dudo. —Kymil lanzó un patricio resoplido de desprecio—. Los altos elfos, los verdaderos *tel'quessir*, no necesitan el vulgar boato de la realeza. Yo restauraré el consejo de ancianos, como el que gobernaba Myth Drannor.

—¿Crees realmente que lo harás? —le provocó Arilyn—. A mí me parece que primero tendrás que conseguir la hoja de luna. Me gustará ver cómo logras arrebatársela a Khelben Arunsun.

—Mientes —dijo bruscamente el *quessir*—. No puedes abandonar la hoja de luna cuando te apetezca. Ahora que la espada vuelve a estar completa, estás unida a ella como un recién nacido a su madre. Si la hoja de luna estuviera realmente tan lejos, ya estarías muerta.

—¿Qué quieres que te diga? —replicó Arilyn encogiéndose de hombros con aire indiferente—. Es asombroso de lo que una es capaz de hacer si está convenientemente motivada. Yo me niego a morir mientras tú sigas con vida. —La semielfa endureció el gesto y añadió—: Quizá tengas razón sobre la hoja de luna, y es posible que ni tú y yo sigamos con vida mucho tiempo. Kymil Nimesin, te desafió en combate singular. Que los dioses decidan quién vive y quién muere.

—Tu fatuidad resulta casi divertida —respondió Kymil—. El alumno nunca puede vencer al maestro.

—Se han dado casos.

El elfo la miró un momento, tras lo cual comentó en tono condescendiente:

—Mi querida Arilyn, no puedes librar un duelo con esa desmayada arma.

En respuesta, la semielfa se llevó la espada de Danilo a la frente en gesto de desafío. Pero Kymil se limitó a echarse a reír y se volvió hacia la Elite:

—Matadla —ordenó.

Khelben Arunsun contemplaba el ocaso de pie junto a una de las ventanas de su torre. Por mucho que lo intentara no conseguía borrar de su mente las palabras de Danilo. En el asunto de la puerta elfa el archimago había hecho lo que había considerado mejor. El consejo de Arpistas había decidido que el secreto era lo único que podía proteger al reino elfo, y había guardado el secreto dividiéndolo en muchos trozos. En ese momento parecía el modo de obrar más prudente.

Pero ahora Khelben ya no estaba tan seguro. Los Arpistas trabajaban en secreto, reuniendo información y usando los talentos de sus miembros para frustrar sutilmente el mal o corregir desequilibrios. En lo referente a la puerta elfa, un elfo en quien todos confiaban había vuelto en su contra el manto de secreto que los Arpistas solían emplear casi siempre con éxito. Khelben sabía que ahí radicaba el dilema. Bran Skorlsun se había dedicado durante casi cuarenta años a encontrar a Arpistas falsos y a algún que otro renegado. ¿Qué desastres podrían ocurrir si esos Arpistas falsos tuvieran acceso a los secretos de la organización?

El mago reconocía que Danilo tenía razón en muchas cosas. Consciente y deliberadamente Khelben había puesto en peligro la vida de Arilyn. Desprovista de la hoja de luna la semielfa no podría sobrevivir a esa noche. Khelben sentía una profunda pena por su sobrino, ya que, obviamente, éste amaba a la semielfa.

De golpe el archimago se apartó de la ventana y caminó hasta la esquina de la habitación en la que aún yacía la espada. Que él supiera, Arilyn no había nombrado a ningún sucesor. ¿A quién iba a enviar la espada? Con aire ausente fue a coger la antigua vaina, pero sus manos se cerraron en el aire.

—¡Qué! —Khelben abandonó de golpe su introspección y entonó a toda prisa las palabras de un conjuro para disipar la magia. La hoja de luna se desvaneció, aunque su débil silueta aún flotó en el aire un instante, como para burlarse de él.

»Una ilusión —murmuró—. Danilo ha cogido la espada y ha creado una ilusión. El chico se está volviendo demasiado bueno para seguir con la farsa —se dijo, sonriendo orgulloso a su pesar.

Khelben se pasó una mano por la frente. Danilo tenía toda su comprensión, ¿pero cómo había podido ser tan estúpido para poner en peligro la puerta elfa? Danilo y Bran Skorlsun arriesgaban sus vidas para ayudar a Arilyn, y Khelben no sabía si enfadarse o sentirse avergonzado. Quizá lo lograrán. Quizá Danilo podría trasladar la puerta sin problema. Quizás Arilyn podría vencer a Kymil Nimesin. «Y quizá yo debería dejar que lo intentaran», pensó.

El peso de la responsabilidad se hizo muy pesado, y Khelben Arunsun de pronto

se sintió muy viejo. El mago subió la escalera hacia su cuarto de los hechizos para alertar a Erlan Duirsar. Al Señor elfo de Evereska no le haría ninguna gracia saber que la hoja de luna volvía a estar completa e iba camino de la puerta elfa.

Los sonidos de la lucha resonaron por los jardines del templo y fueron descendiendo por el laberinto de senderos que serpenteaban hacia la cima de la colina más alta de Evereska. Dos hombres echaron a correr, y el más alto cogió ventaja. Con paso veloz y seguro el maduro Arpista subió corriendo la colina. Allí, en el mismísimo corazón del jardín, vio una escena que le heló los huesos.

Delante de la estatua de una hermosa diosa elfa su hija luchaba por su vida contra cuatro elfos dorados. La luz de la luna arrancaba reflejos a las espadas.

Entonces Danilo llegó al jardín, y ambos hombres se quedaron sobrecogidos. Eran incapaces de moverse. Nunca habían visto lucha igual. Cada uno de los ágiles elfos dorados sería considerado un campeón. Pese a que Arilyn había eliminado ya a dos, los cuatro restantes ejecutaban una danza mortal alrededor de la semielfa. Algo apartado se veía a otro elfo dorado, un *quessir* alto y delgado que esperaba el fin de la lucha con una expresión de confianza.

En aquel instante uno de los dorados hizo caer la espada prestada de la mano de la semielfa. A la brillante luz de la luna, Danilo vio perfectamente la sonrisa despectiva en el rostro de Tintagel Ni'Tessine. El noble se dejó invadir por el pánico y tuvo un momento de indecisión. En un principio había planeado no sacar la hoja de luna hasta haber hallado la puerta elfa y haberla movido.

Tintagel Ni'Tessine alzó su espada trazando un arco de un lado al otro del pecho, preparándose para descargar un golpe de revés contra la garganta de Arilyn. Rápidamente Danilo tomó una decisión.

—¡Arilyn! —gritó al tiempo que metía su mano herida dentro de la bolsa mágica. Una segunda explosión de dolor le recorrió el brazo cuando sus dedos se cerraron en torno a la espada mágica. Los elfos, sobresaltados, miraron en su dirección, y Danilo lanzó la hoja de luna envainada hacia Arilyn.

Un rayo de luz azul hendió el aire del jardín como una explosión. El suelo tembló por los efectos de un trueno mágico, y los elfos dorados cayeron al suelo.

Arilyn, situada a los pies de la estatua, esgrimía ahora la reluciente espada, ofreciendo una imagen de magia y venganza. El humo provocado por la explosión fluía hacia ella. Ante la atónita mirada de Danilo, las volutas de humo se arremolinaron y se retorcieron, formando un débil círculo a espaldas de la semielfa que irradiaba una fastasmagórica luz azulada.

—¡La puerta elfa! —gritó Kymil Nimesin señalando hacia el círculo—. ¡Tenéis que quitarla de en medio y entrar en la puerta!

Los luchadores elfos se levantaron e intercambiaron inquietas miradas. Danilo

echó un vistazo a la desconcertada expresión de Bran Skorlsun e inmediatamente comprendió qué les pasaba a los elfos. No podían ver la puerta.

Algunas puertas dimensionales sólo eran visibles para poderosos magos. De todas las personas presentes en el jardín únicamente Danilo podía ver lo que señalaba Kymil Nimesin.

El joven aristócrata se apresuró a sacar de su bolsa el rollo en el que estaba escrito el conjuro y se preparó para mover la puerta. De pronto se dio cuenta de que Khelben no le había dicho adónde trasladarla. Una fugaz sonrisa asomó a sus labios cuando la solución se le ocurrió por sí misma. Entonces, conjurando en su mente el nuevo emplazamiento de la puerta elfa, el joven mago empezó a entonar la larga salmodia del hechizo con sus correspondientes gestos.

—¡Por el honor de Myth Drannor! —gritó Kymil impulsando a la Elite a la lucha. Tres elfos dorados rodearon a Arilyn. Blandiendo la vara Bran corrió a ayudar a su hija, pero Filauria Ni'Tessine le salió al paso. El alto Arpista y la elfa cantora del Círculo eran extraños rivales, pero Filauria mantenía a Bran a raya con sorprendente habilidad.

—Tu espada no puede derramar sangre inocente —recordó Tintagel a Arilyn con petulancia—. No vale nada contra mí.

—Los tiempos han cambiado. ¿Quieres comprobarlo? —replicó la semielfa. Tintagel avanzó muy seguro, pero con sólo tres estocadas la hoja de luna le atravesó el corazón. El elfo abrió los ojos desmesuradamente por la sorpresa mientras se desplomaba. Filauria lanzó un agudo lamento, abandonó la lucha con el Arpista y corrió a arrodillarse junto al cuerpo de su hermano.

—El tiempo para llorar la muerte de nuestros mártires llegará más tarde —bramó Kymil—. Ahora tenéis que atravesar la puerta.

Arilyn atacó con ferocidad a sus dos atacantes elfos, dispuesta a impedirles por todos los medios que cumplieran la orden de Kymil. La hoja de luna se hundió en el corazón de uno de ellos y lo mató en el acto. Con la siguiente estocada Arilyn despanzurró al otro. El elfo dorado dejó caer la espada mientras sus manos trataron de impedir que se le salieran las tripas. Arilyn resbaló en la sangre y cayó al suelo.

—¿Dónde está? —preguntó Filauria a Kymil. Éste señaló en la dirección de la puerta elfa y se hizo a un lado. La *etrielle* echó a correr, saltó por encima del cuerpo tendido de Arilyn y se lanzó hacia algo que no podía ver.

Justo entonces Danilo completó el hechizo. El rollo desapareció de sus manos, y una segunda explosión mágica sacudió el jardín. Los supervivientes miraron horrorizados. Sólo la mitad de Filauria Ni'Tessine había conseguido atravesar la puerta.

Un grito de frustración resonó en los jardines del templo. La reserva patricia de Kymil Nimesin se había esfumado, junto con la esperanza de ver cumplido el

objetivo de su vida. Con movimientos rápidos y bruscos el elfo dorado empezó a ejecutar los movimientos del hechizo de teletransporte que lo alejaría de la escena de su fracaso.

—¡Espera! —gritó Arilyn. La semielfa se levantó bajo la mirada asesina de Kymil—. Aún no has perdido.

Los ojos de obsidiana de Kymil, que ahora eran como dos pozos de odio sin fondo, se clavaron en Arilyn.

—No hables con acertijos —replicó desdeñosamente—. Te falta inteligencia para ello.

Arilyn se acercó más a él y se encaró con su antiguo mentor.

—Te desafío de nuevo a combate singular, hasta que uno de nosotros esté desarmado o herido. Si ganas, te revelaré el nuevo emplazamiento de la puerta.

Una chispa de interés brilló en los ojos negros de Kymil.

—¿Y en el caso improbable de que tú ganes?

—Te mataré —respondió la semielfa de manera sucinta.

—¡No! —gritó Bran desde el extremo opuesto del jardín—. Hay muchos que creen que tú eres la asesina de Arpistas. Tienes que llevar a Kymil Nimesin a juicio o te colgarán a ti en su lugar.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo —repuso Arilyn resuelta.

—Quizá tu sí, pero yo no —declaró Danilo—. Si no me prometes que no matarás a ese condenado hijo de orco, tendrás que luchar conmigo para llegar hasta él.

Arilyn lanzó una mirada de exasperación al noble. En respuesta Danilo se quitó los guantes. La luz de la luna reveló una mano con feas quemaduras y un rostro que acusaba el agotamiento de haber lanzado el hechizo.

—Si luchas conmigo tendrás que matarme —añadió Danilo—. Te será muy fácil.

Su tono implacable convenció a Arilyn de que hablaba muy en serio.

—Creo que me gustabas más en el papel de estúpido —dijo.

—¡Júramelo! —insistió Danilo sin dejarse distraer.

—Muy bien. Te doy mi palabra. Dejaré lo suficiente de él para llevarlo a juicio. ¿De acuerdo?

—Vale. Ve por él.

—Bueno, ¿qué dices? —preguntó Arilyn al elfo.

—Sólo con saber dónde está la puerta elfa no es suficiente —señaló Kymil, regateando para comprobar hasta dónde estaba dispuesta a llegar Arilyn.

—Llegado el caso, yo misma te llevaré hasta allí. Llevaré la hoja de luna y te abriré la maldita puerta. Y, si quieres, te organizaré una fiesta de despedida antes de que te marches a Siempre Unidos.

—Trato hecho. —Kymil desenvainó su espada y se la llevó a la frente en un despectivo saludo. Elfo y semielfa cruzaron espadas, y la lucha empezó.

Danilo Thann y Bran Skorlsun contemplaban el duelo en temeroso silencio, casi sin atreverse a respirar. Ambos eran expertos luchadores, ambos habían visto y hecho mucho a lo largo de sus respectivas vidas, pero la batalla que se libraba ante sus ojos era algo que jamás habían presenciado antes.

Era una increíble y fascinante danza mortal en la que cada movimiento era tan rápido que sus ojos humanos apenas podían seguirlo. Arilyn y Kymil se enfrentaban con gracia y agilidad elfas, y cada uno superaba sus propios límites forzado por la habilidad y la apasionada determinación del rival. Eran combatientes iguales en estatura, fuerza y velocidad, por lo que en ocasiones sólo podían distinguirse por el color: Arilyn era un mancha blanca contra el cielo oscuro y Kymil un rayo dorado de luz fuera de lugar en plena noche.

Las espadas elfas relampagueaban y revoloteaban, y cuando chocaban lanzaban chispas hacia el cielo nocturno con tal velocidad que a Danilo le recordaba un espectáculo de fuegos de artificio. Los sonoros golpes de metal contra metal se sucedían tan rápidamente que su eco se fundía en un único grito metálico y reverberante. Un débil sonido se separó del sobrenatural alarido, y Danilo empezó a oír una voz. Era una voz que no hablaba con palabras ni con sonidos y que no iba dirigida a él. Irresistible como el canto de las sirenas, la voz mágica planeaba sobre el estruendo de la lucha, suplicando, insistiendo, obligando. Era una voz que exigía venganza y muerte.

Sobresaltado, Danilo se dio cuenta de que era la voz de la sombra elfa. La hoja de luna brillaba con la entidad de la espada, buscando implacablemente venganza, pugnando por liberarse. Incluso para Danilo sus exigencias eran irresistibles.

«Arilyn no puede ceder», se dijo Danilo desesperadamente. El noble contempló la estela de luz azul que dejaba la hoja de luna al dibujar un semicírculo y ser impulsada bruscamente hacia arriba. Los movimientos eran tan rápidos que no podía distinguirlos individualmente, pero la hoja de luna dejaba estelas de luz en el aire, luminosas cintas azules sobre el fondo del cielo nocturno.

De pronto se hizo el silencio, y el intrincado dibujo de luces azules empezó a apagarse. Kymil Nimesin se puso lentamente en pie; a su alrededor yacían desperdigados los fragmentos de su espada rota.

—Gracias, Mielikki. Ha acabado —dijo Bran agradecido. Con sendos suspiros de alivio, Danilo y el Arpista se adelantaron. Pero la expresión que se pintaba en la faz de Arilyn los detuvo, y nuevamente el temor se apoderó de Danilo al comprender que la lucha aún no había acabado.

Como si tuviera voluntad propia la hoja de luna se elevó entre las manos de Arilyn. Llegó a la altura de la garganta de Kymil Nimesin brillando con malévolos luz azul. La semielfa temblaba por el esfuerzo de frenar a la espada, y su rostro contraído delataba el esfuerzo que debía hacer para no matar a su antiguo mentor. Kymil

Nimesin contemplaba desafiante la espada aguardando la muerte.

—Resiste, Arilyn —le suplicó Danilo—. No dejes que la sombra elfa y tu propia necesidad de venganza te venzan.

La corriente mágica empezó a crecer, como en las calles de Aguas Profundas. Nuevamente el aire se arremolinó furiosamente alrededor de los supervivientes de la batalla en lo que era la prueba tangible de la cólera de la sombra elfa. Sólo Arilyn logró mantenerse en pie pese a la fuerza del vendaval.

—¡Te invoco!

La orden de Arilyn se oyó por encima del fragor. La airada corriente de magia vaciló, pero rápidamente empezó a comprimirse. En un abrir y cerrar de ojos la sombra elfa apareció ante Arilyn.

—Renuncia a la venganza —dijo severamente la semielfa—. Nosotras no somos las únicas a las que Kymil Nimesin ha hecho daño. Los Arpistas tienen el derecho de juzgarlo y, para ello, debe seguir con vida.

—Es un error —protestó la sombra elfa mirando fijamente la forma tendida boca abajo de Kymil, con un odio que no trataba de disimular.

—Es posible —replicó la semielfa con la cabeza bien alta—, pero estoy en mi derecho de cometerlo. —Entonces alzó la hoja de luna, y por un segundo Arilyn y su sombra se encararon.

Finalmente, la sombra inclinó levemente la cabeza y extendió las manos con las palmas hacia arriba en el gesto elfo de respeto. Acto seguido se desvaneció en una niebla azul que formó un pequeño vórtice que fue absorbido por el ópalo de la espada.

Arilyn guardó de nuevo la hoja de luna en la funda del cinto y avanzó hacia sus compañeros. Bran había ayudado a Danilo a levantarse, y ahora el joven estaba muy ocupado comprobando el estado en el que había quedado el que antes fuera un elegante atuendo.

—Danilo.

El noble levantó la vista hacia Arilyn. Su ropa se veía desgarrada y ensangrentada, y el rostro presentaba un tono casi gris por el agotamiento. Para la sabia mirada del joven, los ojos de Arilyn se expresaban tan claramente como si hablaran. Finalmente Arilyn había hecho las paces consigo misma y ahora era la verdadera dueña de la hoja de luna.

—Ahora sí que ha acabado —dijo ella.

## Epílogo

—¿Te he cantado ya la balada sobre el pantano de Chelimber? —preguntó Danilo al Arpista.

—Dos veces —contestó Bran Skorlsun.

—Oh.

Arilyn se rió entre dientes.

—¿Te has fijado en que el número de goblins y hombres lagarto aumenta a cada interpretación? Ya sólo le queda añadir uno o dos orcos en el caldo para darle un poco más de emoción.

Arilyn, Danilo y Bran estaban pasando una velada en La Casa del Buen Libar, bebiendo vino espumoso y charlando. Mientras ellos hablaban, la taberna se fue vaciando, las camareras colocaron las sillas encima de la mesas y después se fueron a la cama y el posadero empezó a dormirar detrás de la barra con los bolsillos muy llenos con el oro de Danilo.

Pese a las aventuras que habían compartido y los diferentes lazos que los unían, sabían muy poco unos de otros. Los tres se sentían ávidos por saber más de la historia, los sueños y los planes de sus compañeros. A la salida del sol habían avanzado bastante.

Inevitablemente la conversación recayó en los sucesos del día anterior.

—Ahora que has recuperado tu buen nombre, ¿qué piensas hacer? —preguntó Bran a Arilyn.

La semielfa se quedó pensativa.

—El tribunal de Arpistas me declaró inocente, pero esto no me devuelve necesariamente mi buen nombre. Supongo que podré encontrar trabajo pero tardaré años en labrarme de nuevo una reputación.

—¿Como asesina? —preguntó ingenuamente Danilo.

Arilyn puso los ojos en blanco y suspiró.

—Gracias por volver a poner las cosas en su justo lugar.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Bran a Danilo—. ¿Todavía crees que Khelben y los Arpistas no supieron llevar bien el tema de la puerta elfa?

—Antes lo creía —respondió Danilo eligiendo cuidadosamente las palabras—. Pero no se me ocurre cómo podrían haberlo hecho mejor. Tal vez no apruebe todo lo que Khelben ha hecho, pero soy consciente de que tuvo que tomar decisiones muy difíciles.

—¿Y los riesgos inherentes a mantener el secreto?

—Siguen ahí —admitió Danilo un tanto atribulado—. Pero en esto tampoco veo una alternativa real. En muchas ocasiones trabajar para el bien y mantener el equilibrio es una cuestión de matices. Para dar forma a un seto hay que podarlo con

cuidado, no utilizar una guadaña.

—Necesitamos a personas con tu talento y tu lucidez —replicó Bran con una sonrisa. Entonces metió la mano en el bolsillo interior del manto y sacó una cajita. En su interior relucía una insignia de Arpista labrada en plata: la luna creciente y el arpa.

«Esta insignia es poca cosa al lado de tus galas —dijo el Arpista en tono de amable burla, al tiempo que entregaba la cajita a Danilo—, pero es un signo de extraordinario valor. Me complace poder ofrecértela, junto con un lugar en las filas de los Arpistas.

Viendo que el joven dudaba, Bran insistió.

—Cógelo y llévala con orgullo. Mereces ser conocido por lo que realmente eres.

—No me malinterpretes; me siento honrado por tu confianza —le aseguró Danilo—. Pero fingiendo ser el idiota del pueblo he sido bastante eficaz. No podré continuar con mi trabajo si se sabe que soy un Arpista.

—No tienes elección —señaló Bran Skorlsun con un toque de humor—. La balada que has compuesto te hará extraordinariamente famoso.

Arilyn se echó a reír.

—El papel de tonto te ha sido muy útil, Danilo —dijo la semielfa—. ¿Pero no crees que ya es hora de dejarlo atrás? Deberías recibir el respeto que te mereces, y cuentas con los suficientes recursos para desarrollar nuevos métodos.

—El tío Khelben me sugirió algo parecido —meditó Danilo.

Bran Skorlsun sonrió de nuevo y le tendió la insignia con la luna creciente y el arpa.

—Entonces todavía me es más grato ofrecértela. A Khelben no le gustará nada que yo usurpe ese privilegio. Ésta es una oportunidad única para irritar a nuestro buen mago. —El Arpista se sumó a las risas de Danilo, tras lo cual dejó la cajita frente al joven y le cogió por ambos antebrazos; el saludo de un aventurero a un compañero e igual—. Eres un buen hombre, hijo mío.

Profundamente conmovido Danilo aceptó la insignia.

—Gracias, Bran. Pero el mejor regalo que me has dado es tu aceptación. Algo que incluso mi propia familia todavía me niega.

—Esto también tendrá que cambiar —afirmó Arilyn—. La familia Thann tendrá que oír todo lo que has hecho, aunque tenga que obligarlos a todos con mi espada a que se sienten y escuchen. —Entonces dulcificó el gesto y puso una mano en el hombro de Danilo—. Me alegro por ti. Mereces ese honor.

—No creas que me he olvidado de ti —dijo Bran a su hija. El Arpista se quitó su propia insignia, muy desgastada ya, y se la ofreció.

—No puedo aceptarla —protestó Arilyn echándose hacia atrás.

—¿Por qué no? Nunca he conocido a nadie que se la mereciera más que tú.

—Pero es tuya y...

—Razón de más para que la tengas tú. Los dioses saben que te he dado muy poco mío.

Arilyn miró al Arpista sorprendida por la tristeza de su voz.

—No te culpo —le dijo—. Todos debemos cumplir con nuestro deber. No tenías elección. La acepto —añadió en tono serio—. ¿Pero sabes qué significa la entrega de la insignia de Arpista?

—Por supuesto —respondió Bran con una sonrisa de desconcierto.

—Tendrás que responder por mí y supervisar mi actuación hasta que se me acepte como Arpista de pleno derecho —prosiguió Arilyn como si no lo hubiera oído—. Teniendo en cuenta mi pasado y la mala fama que he adquirido en el juicio, no será una tarea agradable y podría tomar bastante tiempo. ¿Te quedarás cerca de mí para hacerlo o planeas marcharte de nuevo al otro lado del mundo?

El corazón del Arpista se conmovió por la petición que se escondía tras las palabras de la semielfa. Ante la perspectiva que se le presentaba: conocer a su extraordinaria hija, los años que aún le quedaban por vivir de pronto le parecían mucho más atractivos.

—Me quedaré —dijo—. En el norte hay más que trabajo suficiente para un explorador. Tal vez, dentro de un tiempo, me retiraré a Aguas Profundas.

—Oh, qué bien —comentó Danilo con una amplia sonrisa—. Tío Khelben estará encantado.

—Hablando del archimago, debemos hablar con él sobre la puerta elfa —dijo Bran—. Deben tomarse medidas para proteger el nuevo emplazamiento.

—¿Qué pasa? —inquirió Arilyn al reparar en la sonrisita del joven.

—¿Qué? Oh, me limito a mostrarme de acuerdo con el buen Arpista. —De mala gana se levantó de la mesa—. Ahora debo irme. Me costará varias horas explicar a mi familia mi prolongada ausencia, por no hablar de los nuevos escándalos con los que he manchado últimamente el apellido Thann. Padre simplemente se mostrará decepcionado, pero la reacción de mi madre seguro que es digna de un dragón rojo.

Arilyn también se puso en pie, y en sus ojos ardió el fuego de la batalla.

—Yo voy contigo —anunció.

—¿De verdad? —inquirió Danilo, muy complacido—. Creí que sólo bromeabas.

—Raramente bromeo —replicó la semielfa en tono adusto.

Danilo echó la cabeza hacia atrás y prorrumpió en carcajadas.

—Por los dioses, esto será digno de ver.

El trío abandonó la taberna y fue a buscar a los caballos. Arilyn montó y se quedó mirando al noble. La capa de terciopelo verde de Danilo y sus extravagantes joyas no parecían apropiadas para un Arpista recién nombrado.

—Supongo que querrás cambiarte antes de irnos —comentó la semielfa.

—¿Para qué, querida? —repuso el noble en tono afectado. Con un resoplido de

indignación jugueteó con las blandas plumas de su sombrero recién adquirido—. Debes saber que el conjunto que llevo es la última moda entre la buena sociedad de Aguas Profundas. O, al menos —se corrigió—, lo será cuando me lo vean puesto.

—Como quieras —replicó Arilyn, siguiéndole la corriente—. Yo me conformo con no volver a oír nunca más esa condenada balada tuya.

Danilo dirigió a Bran una sonrisa afectada y se subió a la silla de un salto.

—Parece que la dama tiene buen gusto. Bueno —se corrigió, recorriendo significativamente con la mirada las ropas de viaje de la joven—, tiene buen gusto en lo referente a la música.

Arilyn contempló su habitual atuendo: botas, pantalones, camisa blanca holgada y capa oscura. El único adorno que llevaba era la estropeada insignia Arpista.

—¿Qué tiene de malo la ropa que llevo?

—Yo esperaba que, después de vencer a lady Cassandra Thann, lo celebraríamos como es debido. Perdóname, querida, pero eso que llevas no sirve.

—A mí me gusta.

—Por suerte pude ir de compras después del juicio. —Danilo rebuscó en su bolsa mágica y sacó una nube de diáfana seda color zafiro. Al levantarla se vio que era un vestido de insólita belleza.

Arilyn lo miró con severidad.

—Puedo ver tus manos a través de la tela.

La única respuesta de Danilo fue una amplia sonrisa.

—Dime, Danilo, ¿finges sólo ser un dandi o es que lo eres de verdad? —inquirió la semielfa sin poder evitar que se le contagiara la sonrisa del joven aristócrata.

—Uno tiene que guardar las apariencias —respondió él guardando el vestido en la bolsa—. Me parece que no te gusta.

—Muy perspicaz.

—Vamos a ver, ¿qué otra cosa te podría quedar bien? ¿Has pensado alguna vez en un vestido de terciopelo azul, tal vez con un escote hasta aquí? ¿No? Entonces, al menos, una blusa azul. De seda azul intenso y con una o dos joyas de oro. Y quizás una capa de terciopelo que haga juego. ¡Sí, eso es! Mira, conozco una maravillosa tiendecita que nos viene de camino, donde...

Arilyn se estiró y dio una palmada en el flanco al caballo de Danilo. El animal relinchó, ofendido, y echó a correr por la calle. Las últimas palabras de Danilo se las llevó el viento.

Entonces la semielfa bajó la vista hacia su padre. Lentamente extendió las manos con las palmas hacia arriba, el gesto elfo de respeto. Después de muchos años los ojos del Arpista se llenaron de lágrimas al devolver el saludo. Su hija sacudió con fuerza las riendas y galopó en pos de Danilo Thann.

—Todavía queda un misterio —comentó Arilyn mientras ambos cabalgaban

juntos por las calles de la ciudad—. ¿Adónde trasladaste la puerta elfa?

—Al lugar más seguro que se me ocurrió —respondió Danilo con una mirada solemne.

—¿O sea?

—La torre de Báculo Oscuro.

—¿Qué?

Danilo puso cara de un niño que ha hecho una diablura.

—¿Se te ocurre un lugar más seguro? ¿O un hombre más capaz de guardar el secreto?

—No, pero...

—Y todavía hay más —la interrumpió Danilo—. Puse la puerta elfa en la habitación de Laeral. Puesto que nuestra buena maga pasa gran parte de su tiempo en Siempre Unidos, pensé que así podría visitar a tío Khelben con mayor frecuencia. ¿Tú crees que así el archimago apaciguará su malhumor?

Arilyn soltó una carcajada.

—Es posible. Pero hay un problema. Cuando la puerta elfa estaba en Evereska yo siempre me sentía atraída hacia el templo de Hanali Celanil. ¿Significa eso que ahora sentiré el impulso de visitar a Khelben Arunsun?

Al imaginárselo Danilo se sumó a la risa de Arilyn.

—De hecho —dijo el joven cuando se tranquilizó—, es un emplazamiento adecuado. La puerta elfa creó muchos desequilibrios. El trasladarla a la torre de Báculo Oscuro puede ayudar a eliminar las tensiones entre Siempre Unidos y los Arpistas que surgieron con su creación.

—Ya empiezas a hablar como un Arpista —se mofó Arilyn—. ¿También piensas cambiar tu frívolo comportamiento?

En lugar de responder, Danilo se quitó el emblema plateado de Arpista de la capa de seda. Entonces la dobló y la sujetó al forro. Cuando miró a Arilyn, mostraba de nuevo la sonrisa de suficiencia vacua y perezosa del figurín más celebrado de Aguas Profundas y del mago con más fama de inepto.

—¿Yo, un Arpista? —Danilo rió—. Mi querida muchacha, esta broma sería muy celebrada en determinados círculos.

—¿Así es como van a ser las cosas? —inquirió la semielfa con una débil sonrisa.

—Creo que es lo mejor —repuso el joven a la ligera—. ¿Qué piensas hacer tú?

—Cuando Kymil Nimesin empezó a entrenarme me dijo que la hoja de luna me hacía distinta. Yo siempre he sentido que tenía que estar sola, que no era más que una sombra del poder de la espada. Pero yo soy la dueña de la hoja de luna, y las cosas deben cambiar.

Arilyn desenvainó el arma y señaló las líneas de runas.

—Ahora hay nueve; esta nueva es mía. —Hizo una pausa y eligió las palabras

con mucho cuidado—. No es tanto un nuevo poder como la supresión de determinadas limitaciones. —Entonces dio la vuelta a la espada y se la tendió a Danilo por la empuñadura.

Los ojos grises del joven aristócrata expresaron que lo comprendía. Arilyn le ofrecía mucho más que la espada. Profundamente conmovido, aceptó el símbolo de su amistad y sostuvo cariñosamente la hoja de luna entre sus manos quemadas.

—Es algo extraordinario y precioso —murmuró, mirando no a la espada sino al rostro de la semielfa—. Me haces un honor al compartirla conmigo.

Sus miradas quedaron prendidas durante un instante, hasta que Arilyn desvió los ojos. Su expresión vacilante llegó a Danilo al corazón. Para aligerar el momento esbozó una engreída sonrisita y devolvió la espada mágica a su dueña, diciendo:

—Las cosas de valor siempre deberían compartirse. Tu belleza, por ejemplo. — Con estas palabras sacó de nuevo el vestido transparente de su bolsa con un florido ademán—. Volviendo al tema de este vestido...

La sonrisa de Arilyn le iluminó el rostro.

—No me tientes.